

HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

ESTUDIOS SOBRE LA SOCIEDAD PREINDUSTRIAL



[Selección de textos]

EDWARD P. THOMPSON

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 *LA REVOLUCIÓN ALEMANA*

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 *DIALÉCTICA DE LO CONCRETO*

Karel Kosík

Libro 3 *LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO*

Silvio Frondizi

Libro 4 *INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS*

Antonio Gramsci

Libro 5 *MAO Tse-tung*

José Aricó

Libro 6 *VENCEREMOS*

Ernesto Guevara

Libro 7 *DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL*

Edwald Ilienkov

Libro 8 *LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE*

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 *GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO*

Néstor Kohan

Libro 10 *AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE*

Julio Antonio Mella

Libro 11 *FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur*

Madeleine Riffaud

Libro 12 *MARX y ENGELS. Nueve conferencias en la Academia Socialista*

David Riazánov

Libro 13 *ANARQUISMO y COMUNISMO*

Evgueni Preobrazhenski

Libro 14 *REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA SOCIALEDEMOCRACIA*

Rosa Luxemburgo

Libro 15 *ÉTICA y REVOLUCIÓN*

Herbert Marcuse

Libro 16 *EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES*

Aníbal Ponce

Libro 17 *LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE*

Omar Cabezas

Libro 18 *LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA.* Breve historia del movimiento obrero en Francia 1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 *MARX y ENGELS.* Selección de textos

Carlos Marx y Federico Engels

Libro 20 *CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario*

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 *LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA*

Rubén Zardoya

Libro 22 *DIALÉCTICA Y CONSCIENCIA DE CLASE*

György Lukács

Libro 23 *EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN*

Franz Mehring

Libro 24 *DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA*

Ruy Mauro Marini

Libro 25 *MUJERES EN REVOLUCIÓN*

Clara Zetkin

Libro 26 *EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD*

Agustín Cueva – Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 *LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO – DE ÍDOLOS E IDEALES*

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 *FETICHISSMO y ALIENACIÓN – ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR*

Isaak Illich Rubin

Libro 29 *DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia*

György Lukács

Libro 30 *PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO*

Paulo Freire

Libro 31 *HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE*

Edward P. Thompson. Selección de textos





Colección

SOCIALISMO Y LIBERTAD

Libro 31

“La sociedad es una guerra simulada...”

Simón Rodriguez

“...Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber ni poder ni virtud. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido y los ejemplos que hemos estudiado son los más destructores. Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza, y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción; la ambición, la intriga abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil; adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia. Semejante a un robusto ciego que instigado por el sentimiento de sus fuerzas marcha con la seguridad del hombre más perspicaz, y dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos...”

Simón Bolívar

Discurso del Libertador ante el Congreso de Angostura

15 de febrero de 1819



<http://elsudamericano.wordpress.com>



HIJOS

La red mundial de los hijos de la revolución social

HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

ESTUDIOS SOBRE LA SOCIEDAD PREINDUSTRIAL

EDWARD P. THOMPSON

ÍNDICE¹



COSTUMBRE Y CULTURA



PATRICIOS Y PLEBEYOS.
LA SOCIEDAD INGLESA DEL SIGLO XVIII:
¿LUCHA DE CLASES SIN CLASES?



LA «ECONOMÍA MORAL» DE LA MULTITUD
EN LA INGLATERRA DEL SIGLO XVIII



EL ENTRAMADO HEREDITARIO:
UN COMENTARIO



TIEMPO, DISCIPLINA DE TRABAJO
Y CAPITALISMO INDUSTRIAL

¹ *COSTUMBRE Y CULTURA* representa el capítulo de presentación del libro *CUSTOMS IN COMMON*. Los dos artículos/capítulos siguientes corresponden a la edición del libro *TRADICIÓN REVUELTA Y CONSCIENCIA DE CLASE*. (solo editado en Español) Selección de Textos de E. P. Thompson a cargo de Josep Fontana, *Cultura Libre*, Traducción de Eva Rodríguez, ed. *Critica*, Barcelona. 1^a edición: junio de 1979. Los artículos/capítulos que completan en cuarto y quinto lugar el presente volumen también pertenecen a la edición *CUSTOMS IN COMMON*, (*COSTUMBRES EN COMÚN*). *Grijalbo*, Barcelona. (1995) Traducción original de Jordi Beltran y Eva Rodríguez, Elena Grau. (La traducción ha sido revisada para esta edición, 2015).

COSTUMBRE Y CULTURA ²

Todos los estudios que aparecen en el presente libro se comunican por caminos diferentes con el tema de la costumbre tal como se expresaba en la cultura de los trabajadores del siglo XVIII y bien entrado el XIX. Mi tesis es que la conciencia de la costumbre y los usos consuetudinarios eran especialmente fuertes en el siglo XVIII: de hecho, algunas «costumbres» eran inventos recientes y, en realidad, constituían la reivindicación de nuevos «derechos». Los historiadores que se ocupan de los siglos XVI y XVII han tendido a ver el siglo XVIII como una época en que estos usos consuetudinarios estaban en decadencia, junto con la magia, la brujería y supersticiones afines. Desde arriba se ejercía presión sobre el pueblo para que «reformara» la cultura popular, el conocimiento de las letras iba desplazando la transmisión oral y la ilustración (se supone) se filtraba de las clases superiores a las subordinadas.

Pero las presiones «reformistas» encontraban una resistencia empecinada y el siglo XVIII fue testigo de cómo se creaba una distancia profunda, una profunda alienación entre la cultura de los patricios y la de los plebeyos. Peter Burke, en su instructivo estudio *Cultura popular en la Europa moderna* (1978), sugiere que esta distancia fue un fenómeno a escala europea y que una de sus consecuencias fue la aparición del folclore, cuando observadores sensibles (e insensibles) de las capas altas de la sociedad mandaron grupos de exploración con el encargo de inspeccionar la «pequeña tradición de los plebeyos» y tomar nota de sus extrañas prácticas y rituales. Ya en el momento de nacer el estudio del folclore se consideraba que estos usos eran «antigüedades o reliquias» y John Brand, el gran pionero del estudio del folclore, juzgó necesario prologar su obra *Observations on popular antiquities* pidiendo disculpas por prestarles atención:

... nada puede ser extraño a nuestra investigación, y mucho menos indigno de nuestra atención, que concierne a lo más pequeño de lo Vulgar; de aquellos Pequeños que ocupan el lugar más bajo, aunque en modo alguno de menor importancia en la ordenación política de los seres humanos.³

Así pues, desde su mismo origen, el folclore llevó consigo esta sensación de distanciamiento condescendiente, de subordinación (Brand señaló que el orgullo y las necesidades de la comunidad civil habían «dividido el Género humano en... una serie de Especies diferentes y subordinadas»), y de las costumbres como reliquias. Durante 150 años la metodología preferida de los recopiladores fue agrupar tales reliquias como «costumbres de calendario», las cuales encontraron su último refugio en lo más hondo de la campiña. Tal como escribió un folclorista en las postrimerías del siglo XIX, su objetivo era describir:

² Introducción al libro *COSTUMBRES EN COMÚN*. Grijalbo. Barcelona. (1995)

³ John Brand y Henry Ellis, *Observations on popular antiquities*, vol. I, 1813, p. XXI. (El prefacio de Brand está fechado en 1795.)

“...Las costumbres antiguas que todavía existen en los oscuros escondrijos y rincones de nuestra tierra natal, o que han sobrevivido a la marcha del progreso en nuestra ajetreada vida ciudadana.”⁴

A estas recopiladores debemos descripciones meticulosas de *well-dressings* y *rush-bearings* o *harvest homes* o, de hecho, ejemplos tardíos de *skimmington ridings*.⁵ Pero lo que se perdió, al considerar las costumbres (plurales) como reliquias distintas, fue todo sentido claro de la costumbre en singular (aunque con muchas formas de expresión), la costumbre, no como post-algo, sino como *sui generis*, como ambiente, *mentalité*, y como vocabulario completo de discurso, de legitimación y de expectación.

En siglos anteriores, el término «costumbre» se usaba para expresar gran parte de lo que ahora lleva consigo la palabra «cultura». La costumbre era la «segunda naturaleza» del hombre. Francis Bacon escribió que la costumbre era comportamiento inerte provocado y habitual:

«Los hombres Profesan, Protestan, se Comprometen Dan Grandes Palabras, y luego Hacen exactamente lo que han Hecho antes. Como si fueran Imágenes Muertas, y Máquinas que se mueven solamente por obra de las Ruedas de la Costumbre».

Para Bacon, pues, el problema consistía en inducir hábitos mejores y en una fase de la vida tan cerca del principio como fuese posible:

“Dado que la Costumbre es el Magistrado principal de la Vida del Hombre, que los Hombres, a toda Costa, se esfuerzen por obtener buenas Costumbres... La costumbre alcanza la mayor perfección cuando empieza en los años Jóvenes; a Esto lo llamamos Educación, la cual no es, en Realidad, nada salvo Costumbre de los primeros años de la vida.”

Bacon no pensaba en los trabajadores, pero cien años después Bernard Mandeville, que estaba tan convencido como Bacon de la «Tiranía que la Costumbre nos usurpa»,⁵ se mostró mucho menos favorable a toda provisión universal de educación. Era necesario que «grandes multitudes de Gente acostumbraran sus Cuerpos al Trabajo» tanto para ellas mismas como para mantener a los más afortunados en el Ocio, la Comodidad y el Placer:

⁴ P. H. Ditchfield, *Old English customs extant at the present time*, Prefacio, 1896.

* *Well-dressing*: ceremonia tradicional consistente en adornar los pozos con flores para agradecer la bendición de una abundante provisión de agua pura. *Rush-bearing*: ceremonia anual en los distritos del norte consistente en llevar juncos y guirnaldas a la iglesia y esparcirlos por el suelo o decorar las paredes con ellos. *Harvest home*: fiesta con que se celebraba el buen término de la recolección del trigo. *Skimmington riding*: procesión grotesca que se celebraba en los pueblos y los distritos rurales para burlarse de una mujer o su marido en los casos de infidelidad o malos tratos. (*N. del t.*)

⁵ Bernard Mandeville, *The fable of the bees*, Hermonsworth, ed. de 1970, p. 191; también p. 334.

“Para que la Sociedad sea Feliz y la Gente se sienta Cómoda bajo las peores Circunstancias, es preciso que gran número de personas sean Ignorantes además de Pobres. El conocimiento aumenta y a la vez multiplica nuestros Deseos... El Bienestar y la Felicidad de todos los Estados y Reinos, por consiguiente, requieren que el Conocimiento de los Pobres Que Trabajan se encuentre encerrado dentro del límite de sus Ocupaciones y no se amplíe jamás (en lo que se refiere a las cosas visibles) más allá de lo que está relacionado con su Vocación. Cuanto más sepa del mundo un Pastor, un Labrador o cualquier otro Campesino, así como de las cosas que son Extrañas a su Trabajo o Empleo, menos apto será para pasar por las Fatigas y Penalidades del mismo con Alegría y Contento.”

De ahí que, a juicio de Mandeville, leer, escribir y la aritmética «son muy perniciosos para los Pobres».⁶

Si a muchos de los «pobres» se les negaba la educación, ¿a qué otra cosa podían recurrir salvo a la transmisión oral su pesada carga de «costumbre»? Si el folclore del siglo XIX, al separar las reliquias de su contexto, perdía la conciencia de la costumbre como ambiente y *mentalité*, también perdía de vista las funciones racionales de muchas costumbres dentro de las actividades del trabajo diario y semanal. Muchas costumbres eran respaldadas y a veces impuestas por la presión y la protesta populares. «Costumbre» era sin duda una palabra «buena» en el siglo XVIII: Inglaterra se enorgullecía desde hacía tiempo de ser Buena y Antigua.⁷ También era una palabra operativa. Si, siguiendo un camino, el vocablo «costumbre» llevaba consigo muchos de los significados que ahora atribuimos a la palabra «cultura», por otro camino «costumbre» tenía muchas afinidades con la *common law*. Este derecho se derivaba de las costumbres o los usos habituales, del país: usos que podían reducirse a reglas y precedentes, que en algunas circunstancias eran codificados y podían hacerse cumplir de derecho.

Así ocurría, sobre todo, en el caso de la *lex loci*, las costumbres locales del *manor*. Estas costumbres, de las que a veces sólo quedaba constancia en los recuerdos de los ancianos, tenían efectos jurídicos, a menos que fueran invalidadas de forma directa por el derecho estatuido.⁸ Había algunos grupos industriales para los cuales se reivindicaba la costumbre con igual fuerza jurídica: los extranjeros de Cornualles con su *Stannary Court*,^{*} los mineros libres

⁶ *Ibid.*, p. 294.

⁷ Para un excelente estudio de la costumbre, 1700-1880, véase Bob Bushaway, *By rite*, 1982. También R. W. Malcolmson, *Life and labour in England, 1700-1780*, 1981, cap. 4, «Beliefs, customs and identities».

⁸ «Una costumbre o prescripción contra un estatuto es nula»: pero se hacía una excepción para las medidas locales del trigo, donde «se dice... la costumbre del lugar debe observarse, si es una costumbre inmemorial, y utilizada sin ninguna interrupción visible»: Richard Burn, *The justice of the peace and parish officer*, vol. I, 1780¹, p. 408.

^{*} Nombre del tribunal encargado de administrar justicia en las *Stannaries* o distritos que comprendían las minas y fundiciones de estado de Cornualles y Devon. (*N. del t.*)

del bosque de Dean con su «Libro de Dennis».⁹ Es posible que los derechos que reclamaban los mineros de Dean procedieran del siglo XIII pero las «Leyes y Costumbres de los Mineros» fueron codificadas en una Inquisición de 1610, año en que 48 mineros libres dejaron constancia de sus usos (que se imprimieron por primera vez en 1687). Frecuentemente, la invocación de la «costumbre» de un oficio o una ocupación indicaba un uso ejercido durante tanto tiempo que había adquirido visos de privilegio o derecho.¹⁰ Así, en 1718, cuando los pañeros del suroeste intentaron alargar la pieza de paño en media yarda (457 cm), los tejedores se quejaron diciendo que ello era «contrario al derecho, el uso y la costumbre desde tiempo inmemorial». Y en 1805 los impresores de Londres se quejaron de que los patronos estaban aprovechándose de la ignorancia de sus oficiales «discutiendo o negando la costumbre y rehusando reconocer los precedentes, que hasta ahora han sido la única referencia».¹¹ Muchos de los ejemplos clásicos de luchas que tuvieron lugar al entrar en la Revolución industrial giraban tanto en torno a las costumbres como a los salarios o las condiciones de trabajo.

La mayoría de estas costumbres pueden calificarse de «visibles»: estaban codificadas de alguna forma o pueden explicarse con exactitud. Pero cuando la cultura plebeya se hizo más opaca a la inspección de las clases altas, también otras costumbres se hicieron menos visibles. Las ceremonias y las procesiones de los oficios, que en otro tiempo se habían incorporado al calendario del año empresarial -bajo el patrocinio del obispo Blaize para los peinadores de lana, de san Clemente para los herreros, de san Crispín para los zapateros-, todavía podían celebrarse en ocasiones especiales, tales como coronaciones o aniversarios en el siglo XVIII. Pero en el siglo XIX estas procesiones perdieron el respaldo consensual de los «oficios», infundían temor a los patronos y a las corporaciones porque creían que daban pie a la jarana y el desorden (y a veces así era),¹² y san Clemente no era venerado en las calles, sino en el club de artesanos o sociedad de amigos que se reunían en la taberna.¹³

⁹ Para la ruptura de la costumbre en el bosque de Dean, véase C. Fisher, *Custom, work and market capitalism*, 1981. ¿Es posible que «Dennis» sea una corrupción del *Statute of De Donis* (1285)?

¹⁰ Varios de los estudios que aparecen en E. J. Hobsbawm, *Labouring men*, 1964, se ocupan principalmente de la costumbre (hay trad. cast.: *Trabajadores*, 1979). Véase también John Rule, *The experience of labour in eighteenth-century industry*, 1981, en especial el capítulo 8, «Custom, culture and Consciousness».

¹¹ John Rule, *op. cit.*, pp. 194, 196.

¹² En 1837 un tendero de Woolwich se quejó de que en el día de san Clemente [23 de noviembre] «Una procesión organizada por los aprendices de herrero pasó por las principales calles de la Ciudad, con asistencia de una nutrida Muchedumbre, algunos portando antorchas, otros encendiendo gran abundancia de fuegos artificiales de la manera más temeraria, a causa de los cuales los caballos uncidos a uno de los Omnibuses del señor Wheatley... se asustaron tanto, que... la Vara del Ómnibus se metió en el escaparate de vuestro Memorialista». Memorial de Robert Wollen de Woolwich, 27 de noviembre de 1837, en PRO RO, 73.2.

¹³ William Hone, *Every-day book*, vol. 1, cal. 1499, 1826; F. E. Sawyer, «Old Clern celebrations and blacksmith lore», *Folk Lore Journal*, 11, 1884, p. 321; G. P. G. Hills, «Notes of some

Esto es sintomático de la disociación entre las culturas patricia y plebeya en el siglo XVIII y comienzos del XIX.¹⁴ Es difícil no ver esta división en términos clasistas. Un folclorista perceptivo, G. L. Gomme, veía el folclore como las costumbres, los ritos y las creencias pertenecientes al pueblo:

“...Y a menudo en clara oposición a las costumbres, ritos y creencias aceptados Del Estado o la nación al cual pertenecen el pueblo y los grupos del pueblo. Estas costumbres, ritos y creencias siguen vivos principalmente por obra de la tradición... Deben su conservación en parte al hecho de que grandes masas de personas no pertenecen a la civilización que se alza sobre ellas y que ellas nunca han creado.”¹⁵

En el siglo XVIII la costumbre era la retórica de legitimación para casi cualquier uso, práctica o derecho exigido. De ahí que el uso no codificado -e incluso codificado- estuviera en constante flujo. Lejos de tener la permanencia fija que sugiere la palabra «tradición», la costumbre era un campo de cambio y de contienda, una palestra en la que intereses opuestos hacían reclamaciones contrarias. Esta es una de las razones por las cuales hay que tener cuidado sobre las generalizaciones al hablar de «cultura popular». Es una inflexión antropológica que ha influido en los historiadores sociales, esto puede sugerir una visión demasiado consensual de esta cultura como «sistema de significados, actitudes y valores compartidos, y las formas simbólicas (representaciones, artefactos) en las cuales cobran cuerpo».¹⁶ Pero una cultura también es un fondo de recursos diversos, en el cual el tráfico tiene lugar entre lo escrito y lo oral, lo superior y lo subordinado, el pueblo y la metrópoli; es una palestra de elementos conflictivos, que requiere un poco de presión -como, por ejemplo, el nacionalismo o la ortodoxia religiosa predominante o la conciencia de clase- para cobrar forma de «sistema». Y, a decir verdad, el mismo término «cultura», con su agradable invocación de consenso, puede servir para distraer la atención de las contradicciones sociales y culturales, de las fracturas y las oposiciones dentro del conjunto.

Llegados a este punto, las generalizaciones sobre los universales de la «cultura popular» pierden su contenido a menos que se coloquen firmemente dentro de contextos históricos específicos. La cultura plebeya que se vestía con la retórica de la «costumbre» y que es el tema central del presente libro no sé definía a si

blacksmiths' legeons and the observance of St. Clement's Day, *Proceedings of the Hampshire Field Club*, vol. III, 1917-1919, pp. 65-82.

¹⁴ Para la polarización de las culturas en el siglo XVII, véase la introducción de los editores en Anthony Fletcher y John Stevenson, eds., *Order and disorder in Early Modern England*, Cambridge, 1985; y para la «trascendental división» entre las culturas patricia y plebeya, véase Patrick Curry, *Prophecy and power: astrology in Early Modern England*, Oxford, esp. Cap. 7.

¹⁵ G. L. Gomme, *Encyclopaedia of religion and ethics*, Edimburgo, 1913, artículo sobre el folclore, pp. 57-59, citado en Bushaway, *op.cit.*, pp. 10-11.

¹⁶ P. Burke, *Popular culture in Early Modern Europe*, 1978, prefacio, citando a L. Kroeber y C. Kluckhohn, *Culture: a critical review of concepts and definitions*, Nueva York, 1952 (hay trad. cast.: *La cultura popular en la Europa moderna*, Alianza, Madrid, 1991).

misma ni era independiente de las influencias externas. Había cobrado forma defensivamente, en oposición a los constreñimientos y los controles de los gobernantes patricios. Los enfrentamientos y las negociaciones entre patricios y plebeyos se estudian en el capítulo que lleva ese título, y seguidamente se dan ejemplos del conflicto entre las *mentalités* de costumbre y las innovadoras («de mercado»). En estos ejemplos espero que la cultura plebeya se convierta en un concepto más concreto y utilizable, que ya no esté situado en el ámbito insustancial de los «significados, las actitudes y los valores», sino que se encuentre dentro de un equilibrio determinado de relaciones sociales, un entorno laboral de explotación y resistencia a la explotación, de relaciones de poder que se oculten detrás de los rituales del paternalismo y la deferencia. De esta manera (espero) la «cultura popular» se sitúa dentro de la morada material que le corresponde.

Resumamos los rasgos característicos de la cultura plebeya del siglo XVIII. Como cosa corriente y normal, muestra ciertos rasgos que comúnmente se atribuyen a las culturas «tradicionales». En las sociedades rurales, pero también en las regiones manufactureras y mineras muy pobladas (las regiones pañeras del oeste de Inglaterra, los estaneros de Cornualles, el Black Country), hay una gran herencia de definiciones y expectativas consuetudinarias. El aprendizaje como iniciación en las habilidades adultas no se halla limitado a su expresión industrial formal. Es también el mecanismo de transmisión intergeneracional. La niña hace su aprendizaje de las obligaciones domésticas, primero con su madre (o su abuela), luego (a menudo) en calidad de sirvienta doméstica o en una granja. Como madre joven que se inicia en los misterios de la crianza de los hijos, es la aprendiza de las matronas de la comunidad. Lo mismo ocurre en los oficios en los que no hay aprendizaje reglamentado. Y con la iniciación en estas habilidades en particular llega una iniciación en la experiencia social o la sabiduría común de la comunidad. Aunque la vida social está cambiando, y aunque hay mucha movilidad el cambio todavía no ha alcanzado ese punto en el cual se da por sentado que los horizontes de cada generación sucesiva serán diferentes; tampoco ese motor de aceleración social (y enajenación) que es la educación reglamentaria se ha interpolado todavía de modo significativo en esta transmisión generacional.¹⁷

Tanto las prácticas como las normas se reproducen a lo largo de las generaciones dentro del entorno lentamente diferenciador de la costumbre. Las tradiciones se perpetúan en gran parte por medio de la transmisión oral, con su repertorio de anécdotas y de ejemplos narrativos; donde la tradición oral se ve complementada por el creciente conocimiento de las letras, los productos impresos de mayor circulación, tales como libritos de copias, almanaques,

¹⁷ Dos estudios interesantes de la restricción que la costumbre puede imponer a las expectativas materiales son: G. M. Foster, «*Peasant society and the image of limited good*», *American Anthropologist*, abril de 1965; Daniel Vickers, «*Competency and competition: economic culture in early America*», *William and Mary Quarterly*, 3^a serie, vol. XLVII, nº. 1 (enero de 1990).

hojas sueltas, «discursos de moribundo» y crónicas anecdotásicas de hechos delictivos, tienden a someterse a las expectativas de la cultura oral en lugar de desafiarla ofreciendo otras opciones.

Esta cultura transmite vigorosamente -y quizá también generalizadamente- representaciones ritualizadas o estilizadas, ya sea bajo la forma de diversiones o de protestas. Hasta es posible que la movilidad geográfica, junto con el creciente conocimiento de las letras, de hecho aumente su alcance y distribuya tales formas de manera más amplia: «fijar el precio», como acción central de un motín de subsistencias, se extiende por la mayor parte del país; el divorcio ritual llamado «venta de una esposa» parece haber repartido su incidencia por todo el país desde algún punto de origen que no conocemos. Los testimonios de *cencerradas*, inducen a pensar que en las comunidades más tradicionales -y en modo alguno eran éstas siempre comunidades de índole rural- actuaban poderosas fuerzas automotivadas de regulación social y moral. Estos testimonios pueden mostrar que si bien el comportamiento anormal era tolerado hasta cierto punto, más allá de éste la comunidad procuraba imponer a los transgresores sus propias expectativas heredadas en lo referente a los papeles conyugales y la conducta sexual que gozaban de aprobación. Incluso aquí, sin embargo, tenemos que proceder con cautela: esta no es *simplemente* «una cultura tradicional». Las normas que se defienden así no son idénticas a las que proclaman la Iglesia o la autoridad; se definen dentro de la cultura plebeya misma, y los mismos rituales que se utilizan para avergonzar a un notorio trasgresor sexual pueden usarse contra el esquirol, o contra el hacendado y sus guardabosques, el recaudador de impuestos, el juez de paz.

Esta es, pues, una cultura conservadora en sus formas, que apela a los usos tradicionales y procura reforzarlos. Las formas son también irracionales; no apelan a la «razón» por medio del panfleto, el sermón o el estrado; imponen las sanciones de la fuerza, el ridículo, la vergüenza, la intimidación. Pero el contenido o los significados de esta cultura no pueden calificarse de conservadores con tanta facilidad. Porque en la realidad social el trabajo va «liberándose», decenio tras decenio, de los tradicionales controles señoriales, parroquiales, corporativos y paternales, al tiempo que va distanciándose de la dependencia directa de cliente respecto de la *gentry*: De aquí que tengamos una cultura consuetudinaria que en sus operaciones cotidianas no se halla sujeta a la dominación ideológica de los gobernantes. La hegemonía subordinante de la *gentry* puede definir los límites dentro de los cuales la cultura plebeya es libre de actuar y crecer, pero, dado que dicha hegemonía es secular en vez de religiosa o mágica, poco puede hacer por determinar el carácter de esta cultura plebeya. Los instrumentos de control y las imágenes de hegemonía son los de la ley y no los de la Iglesia o del carisma monárquico. Pero la ley no exhibe cofradías piadosas en las ciudades ni extrae las confesiones de los pecadores; sus súbditos no rezan el rosario ni van en peregrinación a los santuarios; en vez de ello, leen hojas sueltas y se divierten en las tabernas y por lo menos algunas de las víctimas de la ley no son contempladas con horror, sino con una admiración ambigua. La ley puede

puntuar los límites que los gobernantes toleran; pero en la Inglaterra del siglo XVIII no entra en las casas de los campesinos, no se menciona en las plegarias de la viuda, no adorna las paredes con iconos, ni uniforma una visión de la vida.

De aquí una de las paradojas características del siglo: tenemos una cultura tradicional *rebelde*. No pocas veces, la cultura conservadora de la plebe se resiste, en nombre de la costumbre, a las racionalizaciones e innovaciones económicas (tales como el cercamiento de tierras, la disciplina de trabajo, los mercados de grano «libres» y no regulados) que pretenden imponer los gobernantes, los comerciantes o los patronos. La innovación es más evidente en la cúspide de la sociedad que en sus capas inferiores, pero, dado que esta innovación no es ningún proceso tecnológico-sociológico sin normas y neutral («modernización», «racionalización»), sino que es la innovación del proceso capitalista, la mayoría de las veces la plebe la experimenta bajo la forma de la explotación, o de la expropiación de derechos de usufructo acostumbrados, o la alteración violenta de pautas de trabajo y ocio que para ella eran valiosas. Por consiguiente, la cultura plebeya es rebelde, pero su rebeldía es en defensa de la costumbre. Las costumbres que se defienden son las propias del pueblo, y, de hecho, algunas de ellas se basan en reivindicaciones bastante recientes en la práctica. Pero, cuando el pueblo busca legitimaciones para la protesta, a menudo recurre de nuevo a las reglas paternalistas de una sociedad más autoritaria y entre ellas escoge las partes más adecuadas para defender sus intereses presentes: los protagonistas de motines de subsistencias apelan al *Book of Orders* y a las leyes contra los acaparadores, etcétera, los artesanos apelan a ciertas partes (por ejemplo la regulación del aprendizaje) del *Código Tudor del trabajo*.

Y tampoco la identidad social de muchas personas trabajadoras está libre de ambigüedades. Con frecuencia cabe detectar en el mismo individuo identidades que se alternan, una deferente, la otra rebelde.¹⁸ Este es un problema del que se ocupó Gramsci, utilizando términos diferentes. Señaló el contraste entre la «moralidad popular» de la tradición folclórica y la «moralidad oficial». Su «hombre en la masa» podía tener «dos conciencias teóricas (o una conciencia contradictoria)»: una de praxis, la otra «heredada del pasado y absorbida sin espíritu crítico». Al hablar de ideología en sus cuadernos de cárcel, Gramsci dice que se apoya en «la filosofía espontánea que es propia de todos». Esta filosofía (concluye) se deriva de tres fuentes: en primer lugar, «el lenguaje mismo, que es una totalidad de ideas y conceptos determinados, y no sólo de palabras, gramaticalmente vacías de contenido»; en segundo lugar, «el sentido común»; y, en tercer lugar, la religión y el folclor popular.¹⁹ Entre estas tres

¹⁸ Véanse Hans Medick, «*Plebeian culture in the transition to capitalism*», en R. Samuel y G. Stedman Jones, eds., *Culture, ideology and politics*, 1982.

¹⁹ Véase Antonio Gramsci, *Selections from the prison notebooks*, 1971, pp. 419-425; Bushaway, *op. cit.*, pp. 11-12; T. J. Jackson Lears, «*The concept of cultural hegemony: problems and possibilities*», *American Hist. Rev.*, 90, 1985.

fuentes, la mayoría de los intelectuales occidentales de hoy concederían sin vacilar la primacía teórica a la primera (el lenguaje) por considerar que no es sólo el portador sino la influencia constitutiva en la conciencia. De hecho, si bien se ha examinado poco el lenguaje real²⁰ -por ejemplo como dialecto-, está de moda dar por sentado que la plebe era en cierto sentido «habladas por su herencia lingüística, que a su vez se ve como un *bricolage* de ideas dispares que se derivan de muchas fuentes pero que las categorías patricias se encargan de mantener en su lugar. Incluso se ve a la plebe como cautiva en una prisión lingüística, obligada, hasta en los momentos de rebelión, a moverse dentro de los parámetros del constitucionalismo, de la «Vieja Inglaterra», de la deferencia a los líderes patricios y del patriarcado.

Podemos seguir este argumento hasta cierto punto. Pero lo que pasa por alto son las fuentes alternativas de «filosofía espontánea» que propone Gramsci, y, en particular, de «sentido común» o praxis. Porque Gramsci también insistió en que esta filosofía no era sencillamente la apropiación de un individuo, sino que se derivaba de experiencias compartidas en el trabajo y en las relaciones sociales, y está «implícita en su actividad y que en realidad le une con todos los demás trabajadores en la transformación práctica del mundo real...». Así, las «dos conciencias teóricas» pueden verse como derivadas de dos aspectos de la misma realidad: por un lado, la necesaria conformidad con el *statu quo* si uno quiere sobrevivir, la necesidad de arreglárselas en el mundo tal como, de hecho, está mandado, y de jugar de acuerdo con las reglas que imponen los patronos, los *overseers*²¹ de los pobres, etcétera,²¹ por otro lado, el «sentido común» que se deriva de la experiencia compartida con los compañeros de trabajo y con los vecinos de explotación, estrechez y represión, que expone continuamente el texto del teatro paternalista a la crítica irónica y (con menos frecuencia) a la revuelta.

Otro rasgo de esta cultura que reviste un interés especial para mí es la prioridad que en ciertos campos se da a las sanciones, intercambios y motivaciones «no económicas» frente a las directas y monetarias. Este rasgo es comentado extensamente bajo el epígrafe de «economía moral». Una y otra vez, al examinar el comportamiento de los trabajadores en el siglo XVIII, uno se encuentra con la necesidad de «descifrar» este comportamiento y sus modos simbólicos de expresión y descubrir reglas invisibles que son diferentes de las que espera encontrar un historiador de los movimientos obreros posteriores. Al atender al simbolismo de la protesta, o al descifrar las *cencerradas* o la *venta de esposas*, se comparten algunas de las preocupaciones de los historiadores de los siglos XVI y XVII cuya orientación

²⁰ Los historiadores sociales han usado demasiado poco los estudios de dialectos, entre ellos Joseph Wright, en *English: dialect dictionary*, 6 vols., 1898-1905, que está lleno de pistas sobre lenguajes de trabajo.

* Funcionarios que se nombraban anualmente y desempeñaban varias funciones administrativas relacionadas principalmente con el socorro de los pobres. (N. del t.)

²¹ Véase mi artículo «*Folklore, anthropology, and social history*», *Indian Hist. Rev.*, vol. III, nº 2 (enero de 1977), p. 265.

era antropológica. En otro sentido los problemas son diferentes, y quizá más agudos, pues el proceso capitalista y el comportamiento consuetudinario no económico están en pugna activa y consciente, como en la resistencia a las nuevas pautas de consumo (necesidades») o en la resistencia a las innovaciones técnicas o las racionalizaciones del trabajo que amenazan con perturbar la usanza acostumbrada y, a veces, la organización familiar de los papeles productivos.²² Así pues, gran parte de la historia social del siglo XVIII podemos leerla como una sucesión de enfrentamientos entre una innovadora economía de mercado y la acostumbrada economía moral de la plebe.

En estos enfrentamientos es posible ver prefiguradas posteriores formaciones y conciencia de clase; y los desechos fragmentarios de pautas más antiguas se resucitan y se reintegran dentro de esta naciente conciencia de clase. En cierto sentido, la cultura plebeya es la propia del pueblo: es una defensa contra las intrusiones de la *gentry* o del clero; consolida las costumbres que sirven a los intereses del propio pueblo; las tabernas son suyas, las ferias son suyas, la cencerrada se encuentra entre sus propios medios de autorregulación. No se trata de *ninguna* cultura «tradicional», sino de una cultura peculiar. No es, por ejemplo, fatalista, ofreciendo consuelos y defensas en el transcurso de una vida que se halla absolutamente determinada y constreñida. Es más bien picaresca, no sólo en el sentido obvio de que más personas son móviles, se hacen marineros, se las lleva a la guerra, experimentan los peligros y las aventuras del camino.²³

En entornos más consolidados, en las crecientes zonas de manufactura y de trabajo «libres», la vida misma avanza por un camino cuyos peligros y accidentes no pueden prescribirse ni evitarse por medio de la previsión: las fluctuaciones de la incidencia de la mortalidad, de los precios, del desempleo, se experimentan como accidentes externos que no se pueden controlar; en general, la población trabajadora tiene poco sentido profético del tiempo: no planea seguir tal o cual «carrera» ni fundar una familia, ni ve que le espere tal o cual forma de vida, tampoco ahorra los ingresos semanales cuando son altos, ni proyecta comprar una casita de campo, ni jamás en la vida tomarse unas «vacaciones». (Puede que un joven, sabiendo que será una sola vez en la vida, se eché a los caminos para «ver mundo».) Por consiguiente, la oportunidad se aprovecha cuando se presenta, pensando poco en las consecuencias del mismo modo que la multitud impone su poder en los momentos de acción directa insurgente, a sabiendas de que su momento de triunfo durará solamente una semana o un día.

²² Véase, por ejemplo, Adrian J. Randall, «*Work, culture and resistance to machinery in the west of England woollen industry*», en Pat Hudson, ed., *Regions and industries: a perspective on the industrial revolution in Britain*, Cambridge, 1989.

²³ Ejemplos extremos de vidas picarescas se encuentran en Marcus Rediker, *Between the devil and the deep blue sea*, Cambridge, 1987, y Peter Linebaugh, *The London hanged*, Harmondsworth, 1991.

Antes he criticado el término «cultura» debido a su tendencia a empujarnos hacia ideas demasiado consensuales y holísticas. Y, a pesar de ello, me he visto obligado a hacer una crónica de la «cultura plebeya» que puede ser objeto de las mismas críticas. Cabe que esta no importe mucho si usamos la palabra «cultura» como término vagamente descriptivo. Después de todo, hay otros términos descriptivos de uso común, tales como «sociedad», «política» y «economía»: sin duda merecen un interrogatorio minucioso de vez en cuando, pero si cada vez que las empleamos tuviéramos que hacer una definición rigurosa, el discurso del conocimiento sería en verdad engoroso.

Aun así, no deberíamos olvidar que «cultura» es un término agrupador, un término que, al juntar tantas actividades y tantos atributos en un solo conjunto, de hecho puede confundir u ocultar distinciones que se deberían hacer entre tales actividades y atributos. Necesitamos deshacer ese conjunto y examinar sus componentes con más cuidado: los ritos, las formas simbólicas, los atributos culturales de la hegemonía, la transmisión intergeneracional de la costumbre y la evolución de la costumbre dentro de formas históricamente específicas de relaciones de trabajo y sociales. Tal como ha mostrado el antropólogo Gerald Sider en un conjunto de sagaces estudios de los pueblos de pescadores de Terranova:

“...Las costumbres hacen cosas: no son formulaciones abstractas de significados, ni búsquedas de los mismos, aunque pueden transmitir significados. Las costumbres están claramente conectadas y enraizadas en las realidades materiales y sociales de la vida y el trabajo, aunque no son sencillamente derivados de dichas realidades ni reexpresiones de las mismas. Las costumbres pueden proporcionar un contexto en el cual las personas pueden hacer cosas que serían más difíciles de hacer directamente... pueden conservar la necesidad de acción colectiva, ajuste colectivo de intereses, y expresión colectiva de sentimientos y emociones dentro del terreno y el dominio de los co-participantes en una costumbre, haciendo las veces de frontera que excluye a los intrusos.”²⁴

Si entre los componentes del conjunto que constituye la «cultura popular» tuviese que nombrar los que requieren, mayor atención hoy día, las «necesidades» y las «expectativas» serían dos de ellos. La Revolución industrial y la consiguiente revolución demográfica fueron el trasfondo de la mayor transformación de la historia, al revolucionar las «necesidades» y al destruir la autoridad de las expectativas consuetudinarias. Esto es lo que más demarca el mundo «preindustrial» o «tradicional» del mundo moderno. Las generaciones sucesivas ya no se encuentran en una relación de aprendices unas de otras.

Si necesitaramos de una excusa utilitaria para nuestra investigación histórica de la costumbre –aunque personalmente pienso que no la necesitamos-,

²⁴ Gerald M. Sider, *Culture and class in anthropology and history*, Cambridge, 1986. p. 940.

podríamos encontrarla en el hecho de que esta trasformación, esta remodelación de la «necesidad» y esta elevación del “umbral de expectativas materiales” (junto con la devaluación de las satisfacciones culturales tradicionales), continua con presión irreversible hoy, acelerada en todas partes por medios de comunicación que están al alcance de todo el mundo. Estas presiones se sienten ahora entre mil millones de chinos, así como un incontable número de millones, en los poblados asiáticos y africanos.

No es sencillo hablar de estos problemas desde nuestra cómoda perspectiva al «norte» de la divisoria del globo. cualquier historiador del trabajo conoce de sobra la disculpa egoísta y clasista que siempre encuentra razones por las cuales los pobres deben seguir siendo pobres. Citando una vez más a Bernard Mandeville:

“Es imposible que una Sociedad pueda subsistir mucho tiempo y permitir que muchos de sus Miembros vivan en el ocio. Y disfruten de toda la Comodidad y todo el Placer que puedan inventar, sin tener al mismo tiempo grandes multitudes de Personas que, para hacer bueno este efecto, condesciendan en ser todo lo Contrario.. Y mediante el uso y la paciencia habitúen sus cuerpos al Trabajo para otros y ellos mismos además.”²⁵

Este texto no ha perdido su fuerza hoy: es el texto oculto el discurso entre el Norte y el Sur. Sin embargo, sabemos también que las expectativas mundiales están subiendo como las aguas durante el Diluvio universal y que la disposición de la especie humana a definir sus necesidades y sus satisfacciones en términos materiales del mercado -y a lanzar todos los recursos del globo al mercado puede amenazar a la especie misma (tanto al Sur como al Norte) con una catástrofe ambiental. El artífice de esta catástrofe será el hombre económico, *[homo economicus]* ya sea bajo la forma del clásico capitalista avaricioso o bajo la del hombre económico rebelde de la tradición marxista *ortodoxa*.²⁶

Del mismo modo que el capitalismo (o «el mercado») rehizo la naturaleza y las necesidades humanas, también la economía política y su antagonista revolucionario llegaron a suponer que este *hombre económico* era para siempre. Nos encontramos a finales de siglo, en un momento en que esto debe ponerse en duda. Jamás volveremos a la naturaleza humana precapitalista, pero un recordatorio de sus otras necesidades, expectativas y códigos puede renovar nuestro sentido de la serie de posibilidades de nuestra naturaleza. ¿Podría preparamos incluso para una época en que las necesidades y las expectativas del Estado, tanto capitalista como comunista, tal vez se descompongan y la naturaleza humana se rehaga de una forma nueva? Quizá todo esto sean simplemente quimeras. Es invocar el redescubrimiento, bajo

²⁵ Mandeville, *op. cit.*, pp. 292-293.

²⁶ Se refiere a la *teoría marxista* tal como la entendía la policía ideológica de la academia marxista de la ex U.R.S.S.

formas nuevas, de una nueva clase de «conciencia consuetudinaria», en la cual, una vez más, sucesivas generaciones se encuentren en relación de aprendizaje unas con otras, en la cual las satisfacciones materiales permanezcan estables (aunque distribuidas con más igualdad) y sólo las satisfacciones culturales aumenten, y en la cual las expectativas se niveleen y formen un estado de costumbre estable. Espero que los estudios que forman el presente libro iluminen el modo en que *se forma* la costumbre y cuan complejo es su funcionamiento.

PATRICIOS Y PLEBEYOS. LA SOCIEDAD INGLESA DEL SIGLO XVIII: ¿LUCHA DE CLASES SIN CLASES? ²⁷

“La desdichada Circunstancia de este País es ahora tal, que, en pocas palabras, si continúa, los Pobres serán los Gobernantes de los Ricos, y los Sirvientes serán los Gobernadores de sus Amos, los *Plebeij* casi han atropellado a los *Patricij*... en una Palabra, el Orden se ha invertido, la Subordinación cesa, y el Mundo parece encontrarse con lo de Abajo arriba.” ²⁸

Daniel Defoe, *The great law of subordination considered or, The insolence and insuffrable behaviour of Servants in England duly inquired into* (1724)

Lo que sigue a continuación podría ser descrito más como un intento de argumentación que como un artículo. Las dos primeras secciones forman parte de un trabajo argumentativo sobre el paternalismo y están muy estrechamente relacionadas con mi artículo «*Patrician Society, Plebeian Culture*», publicado en el *Journal of Social History* (verano 1974). Las restantes secciones (que tienen su propia génesis) avanzan en la exploración de las cuestiones de clase y cultura plebeya.²⁹ Ciertas partes del desarrollo se fundamentan en

²⁷ “Eighteenth-Century English Society: Class Struggle without Class?”, *Social History*, III, n.º 2 (mayo 1978).

²⁸ La cita inicial ha sido incluida en esta edición y corresponde al texto del capítulo II del libro “*Custom in Common*”, con el subtítulo *Patricios y Plebeyos*. pp. 29. (1991) Ed. en Español. *Grijalbo*. Barcelona. (1995); donde también fuera incluido y comentado parte del texto original de “*Patrician Society, Plebeian Culture*” *Journal of Social History*, VII, n.º 4 (verano 1974).

²⁹ La polémica comenzó hace seis o siete años en el Centro para el Estudio de Historia Social de Warwick. Alguna parte de las secciones I y II fueron presentadas en el Congreso Anglo-American de Historiadores (7 julio 1972), en Londres. La sección y fue añadida para el debate del Seminario del Centro Davies, Universidad de Princeton (febrero 1976). Y yo he

investigaciones detalladas, publicadas y sin publicar. Pero no estoy seguro de que todas ellas juntas constituyan una «prueba» de la argumentación. Pues la argumentación sobre un proceso histórico de este tipo (que Popper sin duda describirla como «holístico») puede ser refutada; pero no pretende poseer el tipo de conocimiento positivo que generalmente afirman tener las técnicas de investigación positivistas. Lo que se afirma es algo distinto: que en una sociedad cualquiera, dada, no podemos entender las partes a menos que entendamos su función y su papel en su relación mutua y en su relación con el total. La «verdad» o la fortuna de tal descripción holística solo puede descubrirse mediante la prueba de la práctica histórica

De modo que la argumentación que se presenta a continuación es una especie de preámbulo, un pensar en voz alta.

||

La relación que deseo examinar en el presente capítulo es la que existe entre «la *gentry*» y «los pobres que trabajan». Ambas expresiones son vagas. Pero tenemos cierta idea de lo que ambas representan. En los primeros seis decenios del siglo XVII uno tiende a asociar a la *gentry* con la tierra. La tierra seguía siendo el índice de la influencia, el pedestal sobre el cual se erigía el poder. Si a la riqueza directa en tierras y a la condición social se le añaden la parte de la industria que o bien servía directamente a los intereses agrícolas (transporte, talabartería, carpintería de carros, etcétera) o que preparaba los productos de la agricultura (elaboración de cerveza, curtidos, molienda, la gran industria lanera, etcétera), puede verse hacia dónde se inclinaban las balanzas de la riqueza. De manera que, a pesar del inmenso crecimiento de Londres y de Liverpool, Manchester, Bristol, Birrningham, Norwich, Leeds, etcétera, Inglaterra conservó hasta el decenio de 1760 una característica agraria y muchas personas que adquirieron su riqueza en ocupaciones comerciales, urbanas, todavía procuraban transformar su riqueza en la condición de miembros de la *gentry*, para lo cual la transformaban en tierra. William Hutton, el comerciante en papel de Birmingham, describe en sus memorias su primera adquisición de tierras (1766):

«desde que tenía 8 años había mostrado afición a la tierra... y deseaba tener un poco que pudiera decir que era mía. Este ardiente deseo de tierra nunca me abandonó».³⁰

interpolado, en la sección VI algunas notas sobre la «clase» presentadas en la Séptima Mesa Redonda de Historia Social en la Constance University (junio 1977). Estoy agradecido a mis anfitriones y colegas en esas ocasiones, y por la valiosa polémica que siguió. Me doy cuenta de que un artículo amalgamado de esta forma debe carecer de cierta coherencia.

³⁰ *The life of William Hutton*, 1817, p. 177.

Sin embargo, tanto «gentlemen» como «los pobres» son «expresiones acuñadas por la *gentry*»³¹ y ambas llevan una carga normativa que los historiadores pueden adaptar sin espíritu crítico. Nos dicen (por ejemplo) que «el honor, la dignidad, la integridad, la consideración, la cortesía y la caballerosidad eran virtudes esenciales para el carácter de un *gentleman*, y todas ellas se derivaban en parte de la naturaleza de la vida rural».³² Esta sugiere un punto de vista algo distanciado de la «vida rural», del cual se han sustraído los braceros, del mismo modo que se suprimieron en gran parte de la pintura paisajística del siglo XVIII.³³ En cuanto a «los pobres», esta expresión totalmente indiscriminada lleva consigo la sugerencia de que el grueso de la población trabajadora merecía la condescendencia de la *gentry* y quizá su caridad (y que de un modo u otro era mantenida *por la gentry* en vez de ocurrir lo contrario); y la expresión incluye a los pobres y a los *yeomen*, que defendían ferozmente su independencia, a los pequeños campesinos, a los sirvientes agrícolas, a los artesanos rurales, y así sucesivamente, en la misma categoría inventada por la *gentry*.

A pesar de la vaguedad de las dos expresiones, el presente capítulo girará en torno a estas dos polos y su relación mutua. Pasaré por alto gran parte de lo que hay entre los dos extremos: el comercio, la manufactura, los comercios de artículos de lujo de Londres, el imperio ultramarino. Y no pondré énfasis en los que gozan de popularidad entre la mayoría de los historiadores acreditados. Quizá haya una razón para ello, Nadie es más susceptible a los encantos de la vida de la *gentry* que el historiador del siglo XVIII. Sus fuentes principales se hallan en los archivos de la *gentry* o de la aristocracia. Hasta es posible que algunas de sus fuentes las encuentre todavía en la sala de títulos de una antigua residencia rústica. Al historiador le resulta fácil identificarse con sus fuentes: se ve a sí mismo cazando a caballo con una jauría, o asistiendo a las *Quarter Sessions*,^{*} o (sí es menos ambicioso) se ve a sí mismo por lo menos sentado a la repleta mesa del párroco Woodforde.^{**} Los «pobres que trabajaban» no salían de las *workhouses*^{***} cargados de documentos para que los historiadores los usaran en su trabajo, ni invitan a identificarse con su abrumador trabajo. Sin embargo, para la mayoría de la población la visión de la vida no era la que tenía la *gentry*. Podría decirlo con términos más fuertes, pero deberíamos atender a las tranquilas palabras de M. K. Ashby:

³¹ Jeanette Neeson «acuñadas por la *gentry*» para «los pobres».

³² F. M. L. Thompson, *English landed society in the nineteenth century*, 1963, p. 16.

³³ Véase John Barrell, *The dark side of the landscape*, Cambridge, 1980.

* En Inglaterra e Irlanda, tribunales de jueces de paz de los condados, de jurisdicción limitada en lo criminal y lo civil, así como de apelación, que se reunían trimestralmente. (N. del t.)

** El reverendo James Woodforde (1740~1803) fue el autor del *Diary of a country parson*, donde hizo una viva crónica de su tiempo, con especial referencia a lo que se comía y bebia. (N. del t.)

*** Hospicios donde los pobres eran obligados a trabajar. (N. del t.)

«Me parece a mí que la casa grande se ha guardado las mejores cosas para sí misma, sin dar, salvo en raras excepciones, ni gracia ni liderazgo a los pueblos, sino, de hecho, rebajando su virilidad y su cultura».³⁴

Cuando algunos colegas y yo ofrecimos, hace unos años, una visión un tanto escéptica de las virtudes de la gran *gentry whig* y de sus abogados una parte de los profesionales de la historia se escandalizó.³⁵ Nuestra amenaza fue rechazada y se ha reconstituido una visión de la Inglaterra del siglo XVIII que pasa por alto, con unas cuantas palabras, las profundas contradicciones de la sociedad. Se nos dice que era una próspera «sociedad de consumo» (signifique esto lo que signifique) poblada por «una gente cortés y comercial».³⁶ No se nos recuerda claramente que fue el siglo en que el pueblo llano perdió finalmente su tierra, en que se multiplicó el número de delitos que se castigaban con la pena capital, en que miles de felones fueron deportados, y en que se perdieron miles de vidas en las guerras imperiales; un siglo que terminó con un serio empobrecimiento rural, a pesar de la «revolución» agrícola y los cada vez más abultados libros de registro de las rentas. Mientras tanto, los historiadores siguen teniendo una visión blanda de las cosas: las conferencias de historiadores del siglo XVIII tienden a ser lugares donde los blandos dirigen a los blandos. Trataremos de efectuar una reconstrucción menos tranquilizadora.

Han sido frecuentes las quejas en el sentido de que los términos «feudal», «capitalista» o «burgués» son demasiado imprecisos y abarcan fenómenos demasiado vastos y dispares para utilizarlos en un análisis serio. Ahora, sin embargo, nos encontramos con que se usan constantemente una serie de términos nuevos tales como «preindustrial», «tradicional», «paternalismo» y «modernización», que parecen estar expuestos a las mismas objeciones y cuya paternidad teórica es menos segura.

Puede ser interesante observar que mientras los términos del primer grupo dirigen la atención hacia el conflicto o la tensión dentro del proceso social, los del segundo parecen empujarte a ver la sociedad en términos de un orden sociológico que se regula a sí mismo. Se ofrecen a sí mismos, con científicismo especioso, como si estuvieran libres de valores. También tienen una intemporalidad misteriosa. Mi aversión particular va dirigida contra «preindustrial», tienda bajo cuyo techo se sientan, unos aliados de otros, los pañeros del oeste de Inglaterra, los plateros persas, los pastores guatemaltecos y los bandidos corsos.³⁷

No obstante, dejémosles felizmente en su bazar, intercambiando sus sorprendentes productos culturales, y examinemos más atentamente el

³⁴ M. K. Ashby, *Joseph Ashby of Tysoe*. Cambridge, 1961, y Londres, 1974.

³⁵ Véanse mis libros *Whigs and hunters*, Londres y Nueva York, 1975, y D. Hay, P. Linebaugh y E. P. Thompson, eds., *Albion's fatal tree*, Londres y Nueva York, 1975.

³⁶ P. Langford, *A polite and commercial people: England 1727-1783*, Oxford, 1989.

³⁷ El término «protoindustrial» introduce nuevas dificultades, pero es un concepto más preciso que «preindustrial» y preferible a efectos descriptivos.

término «paternalismo». En ciertos escritores, «patriarcal» y «paternal» parecen ser términos intercambiables, el uno dotado de una implicación más seria, el otro algo más suavizada. Los dos pueden realmente converger tanto en hecho como en teoría. En la descripción de Weber de las sociedades «tradicionales», el foco del análisis se centra en las relaciones familiares de la unidad tribal o la unidad doméstica, y desde este punto se extrapolan las relaciones de dominio y dependencia que vienen a caracterizar la sociedad «patriarcal» como totalidad; formas que él relaciona específicamente con formas antiguas y feudales de orden social. Laslett, que nos ha recordado apremiantemente la importancia central de la «unidad doméstica» económica en el siglo XVII, sugiere que ésta contribuyó a la reproducción de actitudes y relaciones patriarcales y paternales que impregnaron a la totalidad de la sociedad, y que quizá siguieron haciéndolo hasta el momento de la «industrialización». ³⁸ Marx, es verdad, tendía a considerar las actitudes patriarcales como características del sistema gremial de la Edad Media en que:

“...Los oficiales y aprendices de cada oficio se hallaban organizados como mejor cuadraba al interés de los maestros; la relación filial que les unía a los maestros de los gremios dotaba a éstos de un doble poder, por una parte, mediante su influencia sobre la vida toda de los oficiales y, por otra parte, porque para los oficiales que trabajaban con el mismo maestro éste constituía un nexo real de unión que los mantenía en cohesión frente a los oficiales de los demás maestros y los separaba de éstos...”

Marx afirmaba que en la «manufactura» estas relaciones eran sustituidas por «la relación monetaria entre el trabajador y el capitalista», pero, «en el campo y en las pequeñas ciudades, esta relación seguía teniendo un matiz patriarcal». ³⁹ Es este un amplio margen, sobre todo cuando recordamos que en cualquier época previa a 1840 la mayor parte de la población vivía en estas condiciones.

De modo que podemos sustituir «un matiz patriarcal» por el término «paternalismo», que es más suave. Podría parecer que este *quantum social* mágico, refrescado cada día en las innumerables fuentes del pequeño taller, la unidad doméstica económica, la propiedad territorial, fue lo bastante fuerte para impedir (excepto en casos aislados, durante breves episodios) el enfrentamiento de las clases, hasta que la industrialización lo trajo a remolque consigo. Antes de que esto ocurriera, no existía una clase obrera con conciencia de clase; ni conflicto de clase alguno de este tipo, sino simplemente fragmentos del proto-conflicto; la clase obrera no existía como agente histórico y, puesto que así es, la tarea tremadamente difícil de intentar descubrir cuál

³⁸ Esta impresión se daba en Peter Laslett, *The world we have lost*, 1965. Para una visión más estricta de las teorías del patriarcado véase G. Schocet, *Patriarchalism in political thought*, Nueva York, 1975.

³⁹ Esto procede de un pasaje muy general de *LA IDEOLOGÍA ALEMANA*, 1845. Vease Marx y Engels. *Collected works*, 1976, V, pp. 65-67.

era la verdadera conciencia social de los pobres que trabajaban y eran incapaces de expresarse claramente, sería tediosa e innecesaria. Nos invitan a pensar sobre la conciencia de oficio más que de la clase, sobre divisiones verticales más que horizontales. Podemos incluso hablar de una sociedad de «una clase». Examinemos las siguientes descripciones del *gentleman* terrateniente del siglo XVIII. El primero:

“...La vida de una aldea, un pueblo, una parroquia, una ciudad con mercado y su *hinterland*, todo un condado, podía desarrollarse en torno a la casa grande y su parque. Sus salones de recepción, jardines, establos y perreras eran el centro de la vida social local; su despacho, el centro donde se negocian las tenencias agrarias, los arrendamientos de minas y edificios, y un banco de pequeños ahorros e inversiones; su propia explotación agrícola, una exposición permanente de los mejores métodos agrícolas disponibles...; su sala de justicia... el primer baluarte de la ley y el orden; su galería de retratos, salón de música y biblioteca, el cuartel general de la cultura local; su comedor, el sostén de la política local.”

Y he aquí el segundo

“...En el curso de administrar su propiedad para sus propios intereses, seguridad y conveniencia, ejerció muchas de las funciones del Estado. Él era juez: resolvía disputas entre sus allegados. Era la policía: mantenía el orden entre un gran número de gente. Era la Iglesia: nombraba al capellán, generalmente algún pariente cercano con o sin formación religiosa, para velar por su gente. Era una agencia de bienestar público: cuidaba de los enfermos, los ancianos, los huérfanos. Era el ejército en caso de revuelta... armaba a sus parientes y criados como si fuera una milicia particular. Es más, mediante lo que se convirtió en un intrincado sistema de matrimonios, parentesco y patrocinio... podía solicitar la ayuda, en caso de necesidad, de un gran número de parientes en el campo o en las ciudades que poseían propiedades y poder similares a los suyos.”

Ambas son descripciones aceptables del *gentleman* terrateniente del siglo XVIII. No obstante, ocurre que una describe a la aristocracia o la gran *gentry* inglesa, la otra a los dueños de esclavos del Brasil colonial.⁴⁰ Ambas servirían, igualmente, y con mínimas correcciones, para describir a un patrón de la *campagna* en la antigua Roma. Y a uno de los terratenientes de *Almas muertas* de Gogol, un dueño de esclavos de Virginia,⁴¹ o los terratenientes de cualquier sociedad en la que la autoridad económica y social, poderes judiciales sumarios, etc., estuvieran unidos en un solo punto.

⁴⁰ Harold Perkin, *The origins of modern English society 1780-1800*, 1969, p. 42; Alexander Marchant, «Colonial Brazil», en X. Livermore, ed. *Portugal and Brazil: an introduction*, Oxford, 1953, p. 297.

⁴¹ véase Eugene D. Genovese, *The world of slaveholders made*, Nueva York, 1969, esp. p. 96.

Quedan, sin embargo, algunas dificultades. Podemos denominar a una concentración de autoridad económica y cultural «paternalismo» si así lo deseamos. Pero, si admitimos el término, debemos también admitir que es demasiado amplio para un análisis discriminatorio. Nos dice muy poco sobre la naturaleza del poder y el Estado, sobre las formas de propiedad, sobre la ideología y la cultura, y es incluso demasiado chato para distinguir entre modos de explotación, entre la mano de obra servil y libre.

Además, es una descripción de relaciones sociales vista desde arriba. Esta no la invalida, pero debemos ser conscientes de que esta descripción puede ser demasiado persuasiva. Si sólo nos ofrecen la primera descripción, entonces es muy fácil pasar de ésta a la idea de «una sociedad con una sola clase»; la casa grande se encuentra en la cumbre, y todas las líneas de comunicación llevan a su comedor, despacho o perreras. Es esta, en verdad, una impresión que fácilmente obtiene el estudioso que trabaja entre los documentos de propiedades particulares, los archivos de las *Quarter Sessions*, o la correspondencia del duque de Newcastle.

Pero pueden encontrarse otras formas de describir la sociedad además de la que nos ofrece Harold Perkin en el primero de los extractos. La vida de una parroquia puede igualmente girar en torno al mercado semanal, los festivales y ferias de verano e invierno, la fiesta anual de la aldea, tanto como alrededor de lo que ocurría en la casa grande. Las habladurías sobre la caza furtiva, el robo, el escándalo sexual y el comportamiento de los *overseers* de los pobres podían ocupar las cabezas de las gentes bastante más que las distantes idas y venidas arriba en el parque. La mayor parte de la comunidad campesina no tendría demasiadas oportunidades para ahorrar o invertir o para mejorar sus campos; posiblemente se sentían más preocupados por el acceso al combustible, a las turberas y a los pastos comunales que por la rotación de las cosechas.⁴² La justicia podía percibirse no como un «baluarte» sino como un tirano. Sobre todo, podía existir una radical disociación -en ocasiones antagonismo- entre la cultura e incluso la «política» de los pobres y aquellas de los grandes.

Pocos estarían dispuestos a negar esto. Pero las descripciones del orden social en el primer sentido, vistas desde arriba, son mucho más corrientes que los intentos de reconstruir una visión desde Abajo. Y siempre que se introduzca la noción de «paternalismo» es el primer modelo el que nos sugiere. Y el término no puede deshacerse de implicaciones normativas: sugiere calor humano, en una relación mutuamente admitida; el padre es consciente de sus deberes y responsabilidades hacia el hijo, el hijo está conforme o se muestra activamente complaciente con su condición filial. Incluso el modelo de la pequeña unidad económica doméstica conlleva (a pesar de los que lo niegan) un cierto sentido de intimidad emocional. Escribe Laslett:

⁴² Quizá se habrían llevado una sorpresa al saber que pertenecían a una «sociedad de consumo».

«hubo un tiempo en que toda la vida se desarrollaba en la familia, en un círculo de rostros amados y familiares, de objetos conocidos y mimados, todos de proporciones humanas».⁴³

Sería injusto contrastar esto con el recuerdo de que *Cumbres berrascosas* está enmarcado exactamente en una situación familiar como esta. Laslett nos recuerda un aspecto relevante de las relaciones económicas a pequeña escala, incluso si el calor se debía a la rebelión impotente contra una dependencia abyecta, con tanta frecuencia como al respeto mutuo. En los primeros años de la Revolución industrial, los trabajadores rememoraban a menudo los valores paternalistas perdidos; Cobbett y Oastler se explayaron ante el sentimiento de pérdida, Engels confirmó el agravio.

Pero esto plantea otro problema. El paternalismo como mito o ideología mira casi siempre hacia atrás. Se presenta en la historia inglesa menos como realidad que como un modelo de edad de oro antigua, recién finalizada, de la cual los actuales modos y maneras constituyen una degeneración. Y tenemos el *Country Justice* de Langhorne (1774):

*When thy good father held this wide domain,
The voice of sorrow never mourn'd in vain.
Sooth'd by his pity, by his bounty fed,
The sick found medicin, and the aged bread.
He left their interest to no parish care,
No bailiff urged his little empire there;
No village tyrant starved them, or oppress'd;
He learn'd their wants, and he those wants redress'd ...
The poor at hand their natural patrons saw,
And lawgivers were supplements of law!* *

Y continúa para negar que estas relaciones tengan alguna realidad en el momento:

*... Fashion's boundless sway
Has borne the guardian magistrate away.
Save in Augusta's streets, on Gallia's shores,
The rural patron is beheld no more ...* **

⁴³ véase Laslett, *ibid.*, p. 21.

* Cuando tu buen padre tenía este amplio dominio,/ La voz del dolor nunca lloró en vano. / Calmados por su piedad, por su abundancia alimentados,/ Los enfermos encontraban medicina y los ancianos pan./ Nunca abandonó sus intereses a los cuidados de la parroquia./ Ni hubo bailío alguno que impusiera allí su pequeño imperio;/ No hubo tirano de aldea que los matara de hambre o los oprimiera;/ Aprendió sus necesidades, y ellas satisfacía...// Los pobres veían a su lado a sus protectores naturales,/ Y los que impartían la ley sustituían a la ley misma.

** El viaje sin límites de las costumbres / Se ha llevado al magistrado guardián. / Excepto en las calles de Augusta, en las costas de Galia, / El patrón rural ya nunca se vislumbra ...

Pero podemos elegir las fuentes literarias como nos plazca. Podríamos retroceder unos sesenta o setenta años hasta sir Roger de Coverley, un tardío superviviente, un hombre singular y anticuado, y por ello al mismo tiempo ridículo y entrañable. Podríamos retroceder otros cien años hasta el Rey Lear, o hasta el «buen anciano» de Shakespeare, Adam; nuevamente los valores paternalistas se consideran «una antigualla», se deshacen ante el individualismo competitivo del hombre natural del joven capitalismo, en el que «el vínculo entre el padre y el hijo está resquebrajado» y donde los dioses protegen a los bastardos. O podemos seguir retrocediendo otros cien años hasta sir Thomas More. La realidad del paternalismo aparece siempre retrocediendo hacia un pasado aún más primitivo e idealizado.⁴⁴ Y el término nos fuerza a confundir atributos reales e ideológicos.

Para resumir: paternalismo es un término descriptivo impreciso. Tiene considerablemente menos especificidad histórica que términos como feudalismo o capitalismo; tiende a ofrecer un modelo de orden social visto desde arriba; contiene implicaciones de calor y de relaciones personales que suponen nociones valorativas; confunde lo real con lo ideal. No significa esta que debamos desechar el término por completa inutilidad para todo servicio. Tiene tanto, o tan poco, valor como otros términos descriptivos generalizados - autoritario, democrático, igualitario- que por si mismos, y sin sustanciales añadiduras, no pueden caracterizar un sistema de relaciones sociales. Ningún historiador serio debe caracterizar toda una sociedad como paternalista o patriarcal. Pero el paternalismo puede, como en la Rusia zarista, en el Japón meiji o en ciertas sociedades esclavistas, ser un componente profundamente importante no solo de la ideología, sino de la mediación institucional en las relaciones sociales.⁴⁵ Cuál es el estado de la cuestión con respecto a la Inglaterra del siglo XVIII?

⁴⁴ Raymond Williams, *The Country and the city*, Oxford, 1973, *passim*.

⁴⁵ El significado del análisis del paternalismo en la obra de Eugene D. Genovese, que culmina en *Roll, Jordan, Roll* (Nueva York, 1974), no puede ser una exageración. Lo que puede serlo, en opinión de los críticos de Genovese, es el grado de "reciprocidad" de la relación entre los dueños de esclavos y éstos y el grado de adaptación (o conformidad) aceptado por los esclavos en el «espacio para vivir» proporcionado por la manifiesta hegemonía de los amos (Herbert G. Gutmen, *The Black Family in Slavery and Freedom*, Nueva York, 1976, esp. pp. 309-326, y Eric Perkins, «*Roll, Jordan, Roll: A "Marx" for the Master Class*», *Radical History Review*, Nueva York, III, nº 4 (otoño 1976), PP. 41-59. En una respuesta provisional a sus críticos (*ibid.*, invierno 1976-1977), Genovese observa que suprimió 200 páginas sobre revueltas de esclavos en el hemisferio occidental (que aparecerán en un volumen subsiguiente); en la parte publicada se ocupó de «analizar la dialéctica de la lucha de clases y el duro antagonismo en una época en que la confrontación abierta de tipo revolucionario era mínima». Mientras que la situación de los esclavos y de los trabajadores pobres ingleses del siglo XVIII es difícilmente comparable, el análisis de Genovese de hegemonía y reciprocidad -y la polémica que le siguió- es de gran relevancia para los temas de este artículo.

II

Dejemos a un lado de inmediato una línea de investigación tentadora pero totalmente improductiva: la de intentar adivinar el peso específico de ese misterioso fluido que es el «matiz patriarcal», en este o aquel contexto y en distintos momentos del siglo. Comenzamos con impresiones; adornamos nuestros presentimientos con citas oportunas; terminamos con impresiones. Si observamos, por el contrario, la expresión institucional de las relaciones sociales, esta sociedad parece ofrecer pocos rasgos auténticamente paternalistas. Lo primero que notamos en ella es la importancia del dinero. La *gentry* terrateniente se clasifica no por nacimiento u otras distinciones de status, sino por sus rentas, es decir: tienen tantas libras al año. Entre la aristocracia y la *gentry* con ambiciones, los noviazgos los hacen los padres y sus abogados, que los llevan con cuidado hasta su consumación; el acuerdo matrimonial satisfactoriamente contraído. Destinos y puestos podían comprarse y venderse (siempre que la venta no fuera seriamente conflictiva con las líneas de interés político); los destinos en el ejército, los escaños parlamentarios, libertades, servicios, todo podía traducirse en un equivalente monetario: el voto, los derechos de libre tenencia, la exención de impuestos parroquiales o servicio de la milicia, la libertad de los burgos, las puertas en las tierras del común. Este es el siglo en que el dinero «lleva toda la fuerza», en el que las libertades se convierten en propiedades y se cosifican los derechos de aprovechamiento. Un palomar situado en una antigua tenencia libre puede venderse, y con él se vende el derecho a votar; los escombros de un antiguo caserío se pueden comprar para reforzar las pretensiones a derechos comunales y, por tanto, para cerrar un lote más del común.

Si los derechos de aprovechamiento, servicios, etc., se convirtieron en propiedades que se clasificaban con el valor de tantas libras, no siempre se convirtieron, sin embargo, en mercancías accesibles para cualquier comprador en el mercado libre. La propiedad asumía su valor, en la mayor parte de los casos, solo dentro de una determinada estructura de poder político, influencias, intereses y dependencia, que Namier nos dio a conocer. Los cargos titulares prestigiosos (tales como *rangers*, *keepers*, *constables*) y los beneficios que con ellos traían podían comprarse y venderse; pero no todo el mundo podía comprarlos o venderlos (durante los gobiernos de Walpole, ningún par *tory* o jacobita tenía probabilidades de éxito en este mercado); y el detentador de un cargo opulento que incurría en la desaprobación de políticos o Corte podía verse amenazado de expulsión mediante procedimientos legales. La promoción a los puestos más altos y lucrativos de la Iglesia, la justicia o las armas, se encontraba en situación similar. Los cargos se obtenían mediante la influencia política pero, una vez conseguidos, suponían normalmente posesión vitalicia, y el beneficiario debía exprimir todos los ingresos posibles de mismo mientras pudiera. La tenencia de sinecuras de Corte y de altos cargos políticos era mucho menos segura, aunque de ningún modo menos lucrativa: el conde de Ranelagh, el duque de Chandos, Walpole y Henry Fox, entre otros, amasaron fortunas durante su breve paso por el cargo de Pagador General. Y, por otra

parte, la tenencia de posesiones territoriales, como propiedad absoluta, era enteramente segura y hereditaria. Era tanto el punto de acceso para el poder y los cargos oficiales, como el punto al cual retornaban el poder y los cargos. Las rentas podían aumentarse mediante una administración competente y mejoras agrícolas, pero no ofrecían las ganancias fortuitas que proporcionaban las sinecuras, los cargos públicos, la especulación comercial o un matrimonio afortunado. La influencia política podía maximizar los beneficios más que la rotación de cuatro hojas, como, por ejemplo, facilitando la consecución de decretos privados, tales como el cercamiento, o el convertir un paquete de ingresas sinecuristas no ganados por vía normal en posesiones hipotecadas, allanando el camino para conseguir un matrimonio que uniera intereses armónicos o logrando acceso preferente a una nueva emisión de bolsa.

Fue esta una fase depredadora del capitalismo agrario y comercial, y el Estado mismo era uno de los primeros objetos de presa. El triunfo en la alta política era seguido por el botín de guerra, así como la victoria en la guerra era con frecuencia seguida por el botín político. Los jefes triunfantes de las guerras de Marlborough no sólo obtuvieron recompensas públicas, sino también enormes sumas sustraídas de la subcontratación militar de forrajes, transporte u ordenanzas; Marlborough recibió el palacio de Blenheim, Cobham y Cadogan los pequeños palacios de Stowe y Caversham. La sucesión hannoveriana trajo consigo una serie de bandidos-cortesanos. Pero los grandes Intereses financieros y comerciales requerían también acceso al Estado, para obtener cédulas, privilegios, contratos, y la fuerza diplomática, militar y naval necesarias para abrir el camino al comercio.⁴⁶ La diplomacia obtuvo para la *South Sea Company* el asiento, o licencia para el comercio de esclavos con la América española, y fue la expectativa de beneficios masivos de esta concesión lo que hinchó la South Sea Bubble. No se pueden hacer pompas (*bubble*) sin escupir, y los escupitajos en este caso tornaron la forma de sobornos no sólo a los ministros y a las queridas del rey, sino también (parece seguro) al mismo rey.

Estamos acostumbrados a pensar que la explotación es algo que ocurre sobre el terreno, en el momento de la producción. A principios del siglo XVIII se creaba la riqueza en este nivel primaria, pero se elevó rápidamente a regiones más altas, se acumuló en grandes paquetes y los verdaderos agostos se hicieron en la distribución, acaparamiento y venta de artículos o materias primas (lana, grano, carne, azúcar, paños, té, tabaco, esclavos), en la manipulación del crédito y en la incautación de cargos del Estado. Un bandido patrício compitió para lograr el botín del poder, y este solo hecho explica las

⁴⁶ No debemos olvidar que la gran investigación de Namier del carácter del sistema parlamentario se originó como estudio de «*The Imperial Problem during the American Revolution*», prefacio de la primera edición de *The Structure of Politics at the Accession of George III*. Desde la época de Namier, el «problema Imperial» y sus constantes presiones en la vida política y económica de Inglaterra ha sido despreciado con excesiva frecuencia, y después olvidado. Véase también los comentarios de Irfan Habib «*Colonialization on the Indian Economy, 1757-1900*», *Social Scientist*. Deihi n.º 22 esp pp. 25-30.

grandes sumas de dinero que estaban dispuestos a emplear en la compra de escaños parlamentarios. Visto desde esta perspectiva, el Estado no era tanto el órgano efectivo de una clase determinada como un parásito a lomos de la misma clase (*la gentry*) que había triunfado en 1688. Y así se veía, y se consideraba intolerable por muchos miembros de la pequeña *gentry tory* durante la primera mitad del siglo, cuyos impuestos y tierras veían transferidos por los medios más patentes a los bolsillos de los cortesanos y políticos *whig*, a la misma élite aristocrática cuyos grandes dominios se estaban consolidando frente a los pequeños, en estos años. Incluso hubo un intento por parte de la oligarquía, en la época del duque de Sunderland, de confirmarse institucionalmente y autoperpetuarse mediante la tentativa de lograr el *Peerage Bill* (Proyecto de Ley de Nobleza) y la *Septennial Act* (Ley Septenal). El que las defensas constitucionales contra esta oligarquía pudieran al menos sobrevivir a estas décadas se debió en gran medida a la obstinada resistencia de la *gentry* independiente rural, en gran parte *tory*, en ocasiones jacobita, apoyada una y otra vez por la multitud vociferante y turbulenta.

Todo esto se hacía en nombre del rey. En nombre del rey podían los ministros de éxito purgar incluso al más subordinado funcionaria del Estado que no estuviera totalmente sometido a sus intereses. «No hemos ahorrado medios para encontrar a todos los malvados, y hemos despedido a todos aquellos de los cuales teníamos la más mínima prueba, tanto de su actual como de su pasado comportamiento», escribían los tres serviles comisarios de Aduanas de Dublin al duque de Sunderland en agosto de 1715. Es «nuestro deber no permitir que ninguno de nuestros subordinados coma el pan de Su Majestad, si no tienen todo el celo y afecto imaginables hacia su servicio y el del Gobierno». ⁴⁷ Pero uno de los intereses primeros de los depredadores políticos era limitar la influencia del rey a la de *primus inter predatores*. Cuando al ascender Jorge III pareció dispuesto a prescindir de Walpole, resultó que era susceptible de ser comprado como cualquier político *whig*, aunque a más alto precio:

«...Walpole conocía su deber. Nunca fue soberano tratado con mayor generosidad. El Rey, 800.000 libras, más el excedente de todos los impuestos asignados a la lista civil, calculados por Hervey en otras 100.000 libras; la Reina, 100.000 libras al año. Corría el rumor de que Pulteney ofrecía más. Si así era, su incapacidad política era asombrosa. Nadie a excepción de Walpole podía haber esperado obtener tales concesiones a través de los Comunes ... una cuestión que el Soberano no tardó en captar... «Considera, Sir Robert.», dijo el Rey, ronroneando de gratitud mientras su ministro se disponía a dirigirse a los Comunes, «que lo que me tranquiliza en esta cuestión es lo que hará también su tranquilidad; va a decidirse para mi vida y para su vida.»⁴⁸

⁴⁷ MSS de Blenheim (Sunderland), D II, 8.

⁴⁸ J. H. Plumb. *Sir Robert Walpole*, 1969, rr, pp. 168-169.

Así que el deber de Walpole resulta ser el respeto mutuo de dos ladrones de cajas fuertes asaltando las cámaras del mismo banco. Durante estas décadas, los conocidos «recelos» *whig* de la Corona no surgían del miedo a que los monarcas hannoverianos realizaran un golpe de estado y pisotearan bajo sus pies las libertades de los súbditos al adquirir poder absoluto; la retórica se destinaba exclusivamente a las tribunas públicas. Surgía del miedo más real a que el monarca ilustrado encontrara medios para elevarse, como personificación de un poder imparcial, racionalizado y burocrático, por encima y mas allá del juego depredador. El atractivo de un rey tan patriótico hubiera sido inmenso, no solo entre la *gentry* menor, sino entre grandes sectores de la población: fue precisamente el atractivo de su imagen de patriota incorrupto lo que llevó a William Pitt, el mayor, al poder en una marca de aclamación popular, a pesar de la hostilidad de los políticos y de la corte.⁴⁹

«Los sucesores de los antiguos *Cavaliers* se habían convertido en demagogos; los sucesores de los *Roundheads* en cortesanos»,

dice Macaulay, y continúa:

«Durante muchos años, una generación de *whigs* que Sidney habría desdeñado por esclavos, continuaron librando una guerra a muerte con una generación de *Tories* a los cuales Jeffreys habría colgado por republicanos».⁵⁰

Esta caracterización no sobrevive mucho tiempo después de mediados el siglo. El odio entre *whigs* y *tories* se había suavizado mucho (y -para algunos historiadores- desaparecido) diez años antes del ascenso de Jorge III, y la subsiguiente «matanza de los inocentes Pelhamitas». Los supervivientes *tories* procedentes de la gran *gentry* volvieron a las comisiones de paz, recuperaron su presencia política en los condados y abrigaron esperanzas de compartir el botín del poder. Al ascender la manufactura en las escalas de riqueza frente al trasiego mercantil y la especulación, también ciertas formas de privilegio y corrupción se hicieron odiosas a los hombres adinerados, que llegaron a aceptar la palestra racionalizada e «imparcial» del mercado libre: ahora cada uno podía hacer su agosto sin la previa compra política en los órganos del Estado. El ascenso de Jorge III cambió de modos diversos los términos del juego político; la oposición sacó su vieja retórica liberal y le dio lustre. Para algunos adquirió (como en la ciudad de Londres) un contenido verdadero y

⁴⁹ P. D. Langford, «William Pitt and Public Opinion, 1757», *English Historical Review*, CCCXLVI (1973). Pero, cuando estuvo en el poder, el «patriotismo» de Pitt solo se limitó a la parte derecha del gobierno. La parte izquierda, Newcastle, «tomó el tesoro, el patronazgo civil y eclesiástico, y la disposición de aquella parte del dinero del servicio secreto empleado en aquel momento en sobornar a los miembros del Parlamento. Pitt era secretario de Estado, y tenía la dirección de la guerra y los asuntos exteriores. De modo que toda la porquería de todos las ruidosas y pestilentes alcantarillas del gobierno se virtió en un solo canal. Por los restantes canales solo pasó lo brillante y sin mácula» (T. B. Macaulay, *Critical and Historical Essays*, 1880, p. 747).

⁵⁰ *Ibid.*, p. 746.

renovado. Pero el rey desafortunadamente malogró todo intento de presentarse como rey ilustrado, como la cúspide de una burocracia desinteresada. Las funciones parasitarias del Estado se vieron bajo constante escrutinio y ataque a destajo (ataques contra *East India Company*, contra puestos y sinecuras, contra la apropiación indebida de tierras públicas, la reforma del impuesto de Consumos, etc.); pero su papel esencial parasitario persistió, «La Vieja Corrupción» es un término de análisis político más serio de lo que a menudo se cree; pues como mejor se entiende el poder político a lo largo de la mayor parte del siglo XVIII es, no como un órgano directo de clase o intereses determinados, sino como una formación política secundaria, un lugar de compra donde se obtenían o se incrementaban otros tipos de poder económico y social; en relación a sus funciones primarias era caro, ampliamente ineficaz, y sólo sobrevivió al siglo porque no inhibió seriamente los actos de aquellos que poseían poder económico o político (local) *de facto*. Su mayor fuente de energía se encontraba precisamente en la debilidad misma del Estado; en el desuso de sus poderes paternales, burocráticos y protecciónistas, en la posibilidad que otorgaba al capitalismo agrario, mercantil y fabril, para realizar su propia autorreproducción: en los suelos fériles que ofrecía al *laissez faire*.⁵¹

Pero raramente parece ser un suelo fértil para el paternalismo. Nos hemos acostumbrado a una visión algo distinta de la política del siglo XVIII, presentada por historiadores que se han acostumbrado a considerar la época en los términos de las apologías de sus principales actores.⁵² Si se advierte la corrupción, puede legitimarse mencionando un precedente; si los *whigs* eran depredadores, también lo eran los *tories*. No hay nada fuera de orden, todo está incluido en «los criterios aceptados de la época». Pero la visión alternativa que yo he ofrecido no debe producir sorpresas. Es, después de todo, la crítica de la alta política que se encuentra en *Los viajes de Gulliver* y en *Jonathan Wilde*, en parte en las sátiras de Pope y en parte en *Humphrey Clinker*, en «*Vanity of Human Wishes*» y «*London*» de Johnson y en el «*Traveller*» de Goldsmith. Aparece, como teoría política en la *Fábula de las abejas* de Mandeville y reaparece, de forma fragmentaria, en las *Political Disquisitions* de

⁵¹ Debo subrayar que esta es una visión del Estado vista desde «dentro». Desde «fuera», en su efectiva presencia militar, naval, diplomática e imperial, directa o indirecta (como en la paraestatal *East India Company*) debe verse con un aspecto mucho más agresivo. La mezcla de debilidad interna y fuerza externa, y el equilibrio entre ambas (en política de «guerra» y de «paz») nos conducen hasta la mayoría de las cuestiones de principio reales abiertas en la alta política de mediados del siglo XVIII. Era cuando la debilidad inherente a su parasitismo interno destruía sus venganzas en derrotas externas (la pérdida de Menorca y el sacrificio ritual del almirante Byng: el desastre americano) cuando los elementos de la clase dirigente se veían empujados por el *shock* fuera de meros faccionalismos y a una política de principios clasista.

⁵² Pero ha habido un cambio significativo en la reciente historiografía, hacia un tomar más en serio las relaciones entre los políticos y la nación política «sin puertas». Véase J. H. Plumb, «*Political Man*», en James L. Clifford, ed., *Man versus Society in Eighteenth-Century Britain*, Cambridge, 1968; y, notablemente, John Brewer, *Party Ideology and Popular Politics at the Accession of George III*, Cambridge, 1976; así como muchos otros estudios especializados.

Burgh.⁵³ En las primeras décadas del siglo, la comparación entre la alta política y los bajos fondos era un recurso corriente de la sátira:

Sé que para parecer aceptable a los hombres de alcurnia hay que esforzarse en imitarlos, y sé de que modo consiguen dinero y puestos. No me sorprende que el Talento necesario para ser un gran Hombre de Estado sea tan escaso en el mundo, dado que tan gran cantidad de los que lo poseen son segados en lo mejor de sus vidas en el *Old Baily*.

Así se expresaba John Gay, en una carta privada, en 1723.⁵⁴ La idea constituye la semilla de la *Beggar's Opera...* Los historiadores han desatendido generalmente esta imagen como hiperbólica. No deberían hacerlo.

Hay, desde luego, que hacer alguna salvedad. Pero una, sin embargo que *no puede* hacerse es que el parasitismo estaba frenado, o los recelos vigilados, por una clase media en progresivo aumento de profesionales e industriales, con fines claros y con cohesión.⁵⁵ Esta clase no empezó a descubrirse a sí misma (excepto, quizás, en Londres) hasta las tres últimas décadas del siglo. Durante la mayor parte del mismo, sus miembros potenciales se contentaban con someterse a una condición de abyecta dependencia. Excepto en Londres, hicieron pocos esfuerzos (hasta el *Association Movement* de finales de los años 1770) para librarse de las cadenas del soborno electoral y la Influencia eran adultos que consentían en su propia corrupción. Después de dos décadas de adhesión servil a Walpole, surgieron los Disidentes con su recompensa: 500 libras asignadas al meritorio clero. Cincuenta años pasaron sin que pudieran lograr la derogación del Test y las *Corporation Acts* (Leyes Corporativas). Como hombres de la Iglesia, la mayoría adulaban para obtener ascensos, cenaban y bromearan (con resignación) a la mesa de sus protectores y, como el párroco Woodforde, no se ofendían por recibir una propina del señor en una boda o un bautizo.⁵⁶ Como registradores, abogados, tutores, administradores, mercaderes, etc., se encontraban dentro de los límites de la dependencia; sus cartas respetuosas, en que solicitaban puestos o favores, están preservadas en las colecciones de manuscritos de los grandes.⁵⁷ (Como tales, las fuentes tienen la

⁵³ «En nuestra época la oposición está entre una Corte corrupta a la que se ha unido una innumerables multitud de todos los rangos y posiciones comprados con dinero público, y la parte independiente de la nación» (*Political Disquisitions, or an Enquiry into Public Errors, Defects and Abuses*, 1774). Ésta es por supuesto, también la crítica de la vieja oposición «rural» a Walpole.

⁵⁴ C. F. Burgess, ed., *Letters of John Gay*, Oxford, 1966, p. 45.

⁵⁵ Pero téngase en cuenta el análisis relevante en John Cannon, *Parliamentary Reform, 1640-1832*, Cambridge, 1973, p. 49, nota 1.

⁵⁶ «11 abril 1779... Había Coches en la Iglesia. El Sr. Costance, inmediatamente después de la ceremonia, se me acercó con el deseo de que aceptara un pequeño presente; estaba envuelto en un pedazo de papel blanco muy arreglado y, al abrirlo, vi que contenía no menos de la suma de 4.4.0. Dio también al oficial 0.10.6.» (*The Diary of a Country Parson*, 1963, p. 152).

⁵⁷ «El correo de todo miembro del Parlamento con las más mínimas pretensiones de influencia estaba repleto de ruegos y peticiones de votantes para ello sus parientes o subordinados. Puestos en las Aduanas y Consumos, en el Ejército, en la Armada, en la Iglesia, en las Compañías de India Oriental, África y Levante, en todos los departamentos del Estado desde

tendencia historiográfica a sobredestacar el elemento de deferencia en la sociedad del siglo XVIII; un hombre en la situación, forzosa, de solicitar favores no revelará su verdadera opinión.) En general, las clases medias se sometieron a una relación de clientelismo. Ocasionalmente un individuo podía librarse, pero incluso las artes permanecieron coloreadas por su dependencia de la liberalidad de sus mecenas.⁵⁸ El aspirante a profesional o comerciante buscaba menos el remedio a su sentimiento de agravio en la organización social que en la movilidad social (o geográfica, a Bengala, o al «Occidente» de Europa: al Nuevo Mundo). Intentaba comprar la inmunidad a la deferencia adquiriendo la riqueza que le proporcionaría «independencia» o tierras y status de *gentry*.⁵⁹ El profundo resentimiento generado por esta condición de «cliente», con sus concomitantes humillaciones y sus obstáculos para la carrera abierta al talento, movió gran parte del radicalismo intelectual de principios de los años 1790; sus ascuas abrasan los pies incluso en los tranquilos y racionalistas períodos de la prosa de Godwin.

De modo que, al menos durante las primeras siete décadas del siglo, no encontramos clase media alguna, industrial o profesional que ejerza una limitación efectiva a las operaciones del depredador poder oligárquico. Pero, si no hubiera habido frenos de ninguna clase, ningún atenuante al dominio parasitario, la consecuencia habría sido necesariamente la anarquía, una facción haciendo presa sin restricción sobre otra. Los principales atenuantes a este dominio eran cuatro,

Primero, ya hemos hablado de la tradición en gran medida *tory* de la pequeña *gentry* independiente. Esta tradición es la única que sale de la primera mitad del siglo cubierta de honor; reaparece, con manto *whig*, en el *Association Movement* de los años 1770.⁶⁰ En segundo lugar, está la prensa: en sí misma

porteros a funcionarios: trabajos en la corte para la verdadera *gentry* o Sinecuras en Irlanda, el cuerpo diplomático, o cualquier otro lugar donde los deberes fueran ligeros y los salarios estables» (J. H. Plumb, «Political Man», en *op. cit.*, p. 6).

⁵⁸ De aquí la iracunda nota de Blake a sir Joshua Reynolds: «iLiberalidad! no queremos Liberalidad. Queremos precios justos y Valores Proporcionados y una demanda general para el Arte» (Geoffrey Keynes ed *The Complete Writings of William Blake*, 1957, p. 446).

⁵⁹ Para comentarios terribles sobre deferencia e independencia véase Mary Thrale, ed., *The Autobiography of Francis Place*, Cambridge: 1972, pp. 216-218, 250. El afortunado mercader de Birmingham, William Hutton, anota en su autobiografía la forma en que llegó a comprar tierra por primera vez (en 1766 a la edad de 43 años): «Desde que tenía ocho años había desarrollado el amor a la tierra, y a menudo preguntaba acerca de ella, y deseaba tener alguna propia. Este ardiente deseo del barro nunca me abandonó... » (*The Life of William Hutton*, 1817, p. 177).

⁶⁰ Aunque la oposición del campo a Walpole tenía demandas centrales que eran formalmente democráticas (parlamentos anuales, disminución de funcionarios y de la corrupción, terminar con el ejército regular, etc.), la democracia que se pedía era desde luego limitada, en general, a la *gentry* terrateniente (frente a los intereses monetarios y de la Corte), como quedaba claro en la constante defensa *tory* de las cualificaciones de propiedad territorial para los miembros del Parlamento. Véase el útil análisis de Quentin Skinner (que, sin embargo, no toma en consideración la dimensión de la nación política «sin puertas» a la que apeló Bolingbroke), «*The Principles and Practice of Opposition: The Case of Bolingbroke versus Walpole*», en Neil

una especie de presencia de clase media, adelantándose a otras expresiones articuladas, una presencia que extiende su alcance al extenderse la alfabetización, y al aprender por si misma a ejercer y conservar sus libertades.⁶¹ En tercer lugar, existe «la Ley», elevada durante este siglo a un papel más prominente que en cualquier otro período de nuestra historia, y que servía como autoridad «imparcial» arbitrante en lugar de la débil y nada ilustrada monarquía, una burocracia corrupta e ineficaz, y una democracia que ofrecía a las activas intromisiones del poder poco más que una retórica sobre su linaje. El Derecho Civil proporcionaba a los intereses en competencia una serie de defensas de su propiedad, y las reglas del juego sin las que todo ello habría caído en la anarquía. (El Derecho Criminal, que estaba en su mayor parte dirigido contra la gente de tipo disoluto o levantino, presentaba un aspecto totalmente distinto.) En cuarto y último lugar, está la omnipresente resistencia de la multitud: una multitud que se extendía en ocasiones desde la pequeña *gentry*, pasando por los profesionales, hasta los pobres (y entre todos ellos, los dos primeros grupos intentaron en ocasiones combinar la oposición al sistema con el anonimato), pero que a ojos de los grandes aparecía, a través de la neblina del verdor que rodeaba sus parques, compuesta de «tipos disolutos y levantiscos». La relación entre la *gentry* y la multitud es el tema particular de este trabajo

III

Pero lo que a mí me preocupa, en este punto, no es tanto cómo se expresaba esta relación (ello ha sido, y continúa siendo, uno de los temas centrales de mi trabajo) cuanto las implicaciones teóricas de esta formación histórica en particular para el estudio de la lucha de clases. En «*Patrician Society, Plebeian Culture*»⁶² he dirigido la atención hacia la erosión real de las formas de control paternalistas por la expansión de la mano de obra «libre», sin amos. Pero, aun cuando este cambio es sustancial y tiene consecuencias significativas para la vida política y cultural de la nación, no representa una «crisis, del antiguo orden. Está contenido en las viejas estructuras de poder y la hegemonía cultural de la *gentry* no se ve amenazada, siempre que la *gentry* satisfaga

Mc Kendrick, ed., *Historical perspectives*, 1974; H. T. Dickinson, «The Eighteenth-Century Debate on the "Glorious Revolution"», *History*, LXI, n.º 201 (febrero 1976), pp. 36-40; y (para la continuidad entre la plataforma del viejo partido del Campo y los nuevos *whigs* radicales), Brewer, *op. cit.*, pp. 19, 253-255. Los *whigs* hannoverianos también apoyaban las cualificaciones de gran propiedad para los miembros del Parlamento (Cannon, *op. cit.*, p. 36).

⁶¹ Véase Brewer, *op. cit.*, cap. 8; y, para un ejemplo de su extensión provincial, John Money, «*Taverns, Coffee Houses and Clubs: Local Politics and Popular Articulacy in the Birmingham Area in the Age of the American Revolution*», *Historical Journal*, XIV, n.º 1 (1971).

⁶² Los siguientes tres párrafos ofrecen un resumen de mi artículo en el *Journal of Social History*, VII, n.º 4 (verano 1974).

ciertas expectativas y realice ciertos (parcialmente teatrales) papeles. Existe, sin embargo, una reciprocidad en la relación *gentry*-plebe. La debilidad de la autoridad espiritual de la Iglesia hizo posible el resurgir de una cultura plebeya extraordinariamente vigorosa fuera del alcance de controles externos. Y lejos de resistirse a esta cultura, en las décadas centrales del siglo, la *gentry* más tradicional le otorgó un cierto favor o lisonja.

«Existe una mutualidad en esta relación que es difícil no analizar al nivel de relación de clase.»

Yo acepto el argumento de que muchos artesanos urbanos revelaban una conciencia «vertical» del «Oficio» (en lugar de la conciencia «horizontal» de la clase obrera industrial *madura*). (*Este es uno de los motivos por los que he adoptado el término plebe* preferentemente al de clase obrera)⁶³ Pero esta conciencia vertical no estaba atada con las cadenas diamantinas del consenso a los gobernantes de la sociedad. Las fisuras características de esta sociedad no se producían entre patronos y trabajadores asalariados (como en las clases «horizontales»), sino por las cuestiones que dan origen a la mayoría de los motines: cuando la plebe se unía como pequeños consumidores, o como pagadores de impuestos o evasores del impuesto de consumos (contrabandistas), o por otras cuestiones «horizontales», libertarias, económicas o patrióticas. No sólo era la conciencia de la plebe distinta a la de la clase obrera industrial sino también sus formas características de revuelta: corno, por ejemplo, la tradición anónima, el «contrateatro» (ridículo o ultraje de los símbolos de autoridad) y la acción rápida y directa.

Yo sostengo que debemos considerar a la multitud «como era, *suī generis*, con sus propios objetivos, operando dentro de una compleja y delicada polaridad de fuerzas en su propio contexto». Y veo la clave crítica de este equilibrio estructural en la relación *gentry*-multitud en el «recelo» de la *gentry* hacia el Estado, la debilidad de los órganos de éste y la especial herencia legal. «El precio que la aristocracia y *gentry* pagaron a cambio de una monarquía limitada y un Estado débil era, forzosamente, dar licencia a la multitud. Este es el contexto central estructural de la reciprocidad de relaciones entre gobernantes y gobernados».

⁶³ Hay otros motivos; y uno es históricamente específico a la sociedad británica del siglo XVIII, y es posible que destaque que yo no doy «plebe» como término universalmente válido de todas las sociedades en la «etapa» de «protoindustrialización». Para la clase dominante británica, el mundo grecorromano (más específicamente la Roma republicana) proporcionaba un modelo sociológico y político muy coherente con respecto al cual median sus propias problemas y conducta. Como ha observado Alasdair Mac Intire: «Para la naciente sociedad burguesa, el mundo grecorromano proporcionaba el manto que llevan los valores humanos». La educación clásica ofrecía «el estudio de toda una sociedad, del lenguaje, la literatura, la historia y la filosofía de la cultura grecorromana» («*Breaking the Chains of Reason*», en E. P. Thompson, ed., *Out of Apathy*, 1960, p. 205; véase también Brewer, *op. cit.*, pp. 258-259). En momentos de autorreflexión y autodramatización, los gobernantes de la Inglaterra del siglo XVIII se veían como patricios y al pueblo como plebe.

No era un precio que se pagara con gusto. A lo largo de la primera mitad del siglo, en particular, los *whigs* detestaban a la licenciosa multitud. Por lo menos desde la época de los motines de Sachaverell buscaron la oportunidad de frenar su acción.⁶⁴ Ellos fueron los autores del *Riot Act* (Ley de Motines). En el momento de la subida de Walpole hubo indudables intentos de encontrar una solución más autoritaria al problema del poder y el orden. El ejército permanente se convirtió en uno de los recursos normales de gobierno.⁶⁵ El patronazgo local se apretó y se limitaron los obstáculos electorales.⁶⁶ Durante el mismo Parlamento que aprobó el *Black Act* (Ley Negra), un comité nombrado para estudiar las leyes relativas a los trabajadores agrícolas informó a favor de que se extendieran amplios poderes disciplinarios sobre toda la mano de obra: los jueces de paz debían tener autoridad para obligar a los trabajadores masculinos no casados a cumplir un servicio anual, debía consolidarse la estimación de jornales, los jueces de paz debían tener poderes para vincular a los trabajadores que dejaran su trabajo sin terminar, y mayores poderes aún para castigar a servidores holgazanes y revoltosos.⁶⁷ El proyecto sin fechar de «secciones de una ley para evitar tumultos y mantener la paz en las elecciones» que se encuentra entre los papeles de Walpole, indica que algunos de sus allegados deseaban ir más lejos: «Las personas nocivas o alborotadoras... frecuentemente se reúnen de modo tumultuoso o amotinado» en las ciudades durante las elecciones. Entre los remedios que se proponían se encontraba la rigurosa exclusión de toda persona no habitante o votante de estas ciudades durante el período de votación; el nombramiento de condestables extraordinarios con poderes extraordinarios; multas y penas por causar desórdenes electorales, romper ventanas, tirar piedras, etc., debiendo *doblar* el castigo en los casos de delincuentes que no fueran votantes; y la prohibición de «todo tipo de Banderas, Estandartes, Colores o Insignias»,

⁶⁴ Es asombroso que le recuerden a uno que el duque de Newcastle hizo su aprendizaje político congregando una multitud, como recordaba él en 1768 («Adoro a la muchedumbre, una vez yo mismo me puse a la cabeza de una. Debemos la sucesión hannoveriana a la muchedumbre»). Para el breve episodio de la organización de muchedumbres camorristas rivales en Londres a la subida de Jorge I, véase James L. Fitts, «Newcastle's Mob», *Albion*, n.º 1 (primavera 1973), pp. 41-49; y Nicholas Rogers, «Popular Protest in Early Hanoverian London», *Past and Present* (de próxima aparición).

⁶⁵ Skinner, *op. cit.*, pp. 96-97.

⁶⁶ El cambio crítico hacia una oligarquía disciplinada se produce a comienzos de los años 1720: es decir, en el momento en que la ascendencia de Walpole anuncia «estabilidad política». La energía de un electorado en expansión, indiferenciado, ha sido mostrado en bastantes estudios: J. H. Plumb, «The Growth of the Electorate in England from 1600 to 1715», *Past and Present*, XLV (1969); W. A. Speck, *Tory and Whig: The Struggle in the Constituencies, 1701-1715*, 1970. Esta da un relieve mucho más preciso al proceso contrario, después de 1715 y el *Septennial Act* (1716): las determinaciones cada vez más estrechas de la Cámara sobre el voto local (véase Cannon *op. cit.*, p. 34, y su útil capítulo «Pudding Time» en general); la compra y control de distritos; el desuso de las elecciones, etc. Además de Cannon véase W. A. Speck, *Stability and Strife*, 1977, pp. 16-19, 164. Brewer, *op. cit.* p. 6; y especialmente el muy meticuloso análisis de Geoffrey Holmes, *The Electorate and the National Will In the First Age of Party*, University of Lancaster, 1976.

⁶⁷ *Commons Journals*, XX (11 febrero 1723-4).

divisas o distintivos políticos.⁶⁸ No se permitida ni la acción directa, ni las actuaciones públicas y banderas de la multitud sin derecho al voto. La ley, sin embargo, nunca alcanzó el libro de estatutos. Estaba, incluso para el *Gran Hombre*, más allá de los límites de lo posible. Cualquier licencia otorgada a la multitud por los *whigs* durante estos años surgía menos de sentimientos de libertad que de un sentido realista de estos límites. Y ellos, a su vez, eran impuestos por un especial equilibrio de fuerzas que no puede, después de todo, ser analizado sin recurrir al concepto de clase.

IV

Parece necesario, una vez más, explicar cómo entiende el historiador -o cómo entiende *este* historiador- el término «clase». Hace unos quince años concluí un trabajo, algo prolongado, de análisis de un momento particular de la formación de las clases. En el prefacio hice algunos comentarios sobre las clases que concluían: «La clase es definida por los hombres al vivir su propia historia, y, al final, es la única definición»⁶⁹ Se supone hoy, generalmente entre una nueva generación de teóricos marxistas, que esta afirmación tiene que ser o bien «inocente» o (peor aún) «no inocente»: es decir, evidencia de una ulterior entrega al empirismo, historicismo, etc. Estas personas tienen formas mucho mejores para definir la clase: definiciones que pueden, además, ser rápidamente aprehendidas dentro de la práctica teórica y que no conllevan la fatiga de la investigación histórica.

El prefacio era, no obstante, ponderado y surgía tanto de la práctica histórica como de la teórica. (Yo no partía de las conclusiones del prefacio éste expresaba mis conclusiones.) En términos generales, y después de más de quince años de práctica, yo sostendría las mismas conclusiones. Pero quizás debiera reformularlas y matizarlas.

1) Clase, según mi uso del término, es una categoría histórica; es decir, está derivada de la observación del proceso social a lo largo del tiempo. Sabemos que hay clases porque las gentes se han comportado repetidamente de modo clasista; estas sucesos históricos descubren regularidades en las respuestas a situaciones similares, y en un momento dado (la formación «madura» de la clase) observamos la creación de instituciones y de una cultura con notaciones de clase que admiten comparaciones transnacionales. Teorizamos sobre esta evidencia como teoría general sobre las clases y su formación, y esperamos encontrar ciertas regularidades, «etapas» de desarrollo, etcétera.

⁶⁸ Cambridge University Library, C(holmondeley) H(oughton) MSS, P 64 (39).

⁶⁹ *The Making of the English Working Class* (edición Pelican), p. 11. [Hay trad. cast.: La Formación histórica de la clase obrera Inglesa, trad. de Angel Abad, .3 vols., Laia, Barcelona, 1977.]

2) Pero, en este punto, se da el caso en exceso frecuente de que la teoría preceda a la evidencia histórica sobre la que tiene como misión teorizar. Es fácil suponer que las clases existen, no como un proceso histórico, sino dentro de nuestro propio pensamiento. Desde luego no admitimos que estén sólo en nuestras cabezas, aunque gran parte de lo que se argumenta sobre las clases sólo existe de hecho en nuestro pensamiento. Por el contrario, se hace teoría de modelos y estructuras que deben supuestamente proporcionarnos los determinantes objetivos de la clase: por ejemplo como expresiones de relaciones diferentes de producción.⁷⁰

3) Partiendo de este (falso) razonamiento surge la noción alternativa de clase como una categoría *estática*, o bien sociológica o heurística. Ambas son diferentes, pero ambas emplean categorías de estasis. Según una muy popular (generalmente positivista) tradición sociológica, *clase* puede ser reducida a una auténtica medida cuantitativa: determinado número de seres en esta u otra relación a los medios de producción, o, en términos más corrientes, determinado número de asalariados, trabajadores de cuello blanco, etc. O *clase* es aquello a lo que la gente *cree* pertenecer en su respuesta a un formulario; nuevamente la clase como categoría histórica -la observación del comportamiento a través de tiempo- ha sido dejada de lado.

4) Quisiera decir que el uso marxista apropiado y mayoritario de clase es el de categoría histórica. Creo poder demostrar que es este el uso del mismo Marx en sus escritos más históricos, pero no es este el lugar para hablar de autoridades en sus escritos. Es sin duda el uso de muchos (aunque no todos) de los que se encuentran en la tradición británica de historiografía marxista, especialmente de la generación mayor.⁷¹ No obstante, ha quedado claro en años recientes que *clase* como categoría estática ha ocupado también sectores muy influyentes del pensamiento marxista. En términos económicos vulgares, esto es sencillamente el gemelo de la teoría sociológica positivista. De un modelo estático de relaciones de producción capitalista se derivan las clases que tienen que corresponder al mismo, y la conciencia que corresponde a las clases y sus posiciones relativas.

En una de sus formas (generalmente llamada «*leninista*»), bastante extendida, esto proporciona una fácil justificación para la política de «sustitución»: es decir, la «vanguardia» que sabe mejor que la clase misma cuáles deben ser los verdaderos intereses (y conciencia) de ésta. Si

⁷⁰ No es mi intención sugerir que un análisis estructural estático como éste no pueda ser tanto valioso como esencial. Pero lo que nos da es una lógica determinante (en el sentido de «poner límites» y «ejercer presiones»: véase el análisis de importancia crítica del determinismo en Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Oxford, 1977), y no la conclusión o la ecuación históricas: que estas relaciones de producción = a estas formaciones de clase.

⁷¹ Según mi opinión, es el uso que generalmente se encuentra en la práctica histórica de Rodney Hilton, E. J. Hobsbawm, Christopher Hill, y muchos otros .

ocurriría que «ésta» no tuviera conciencia alguna, sea lo que fuere lo que tenga, es una «falsa conciencia». En una forma alternativa (mucho más sofisticada) -por ejemplo, en Althusser- todavía encontramos una categoría profundamente estática; una categoría que sólo halla su definición dentro de una totalidad estructural altamente teorizada, que desestima el verdadero proceso *experimental* histórico de la formación de las clases. A pesar de la sofisticación de esta teoría, los resultados son muy similares a la versión vulgar económica. Ambas tienen una noción parecida de «falsa conciencia» o «ideología», aunque la teoría althusseriana tiende a tener un arsenal teórico mayor para explicar el dominio ideológico y la mystificación de la conciencia.

5) Si volvemos a la clase como categoría histórica, es posible ver que los historiadores pueden emplear el concepto en dos sentidos diferentes: a) referido a un contenido histórico real correspondiente, empíricamente observable; b) como categoría heurística o analítica para organizar la evidencia histórica, con una correspondencia mucho menos directa.⁷² En mi opinión, el concepto puede utilizarse con propiedad en ambos sentidos; no obstante, surge a menudo la confusión cuando nos trasladamos de uno al otro.

a) Es cierto que el uso moderno de *clase* surge del marco de la sociedad industrial capitalista del siglo XIX. Esta es, *clase* según su uso moderno sólo fue asequible al sistema cognoscitivo de las gentes que vivían en dicha época. De aquí que el concepto no sólo nos permita organizar y analizar la evidencia; está también, en un sentido distinto, *presente en la evidencia misma*. Es posible observar, en la Inglaterra, Francia o Alemania industriales, instituciones de clase, partidos de clase, culturas de clase, etc. Esta evidencia histórica a su vez ha dado origen al concepto maduro de clase y, hasta cierto punto, le ha imprimido su propia especificidad histórica.

b) Debemos guardarnos de esta (anacrónica) especificidad histórica cuando empleamos el término en su segundo sentido para el análisis de sociedades anteriores a la revolución industrial. Pues la correspondencia de la categoría con la evidencia histórica se hace mucho menos directa. Si la clase no era un concepto asequible dentro del propio sistema cognoscitivo de la gente, si se consideraban a sí mismos y llevaban a cabo sus batallas históricas en términos de «estados» o «jerarquías» u «órdenes», etc., entonces al describir estas luchas históricas en términos de *clase* debemos extremar el cuidado contra la tendencia a leer retrospectivamente

⁷² Cf. E. I. Hobsbawm, «*Class Consciousness in History*», en Istvan Meszaros, ed., *Aspects of History and Class Consciousness*, 1971, p. 8: «Bajo el capitalismo la *clase* es una realidad inmediata y en cierto sentido directamente *experimentada*, mientras que en épocas precapitalistas no puede ser más que una construcción analítica que da sentido a un complejo de datos de otro modo inexplicables». Véase también *ibid.*, pp. 5-6.

notaciones subsecuentes de clase. Si decidimos continuar empleando la categoría heurística de clase (a pesar de esta dificultad omnipresente), no es por su perfección como concepto, sino por el hecho de que no disponemos de otra categoría alternativa para analizar un proceso histórico universal y manifiesto. Por ello no podemos (en el idioma inglés) hablar de «lucha de estados» o lucha de órdenes», mientras que «lucha de clases» ha sido utilizado, no sin dificultad pero con éxito notable, por los historiadores de sociedades antiguas, feudales y modernas tempranas; y estas historiadores, al utilizarla, le han impuesto sus propios refinamientos y matizaciones al concepto con respecto a su propia especialidad histórica.

6) Esto viene a destacar, no obstante, que clase, en su uso heurístico, es inseparable de la noción de «lucha de clases». En mi opinión, se ha prestado una atención teórica excesiva (gran parte de la misma claramente ahistórica) a «clase» y demasiado poca a «lucha de clases». En realidad, lucha de clases es un concepto previo, así como mucho más universal. Para expresarlo claramente: «las clases» no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso histórico real.⁷³ Pero, si empleamos la categoría de clase de manera estática, o si obtenemos nuestro concepto del modelo teórico previo de una totalidad estructural, no lo creeremos así: creeremos que la clase está instantáneamente presente (derivada, como una proyección geométrica de las relaciones de producción) y *de ello* la lucha de clases.⁷⁴ Estamos abocados, entonces, a las interminables estupideces de la medida cuantitativa de clase, o del sofisticado marxismo newtoniana según el cual las clases y las fracciones de clase realizan evoluciones planetarias o moleculares. Todo este escuálido confusionismo que nos rodea (sea positivismo sociológico o idealismo «marxista» estructuralista) es

⁷³ Cf. Hobsbawm, *ibid.*, p. 6: Para los propósitos del historiador... la clase y los problemas de la conciencia de clase son inseparables. Clase en su sentido más pleno solo llega a existir en el momento histórico en que la clase empieza a adquirir conciencia de si misma como tal».

⁷⁴ La economía política marxista, en un proceso analítico necesario, construye una totalidad en la cual las relaciones de producción se proponen ya como clases. Pero cuando volvemos desde esta estructura abstracta al proceso histórico pleno, vemos que la explotación (económica, militar) se experimenta de modos clasistas y solo entonces da origen a la formación de clases: véase mi... *An Orrery of Errors., Reasoning, One*, Merlin Press, septiembre 1978.

consecuencia de un error previo: el que afirma que las clases existen, independientemente de relaciones y luchas históricas, y que luchan *porque* existen, en lugar de surgir su existencia de la lucha.

7) Espero que nada de lo escrito anteriormente haya dado alimento a la noción de que yo creo que la formación de clases es independiente de determinantes objetivos, o que *clase* puede definirse simplemente como una *formación cultural*, etc. Todo ello, espero, ha sido refutado por mi propia práctica histórica, así como por la de otros muchos historiadores. Es cierto que estas determinantes objetivos exigen el examen más escrupuloso.⁷⁵ Pero no hay examen de determinantes objetivos (y desde luego, modelo teórico obtenido de él) que pueda ofrecer una clase o conciencia de clase en una ecuación simple. Las clases acaecen al vivir los hombres y las mujeres sus relaciones de producción y al *experimentar* sus situaciones determinantes, dentro «del conjunto de relaciones sociales», con una cultura y unas expectativas heredadas, y al modelar estas experiencias en formas culturales. De modo que, al final, ningún modelo puede proporcionarnos lo que debe ser la «verdadera» formación de clase en una determinada «etapa» del proceso. Ninguna formación de clase propiamente dicha de la historia es más verdadera o más real que otra, y cada clase se define a si misma en su efectivo acontecer.

Las clases, en su acontecer dentro de las sociedades industriales capitalistas del siglo XIX, y al dejar su huella en la categoría heurística de clase, no pueden de hecho reclamar universalidad. Las clases, en este sentido, no son más que casos especiales de las formaciones históricas que surgen de la lucha de clases.

V

Volvamos, pues, al caso especial del siglo XVIII. Debemos esperar encontrar lucha de clases, pero no tenemos por qué esperar encontrar el caso especial del siglo XIX. Las clases son formaciones históricas y no aparecen solo en los modos prescritos como teóricamente adecuados. El hecho de que en otros lugares y períodos podamos observar formaciones de clase «maduras» (es decir, conscientes e históricamente desarrolladas) con sus expresiones ideológicas e institucionales, no significa que lo que se exprese de modo menos decisivo no sea *clase*.

⁷⁵ Para los determinantes de la estructura de clase (y de la propiedad de relaciones de extracción de la plusvalía) que imponen límites, posibilidades, y «modelos a largo plazo» en las sociedades de la Europa preindustrial, véase Robert Brenner, «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe», *Past and Present*, LXX (febrero 1976), esp. pp. 31-32.

En mi propia práctica he encontrado la reciprocidad *gentry*-multitud, el «equilibrio paternalista» en el cual ambas partes de la ecuación eran, hasta cierto punto, prisioneras de la contraria, más útil que las nociones de «sociedad de una sola clase» o de consenso. Lo que debe ocuparnos es la polarización de intereses antagónicos y su correspondiente dialéctica de la cultura. Existe una resistencia muy articulada a las ideas e instituciones dominantes de la sociedad en los siglos XVII y XIX: de ello que los historiadores crean poder analizar estas sociedades en términos de conflicto social. En el siglo XVIII la resistencia es menos articulada, aunque a menudo muy específica, directa y turbulenta. Por ello debemos suplir parcialmente esta articulación descifrando la evidencia del comportamiento y en parte dando la vuelta a los blandos conceptos de las autoridades dirigentes para mirar su envés. Si no lo hacemos, corremos el peligro de convertirnos en prisioneros de los supuestos de la propia imagen de los gobernantes: donde los trabajadores libres se consideran de «tipo absoluto y levantino», los motines espontáneos y «ciegos»; y ciertas clases importantes de protesta social se pierden en la categoría de «delito». Pero existen unos pocos fenómenos sociales que no revelan un significado distinto al ser sometidos a este examen dialéctico.

La exhibición ostentosa, las pelucas empolvadas y el vestido de los grandes deben también considerarse -como se quería que fueran considerados- desde abajo, entre el auditorio del teatro de hegemonía y control clasista. Incluso la «liberalidad» y la «caridad» deben verse como actos premeditados de apaciguamiento de clase en momentos de escasez y extorsión premeditada (bajo la amenaza de motín) por parte de la multitud: lo que es (desde arriba) un «acto de concesión», es (desde abajo) un «acto de lograr». Una categoría tan sencilla como la de «robo» puede resultar ser, en ciertas circunstancias, evidencia de los intentos prolongados, por parte de la comunidad agraria, de defender prácticas antiguas de derechos al común, o de los jornaleros de defender los emolumentos establecidos por la costumbre. Y siguiendo cada una de estas claves hasta su punto de intersección, se hace posible reconstruir una cultura popular establecida por la costumbre, alimentada por experiencias muy distintas de las de la cultura educada, transmitida por tradiciones orales, reproducida por ejemplos (quizás al avanzar el siglo, cada vez más por medios literarios), expresada en símbolos y ritos, y muy distante de la cultura de los que tienen el dominio de Inglaterra.

Yo dudaría antes de describir esto como *cultura de clase*, en el sentido que se puede hablar de una cultura obrera, en la que los niños se incorporan a la sociedad con un sistema de valores con patentes connotaciones de clase, en el siglo XIX. Pero no puedo entender esta cultura, en su nivel experimental, en su resistencia a la homilía religiosa, en su picaresca mofa de las próvidas virtudes burguesas, en su fácil recurso al desorden y en sus actitudes irónicas hacia la ley, a menos que se utilice el concepto de antagonismos, adaptaciones y (en ocasiones) reconciliaciones dialécticas, de clase.

Al analizar las relaciones *gentry*-plebe, nos encontramos no tanto con una reñida e inflexible batalla entre antagonismos irreconciliables, como con un «campo de fuerza» societal. Estoy pensando en un experimento escolar (que sin duda no he comprendido correctamente) en que una corriente eléctrica magnetizaba una placa cubierta de limaduras de hierro. Las limaduras, que estaban uniformemente distribuidas, se arremolinaban en un polo o en otro, mientras que entre medias las limaduras que permanecían en su lugar tomaban el aspecto de alineaciones dirigidas hacia uno u otro polo opuesto,

Así es prácticamente como veo yo la sociedad del siglo XVIII, con la multitud en un polo, la aristocracia y la *gentry* en otro, y en muchas cuestiones, y hasta finales del siglo, los grupos profesionales y comerciantes vinculados por líneas de dependencia magnética a los poderosos o, en ocasiones, escondiendo sus rastros en una acción común con la multitud. Esta metáfora permite entender no sólo la frecuencia de situaciones de amotinamiento (y su dirección), sino también gran parte de lo que era posible y los límites de lo posible más allá de los cuales no se atrevía a ir el poder. Se dice que la reina Carolina se aficionó tanto en una ocasión al St. James Park que preguntó a Walpole cuanto costaría cerrarlo para hacerlo propiedad privada. «Sólo una *corona*, Señora», fue la respuesta de Walpole.⁷⁶

Utilizo por tanto la terminología del conflicto de clases mientras que me resisto a atribuir identidad a *una* clase. No sé si esto puede parecer herejía a otros marxistas, ni me preocupa. Pero me parece que la metáfora de un campo de fuerza puede coexistir fructíferamente con el comentario de Marx en los *Grundisse* de que:

“En toda forma de sociedad es una determinada producción y sus relaciones las que asignan a las demás producciones y sus relaciones rango e influencia. Es una iluminación general en la que se mezclan los restantes colores y que modifica sus tonalidades específicas. Es un éter especial que define la gravedad específica de todo lo que existe en él.”⁷⁷

Lo que Marx describe con metáforas de «rango e influencia», «iluminación general» y «tonalidades» se presentaría hoy en un lenguaje estructuralista más sistemático: términos en ocasiones tan duros y de apariencia tan objetiva (como el «represivo» y los «aparatos ideológicos de Estado» de Althusser) que esconden el hecho de que siguen siendo metáforas dispuestas a congelar un proceso social fluido. Yo prefiero la metáfora de Marx; y la prefiero, en diversos aspectos) a sus metáforas subsecuentes de «base» y «superestructura».

Pero lo que yo sostengo en este trabajo es (en la misma medida que lo es el de Marx) un argumento estructuralista. Me he visto forzado a constatarlo al

⁷⁶ Horace Walpole, *Memoirs of the Reign of King George the Second*. 1847. II, pp. 220-221.

⁷⁷ Para una traducción ligeramente distinta, véase *Grundrisse*, Penguin 1973, pp. 106-107. Incluso aquí, sin embargo, la metáfora de Marx hace referencia no a *la clase* o las formas sociales, sino a las relaciones económicas coexistentes, dominante y subordinada.

considerar la fuerza de las diversas objeciones al mismo. Pues todo rasgo de la sociedad del siglo XVIII que ha sido considerado, puede encontrarse de forma más o menos desarrollada en otros siglos. Hubo jornaleros libres y motines de subsistencias en los siglos XVI, XVII y XIX, hubo indiferentismo religioso y una auténtica cultura folclórica plebeya en los mismos siglos; hubo activa renovación de rituales paternalistas -especialmente en cantos de siega, cenas de arrendatarios, obras de caridad- en el campo del siglo XIX. Y así sucesivamente. ¿Qué es, pues, lo específico del siglo XVIII?. ¿Cuál es la «iluminación general» que modifica las «tonalidades específicas» de su vida social y cultural?

Para responder a estas preguntas debemos reformular el anterior análisis en términos más estructurales. El error más corriente hoy día es el de hacer la definición de las antítesis culturales del siglo XVIII (industrial / preindustrial; moderno/tradicional; clase obrera «madura» / «primitiva») inaplicables, porque suponen el descubrir en una sociedad previa categorías para las cuales esa sociedad no poseía recursos y esa cultura no poseía términos. Si deseamos efectuar una definición antitéticamente, las antítesis relevantes que se pueden aplicar a la cultura plebeya del siglo XVIII son dos:

1) la dialéctica entre lo que es y no es cultura -las experiencias formativas del ser social, y cómo eran éstas modeladas en formas culturales, y 2) las polaridades dialécticas -antagonismos y reconciliaciones- entre las culturas refinada y plebeya de la época. Es por esto por lo que he hecho tan largo rodeo para llegar al verdadero tema de este trabajo.

Por descontado esta cultura exhibe ciertas características comúnmente atribuidas a la cultura «tradicional». Especialmente en la sociedad rural, pero también en zonas fabriles y mineras densamente pobladas (las ciudades textiles del oeste de Inglaterra, los mineros de estaño de Cornualles, el Black Country), existe un fuerte peso de expectativas y definiciones consuetudinarias. El aprendizaje como iniciación en las destrezas adultas no está limitado a su expresión industrial reglamentada. La niña hace su aprendizaje de ama de casa, primero con su madre (o abuela), después como criada doméstica; como madre joven, en los misterios de la crianza de los niños, es aprendiza de las matronas de la comunidad.

Es lo mismo en los oficios carentes de un aprendizaje regulado. Y con la introducción en estas especiales destrezas viene la introducción en la experiencia social o sabiduría común de la comunidad: cada generación está en relación de aprendiz con sus mayores. Aunque cambia la vida social, aunque hay gran movilidad, el cambio no ha alcanzado aún el punto en que se asume que los horizontes de las generaciones sucesivas serán diferentes;⁷⁸ ni tampoco se ha interpuesto aún significativamente esa máquina de aceleramiento (o

⁷⁸ Véase los perceptivos comentarios sobre el sentido «circular» del espacio en la parroquia agrícola antes del cerramiento en John Barrel, *The Idea of Landscape and the Sense of Place: An Approach to the Poetry of John Clare*, Cambridge, 1972, pp. 103, 106.

extrañamiento) cultural que viene a ser la educación formal en la transmisión generacional.

Pero las prácticas y normas se reproducen de generación en generación en el ambiente lentamente diferenciador de la «costumbre». De ello que las gentes tiendan a legitimar la práctica (o la protesta) en términos de uso consuetudinario o de emolumento o derecho prescriptivo. (El hecho de que - desde puntos de partida algo distintos- este tipo de argumento tienda también a controlar la alta cultura política, actúa también como refuerzo de esta disposición plebeya). Las tradiciones se perpetúan en gran medida por transmisión oral, con su repertorio de anécdotas y ejemplos narrativos; donde una progresiva alfabetización suple a la tradición oral, las producciones impresas de más amplia circulación (libritos de romances, almanaques, pliegos, «últimos discursos ante la muerte», y relatos anecdotícos de crímenes) tienden a someterse a las expectativas de la cultura oral más que a desafiarla con alternativas. En cualquier caso, en muchos puntos de Gran Bretaña -y especialmente en aquellas regiones donde la dialéctica es más fuerte-, una educación básica elemental coexiste, a lo largo del siglo XIX, con el lenguaje -y quizás la sensibilidad- de lo que empieza a ser «la vieja cultura». En el siglo XVIII, esta cultura no es ni vieja ni insegura. Transmite vigorosamente -y quizás incluso genera- formas de comportamiento ritualizadas y estilizadas, bien como recreación o en forma de protesta. Es incluso posible que la movilidad geográfica, junto con la disminución del analfabetismo, extiendan de hecho su alcance y esparzan estas formas más ampliamente: el «fijar el precio», como acción central del motín de subsistencias, se extiende a lo largo de la mayor parte del país; el divorcio ritual conocido como «venta de esposa» parece haber esparcido su incidencia en todo el país desde algún desconocido punto de origen. La evidencia de música escabrosa indica que en las comunidades más tradicionales -y éstas no eran siempre, de ningún modo, aquellas que poseían un perfil rural o agrario- operaban fuerzas muy poderosas, autoactivantes, de regulación social y moral.

Esta evidencia puede demostrar que, mientras cierto comportamiento dudoso se toleraba hasta cierto punto, más allá del mismo la comunidad intentaba imponer sus propias expectativas, heredadas en cuanto a los papeles maritales aceptables y la conducta sexual, sobre los transgresores. Incluso en este caso, sin embargo, tenemos que proceder con cuidado: esta no es solamente «una cultura tradicional». Las normas que así se defienden no son idénticas a las proclamadas por la Iglesia o as autoridades; son definidas en el interior de la cultura plebeya misma, y las mismas formas rituales que se emplean contra un conocido delincuente sexual pueden emplearse contra un esquirol, o contra el señor y sus guardas de la caza, el recaudador, el juez de paz. Es más, las formas no son herederas de expectativas y reproductoras de normas simplemente: puede que las farsas populares del siglo XVII y principios del XVIII estén dirigidas contra la mujer que peca contra las prescripciones patriarcales de los roles conyugales, pero la música escabrosa del siglo XIX

está generalmente dirigida contra los que pegan a sus mujeres o (menos frecuentemente) contra hombres casados conocidos por seducir y dejar embarazadas a muchachas jóvenes.⁷⁹

Es esta, pues, una cultura conservadora en sus formas; éstas apelan a la costumbre e intentan fortalecer los usos tradicionales. Las formas son también, en ocasiones, irracionales: no apelan a la razón mediante folletos, sermones o discursos espontáneos; imponen las sanciones de la fuerza, el ridículo, la vergüenza y la intimidación. Pero el contenido de esta cultura no puede ser descrito como conservador con tanta facilidad. Pues, en su «ser social» efectivo, el trabajo se está «liberando», década tras década, cada vez más, de los controles tradicionales señoriales, parroquiales, corporativos y paternales, y se está distanciando cada vez más de relaciones directas de clientelismo con la *gentry*.

De ello que nos encontramos con la paradoja de una cultura tradicional que no está sujeta en sus operaciones cotidianas al dominio ideológico de los poderosos. La hegemonía de la *gentry* puede definir los límites del «campo de fuerza» dentro de los cuales es libre la cultura plebeya para actuar y crecer, pero, dado que esta hegemonía es más secular que religiosa o mágica, no es mucho lo que puede hacer para determinar el carácter de esta cultura plebeya. Los instrumentos de control e imágenes de hegemonía son los de la ley y no los de la Iglesia y el poder monárquico. Pero la ley no siembra pías cofradías de hermanas en las ciudades, ni obtiene confesiones de los delincuentes, sus súbditos no rezan el rosario, ni se unen a peregrinaciones de fieles; en lugar de ello, leen pliegos en las tabernas y asisten a ejecuciones públicas y al menos algunas de las víctimas de la ley son consideradas, no con horror, sino con ambigua admiración. La ley puede puentear los límites del comportamiento tolerado por los gobernantes; pero, en el siglo XVIII, no entra en las cabañas, es mencionada en las oraciones del ama de casa, decora las chimeneas con iconos o informa una visión de la vida.

De ahí una paradoja característica del siglo: nos encontramos con una cultura tradicional y *rebelde*. La cultura *conservadora* de la plebe se resiste muchas veces, en nombre de la «costumbre», a aquellas innovaciones y racionalizaciones económicas (como el cerramiento, la disciplina de trabajo, las relaciones libres en el mercado de cereales) que gobernantes o patronos deseaban imponer. La innovación es más evidente en la cima de la sociedad que más abajo, pero, puesto que esta innovación no es un proceso técnico-sociológico sin normas y neutro, la plebe lo experimenta en la mayoría de las ocasiones en forma de explotación, o expropiación de derechos de aprovechamiento tradicionales, o disruptión violenta de modelos valorados de trabajo y descanso. De ello que la cultura plebeya sea rebelde, pero rebelde en

⁷⁹ Véase mi «*Rough Music: Le Charivari Anglais*», *Annales ESC*, XXVII, n.º: 11 (1972); y mis otros comentarios en el curso del Congreso sobre «*Le Charivari*» bajo los auspicios de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (VI^a section), Paris, 25-27 de abril de 1977.

defensa de la costumbre. Las costumbres que se defienden pertenecen al pueblo, y algunas de ellas se fundamentan de hecho en una reivindicación bastante reciente en la práctica.

Pero cuando el pueblo busca una legitimación de la protesta, recurre a menudo a las regulaciones paternalistas de una sociedad más autoritaria y selecciona entre ellas aquellas partes mejor pensadas para defender sus intereses del momento; los participantes en motines de subsistencias apelan al *Book of Orders* (Libro de Ordenes) y a la legislación contra acaparadores, etc., los artesanos apelan a ciertas partes (por ejemplo, la regulación del aprendizaje) del código Tudor regulatorio del trabajo.⁸⁰

Esta cultura tiene otros rasgos «tradicionales», por supuesto. Uno de ellos que me interesa en particular es la prioridad que se otorga, en ciertas regiones, a la sanción, intercambio o motivación «no-económica» frente a la directamente monetaria. Una y otra vez, al examinar formas de comportamiento del siglo XVIII, nos encontramos con la necesidad de «descifrar»⁸¹ este comportamiento y descubrir las reglas invisibles de acción, diferentes a las que el historiador de «movimientos obreros» espera encontrar.

En este sentido, compartimos algunas de las preocupaciones del historiador de los siglos XVI y XVII en cuanto a una orientación «antropológica): así por ejemplo, al descifrar la música escabrosa, o la venta de esposa, o estudiar el simbolismo de la protesta. En otro sentido, el problema es diferente y quizás más complejo, pues la lógica capitalista y el comportamiento tradicional «no-económico» se encuentran en conflicto activo y consciente, como en la resistencia a nuevos modelos de consumo («necesidades»), o en la resistencia a una disciplina del tiempo y la innovación técnica, o a la racionalización del trabajo que amenaza con la destrucción de prácticas tradicionales y, en ocasiones, la organización familiar de relaciones y roles de producción. De aquí que podamos entender la historia social del siglo XVIII como una serie de

⁸⁰ En fecha tan tardía como 1811 ciertos sofisticados tradeunionistas londinenses, al apelar a las cláusulas sobre el aprendizaje del Estatuto de Artífices («¡Mecánicos! ¡Proteged vuestras libertades contra los Invasores sin Ley!!»), comenzaban con una «Oda a la memoria de la Reina Isabel»: «Su memoria es todavía dulce al jornalero, / Pues protegidos por sus leyes, resisten hoy / Violaciones, que de otro modo prevalecerían. // Patronos tiránicos, innovadores simples / Se ven impedidos y limitados por sus gloriosas reglas. / De los derechos del trabajador es ella todavía una garantía...». *Report of the Trial of Alexander Wadsworth agaínst Peter Laurie* (28 de mayo de 1811) Columbia University Library, Seligman Collection, Place pamphlets, vol. XII:

⁸¹ Espero que mi uso de «descifrar» no asimile mi argumentación inmediatamente a esta o aquella escuela de semiótica. Lo que quiero decir debe quedar claro en las siguientes páginas: no es suficiente *describir* simplemente las protestas simbólicas populares (quema de efigies, ponerse hojas de encina, colgar botas): es también necesario recobrar el significado de estos símbolos con respecto a un universo simbólico más amplio, y así encontrar su fuerza, tanto como afrenta a la hegemonía de los poderosos y como expresión de las expectativas de la multitud; véase el sugerente artículo de William R. Reddy, «The Textile Trade and the Language of the Crowd at Rouen 1752-1871» *Past and Present*, LXXIV (febrero 1977).

confrontaciones entre una innovadora economía de mercado y la economía moral tradicional de la plebe.

Pero, si desciframos el comportamiento, ¿se sigue de ello que tengamos que ir más allá e intentar reconstruir con estos fragmentos de clave un sistema cognoscitivo popular con su propia coherencia ontológica y estructura simbólica? Los historiadores de la cultura popular de los siglos XVII y XVIII pueden enfrentarse a problemas algo diferentes a este respecto. La cuestión se ha planteado en un reciente intercambio entre Hildred Geertz y Keith Thomas⁸² y, a pesar de que yo me asociaría firmemente a Thomas en esta polémica, no podría responder, desde la perspectiva del siglo XVIII, en los mismos términos exactamente. Cuando Geertz espera que un sistema coherente subraye el simbolismo de la cultura popular, yo tengo que estar de acuerdo con Thomas en que «la inmensa posibilidad de variaciones cronológicas, sociales y regionales, que presenta una sociedad tan diversa como la de la Inglaterra del siglo XVII» -e incluso más la del siglo XVIII-, impide estas expectativas. (En todo momento, en este trabajo, al referirme a *la cultura plebeya* he sido muy consciente de sus variaciones y excepciones.) Debo unirme a Thomas aún más fuertemente en su objeción a «la distinción simple que hace Geertz entre alfabetizados y analfabetas»; cualquier distinción de este tipo es nebulosa en todo momento del siglo: los analfabetas oyen las producciones de los que no lo son leídas en voz alta en las tabernas, y aceptan de la cultura educada ciertas categorías, mientras que algunos de los que saben leer y escribir utilizan sus muy limitadas destrezas literarias sólo de forma instrumental (para escribir facturas o llevar las cuentas), mientras que su «sabiduría» y sus costumbres se transmiten aun en el marco de una cultura prealfabetizada y oral. Durante unos setenta años, los coleccionistas y especialistas en canción folclórica han disputado enconadamente entre sí sobre la pureza, autenticidad, origen regional y medios de dispersión de su material, y sobre la mutua interacción entre las culturas musicales refinada, comercial y plebeya. Cualquier intento de separar la cultura educada de la analfabeta encontrará incluso mayores obstáculos.

En lo que Thomas y yo podemos disentir es en nuestros cálculos con respecto al grado en que las formas, rituales, simbolismo y supersticiones populares permanecen como «restos no integrados de modelos de pensamiento más antiguos», los cuales, incluso tomados en conjunto, constituyen «no un solo código, sino una amalgama de despojos culturales de muchos distintos modos de pensamiento, cristiano y pagano, teutónico y clásico; y sería absurdo pretender que todos estos elementos hayan sido barajados de modo que formen un sistema nuevo y coherente».⁸³ Yo he hecho ya una crítica de las referencias de Thomas a la «ignorancia popular», a la cual ha respondido

⁸² *Journal of Interdisciplinary History*, VI, n.º 1 (1975).

⁸³ Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic*, 1971, pp. 627-628.

brevemente Thomas;⁸⁴ y sin duda puede hablarse de ello más detenidamente en el futuro. Pero, ¿será quizás el siglo, o los campos de fuerza relevantes de los distintos siglos, así como el tipo de evidencia que cada uno de ellos hace prominente, lo que haga la diferencia? Si lo que estudiamos son la «magia», la astrología o los sabios, ello puede apoyar las conclusiones de Thomas; si lo que observamos son las procesiones bufas populares, los ritos de pasaje o las formas características de motín y protesta del siglo XVIII, apoyaría las mías.

Los datos del siglo XVIII me parecen señalar hacia un universo mental bastante más coherente, en que el símbolo informa la práctica. Pero la coherencia (y no me extrañaría si en este momento algún antropólogo tirara este trabajo disgustado) surge no tanto de una estructura inherente cognoscitiva como de un campo de fuerza determinado y una oposición sociológica, peculiares a la sociedad del siglo XVIII; para hablar claro, los elementos desunidos y fragmentados de más antiguas formas de pensamiento quedan integrados por la clase. En algunos casos esta no tiene significado político y social alguno, más allá de la antítesis elemental de las definiciones dentro de culturas antitéticas: el escepticismo en relación a las homilías del párroco, la mezcla de materialismo efectivo y vestigios de supersticiones de los pobres, se conservan con especial confianza porque estas actitudes están amparadas por el ámbito de una cultura más amplia y más robusta. Esta confianza nos sorprende una y otra vez: «Dios bendiga a sus señorías», exclamó un habitante del West Country ante un reverendo coleccionista de folclore bien entrado el siglo XIX, al ser interrogado sobre la venta de esposas, «que puede preguntar a quien quiera si no es eso el matrimonio bueno, sólido y cristiano y les dirán que lo es»,⁸⁵

«Dios bendiga a sus señorías» entraña un sentido de condescendencia desdeñosa; «quien quiera» sabe lo que es cierto -excepto, por supuesto, el párroco y el señor y sus bien educados hijos-; cualquiera sabe mejor que el mismo párroco lo que es... ¡«cristiano»! En otras ocasiones, la asimilación de antiguos fragmentos a la conciencia popular o incluso al arsenal de la protesta popular es muy explícita: de la quema de brujas y herejes toma la plebe el simbolismo de quemar a sus enemigos en efigie; las «viejas profecías», como las de Merlin, llegan a formar parte del repertorio de la protesta londinense, apareciendo en forma de folleto durante las agitaciones que rodearon el cerramiento de Richmond Park, en pliegos y sátiras en época de Wilkes.

Es en la clase misma, en cierto sentido un conjunto *nuevo* de categorías, más que en los antiguos modelos de pensamiento, donde encontramos la organización formativa y cognoscitiva de la cultura plebeya. Quizás, en realidad, era necesario que la clase fuera posible en el conocimiento antes de que pudiera encontrar su expresión institucional. Las clases, por supuesto,

⁸⁴ «Anthropology and the Discipline of Historical Context» *Midland History*, I, n.º 3 (primavera 1972); *Journal of Interdisciplinary History*, VI, n.º 1 (1975), pp. 104-105, esp. nota 31.

⁸⁵ S. Baring-Gould, *Devonshire Characters and Strange Events*, 1908, p.59.

estaban también muy presentes en el sistema cognoscitivo de los gobernantes de la *sociedad*, e informaban sus instituciones y sus rituales de orden, pero esto sólo viene a destacar el que la *gentry* y la plebe tenían visiones alternativas de la vida y de la gradación de sus satisfacciones. Ello nos plantea problemas de evidencia excepcionales. Todo lo que nos ha sido transmitido mediante la cultura educada tiene que ser sometido a un minucioso escrutinio.

Lo que el distante clérigo paternalista considera «ignorancia popular» no puede aceptarse como tal sin una investigación escrupulosa. Para tomar el caso de los desórdenes destinados a tomar posesión de los cuerpos de los ahorcados en Tyburn, que Peter Linebaugh ha (creo) descifrado en *Albion's Fatal Tree*: era sin duda un gesto de «ignorancia» por parte del amotinado el arriesgar su vida para que su compañero de taller o rancho no cumpliera la muy racional y utilitaria función de convertirse en espécimen de disección en la sala del cirujano. Pero no podemos presentar al amotinado como figura arcaica, motivada por los «despojos» de los antiguos modelos de pensamiento, y despachar luego la cuestión con una referencia a las supersticiones de muerte y *les rois thaumaturges*. Linebaugh nos demuestra que el amotinado estaba motivado por su solidaridad con la víctima, respeto por los parientes de la misma, y nociones del respeto debido a la integridad del cadáver y al rito de enterramiento que forman parte de unas creencias sobre la muerte ampliamente extendidas en la sociedad. Estas creencias sobreviven con vigor hasta muy avanzado el siglo XIX, como evidencia la fuerza de los motines (y prácticamente histerias) en varias ciudades contra los ladrones de cadáveres y su venta.⁸⁶ La clave que informa estas desórdenes, en Tyburn en 1731 o Manchester en 1832, no puede entenderse simplemente en términos de creencias sobre la muerte y sobre la forma debida de tratarla. Supone también solidaridades de clase y la hostilidad de la plebe por la crueldad psíquica de la justicia y la comercialización de valores primarios. Y no se trata solo, en el siglo XVIII, de que se vea amenazado un tabú: en el caso de la disección de cadáveres o el colgar los cadáveres con cadenas, una clase estaba deliberadamente, y como acto de terror, rompiendo o explotando los tabúes de otra.

Es, pues, dentro del campo de fuerza de la clase donde reviven y se reintegran los restos fragmentados de viejos modelos. En un sentido, la cultura plebeya es la propia del pueblo: es una defensa contra las intromisiones de la *gentry* o el clero; consolida aquellas costumbres que sirven sus propios intereses; las tabernas son suyas, suyas las ferias, la música escabrosa forma parte de sus propios medios de autorregulación. No es *una* cultura «tradicional» cualquiera sino una muy especial. No es, por ejemplo, fatalista, ofrece consuelo y defensas para el curso de una vida que está totalmente determinada y restringida. Es, más bien, picaresca, no sólo en el evidente sentido de que hay

⁸⁶ Peter Linebaugh, «*The Tyburn Riot against the Surgeons*», en Douglas Hay y otros, *Albion's Fatal Tree*, 1975; Ruth Richardson «*A Dissection of the Anatomy Act*», *Studies in Labour History*, I, Brighton, 1976.

más gente que se mueve, que se va al mar, o son llevados a las guerras y experimentan los azares y aventuras de los caminos. En ambientes más estables -en las zonas en desarrollo de manufactura y trabajo libre-, la vida misma se desenvuelve a lo largo de caminos cuyos avatares y accidentes no se pueden prescribir o evitar mediante la previsión: las fluctuaciones en la incidencia de mortalidad, precios, empleo, se viven como accidentes externos más allá de todo control: la alta tasa de mortalidad infantil hace absurda la planificación familiar predictiva; en general, el pueblo tiene pocas notaciones predictivas del tiempo; no proyectan «carreras», o ven sus vidas con un aspecto determinado ante ellos, o reservan para uso futuro semanas enteras de altas ganancias en ahorros, o planean la compra de casas, o piensan en unas «vacaciones» una sola vez en su vida. (Un joven, sabiendo esto por medio de su cultura, podía salir, una vez en su vida, a los caminos «para ver mundo».) De ello que la experiencia o la oportunidad se aprovecha donde surge la ocasión, con pocas consideraciones sobre las consecuencias, exactamente como impone la multitud su poder en momentos de acción directa insurgente, a sabiendas de que su triunfo no durará más de una semana o un día.

Esta cultura plebeya está, finalmente, restringida a los parámetros de la hegemonía de la *gentry*: la plebe es siempre consciente de esta restricción, consciente de la reciprocidad de las relaciones *gentry*-plebe,⁸⁷ vigilante para aprovechar los momentos en que pueda ejercer su propia ventaja. La plebe también adapta para su propio uso parte de la retórica de la *gentry*. Pues, otra vez, este es el siglo en que avanza el trabajo «libre». La costumbre que era «buena» y «vieja» había a menudo adquirido valor recientemente. Y el rasgo distintivo del sistema fabril era que, en muchos tipos de empleo, los trabajadores (incluyendo pequeños patronos junto con jornaleros y sus familias) todavía controlaban en cierta medida sus propias relaciones inmediatas y sus modos de trabajo, mientras que tenían muy poco control sobre el mercado de sus productos o los precios de materias primas o alimentos. Esta explica parcialmente la estructura de las relaciones industriales y la protesta, así como los instrumentos de la cultura y de su cohesión e independencia de control.⁸⁸ Explica también en gran medida la conciencia del «inglés medio libre», que sentía como propia cierta porción de la retórica constitucionalista de sus gobernantes, y defendía con tenacidad sus derechos ante la ley y sus derechos a protestar de manera turbulenta contra militares; patrulla de reclutamiento o policía, junto con su derecho al pan blanco y a la cerveza barata. La plebe sabía que una clase dirigente cuyas pretensiones de legitimidad descansaban sobre prescripciones y leyes tema poca autoridad para desestimar sus propias costumbres y leyes.

⁸⁷ Compárese con Genovese, *Roll, Jordan, Roll*, p. 91: «Los esclavos aceptaban la disciplina de reciprocidad, pero con una diferencia profunda. A la idea de deberes recíprocos añadieron la doctrina de derechos recíprocos».

⁸⁸ Sostengo aquí la idea de Gerald M. Sider, «*Christmas Mumming and the New Year in Outport Newfoundland*», *Past and Present* (mayo 1976).

La reciprocidad de estas relaciones subraya la importancia de las expresiones simbólicas de hegemonía y protesta en el siglo XVIII. Es por ello que, en mi trabajo previo, dediqué tanta atención a la noción de teatro. Desde luego cada sociedad tiene su propio estilo de teatro; gran parte de la vida política de nuestras propias sociedades puede entenderse sólo como una contienda por la autoridad simbólica.⁸⁹ Pero lo que estoy diciendo no es solamente que las contiendas simbólicas de siglo XVIII eran peculiares de este siglo y exigen mayor estudio. Yo creo que el simbolismo, en este siglo, tenía una especial importancia debido a la debilidad de otros órganos de control: la autoridad de la Iglesia está en retirada y no ha llegado aún la autoridad de las escuelas y de los medios masivos de comunicación. La *gentry* tenía tres principales recursos de control: un sistema de influencias y promociones que difícilmente podía incluir a los desfavorecidos pobres; la majestad y el terror de la justicia, y el simbolismo de su hegemonía. Ésta era, en ocasiones, un delicado equilibrio social en el que los gobernantes se veían forzados a hacer concesiones. De ello que la rivalidad por la autoridad simbólica pueda considerarse, no como una forma de representar ulteriores contiendas «reales», sino como una verdadera contienda en sí misma. La protesta plebeya, a veces, no tenía más objetivo que desafiar la seguridad hegémónica de la *gentry*, extirpar del poder sus mixtificaciones simbólicas, o incluso solo blasfemar. Era una lucha de «apariencias», pero el resultado de la misma podía tener consecuencias materiales: en el modo en que se aplicaban las Leyes de Pobres, en las medidas que la *gentry* creía necesarias en épocas de precios altos, en que se aprisionara o se dejara en libertad a Wilkes

Al menos debemos retornar al siglo XVIII prestando tanta atención a la contienda simbólica de las calles como a los votos de la Cámara de los Comunes. Estas contiendas aparecen en todo tipo de formas y lugares inesperados. Algunas veces consistía en el uso jocoso de un simbolismo jacobita o antihannoveriano, un retorcer la cola de la *gentry*. El Dr. Stratford escribió desde Berkshire en 1718:

“Los rústicos de esta región son muy retozones y muy insolentes... Algunos honrados jueces se reunieron para asistir al día de Coronación en Wattleton, y hacia el atardecer cuando sus mercedes estuvieran tranquilos querían hacer una fogata campestre. Sabiéndolo algunos patanes tomaron un enorme nabo y le metieron tres velas colocándolo sobre la casa de Chetwynd... Fueron a decir a sus mercedes que para honrar la Coronación del Rey Jorge había aparecido una estrella fulgurante sobre el hogar del Sr. Chetwynd. Sus mercedes tuvieron el buen conocimiento de montar a caballo e ir a ver esta maravilla, y se encontraron, para su considerable decepción, que su estrella habíase quedado en nabo.”⁹⁰

⁸⁹ Véase Connor Cruise O'Brien, «*Policies as Drama as Politics*», *Power and Consciousness*, Nueva York, 1969.

⁹⁰ *Hits. MSS. Comm., Portland MSS*, VII, pp. 245-246.

El nabo era, por supuesto, el emblema particular de Jorge I elegido por la multitud jacobita cuando estaban de buen humor; cuando estaban de mal humor era el rey cornudo, y se empleaban los cuernos en lugar del nabo. Pero otras confrontaciones simbólicas de estos años podían llegar a ser verdaderamente muy hirientes. En una aldea de Somerset, en 1724 tuvo lugar una oscura confrontación (una entre varias del mismo tipo) por la erección de una «Vara de Mayo». ⁹¹ Un terrateniente y magistrado de la localidad parece haber derribado «la vieja Vara de Mayo», recién adornada con flores y guirnaldas, y haber enviado después a dos hombres al correccional por cortar un olmo para hacer una nueva vara. Como respuesta se cortaron en su jardín manzanos y cerezos, se mató a un buey y se envenenaron perros. Al ser soltados los prisioneros, se reerigió la vara y se celebró el «Día de Mayo» con baladas sediciosas y libelos burlescos contra el magistrado. Entre los que adornaban la vara había dos trabajadores, un maltero, no carpintero, un herrero, un tejedor de lino, un carnicero, un molinero, un posadero, un mozo de cuadra y dos caballeros.⁹¹

Al traspasar la mitad del siglo, el simbolismo jacobita decae y el ocasional trasgresor distinguido (quizás introduciendo sus propios intereses bajo la capa de la multitud) desaparece con él.⁹² El simbolismo de la protesta popular después de 1760 es a veces un desafío a la autoridad de forma muy directa. Y no se empleaba el simbolismo sin cálculo o cuidadosa premeditación. En la gran huelga de marineros del Támesis de 1768, en que unos cuantos miles marcharon al Parlamento, la afortunada supervivencia de un documento nos permite observar este hecho en acción.⁹³ En el momento álgido de la huelga (7 de mayo 1768), en que los marineros no recibían satisfacción alguna, algunos de sus dirigentes se dirigieron a una taberna del muelle y pidieron al tabernero que les escribiera una proclama con buena letra y forma apropiada que tenían

* Un palo alto pintado con rayas espirales de distintos colores y coronado de flores, instalado en un espacio abierto, para que las gentes en fiestas bailen a su alrededor en la celebración del *Día de Mayo* (1 de mayo). (N. del t.)

⁹¹ *Public Record Office* (en adelante *PRO*). KB 2 (1), Affidavits, Pascua 10 G I, relativos a Henstridge, Somerset, 1724. A la subida de Jorge, la gente del pueblo en Bedford existieron la Vara de Mayo de luto» y un oficial militar la derribó. En agosto 1725 hubo una refriega sobre una Vara de Mayo en Barford (Wilts.), entre los habitantes y un caballero que sospechaba que la vara había sido robada de sus bosques (como era probablemente la verdad). El caballero pidió un pelotón para ayudarle, pero los habitantes ganaron: para Bedford, *An Account of the Riots, Tumults and other Treasonable Practices since His Majesty's Accession to the Throne, 1715*, p. 12; para Barford, *Mist's Weekly Journal* (28 agosto 1725).

⁹² Sin embargo, como nos recuerdan los episodios de Varas de Mayo, la tradición tory de paternalismo, que se remonta al *Book of Sports* (Libro de Deportes) de los Stuart, y que otorga patronazgo o un cálido permiso a las recreaciones del pueblo, sigue siendo extremadamente fuerte incluso en el siglo XIX. Esta cuestión es demasiado extensa para ser tratada en este trabajo, pero véase R. W. Malcolmson, *Popular Recreations in English Society, 1700-1850*, Cambridge, 1973.

⁹³ William L. Clermont Library, Ann Arbor, Michigan, *Shelburne Papers*, vol. 133, «Memorials of Dialogues berwixt Several Seamen, a Certain Victualler, & a S... Master in the Late Riot». Agradezco al bibliotecario y a su personal que me permitieran consultar y citar estos papeles.

la intención de colocar en todos los muelles y escaleras del río. El tabernero leyó el papel y encontró «muchas Expresiones de Traición e Insubordinación» y al pie «Ni M..., ni R... » (esto es, «Ni Wilkes, ni Rey»). El tabernero (por propio acuerdo) reconvino con ellos:

Tabernero: Ruego a los Caballeros que no hablen de coacción o seán culpables de la menor Irregularidad.

Marineros: ¿Qué significa esto Señor?, si no nos desagravian rápidamente hay Barcos y Grandes Cañones disponibles que utilizaremos como lo pida la ocasión para desagraviarnos y además estamos dispuestos a desarbolar todos los barcos del Río y luego le diremos adiós a usted y a la vieja Inglaterra y navegaremos hacia otro país ...

Los marineros estaban sencillamente jugando el mismo juego que la legislación con sus repetidos decretos sobre delitos capitales y sus anulaciones legislativas; ambas partes de esta relación tendían a amenazar más que a realizar. Decepcionados por el tabernero, le llevaron su escrito a un maestro de escuela que efectuaba esta especie de tarea clerical. Nuevamente el punto de vacilación fue la terminación de la proclama: a la derecha «Marineros», a la izquierda «Ni W... , ni R... ». El maestro tenía el suficiente aprecio a su cuello para no ser autor de tal escrito. Siguió entonces este diálogo, por propio acuerdo, aunque parece una conversación improbable para las escaleras de Shadwell:

Marineros: No eres Amigo de los Marineros.

Maestro: Señores, soy tan Amigo Suyo que de ningún modo quiero ser el Instrumento para causarles la mayor Injuria cuando se les proclame Traidores a nuestro Temido Soberano Señor el Rey y provocadores de Rebeldía y Sedición entre sus compañeros, y esto es lo que yo creo humildemente ser el contenido de Su Escrito ...

Marineros: La Mayoría de nosotros hemos arriesgado la vida en defensa de la Persona, la Corona y Dignidad de Su Majestad y por nuestro país hemos atacado al enemigo en todo momento con coraje y Resolución y hemos sido Victoriosos. Pero, desde el final de la Guerra, se nos ha despreciado a nosotros los Marineros y se han reducido nuestros Salarios tanto y siendo tan caras las provisiones se nos ha incapacitado para procurar las necesidades corrientes de la vida a nosotros y nuestras Familias, y para hablarle claro si no nos Desagravian rápidamente hay suficientes barcos y cañones en Deptford y Woolwich y armaremos una polvareda en la laguna como nunca vieron los Londinenses así que cuando hayamos dado a los comerciantes un *coup de grease* [sic] navegaremos hasta Francia donde estamos seguros de encontrar una cálida acogida.

Una vez más los marineros fueron decepcionados; y con las palabras, «¿crees que un Cuerpo de marineros Británicos va a recibir órdenes de un Maestro de

Escuela viejo y Retrógrado?», se despiden. En algún lugar lograron un escribano, pero incluso éste rehusó la totalidad del encargo. A la mañana siguiente apareció efectivamente la proclama en las escaleras del río, firmada a la derecha «Marineros» y a la izquierda... «Libertad y Wilkes por siempre!».

El punto central de esta anécdota es que, en el clímax mismo de la huelga marinera, los dirigentes del movimiento pasaron varias horas de la taberna al maestro y de éste a un escribano, en busca de un escribiente dispuesto a estampar la mayor afrenta a la autoridad que pudiera imaginarse: «Ni Rey». Es posible que los marineros no fueran en ningún sentido reflexivo republicanos; pero era este el mayor «Cañón» simbólico que podían disparar y, si hubiera sido disparado con el aparente apoyo de unos cuantos miles de hombres de mar británicos, habría sido sin duda un gran cañonazo.⁹⁴

La contienda simbólica adquiere su sentido sólo dentro de un equilibrio determinado de relaciones sociales. La cultura plebeya no puede ser analizada aisladamente de este equilibrio; sus definiciones son, en algunos aspectos, antagónicas a las definiciones de la cultura educada. Lo que yo he intentado demostrar, quizá repetidamente, es que es posible que cada uno de los elementos de esta sociedad, tomados por separado, tengan sus precedentes y sus sucesores, pero que, al tornarlos en su conjunto, forman una totalidad que es más que la simple suma de partes: es un conjunto de relaciones estructurado, en el que el Estado, la ley, la ideología antiautoritaria, las agitaciones y sesiones directas de la multitud, cumplen papeles intrínsecos al sistema, y dentro de ciertos límites asignados por este sistema, límites que son simultáneamente los límites de lo que es políticamente «posible» y, hasta un grado extraordinario, también los límites de lo que es intelectualmente y culturalmente «posible». La multitud, incluso cuando es más avanzada, sólo raramente puede trascender la retórica antiautoritaria de la tradición radical

⁹⁴ Hasta qué punto las ideas explícitas antimónárquicas y republicanas estaban presentes entre el pueblo, especialmente durante los turbulentos años 1760 es una cuestión más frecuentemente dejada de lado con una negativa, que investigada. El enormemente valioso trabajo de George Rudé sobre la multitud londinense tiende a evidenciar un escepticismo metodológico hacia las motivaciones políticas «ideales»: así, se ha tropezado con el rumor, en otra fuente, de que los manifestantes utilizaban el *slogan* «Ni Wilkes, Ni Rey», pero lo ha desechado como un simple rumor; véase G. Rudé, *Wilkes and Liberty*, Oxford, 1962, p. 50; véase Brewer, *op. cit.*, p. 190; W. J. Shelton *English Hunger and Industrial Disorders*, 1973, pp. 188, 190. Por otra parte: tenemos el fuerte *caveat* de J. H. Plumb: «Los historiadores me parecen nunca dan el suficiente énfasis a la prevalencia de enconados sentimientos antimónárquicos, prorrepublicanos en los años 1760 y 1770» («*Political Man*», *op. cit.*, p. 15). «No es probable que podamos descubrir la verdad en la fuentes impresas, sujetas al escrutinio del Abogado del Tesoro. Hay momentos, durante estas décadas, en que se tiene la sensación de que una buena parte del pueblo inglés estaban más dispuestos a separarse de la Corona que los americanos; pero tuvieron la desgracia de no estar protegidos por el Atlántico. En 1775, algunos artesanos privilegiadamente situados pudieron separarse más directamente, y los agentes norteamericanos (disfrazados con ropas de mujer) estaban reclutando activamente más de un barco completo de carpinteros navales de Woolwich» (William L. Clement Library, *Wedderburn Papers*, II, J. Pownall a Alexander Wedderburn, 23 de agosto de 1775).

whig; los poetas no pueden trascender la sensibilidad del humano y generoso paternalista.⁹⁵ La furiosa carta anónima que surge de las más bajas profundidades de la sociedad maldice contra la hegemonía de la *gentry*, pero no ofrece una estrategia para reemplazarla.

En cierto sentido es esta una conclusión bastante conservadora, pues estoy sancionando la imagen retórica que de si misma tenía la sociedad del siglo XVIII, a saber, que el Acuerdo de 1688 definió su forma y sus relaciones características. Dado que el Acuerdo estableció la forma de gobierno de una burguesía agraria,⁹⁶ parece que era tanto la forma del poder estatal como el modo y las relaciones de producción los que determinaron las expresiones políticas y culturales de los cien años siguientes. Ciertamente el Estado, débil como era en sus funciones burocráticas y racionalizadoras, era inmensamente fuerte y efectivo como instrumento auxiliar de producción por derecho propio: al abrir las sendas del imperialismo comercial, al imponer el cerramiento de los campos, al facilitar la acumulación y movimiento de capital, tanto mediante sus funciones bancarias y de emisión de títulos como, más abiertamente, mediante las extracciones parasitarias a sus propios funcionarios. Es esta combinación específica de debilidad y fuerza lo que proporciona la «iluminación general» en la que se mezclan todos los colores de la época; ésta la que asignaba a jueces y magistrados sus papeles; la que hacía necesario el teatro de hegemonía cultural y la que escribía para el mismo el guión paternalista y antiautoritario; ésta la que otorgaba a la multitud su oportunidad de protesta y presión; la que establecía las condiciones de negociación entre autoridad y plebe y la que ponía los límites más allá de los cuales no podía aventurarse la negociación. Finalmente, ¿con qué alcance y en qué sentido utilizo el concepto de

⁹⁵ Yo no dudo de que hubiera una auténtica y significativa tradición paternalista entre la *gentry* y los grupos profesionales. Pero esa es otra cuestión. Lo que me ocupa a mí aquí es la definición de los límites del paternalismo, y presentar objeciones a la idea de que las relaciones sociales (o de clase) del siglo XVIII estaban mediatisadas por el paternalismo, en sus propios términos.

⁹⁶ El profesor J. H. Hexter se quedó sorprendido cuando yo pronuncié esta unión impropia («burguesía agraria») en el seminario del *Davis Center* de Princeton en 1976. Perry Anderson también quedó sorprendido diez años antes: «Socialism and Pseudo-Empiricism», *New Left Review*, XXXV (enero-febrero 1966), p. 8; «Una burguesía, si es que el término va a retener algún significado, es una clase con base en las ciudades; eso es lo que significa la palabra». Véase también (en mi lado de la polémica), Genovese, *The World the Slaveholders Made*, p. 249; y un comentario juicioso sobre este asunto de Richard Johnson, *Working Papers in Cultural Studies*, Birmingham, IX (primavera 1976). Mi reformulación de este (algo convencional) argumento marxista se hizo en «*The Peculiarities of the English*», *Socialist Register* (1965), esp. p. 318. En él subrayo no sólo la lógica económica del Capitalismo agrario, sino la amalgama específica de atributos urbanos y rurales en el estilo de vida de la *gentry* del siglo XVIII: los lugares de baños; la temporada de Londres o la temporada de ciudad: los ritos de pasaje periódicos urbanos, en educación o en los varios mercados matrimoniales; y otros atributos específicos de la cultura mixta agraria-urbana. Los argumentos económicos (ya presentados correctamente por Dobb) han sido reforzados por Brenner, *op. cit.*, esp. pp. 62-68. Se encuentra más evidencia sobre las comodidades urbanas al alcance de la *gentry* en Peter Borsay, «*The English Urban Renaissance: The Development of Provincial Urban Culture, c. 1680-c. 1760*», *Social History*, V (mayo 1977).

«hegemonía cultural»? Puede responderse a esto en los niveles práctico y teórico. En el práctico es evidente que la hegemonía de la *gentry* sobre la vida política de la nación se impuso de modo efectivo hasta los años 1790.⁹⁷ Ni la blasfemia ni los episodios esporádicos de incendios premeditados ponen esto en duda; pues éstos no quieren desplazar el dominio de la *gentry* sino simplemente castigarla. Los límites de lo que era políticamente posible (hasta la Revolución Francesa) se expresaban externamente en forma constitucional e internamente, en el espíritu de los hombres, como tabúes, expectativas limitadas y una tendencia a formas tradicionales de protesta, destinadas a menudo a recordar a la *gentry* sus deberes paternalistas.

Pero también es necesario decir lo que *no* supone la hegemonía. No supone la admisión por parte de los pobres del paternalismo en los propios términos de la *gentry* o en la imagen ratificada que ésta tenía de si misma. Es posible que los pobres estuvieran dispuestos a premiar con su deferencia a la *gentry*, pero sólo a un cierto precio. El precio era sustancial. Y la deferencia estaba a menudo privada de toda ilusión: desde abajo podía considerarse en parte necesaria para la autoconservación, en parte como la extracción calculada de todo lo que pudiera extraerse. Visto desde esta perspectiva, los pobres impusieron a los ricos ciertos deberes y funciones paternalistas tanto como se les imponía a ellos la deferencia. Ambas partes de la ecuación estaban restringidas a un mismo campo de fuerza.

En segundo lugar, debemos recordar otra vez la inmensa distancia que había entre las culturas refinada y plebeya; y la energía de la auténtica autoactivación de esta última. Sea lo que fuere esta hegemonía, no envolvía las vidas de los pobres y no les impedía defender sus propios modos de trabajo y descanso, formar sus propios ritos, sus propias satisfacciones y visión de la vida. De modo que con ello quedamos prevenidos contra el intento de forzar la noción de hegemonía sobre una extensión excesiva y sobre zonas indebidas.⁹⁸

⁹⁷ Digo esto a pesar de la cuestión suscitada. Si los sentimientos republicanos se hubieran convertido en una fuerza efectiva, creo que solo lo habrían hecho bajo la dirección de una *gentry* republicana, en la primera etapa. Recibo con gusto la nueva visión de John Brewer del ritual y el simbolismo de la oposición wilkesiana (Brewer, *op. cit.*, esp. pp. 181-191). Pero si Wilkes hizo el papel del tonto para la multitud, nunca dejó de ser un tonto-*caballero*. En términos generales, mi artículo se ha ocupado principalmente de la «autoactivante» multitud plebeya, y (una seria debilidad) me he visto forzado a dejar fuera la multitud con licencia o manipulada por la *gentry*.

⁹⁸ En una crítica relevante de ciertos usos del concepto de hegemonía, R. J. Morris observa que puede implicar prácticamente la imposibilidad de la clase obrera o de secciones organizadas de la misma para poder generar ideas... radicales independientes de la ideología dominante». El concepto implica la necesidad de buscar intelectuales para él mismo, mientras que el sistema de valores dominante se ve como «una variable exógena independientemente generada» de grupos o clases subordinados («Bargaining with Hegemony», *Buletin of the Society for the Study of Labour History*, XXXV, otoño 1977, pp. 62-63). Véase también la aguda respuesta de Genovese a las críticas a este punto: «La hegemonía implica lucha de clases y no tiene ningún sentido aparte de ella... No tiene nada en común con historia del consenso y representa su antítesis: una forma de definir el contenido histórico de la lucha de

Esta hegemonía pudo haber definido los límites externos de lo que era políticamente y socialmente practicable y, por ello, influir sobre las formas de lo practicado: ofrecía el armazón desnudo de una estructura de relaciones de dominio y subordinación, pero dentro del trazado arquitectónico podían montarse muchas distintas escenas y desarrollarse dramas diversos.

Con el tiempo, una cultura plebeya tan robusta como ésta pudo haber alimentado expectativas alternativas, que constituyeran un desafío a esta hegemonía. No es así como yo entiendo lo sucedido, pues cuando se produjo la ruptura ideológica con el paternalismo, en los años 1790, se produjo en primer lugar menos desde la cultura plebeya que desde la intelectual de las clases medias disidentes y desde allí fue extendida al artesano urbano.⁹⁹ Pero las ideas *painitas*, transportadas por los artesanos a una cultura plebeya más extensa, desarrollaron en ella raíces instantáneamente, y quizás la protección que les proporcionó esta robusta e independiente cultura les permitiera florecer y propagarse, hasta que se produjeron las grandes y nada deferentes agitaciones populares al término de las *guerras francesas*.

Digo esta teóricamente. El concepto de hegemonía es inmensamente valioso, y sin él no sabríamos entender la estructuración de relaciones del siglo XVIII. Pero mientras que esta hegemonía cultural pudo definir los límites de lo posible, e inhibir el desarrollo de horizontes y expectativas alternativos, este proceso no tiene nada de determinado o automático. Una hegemonía tal, sólo puede ser mantenida por los gobernantes mediante un constante y diestro ejercicio, de teatro y concesión. En segundo lugar, la hegemonía, incluso cuando se impone con fortuna, no impone una visión de la vida totalizadora; más bien impone orejeras que impiden la visión en ciertas direcciones mientras la dejan libre en otras. Puede coexistir (como en efecto lo hizo en la Inglaterra del siglo XVIII) con una cultura del pueblo vigorosa y autoactivante, derivada de sus propias experiencias y recursos. Esta cultura, que se resiste en muchos puntos a cualquier forma de dominio exterior, constituye una amenaza omnipresente a las descripciones oficiales de la realidad; dados los violentos traqueteos de la experiencia y la intromisión de propagandistas «sediciosos», la multitud partidaria de Iglesia y Rey puede hacerse *jacobina* o *ludita*, la leal armada zarista puede convertirse en una *flota bolchevique* insurrecta. Se sigue que no puedo aceptar la opinión, ampliamente difundida en algunos círculos estructuralistas y «marxistas» de Europa occidental, de que la hegemonía imponga un dominio total sobre los gobernados -o sobre todos aquellos que no

clases en épocas de quiescencia» (*Radical History Review*, invierno 1976-1977, p. 98). Me alegro de que esto se haya dicho.

⁹⁹ La cuestión de si una clase subordinada puede o no desarrollar una crítica intelectual coherente de la ideología dominante -y una estrategia que lleve más allá de los límites de su hegemonía- es una cuestión histórica me parece (es decir, una cuestión respecto a la cual la historia ofrece muchas respuestas diferentes, algunas muy matizadas), y no una que puede ser resuelta con pronunciamientos de «práctica teórica». El número de «intelectuales orgánicos» (en el sentido de Gramsci) entre los artesanos y trabajadores de Gran Bretaña entre 1790 y 1850 no debe subestimarse.

son intelectuales- que alcanza hasta el umbral mismo de su experiencia, e implanta en sus espíritus desde su nacimiento categorías de subordinación de las cuales son incapaces de liberarse y para cuya corrección su experiencia resulta impotente. Pudo ocurrir esto, aquí y allá, pero no en Inglaterra, no en el siglo XVIII.

VI

La vieja ecuación *paternalismo-deferencia* perdía fuerza incluso antes de la Revolución Francesa, aunque vía una temporal reanimación en las muchedumbres partidarias de *Iglesia y Rey* de principios de los años 1790, el espectáculo militar y el antigalicantismo de las guerras. Los motines de Gordon habían presenciado el clímax, y también la apoteosis, de la licencia plebeya; e infligieron un trauma a los gobernantes que puede ya observarse en el tono cada vez más disciplinario de los años 1780. Pero, por entonces, la relación recíproca entre *gentry* y plebe, inclinándose ahora de un lado, ahora del otro, había durado un siglo. Por muy desigual que resultara esta relación, la *gentry* necesitaba a pesar de todo *cierta* clase de apoyo de los pobres, y éstos sentían que eran necesitados. Durante casi cien años los pobres no fueron los completos perdedores. Conservaron su cultura tradicional; lograron atajar parcialmente la disciplina laboral del primer industrialismo; quizás ampliaron el alcance de las *Leyes de Pobres*; obligaron a que se ejerciera una caridad que pudo evitar que los años de escasez se convirtieran en crisis de subsistencias; y disfrutaron de las libertades de lanzarse a las calles, empujar, bostezar y dar *hurras*, tirar las casas de panaderos o disidentes detestables, y de una disposición bulliciosa y no vigilada que asombraba a los visitantes extranjeros y casi les indujo erróneamente a pensar que eran «libres». Los años 1790 eliminaron tal ilusión y, a raíz de las experiencias de esos años, la relación de reciprocidad saltó. Al saltar, en ese mismo momento, perdió la *gentry* su confiada hegemonía cultural. Pareció repentinamente que el mundo no estaba, después de todo, ligado en todo punto por sus gobernantes y vigilado por su poder. Un hombre era un hombre «a pesar de todo». Nos apartamos del campo de fuerza del siglo XVIII y entramos en un período en que se produce una reorganización estructural de relaciones ideológicas y de clase. Se hace posible, por primera vez, analizar el proceso histórico en términos de clase, característicos del siglo XIX.

LA ECONOMÍA «MORAL» DE LA MULTITUD EN LA INGLATERRA DEL SIGLO XVIII¹⁰⁰

“...Al que acapare el trigo el pueblo lo maldecirá:
más la bendición recaerá sobre quien lo venda.”

Proverbios XI, 26

I

Hemos sido prevenidos, en los últimos años -por George Rudé entre otros-, contra el uso impreciso del término «populacho». Quisiera en este artículo extender la advertencia al término «motín», especialmente en lo que atañe a los motines de subsistencias en la Inglaterra del siglo XVIII.

Esta simple palabra de cinco letras puede ocultar algo susceptible de describirse como una visión espasmódica de la historia popular. De acuerdo con esta apreciación, rara vez puede considerarse al pueblo como agente histórico con anterioridad a la Revolución Francesa. Antes de este período la chusma se introduce, de manera ocasional y espasmódica, en la trama histórica, en épocas de disturbios sociales repentinos. Estas irrupciones son compulsivas, más que autoconscientes o autoactivadas; son simples respuestas a estímulos económicos. Es suficiente mencionar una mala cosecha o una disminución en el comercio, para que todas las, exigencias de una explicación histórica queden satisfechas.

Desgraciadamente, aun entre aquellos pocos historiadores ingleses que han contribuido a nuestro conocimiento de estos movimientos populares, se cuentan varias partidarios de la *imagen espasmódica*. No han reflexionado, sino de manera superficial, sobre los materiales que ellos mismos han descubierto. Así, Beloff comenta con respecto a los motines de subsistencias (*food riots*) de principios del siglo XVIII: «este resentimiento, cuando el desempleo y los altos precios se combinaban para crear condiciones insoportables, se descargaba en ataques contra comerciantes de cereales y molineros, ataques que muchas veces deben de haber degenerado en simples excusas para el crimen».¹⁰¹ Sin embargo, registraremos inútilmente sus páginas en busca de la evidencia que nos permita detectar la frecuencia de esta degeneración». Wermouth, en su útil crónica de los disturbios, se permite enunciar una categoría explicatoria: la «miseria».¹⁰² Ashton, en su estudio sobre los motines de subsistencias entre los mineros, formula el argumento propio del paternalista: «la turbulencia de los mineros debe, por supuesto, ser

¹⁰⁰ Este capítulo se publicó por primera vez, en forma de artículo en *Past and Present* en 1971. Puede leerse una ampliación crítica en tono polémico en el libro del mismo autor *Customs in common* (“Costumbres en común”). Cap. 5 “La economía moral revisada”

¹⁰¹ M. Beloff, *Public Order and Popular Disturbances, 1660-1714*, Oxford, 1938, p. 75.

¹⁰² R. F. Wearmouth, *Methodism and the Common People of the Eighteenth Century*, Londres, 1945, esp. caps. 1 y 2.

explicada por algo más elemental que la política: era la reacción instintiva de la virilidad ante el hambre». ¹⁰³ Los disturbios fueron «rebeliones del estómago», y puede sugerirse que esta, en cierto modo, es una explicación reconfortante. La línea de análisis es: hambre-elemental-instintiva. Charles Wilson continúa la tradición: «Alzas espasmódicas en el precio de los alimentos incitaron al motín a los barqueros del Tyne en 1709 y a los mineros del estado a saquear graneros en Falmouth en 1727». Un espasmo condujo a otro: el resultado fue el «pillaje». ¹⁰⁴

Durante décadas, la historia social sistemática ha quedado rezagada con respecto a la historia económica hasta el momento actual en que se da por hecho que una especialización en la segunda disciplina confiere, automáticamente, igual nivel de pericia a la primera. Uno no puede quejarse, por lo tanto, de que las recientes investigaciones hayan tendido a tergiversar y cuantificar testimonios que sólo se han entendido de manera imperfecta. El decano de la *escuela espasmódica* es, por supuesto, Rostow, cuyo tosco «gráfico de la tensión social» fue presentado en 1948 por primera vez.¹⁰⁵ De acuerdo con este gráfico, no necesitamos más que unir un índice de desempleo y uno de altos precios alimenticios para encontrarnos en condiciones de hacer un gráfico del curso de los disturbios sociales. Esto contiene una verdad autoevidente (la gente protesta cuando tiene hambre): de igual manera que un «gráfico de la tensión sexual» mostraría que el comienzo de la madurez sexual puede correlacionarse con una mayor frecuencia en dicha actividad. La objeción es que este gráfico si no se usa con discreción, puede dar por concluida la investigación en el punto exacto en que ésta adquiere verdadero interés sociológico o cultural: cuando está hambrienta (o con apetito sexual), ¿qué es lo que hace la gente?, ¿cómo es modificada su conducta por la costumbre, la cultura, y la razón? Y (habiendo convenido en que el estímulo primario de la «miseria» está presente), ¿contribuye la conducta de las gentes a una función más compleja, y culturalmente mediatisada, que -por mucho que se cueza en el horno del análisis estadístico- no puede retrotraerse de nuevo al estímulo?

¹⁰³ T. S. Ashron y J. Sykes, *The Coal Industry of the Eighteenth Century*, Manchester, 1929, p. 131.

¹⁰⁴ Charles Wilson, *England's Apprenticeship, 1603-1763*, Londres, 1965, p. 345. Es cierto que los magistrados de Falmouth informaron al duque de Newcastle (16 noviembre 1727) de que «los revoltosos mineros del estaño» habían «irruptido y saqueado varias despensas y graneros de cereal». Su informe concluye con un comentario que sugiere que no fueron mucho más capaces que algunos historiadores modernos en comprender la racionalidad de la acción directa de los mineros: «la causa de estas atropellos, según pretendían los amotinados era la escasez de grano en el condado, pero esta sugerencia es probablemente falsa, pues la mayoría de los que se llevaron el grano lo dieron o lo vendieron a un cuarto de su precio». PRO, SP 36.4.22.

¹⁰⁵ W. W. Rostow, *British Economy in the Nineteenth Century*, Oxford, 1948 esp. pp. 122-125. Entre los más interesantes estudios que relación precios-cosechas y disturbios populares están: E. J. Hobsbawm, *Economic Fluctuations and Some Social Movements*, Labouring Men, Londres, 1964, y T. S. Ashton, *Economic Fluctuations in England, 1700-1800*, Oxford, 1959.

Son muchos, entre nosotros, los historiadores del desarrollo culpables de un craso reduccionismo económico que elimina las complejidades de motivación, conducta y función; reduccionismo que, de advertirlo en el trabajo de sus colegas marxistas, les haría protestar.

El lado débil que comparten estas explicaciones es una imagen abreviada del hombre económico. Lo que es quizás un motivo de sorpresa es el clima intelectual-esquizoide, que permite a esta historiografía cuantitativa coexistir (en los mismos sitios y a veces en las mismas mentes) con una antropología social que deriva de Durkheim, Weber o Malinowski. Conocemos muy bien todo lo relacionado con el delicado tejido de las normas sociales y las reciprocidades que regulan la vida de los isleños de Trobriand, y las energías psíquicas involucradas en el contenido de los cultos de Melanesia; pero, en algún momento, esta criatura social infinitamente compleja, el hombre melanesio, se convierte (en nuestras historias) en el minero inglés del siglo XVIII que golpea sus manos espasmódicamente sobre su estómago y responde a estímulos económicos elementales.

A esta visión espasmódica opondré mi propio punto de vista.¹⁰⁶ Es posible detectar en casi toda acción de masas del siglo XVIII alguna noción legitimizante. Con el concepto de legitimación quiero decir el que los hombres y las mujeres que constituían el tropel creían estar defendiendo derechos o costumbres tradicionales; y, en general, que estaban apoyados por el amplio consenso de la comunidad. En ocasiones este consenso popular era confirmado por una cierta tolerancia por parte de las autoridades, pero en la mayoría de los casos, el consenso era tan marcado y energético que anulaba las motivaciones de temor o respeto.

El motín de subsistencias en la Inglaterra del siglo XVIII fue una forma muy compleja de acción popular directa, disciplinada y con claros objetivos. Hasta qué punto estos objetivos fueron alcanzados -esto es, hasta qué punto el motín de subsistencias fue una forma de acción coronada por el éxito- es una cuestión muy intrincada para abordarla dentro de los límites de un artículo; pero puede al menos plantearse en vez de negarla y abandonarla sin examen, como de costumbre, y esto no puede hacerse hasta que sean identificados los objetivos propios de la muchedumbre. Es cierto, por supuesto, que los motines de subsistencias eran provocados por precios que subían vertiginosamente, por prácticas incorrectas de los comerciantes, o por hambre. Pero estos agravios operaban dentro de un consenso popular en cuanto a qué prácticas eran legítimas y cuáles ilegítimas en la comercialización, en la elaboración del pan, etc. Esto estaba a su vez basado en una idea tradicional de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad que, tomadas en conjunto, puede decirse que constituyan la: «economía "moral" de los pobres». Un atropello a estos

¹⁰⁶ He encontrado de la máxima utilidad el estudio pionero de R. B. Rose, *Eighteenth Century Price Riots and Public Policy in England*, *Territorial Review of Social History*, VI (1961), y G. Rudé, *The Crowd In History*, Nueva York, 1964.

supuestos morales, tanto como la privación en sí, constituía la ocasión habitual para la acción directa.

Aunque esta «economía moral» no puede ser descrita como «política» en ningún sentido progresista, tampoco puede, no obstante, definirse como apolítica, puesto que supone nociones del bien público categórica y apasionadamente sostenidas, que, ciertamente, encontraban algún apoyo en la tradición paternalista de las autoridades; nociones de las que el pueblo, a su vez, se hacía eco tan estrepitosamente que las autoridades eran, en cierta medida, sus prisioneros. De aquí que esta economía moral tiñese con carácter muy general el gobierno y el pensamiento del siglo XVIII en vez de interferir únicamente en momentos de disturbios. La palabra «motín» es muy corta para abarcar todo esto.

II

Así como hablamos del nexo del dinero en efectivo surgido de la revolución industrial, existe un sentido en el que podemos hablar del nexo del pan en el siglo XVIII. El conflicto entre campo-ciudad fue mediatisado por el precio del pan. El conflicto entre tradicionalismo y la nueva economía política pasó a depender de las Leyes Cerealistas. El conflicto económico de clases en la Inglaterra del siglo XIX encontró su expresión característica en el problema de los salarios; en la Inglaterra del siglo XVIII, la gente trabajadora era incitada a la acción más perentoriamente por el alza de precios.

Esta conciencia de consumidor altamente sensible coexistió con la gran era de mejoras agrícolas del cinturón cerealista del Este y del Sur, Esos años que llevaron la agricultura inglesa a una nueva cima en cuanto a calidad, están jalonados de motines -o como los contemporáneos a veces los describen, de «insurrecciones» o «levantamientos de los pobres» - 1709, 1740, 1756-1757, 1766-1767, 1773, 1782, y, sobre todo, 1795 y 1800-1801. Esta industria capitalista boyante flotaba sobre un mercado irascible, que podía en cualquier momento desatarse en bandas de merodeadores, que recorrían el campo con cachiporras, o surgían en la plaza del mercado para «fijar el precio» de las provisiones a un nivel popular. Las fortunas de las clases capitalistas más fuertes descansaban, en último término, sobre la venta de cereales, carne, lana; y los dos primeros artículos debían ser vendidos, con poca intervención de los intermediarios, a los millones de personas que componían la legión de los consumidores. De aquí que las fricciones del mercado nos lleven a una zona crucial de la vida nacional.

En el siglo XVIII la clase trabajadora no vivía sólo de pan, pero (como muestran los presupuestos reunidos por Eden y David Davies) muchos de ellos subsistían casi exclusivamente por el pan. Este pan no era todo de trigo, si bien el pan de trigo fue ganando terreno, continuamente sobre otras variedades hasta principios de la década de 1790. Durante los años sesenta, Charles Smith

calculó que de la supuesta población de alrededor de 6 millones de Inglaterra y Gales, 3.750.000 comían pan de trigo, 888.000 lo consumían de centeno, 739.000 de cebada y 623.000 de avena.¹⁰⁷ Hacia 1790 podemos calcular que por lo menos dos tercios de la población consumían trigo.¹⁰⁸

El esquema de consumo refleja, en parte, grados comparativos de pobreza, y en parte, condiciones ecológicas. Distritos con suelos pobres y distritos de tierras altas (como los Peninos) donde el trigo no maduraba, eran los bastiones del consumo de otros cereales. Aun, en los años noventa, los trabajadores de las minas de estaño de Cornualles subsistían en su mayor parte gracias al pan de cebada. Se consumía mucha harina de avena en Lancashire y Yorkshire, y no solo por parte de los pobres. Los informes de Northumberland son contradictorios, pero parecería que Newcastle y muchas aldeas mineras de los alrededores se habían pasado por entonces al trigo, mientras que el campo y ciudades más pequeñas se alimentaban de pan de avena, de centeno, un pan mezcla de varios cereales¹⁰⁹ o una mezcla de cebada y legumbres secas.¹¹⁰

A lo largo del siglo, nuevamente el pan blanco fue ganando terreno a variedades más oscuras de harina integral. Esta se debió en parte a una cuestión de valores de status, de posición relativa, que se asociaron al pan blanco, pero en modo alguno fue exclusivamente por eso. El problema es más complejo. Y pueden mencionarse rápidamente varios de sus aspectos.

Era productivo para los panaderos y molineros vender pan blanco o harinas finas, pues el beneficio que podía obtenerse de estas ventas era, en general, mayor. (Irónicamente, esto fue en parte consecuencia de la protección paternalista al consumidor, pues el *Assize of Bread* -regulación o «Reglamento sobre el Precio del Pan», de acuerdo con el precio del grano- intentaba evitar que los panaderos obtuvieran sus ganancias del pan de los pobres; por lo tanto, iba en interés del panadero el hacer la menor cantidad posible para «uso doméstico», y esta pequeña cantidad hacerla de pésima calidad.)¹¹¹ En las ciudades, que estaban alerta contra el peligro de la adulteración, el pan negro era sospechoso, pues podía ocultar fácilmente aditivos tóxicos. En las últimas décadas del siglo muchos molineros adaptaron sus maquinarias y sus tamices en tal forma que, de hecho, servían para preparar la harina para la hogaza

¹⁰⁷ C. Smith, *Three Tracts on the Corn-Trade and Corn-Laws*, Londres, 1766, pp. 140, 182-185.

¹⁰⁸ Fitzjohn Brand, *A Determination of the Average Depression of Wheat in War below that of the Preceding Peace...* Londres, 1800, pp. 62-63, 96.

¹⁰⁹ Para «maslin» (un pan hecho de varios cereales), véase Sir William Ashley, *The Bread of our Forefathers*, Oxford, 1928, pp- 16-19.

¹¹⁰ C. Smith, *op cit.*, p. 194 (para 1765). Pero el alcalde de Newcastle informaba (4 mayo 1796) que el pan de centeno era «muy usado por los trabajadores empleados en la Industria del Carbón», y un informador de Hexham Abbey decía que cebada y legumbres secas, o alubias «es el único pan de los trabajadores pobres y de los criados de los agricultores e incluso de muchos agricultores», con centeno o «maslin» en las ciudades: PRO, PC 1.33.A.88.

¹¹¹ Nathaniel Forster, *An Enquiry into the Cause of the High Price of Provisions*, Londres, 1767. pp. 144-147.

doméstica de tipo intermedio, produciendo sólo las mejores calidades para el pan blanco y los desperdicios, el salvado, para un pan negro que un observador consideró «tan rancio, repulsivo y pernicioso como para poner en peligro la constitución física».¹¹² Los intentos realizados por las autoridades, en épocas de escasez, para imponer la manufactura de calidades de harina más bajas (o, como en 1795, el uso general de la hogaza «doméstica»), encontraron muchas dificultades y con frecuencia resistencia, tanto por parte de los molineros como de los panaderos.¹¹³

A finales de siglo, los sentimientos de status estaban profundamente arraigados dondequiera que prevaleciese el pan de trigo y este fuese amenazado por la posibilidad de mezclas de harinas. Se insinúa que los trabajadores acostumbrados al pan de trigo no podían en verdad trabajar - sufrían de debilidad, indigestión, o náuseas si les forzaban a cambiar al pan hecho con mezclas. Aun frente a los atroces precios de 1795 y 1800-1801, la resistencia de gran parte de los trabajadores resultó invencible.¹¹⁴ Los diputados del gremio en Caine informaron al Consejo Privado (*Privy Council*) en 1796 que gente «que merece confianza» estaba usando las mezclas de cebada y trigo requeridas por las autoridades, y que los artesanos y obreros pobres con familias numerosas

“...han usado en general solamente pan de cebada. El resto, que suman quizá alrededor de un tercio de los artesanos pobres, y otros, con familias más pequeñas (diciendo que ellos no podían obtener más que pan) han comido, como antes de la escasez, solamente pan de panadería hecho de trigo llamado de segunda.

El alguacil de Reigate informaba en términos similares:

“...En cuanto a los trabajadores pobres que apenas tienen otro sustento que el pan y que por la costumbre del vecindario siempre han comido pan

¹¹² J. S. Girdler, *Observations on the Pernicious Consequences of Forestalling, Regrating and Ingrossing*, Londres, 1800, p- 88.

¹¹³ El problema fue discutido con lucidez en [Gobernador] Pownall, *Considerations on the Scarcity and High Prices of Bread-corn and Bread*, Cambridge, 1795, esp. pp. 25-27. Véase también lord John Sheffield: *Remarks on the Deficiency of Grain occasioned by the bad Harvest of 1799*, Londres 1800, esp. pp. 105-106, para la evidencia de que (1795) «no hay pan doméstico hecho en Londres». Un corresponsal de Honiton describía en 1766 el pan doméstico como «una infame mezcla de salvado molido y cernido, al cual se añade la peor clase de harina inclasificable»: *Hist. MSS. Comm., City of Exeter*, serie LXXIII, p. 255. Sobre esta compleja cuestión, véase además S. y B. Webb, «The Assize of Bread», *Economic Journal* XIV (1904), esp. pp. 203-206.

¹¹⁴ R. N. Salarnan, *The History and Social Influence of the Potato*, Cambridge, 1949, esp- pp. 493-517. La resistencia se extendía desde las regiones consumidoras de trigo del sur y del centro a las consumidoras de avena del norte) un corresponsal de Stockport en 1795 observó que «una muy generosa suscripción ha sido hecha con el propósito de distribuir harina de avena u otras provisiones entre los pobres a precios reducidos. «Esta medida siento decirlo, da poca satisfacción al pueblo, que todavía clama e insiste en obtener pan de trigo»: PRO, WO 1.1094. Véase también J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*, Londres, ed. 1966, pp. 119-123.

hecho solamente con trigo, entre ellos, no he impuesto ni expresado el deseo de que consumiesen pan de mezcla, por miedo a que no estén suficientemente alimentados para poder con su trabajo.”

Los pocos trabajadores que habían probado pan hecho de mezclas

«se encontraron débiles, afiebrados, e incapaces para trabajar con un cierto grado de vigor».

Cuando, en diciembre de 1800, el gobierno presentó un decreto (popularmente conocido como el Decreto del Pan Negro o «Decreto del Veneno») que prohibía a los molineros elaborar otra harina que no fuera de trigo integral, la respuesta popular fue inmediata. En Horsham (SUSSÉX)

“un grupo de mujeres... fue al molino de viento de Godsen, donde, injuriando al molinero por haberles dado harina morena, se apoderaron del lienzo del tamiz con el que el molinero estaba preparando la harina de acuerdo con las normas del Decreto del Pan, y lo cortaron en mil pedazos; amenazando al mismo tiempo con tratar así todos los utensilios similares que intentase usar en el futuro de igual manera. La amazonica dirigente de esta cabalgata en sayas, ofreció después a sus colegas licor, por valor de una guinea, en la taberna de Crab Tree.”

Como resultado de semejantes actitudes, el decreto fue revocado en menos de dos meses. Cuando los precios eran altos, más de la mitad de los ingresos semanales de la familia de un trabajador podía muy bien gastarse exclusivamente en pan.¹¹⁵ ¿Cómo pasaban estas cereales desde la tierra a los hogares de los trabajadores? A simple vista parece sencillo. He aquí el grano: es cosechado, trillado, llevado al mercado, molido en el molino, cocido y comido. Pero en cada etapa de este proceso hay toda una irradiación de complejidades, de oportunidades para la extorsión, puntos álgidos alrededor de los cuales los motines podían surgir. Y apenas se puede proseguir sin esbozar, de manera esquemática, el modelo paternalista del proceso de elaboración y comercialización -el ideal platónico tradicional al que se apelaba en la ley, el panfleto, o el movimiento de protesta- y contra el que chocaban las embarazosas realidades del comercio y del consumo.

El modelo paternalista existía en un cuerpo desgastado de ley estatuida, así como en el derecho consuetudinario y las costumbres. Era el modelo que, muy frecuentemente, informaba las acciones del gobierno en tiempos de emergencia hasta los años setenta; y al cual muchos magistrados locales continuaron apelando. Según este modelo, la comercialización debía ser, en lo posible, *directa*, del agricultor al consumidor. Los agricultores debían de traer su cereal a granel -al mercado local; no debían venderlo mientras estuviera en las meses, y tampoco retenerlo con la esperanza de subir los precios. Los

¹¹⁵ Véase especialmente los presupuestos en D. Davies, *The Case of Labourers in Husbandry*, Bath, 1795, y en Sir Frederick Eden, *The State of the Poor*, Londres, 1797. También, D. J. V. Jones, «*The Corn Riots in Wales 1793-1801*», *Welsh Hist. Rev.*, II, n.º 4 (1965), ap. 1, p. 347.

mercados tenían que estar controlados; no se podían hacer ventas antes de horas determinadas, que se anunciarían a toque de campana; los pobres debían tener la oportunidad de comprar ellos primero grano, harina de flor o harina, en pequeños paquetes cuyo peso y medida estuviesen debidamente supervisados. A una hora determinada, cuando sus necesidades estuvieran cubiertas, había de sonar una segunda campana) y los comerciantes al por mayor (con la oportuna licencia) podían hacer sus compras. Los traficantes estaban cercados de trabas y restricciones, inscritas en los mohosos pergaminos de las leyes contra el acaparamiento, regateo y monopolio, codificadas durante el reinado de Eduardo VI. No debían comprar (y los agricultores no debían vender) por muestrero. No debían comprar el cereal en la mierda ni adquiriría para revender (dentro del plazo de tres meses), en el mismo mercado, con ganancias, o en mercados cercanos, etc. Ciertamente durante la mayor parte del siglo XVIII el intermediario siguió siendo legalmente sospechoso, y sus transacciones, en teoría, fueron severamente acotadas.¹¹⁶

De la supervisión de los mercados pasamos a la protección del consumidor. Los molineros y -en mayor escala- los panaderos eran considerados servidores de la comunidad que trabajaban, no para lucrarse, sino para lograr una ganancia razonable. Muchos de los pobres compraban su grano en el mercado directamente (o lo obtenían como un suplemento del salario o espigando); lo llevaban al molino para ser molido, en cuyo caso el molinero podía cobrar la maquila acostumbrada, y ellos cocer después su propio pan. En Londres y en las grandes ciudades donde esto había dejado de ser la norma hacia mucho tiempo, el beneficio o ganancia del panadero era calculado, de acuerdo con el *Assize of Bread*, en el que, tanto el precio como el peso de la hogaza eran fijados con relación al precio vigente del trigo.¹¹⁷

Este modelo, por supuesto, se aleja en muchos puntos de las realidades del siglo XVIII. Lo más sorprendente es observar hasta qué punto funcionaba en parte todavía. Por ello, Aikin puede describir así en 1795 la ordenada regulación del mercado de Preston:

“...los mercados semanales... están extremadamente bien regulados para evitar el acaparamiento y el regateo. Sólo a la gente del pueblo se le permite comprar a primera hora, de las ocho a las nueve de la mañana, a las nueve pueden comprar los demás; pero ninguna mercancía sin vender

¹¹⁶ El mejor estudio general de los mercados de grano del siglo XVIII es todavía R. B. Westerfield, *Middlemen in English Business 1660-1760* New Haven, 1915, cap. 2. Véase también N. S. B. Grass, *The Evolution of the English Corn Market from the Twelfth to the Eighteenth Century*, Cambridge Mass., 1915; D. G. Barnes, *A History of the English Corn Laws*, Londres, 1930; C. R. Fay, *The Corn Laws and Social England*, Cambridge 1932; E. Lipson, *Economic History of England*, Londres, 1956, II, pp. 419-4481; L. W. Moffitt, *England on the Eve of the Industrial Revolution*, Londres, 1925, cap. 3; G. E. Fussell y C. Goodmen, «*Traffic in Farm Produce in Eighteenth Century England*», *Agricultural History*, XII, n.º 2 (1938); Janet Blackman, «*The Food Supply of an Industrial Town (Scheffield)*», *Business History* V (1963).

¹¹⁷ S. y B; Webb, «*The Assize of Bread*», *Economic* II., XIV (1904).

puede retirarse del mercado hasta la una en punto, exceptuado el pescado...”¹¹⁸

En el mismo año, en el Sudoeste (otra de las zonas conocidas por su tradicionalismo), las autoridades municipales de Exeter intentaron controlar a los «revendedores, buhoneros y detallistas» excluyéndolos del mercado desde las ocho de la mañana hasta mediodía, hora en que la campana del ayuntamiento sonaba. El *Assize of Bread* estaba aún vigente durante el siglo XVIII en Londres y en muchas ciudades de mercado.¹¹⁹ En el caso de la venta por muestreo podemos observar el peligro de asumir prematuramente la disolución de las restricciones consagradas por la costumbre.

Se supone con frecuencia que la venta de grano por muestreo estaba generalizada a mediados del siglo XVII, cuando Best describe la práctica en el este de Yorkshire,¹²⁰ y con seguridad en 1725, cuando Defoe redactó su famoso informe sobre el comercio cerealista.¹²¹ Pero, mientras muchos grandes agricultores vendían sin duda por muestreo en la mayoría de los condados, por aquellas fechas, los antiguos mercados de puestos eran corrientes todavía y sobrevivían aún en los alrededores de Londres. En 1718 el autor de un panfleto describía la decadencia de los mercados rurales como un hecho que había tenido lugar en años recientes:

“...Se pueden ver pocas cosas aparte de juguetearías y puestos de baratijas y chucherías... Los impuestos casi han desaparecido; y donde - según memoria de muchos de los habitantes- solían venir antes a la ciudad en un día, cien, doscientas, quizá trescientas cargas de grano, y en algunos municipios cuatrocientas, ahora crece la hierba en el emplazamiento del mercado.”

Los agricultores (se lamentaba) habían llegado a esquivar el mercado y a operar con corredores y otros «contrabandistas» a las puertas de aquí. Otros

¹¹⁸ J. Aikin, *A Description of the Country from thirty to forty Miles round Manchester*, Londres, 1795, p. 286. Uno de los mejores archivos de un bien regulado mercado señorial del siglo XVIII es el de Manchester. Aquí fueron nombrados durante todo el siglo vigilantes de mercado para el pescado y la carne, para pesos y medidas de grano, para carnes blancas, para el *Assize of Bread*, así como catadores de cerveza y agentes para impedir «monopolio, acaparamiento y regateo», hasta los años 1750 fueron frecuentes las multas por peso o medida escasos, carnes invendibles, etc.: la supervisión fue después algo más ligera (aunque continuó), con un resurgimiento de la vigilancia en los años 1790. Se impusieron multas por vender cargas de grano antes de que sonara la campana del mercado en 1734, 1737 y 1748 (cuando William Wyat fue multado en 20 chelines «por vender antes de que sonara la campana y declarar que vendería a cualquier hora del día a pesar del Señor del Feudo o de cualquier otra persona»), y otra vez en 1766. *The Court Leet Records of the Manor of Manchester*, ed. J. P. Earwaker, Manchester, 1888-1889, vols. VII, VIII, IX, passim. Para la regulación del acaparamiento en Manchester, véase más adelante

¹¹⁹ S. y B. Webb, op. cit., passim, y J. Burnett, «The Baking Industry In the Nineteenth Century», *Bussines History*, V (1963), pp. 98-99.

¹²⁰ *Rural Economy in Yorkshire in 1641* (Surtees Society, XXXIII), 1857, pp. 99-105.

¹²¹ *The Complete English Tradesman*, Londres, 1727, II, parte 2.

agricultores traían todavía al mercado una única carga «para hacer un simulacro de mercado, y para que les fijaran el precio», pero el verdadero negocio se hacía en «paquetes de grano en una bolsa o en un pañuelo que son llamados muestras» ¹²²

Esta era, en efecto, la tendencia; pero muchos pequeños agricultores continuaron vendiendo su grano en los puestos del mercado, como antes, y el viejo modelo quedó en la mente de los hombres como fuente de resentimiento. Una y otra vez fueron impugnados los nuevos procedimientos de comercialización. En 1710, una petición a favor de la gente pobre de Stony Stratford (Buckinghamshire) se lamenta de que los agricultores y comerciantes estaban «comprando y vendiendo en los corrales y en las puertas de sus Graneros, de tal manera que ahora los pobres habitantes no podemos conseguir una molienda en proporción razonable a nuestro dinero, lo cual es una gran calamidad». En 1733 varias municipios apelaron a la Cámara de los Comunes en contra de tal práctica. Halsemere (Surrey) se lamentaba de molineros y harineros que acaparaban el comercio; «compraban secretamente grandes cantidades de cereales de acuerdo con pequeñas muestras, y se negaban a comprar el que había sido expuesto en el mercado público». Esta práctica sugiere la existencia de una ocultación y pérdida de diafanidad en los procedimientos de comercialización.

Con el transcurso del siglo no cesaron las quejas, aunque tendieron a trasladarse hacia el Norte y el Oeste. Con ocasión de la escasez de 1756, el Consejo Privado, además de poner en movimiento las viejas leyes contra el acaparamiento, promulgo una proclama ordenando a «todos los agricultores, bajo severas penas, traer sus cereales al mercado público, y no venderlo a muestreo en sus propios lares». Pero a las autoridades no les agradaba sentirse demasiado presionados en este asunto; en 1766 (otro año de escasez) los magistrados de Surrey inquirieron si comprar por muestreo era, en efecto, un delito punible, y recibieron una respuesta prodigiosamente evasiva: el secretario de Su Majestad no está autorizado, en razón de su cargo, para interpretar las leyes.

Dos cartas dan alguna idea del desarrollo de nuevas prácticas en el Oeste. Un corresponsal que escribía a lord Shelburne en 1776 acusaba a los comerciantes y molineros de Chippenham de «complot»:

“...Él mismo mandó comprar una arroba de trigo al mercado, y aunque había allí muchas cargas, y era inmediatamente después de haber sonado la campana del mercado, dondequiera que su agente solicitase, la respuesta era «Está vendido». De forma que, aunque... para evitar el castigo de la ley, lo traen al mercado, el negocio se hace antes, y el mercado es sólo una farsa.”

¹²² Anon., *An Essay to Prove that Regrators, Engrossers, Forestallers Hawkers, and Jobbers of Com, Cattle, and other Marketable Goods are Destructive of Trade, Oppressors to the Poor, and a Common Nuisance to the Kingdom in General*, Londres, 1718, pp. 13., 18.-20.;

(Estas prácticas podrían dar ocasión a un motín; en junio de 1757, se informó de que «la población se sublevó en Oxford y en pocos minutos se apropió y dividió una carga de trigo que se sospechaba había sido vendida por muestra y traída al mercado solamente para salvar las apariencias.) La segunda carta es de 1772, de un corresponsal en Dorchester, y describe una práctica diferente de tasa de mercado; sostiene que los grandes agricultores se reunían para fijar los precios antes de ir al mercado,

"y muchos de estas hombres no venderán menos de cuarenta *bushels*,* que los pobres no pueden comprar. Por esto el molinero, que no es enemigo del agricultor, da el precio que éste le pide y los pobres tienen que aceptarlo,"

Los paternalistas y los pobres continuaron lamentándose del desarrollo de estas prácticas de mercado que nosotros, en visión retrospectiva, tendemos a aceptar como inevitables y «naturales».¹²³ Pero lo que puede parecer ahora como inevitable no era necesariamente, en el siglo XVIII, materia aprobable, Un panfleto característico (de 1768) clamaba indignado contra la supuesta libertad de cada agricultor para hacer lo que quisiera con sus cosas; esta sería libertad «natural», pero no «civil»:

"No puede decirse, entonces, que sea la libertad de un ciudadano o de uno que vive bajo la protección de alguna comunidad; es más bien la libertad de un salvaje; por consiguiente, el que se aproveche de ella, no merece la protección que el poder de la Sociedad proporciona."

La asistencia del agricultor al mercado es «una parte material de su obligación; no se le debería permitir guardar sus mercancías o venderlas en otro lugar».¹²⁴

Pero después de 1760, los mercados tuvieron tan poca función en la mayor parte de las tierras del Sur y en las *Midlands* que en dichos distritos, las quejas contra la venta por muestreo son menos frecuentes, a pesar de que, a finales de siglo, se protestaba todavía de que los pobres no pudiesen comprar pequeñas cantidades.¹²⁵ En algunos lugares del Norte el asunto era distinto. Una petición de los trabajadores de Leeds en 1795 se queja de:

* Medida inglesa de áridos, equivalente a 36,35 litros. (N. de t.)

¹²³ Pueden encontrarse ejemplos, dentro de una abundante literatura en *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 534; Anon. [Ralph Courceville], *The Cries of the Public*, Londres, 1758, p. 25; Anon. [C. L.], *A Letter to a Member of Parliament proposing Amendments to the Laws against Forestallers, Ingrossers, and Regratters*, Londres, 1757, pp. 5-8; *Museum Rusticum et Commerciale*. IV (1765), p.199; Forster, *op. cit.*, p. 97.

¹²⁴ Anon., *Anquiry into the Price of Wheat, Malt...*, Londres, 1768, pp. 119-123.

¹²⁵ Véase, por ej., Davies (*infra*, p. 92). Se informa desde Cornualles en 1795 que muchos agricultores rehúsan vender [cebada] en pequeñas cantidades a los pobres, lo cual causa grandes murmuraciones: PRO HO 42.34 y desde Essex en 1800 que «en algunos lugares no se efectúan ventas excepto en los sitios ordinarios, donde compradores y vendedores (principalmente molineros y agentes) cenan Juntos... el beneficio del Mercado casi se ha perdido para el vecindario»; tales prácticas son mencionadas «con gran indignación por las clases mas bajas»: PRO, HO 42.54.

«los agentes de cereales y molineros y un grupo de gente que nosotros llamamos *regatones* y los harineros que tienen el grano en sus manos de manera que pueden retenerlo y venderlo al precio que quieran, o no venderlo» «Los agricultores no llevan más grano al mercado que el que llevan en sus bolsillos como muestra... lo cual hace quejarse mucho a los pobres».

Tanto fue el tiempo que tardó en abrirse camino y resolverse un proceso, que, muy a menudo, se documenta ya cien años antes.

Se ha seguido este ejemplo para ilustrar la densidad y particularidad del detalle: la variedad de las costumbres locales y el rumbo que el resentimiento popular podía tomar cuando cambiaban las viejas prácticas de mercado. La misma densidad, la misma diversidad existe en el área de comercialización, escasamente definida. El modelo paternalista fallaba, por supuesto, en muchos otros puntos. El *Assize of Bread*, si bien fue efectivo para controlar las ganancias de los panaderos, se limitaba a reflejar el precio en curso del trigo o la harina y no podía de ninguna manera influir sobre los precios en si.

Los molineros eran ahora, en Hertfordshire y el valle de Támesis, empresarios acaudalados, y a veces comerciantes de grano o malta, así como grandes fabricantes de harina.¹²⁶ Fuera de los distritos cerealistas principales, los mercados urbanos no podían en modo alguno ser abastecidos sin las operaciones de agentes cuyas actividades hubieran quedado anuladas de haberse impuesto estrictamente la legislación contra los acaparadores.

¿Hasta qué punto reconocieron las autoridades que su modelo se alejaba de la realidad? La respuesta varía según las autoridades implicadas y con el correr del siglo. Pero puede darse una respuesta general: los paternalistas, en su práctica normal, aceptaban en gran parte el cambio, pero volvían a este modelo en cuanto surgía alguna situación de emergencia. En esto eran, en cierta medida, prisioneros del pueblo, que adoptaba partes del modelo como su derecho y patrimonio. Existe incluso la impresión de que, en realidad, se acogía bien esta ambigüedad. En distritos con motines, en época de escasez, daba a los magistrados cierta capacidad de maniobra, y prestaba cierta aprobación a sus intentos de reducir los precios empleando la persuasión. Cuando el Consejo Privado autorizó (como sucedió en 1709, 1740, 1756 y 1766) la emisión de proclamas en letra gótica ilegible amenazando con terribles castigos a acaparadores, buhoneros, trajineros, revendedores, mercachifles, etc., ayudó a los magistrados a inculcar el temor de Dios entre los molineros y comerciantes locales.

Es cierto que la legislación contra el acaparamiento fue revocada en 1752, pero el Acta de revocación no fue bien redactada, y durante la gran escasez que siguió, en 1795, lord Kenyon, el justicia mayor, tomó la responsabilidad de

¹²⁶ F. J. Fisher, «The Development of the London Food Market 1540-1640», *Econ. Híst. Review*, V (1934-1935).

anunciar que el acaparamiento continuaba siendo un delito procesable según el derecho consuetudinario; «a pesar de que el decreto de Eduardo VI fue revocado (si lo fue acertada o desacertadamente no soy yo quien deba decirlo) aún sigue siendo un delito de derecho consuetudinario, coetánea a la constitución». El reguero de procesos que puede observarse a lo largo del siglo -normalmente por delitos insignificantes y sólo en años de escasez- no se agotó: por el contrario, en 1795 y 1800-1801 hubo quizás más procesos que en cualquier otro periodo de los veinticinco años anteriores.¹²⁷ Pero está bien claro que estaban destinados a producir un efecto simbólico, con objeto de hacer ver a los pobres que las autoridades actuaban en vigilancia de sus intereses. De aquí que el modelo paternalista tuviera una existencia ideal pero también una existencia real fragmentaria. En años de buenas cosechas y precios moderados, las autoridades lo dejaban caer en el olvido. Pero si los precios subían y los pobres se mostraban levantiscos se lo reavivaba, al menos para crear un efecto simbólico.

III

Pocas victorias intelectuales han sido más arrolladoras que la que los exponentes de la nueva economía política ganaron en materia de regulación del comercio interno de cereales. A ciertos historiadores esta victoria les parece, en efecto, tan absoluta, que difícilmente pueden ocultar su malestar con respecto al partido derrotado. El modelo de la nueva economía política puede tomarse muy bien por el de Adam Smith, a pesar de que quepa considerar a *La Riqueza de las Naciones*, no solo como punto de partida, sino también como una gran terminal central en la que convergen, a mediados del siglo XVIII, muchas líneas importantes de discusión (algunas de ellas, como la lúcida obra de Charles Smith, *Tracts on the Corn Trade*, 17-8-1759, apuntaban específicamente a demoler las viejas regulaciones paternalistas de mercado). El debate producido entre 1767 y 1772, que culminó con la revocación de la legislación contra el acaparamiento, señaló una victoria, en esta área, para el *laissez faire*, cuatro años antes de ser publicada la obra de Adam Smith.

Esto significaba más un antimodelo que un nuevo modelo: una negativa directa a la desintegradora política de «previsión» de los Tudor. «Sea revocado todo decreto relacionado con las leyes de cereales -escribió Arbuthnot en 1773-; dejemos que el cereal corra corno el agua, y encontrará su nivel». ¹²⁸ La «ilimitada, incontenta libertad del comercio de cereales» fue también la

¹²⁷ Girdler (op. cit., pp. 212-260) da una lista de varias sentencias en 1795 y 1800. En varios condados se establecieron asociaciones privadas para juzgar a los acaparadores: Rev. J. Malham, *The scarcity of Grain considered Salisbury 1800*, pp. 35-44. El acaparamiento, etc., siguieron siendo delitos de derecho común hasta 1844: W. Holdsworth, *History of English Law*, Londres, ed.1938, XI, p. 472. Véase también más adelante.

¹²⁸ J. Arbuthnot («Un agricultor»), *An Inquiry into the Connection Between the Present Price of Provisions and the Size of Farms*, Londres 1773, p. 88.

exigencia de Adam Smith.¹²⁹ La nueva economía suponía una «desmoralización» de la teoría del comercio y del consumo de tanto alcance como la derogación ampliamente debatida, de las restricciones contra la usura.¹³⁰ Con el término «desmoralización» no se quería sugerir que Smith y sus colegas eran inmorales¹³¹ o no estaban interesados en el bien público.¹³² Significaba, más bien, que se limpiaba a la nueva economía política de imperativos morales intrusos. Los antiguos panfletistas eran, en primer lugar, moralistas y solo en segundo economistas. En la nueva teoría económica no entraban cuestiones sobre política moral de la comercialización, a menos que fuera como preámbulo y perorata de ocasión.

En la práctica, el nuevo modelo funcionaba del siguiente modo. La operación natural de la oferta y la demanda en el mercado libre llevada el máximo la satisfacción de todos los sectores y establecería el bien común. El mercado no estaba nunca mejor regulado que cuando se le dejaba autorregularse. En el curso de un año normal, el precio del grano se ajustada a través del mecanismo del mercado, inmediatamente después de la cosecha, los pequeños agricultores y todos aquellos que tenían que pagar salarios por la recolección y rentas de la fiesta de San Miguel (correspondiente a los meses de octubre, noviembre y diciembre), trillarían su grano y lo traerían al mercado, o permitirían la salida de lo que habían contratado de antemano para ser vendido.

Desde septiembre a Navidades se podían esperar precios bajos. Los agricultores de tipo medio retendrían sus cereales, en la esperanza de que subieran los precios en el mercado, hasta el comienzo de la primavera; mientras que los agricultores más opulentos y los pertenecientes a la *gentry* agricultora retendrían parte de su grano por más tiempo todavía -de mayo a agosto- con la expectativa de llegar al mercado cuando los precios alcanzaran su punto máximo. De esta manera se racionaban adecuadamente las reservas de cereales de la nación, a través del mecanismo del precio, durante cincuenta y dos semanas, sin ninguna intervención del Estado. En la medida en que los intermediarios intervenían y comprometían por adelantado el grano de los agricultores, realizaban, más eficientemente aún, este servicio de

¹²⁹ La «disgresión con respecto al Comercio de Granos y a las Leyes de Cereales., de Adam Smith», está en el libro IV, cap. 5 de *The Wealth of Nations*.

¹³⁰ R. H. Tawney discute el problema en *Religion and the Rise of Capitalism*, Londres, 1926, pero no es esencial para su tesis.

¹³¹ La sugerencia fue hecha, sin embargo, por alguno de los oponentes de Smith. Un panfletista, que pretendía conocerle bien, sostendía que Adam Smith le había dicho que «la Religión Cristiana degrada la mente humana», y que la «Sodoma era una cosa en si indiferente». No sorprende que sostuviera puntos de vista inhumanos sobre el comercio de granos: Anon., *Thoughts of an Old Man of Independent Mind though Dependent Fortune on the Present High Prices of Corn*, Londres, 1800, p. 4.

¹³² A nivel de intención no veo razón para discrepar del profesor A. W. Coats, «*The Classical Economists and the Labourer*», en E. L. Jones y G. E. Mingay, eds., *Land, Labour and Population*, Londres, 1967. Pero la intención es una mala medida del interés ideológico y de las consecuencias históricas.

racionamiento. En años de escasez el precio del grano podía subir hasta alturas peligrosas; pero esto era providencial, pues (además de suponer un incentivo para el importador) era otra nueva forma eficaz de racionar, sin la cual, todas las existencias serían consumidas en los nueve primeros meses del año y en los tres meses restantes la escasez se convertiría en auténtica hambre. Las únicas vías por las que se podía romper esta economía autorregulable, eran la interferencia del Estado y del prejuicio popular.¹³³

Había que dejar fluir libremente el cereal desde las áreas de superabundancia a las zonas de escasez. Por lo tanto, el intermediaria representaba un papel necesario, productivo y loable. Los prejuicios contra los acaparadores fueron rechazados, tajantemente por Smith como supersticiones a igual nivel que la brujería. La Interferencia con el modelo natural de comercio podía producir hambres locales o desalentar a los agricultores en el aumento de su producción. Si se obligaba a ventas prematuras o se restringían los precios en épocas de escasez, podrían consumirse con exceso las existencias. Si los agricultores retenían su grano mucho tiempo, saldrían probablemente perjudicados al caer los precios. La misma lógica puede aplicarse a los demás culpables a ojos del pueblo: molineros, harineros, comerciantes y panaderos. Sus comercios respectivos eran competitivos. Como mucho, solo podían distorsionar el nivel natural de los precios en períodos cortos, y a menudo para su propio perjuicio en última instancia. A finales de siglo, cuando los precios comenzaron a dispararse, el remedio se buscó, no en una vuelta a la regulación del comercio, sino en mejoras tales como el incremento de los cercamientos, y el cultivo de terrenos baldíos.

No debería ser necesario discutir que el modelo de una economía natural y autorregulable, que labora providencialmente para el bien de todos, es una superstición del mismo orden que las teorías que sustentaba el modelo paternalista; a pesar de que esta es, curiosamente, una superstición que algunos historiadores de la economía han sido los últimos en abandonar. En ciertos aspectos, el modelo de Smith se adapta mejor a las realidades del siglo XVIII que el paternalista, y era superior en simetría y envergadura, de construcción intelectual. Pero no deberíamos pasar por alto el aparente aire de validez empírica que tiene el modelo. Mientras que el primero invoca una norma moral -lo que deben ser las obligaciones recíprocas de los hombres- el segundo parece decir: «este es el modo en que las cosas actúan, o actuarían si el Estado no interfiriese». Y sin embargo, si se consideran esas partes de *La Riqueza de las Naciones*, impresiona menos como ensayo de investigación empírica que como un soberbio ensayo de lógica válido en sí mismo.

¹³³ Smith opinaba que las dos iban a la par: «las leyes concernientes al grano pueden compararse en todas partes a las leyes concernientes a la religión. La gente se siente tan interesada en lo que se refiere, bien a su subsistencia en esta vida, bien a su felicidad en la vida futura, que el gobierno debe ceder ante sus prejuicios...».

Cuando consideramos la organización real del comercio de cereales en el siglo XVIII no disponemos de verificación empírica para ninguno de los dos modelos. Ha habido poca investigación detallada sobre la comercialización;¹³⁴ ningún estudio importante de una figura clave: el molinero.¹³⁵ Aun la primera letra del alfabeto de Smith -el supuesto de que los altos precios eran una forma efectiva de racionamiento- queda nada más que como una mera afirmación. Es notorio que la demanda de grano, o pan, es muy poco flexible. Cuando el pan es caro, los pobres -como le recordaron a un observador de alta posición- no se pasan a los pasteles. Según algunos observadores, cuando los precios subían los trabajadores podrían comer la misma cantidad de pan, pero era porque eliminaban otros productos de su presupuesto; podían incluso comer más pan para compensar la pérdida de otros artículos. De un chelín, en un año normal, seis peniques se destinarían a pan, seis a «carne de mala calidad y muchos productos de huerta»; pero en un año de precios altos, todo el chelín se gastaría en pan.¹³⁶

De cualquier manera, es bien sabido que los movimientos de los precios del grano no pueden ser explicados por simples mecanismos de precio, de oferta y demanda; y la prima pagada para alentar a la exportación cerealista, distorsionaba aún más las cosas. Junto con el aire y el agua, el grano era un artículo de primera necesidad, extraordinariamente sensible a cualquier deficiencia en el abastecimiento. En 1796, Arthur Young calculó que el déficit total de la cosecha de trigo fue menor del 25 por ciento; pero el precio subió en un 81; proporcionando, por tanto, según sus cálculos, a la comunidad agrícola un beneficio de 20 millones de libras más que en un año normal.¹³⁷

¹³⁴ Véase, sin embargo, A. Everitt, «*The Marketing of Agricultural Produce*», en Joan Thirsk, ed., *The Agrarian History of England and Wales*, vol. IV; 1500-1640, Cambridge, 1967, y D. Beker, «*The Marketing of Corn in the First Half of the Eighteenth-Century: North-east Kent*», *Agric. Hist. Rev.*, XVIII (1970).

¹³⁵ Hay alguna información útil en R. Bennett y J. Elton, *History of Corn Milling*, Liverpool, 1898, 4 vols.

¹³⁶ Emanuel Collins, *Lyng Detected*, Bristol, 1758, pp. 66-67. Esto parece confirmado por los presupuestos de Davies y Eden (véase nota 15), Y por los observadores del siglo XIX: véase E. P. Thompson y E. Yeo, *The Unknown Mayhew*, Londres, 1971, ap. 11. E. H. Phelps Brown y S. V. Hopkins, «*Seven Centuries of the Prices of Consumables compared with Builders' Wage rates*», *Económica*, XXII (1956), pp. 297-298, conceden que sólo un 20 por 100 del presupuesto total doméstico se gastaba en alimentos harinosos, aunque los presupuestos de Davies y de Eden (tomados en años de precios altos) muestran un término medio de 53 por ciento. Esta sugiere nuevamente que en tales años el consumo de pan permaneció estable, pero otros artículos alimenticios fueron suprimidos por completo. Es posible que en Londres hubiera ya una mayor diversificación de la dieta hacia los años 1790. P. Colquhoun escribió a Portland, 9 de julio de 1795, que había abundancia de verduras en el mercado de Spitalfields, especialmente patatas, «ese gran substituto del Pan», zanahorias y nabos: PRO, PC 1.27.A.54.

¹³⁷ *Annals of Agriculture*, XXVI (1796), pp. 470, 473. Davenant había estimado en 1699 que una deficiencia de un décimo en la cosecha subía el precio tres décimos: Sir C. Whitworth, *The Political and Commercial Works of Charles Davenant*, Londres, 1771, II, p. 224. El problema está tratado en la obra de W. M. Stern, «*The Bread Crisis in Britain, 1795-1796*», *Economica*, nueva ser., XXXI (1964), y J. D. Gould, «*Agricultural Fluctuations and the English*

Los escritores tradicionalistas se lamentaban de que los agricultores y comerciantes actuaban por la fuerza del «monopolio», su punto de vista fue rebatido, en escrito tras escrito, como «demasiado absurdo para ser tratado seriamente: ivamos!, «más de doscientas mil personas...».¹³⁸ El asunto a tratar, sin embargo, no era si este agricultor o aquel comerciante podía actuar como un «monopolista», sino si los intereses de producción y de comercio en su conjunto eran capaces, en una larga y continuada sucesión de circunstancias favorables, de aprovechar su dominio sobre un artículo de primera necesidad y elevar el precio para el consumidor, de igual manera que las naciones desarrolladas e industrializadas de hoy han podido aumentar el precio de ciertos artículos manufacturados con destino a las naciones menos desarrolladas. Al avanzar el siglo, los procedimientos de mercado se volvieron menos claros, pues el grano pasaba a través de una red más compleja de intermediarias. Los agricultores ya no vendían en un mercado competitivo y libre (que en un sentido local y regional, constitúa la meta del modelo paternalista y no la del modelo del *laissez faire*), sino a comerciantes o molineros que estaban en mejor situación para retener las existencias y mantener altos los precios en el mercado.

En las últimas décadas del siglo, al crecer la población, el consumo presionó continuamente sobre la producción, y los productores pudieron dominar, en forma más general, un mercado de ventas. Las condiciones de las épocas de guerra, que en realidad no inhibieron demasiado la importación de grano durante los períodos de escasez sin embargo acentuaron en esos años las tensiones psicológicas.¹³⁹ Lo que importaba para fijar el precio posterior a la cosecha era la expectativa del rendimiento de esta, y en las últimas décadas del siglo hay evidencia del desarrollo de grupos de presión de agricultores, que conocían muy bien los efectos psicológicos involucrados en el nivel de los precios posteriores a la cosecha, y fomentaban asiduamente expectativas de escasez.¹⁴⁰ Notoriamente, en años de escasez, los agricultores ostentaban una

Economy in the Eighteenth Century», *Jl. Ec. Hist.*, XXII (1962). Dr. Gould hace hincapié sobre un punto mencionado a menudo en apologías contemporáneas de los precios altos (p. ej., *Farmer's Magazine*, II, 1801, p. 81), según el cual los pequeños agricultores en años de escasez necesitaban toda la cosecha para simiente y para su propio consumo: en factores como este ve él «la explicación teórica principal de la extrema volatilidad de los precios de granos en los comienzos de la época moderna». Se requeriría más investigación del real funcionamiento del mercado antes de que tales explicaciones fueran convincentes.

¹³⁸ Anon. [«Un Agricultor»], *Three Letters to a Member of the House of Commons... Concerning the Prices of Provisions*, Londres, 1766, pp. 18-19. Para otros ejemplos, véase Lord John Sheffield, *Observations on the Corn Bill and Present Scarcity and high Price of Provisions*, Londres, 1800, p. 33; J. S. Fry, *Letters on the Corn-Trade*, Brístol, 1816, pp. 10-11.

¹³⁹ Olson, *Economics of the Wartime Shortage*, cap. 3; W. F. Galpin, *The Grain Supply of England during the Napoleonic Period*, Nueva York, 1925.

¹⁴⁰ Véase, p. ej., Anon. [«Un Molinero de malta del Oeste»], *Considerations on the present High Prices of Provisions, and the Necessities of Life*, Londres, 1764, p. 10.

faz sonriente¹⁴¹ mientras que en años de cosechas abundantes el premio inconsiderado de la Señora Naturaleza provocaba gritos de «idesastre!» en los agricultores. Y por muy abundante que pudiera aparecer la cosecha ante los ojos del ciudadano, en cada caso iba acompañada de comentarios sobre el mildiu, las inundaciones, las espigas atizonadas que se convertían en polvo cuando comenzaba la trilla, etc.

El modelo de libre mercado supone una secuencia de pequeños a grandes agricultores que traen su grano al mercado durante el año; pero a fines de siglo, al sucederse los altos precios un año tras otro, un mayor número de pequeños agricultores podían retener sus provisiones hasta que el mercado subiera a satisfacción suya. (Después de todo, para ellos no era un asunto de comercialización rutinaria, sino de intenso, de vital interés: su ganancia anual podía depender, en gran medida, del precio al que tres o cuatro montones de grano podían llegar a venderse.) Si tenían que pagar rentas, el desarrollo bancario rural facilitó al agricultor la obtención de préstamos.¹⁴² El motín de septiembre u octubre resultó desencadenado muy a menudo porque no se producía la caída de los precios después de una cosecha aparentemente abundante, y ello indicaba una confrontación consciente entre el productor reluciente y el consumidor furioso. Traemos a colación estos comentarios, no para refutar a Adam Smith, sino simplemente para indicar los puntos donde hay que tener precaución hasta que nuestros conocimientos se amplíen. Con respecto al modelo de *laissez faire* no hay que decir sino que no se ha demostrado empíricamente; que es intrínsecamente improbable, y que existe cierta evidencia en contra. Nos han recordado recientemente que «los comerciantes ganaban dinero en el siglo XVIII», y que los comerciantes de grano lo deben haber ganado «manipulando el mercado».¹⁴³ Estas manipulaciones se registran ocasionalmente, si bien raramente de manera tan franca como fue anotado por un agricultor y comerciante de granos de Whittleford (Cambridgeshire), en su diario, en 1802: « Yo compré Centeno hace Doce Meses a cincuenta chelines la arroba. Podría haberlo vendido a 122 chelines la arroba. Los pobres consiguieron su harina, buen centeno, a 2 chelines 6 peniques el celemín. La Parroquia me pagó la diferencia que fue 1 chelín 9 peniques por celemín. Fue una bendición para los Pobres y bueno para mi. Compré 320 arrobas.»¹⁴⁴ La ganancia en esta transacción fue superior a mil libras.

¹⁴¹ «Espero -escribía un terrateniente de Yorkshire en 1708- que la escasez de grano que probablemente continuará bastantes años, hará la agricultura muy rentable para nosotros, roturando y mejorando toda nuestra nueva tierra», citado por Beloff, *op. cit.*, p. 57.

¹⁴² El hecho es observado en Anon., *A Letter to the Rt. Hon. William Pitt ... on the Causes of the High Price of Provisions*, Hereford, 1795, p. 9; Anon. [«Una Sociedad de Agricultores Prácticos»], *A Letter to the Rt. Hon. Lord Somerville*, Londres, 1800, p. 49. Cfr. L. S. Pressnell, *Country Banking in the Industrial Revolution*, Oxford, 1956, pp. 346-348. .

¹⁴³ C. W. J. Grainger y C. M. Elliott, «A Fresh Look at Wheat Prices and Markets in the Eighteenth Century», *Econ. Hist. Rev.*, 2º ser., XX (1967), p. 262.

¹⁴⁴ E. M. Hampson, *The Treatment of Poverty in Cambridgeshire, 1597-1834*, Cambridge, 1934, p. 211.

IV

Si se pueden reconstruir claros modelos alternativos tras la política de tradicionalistas y economistas políticos, ¿podría hacerse lo mismo con la economía «moral» de la multitud? Esto es menos sencillo. Nos enfrentamos con un complejo de análisis racional, prejuicio y modelos tradicionales de respuesta a la escasez. Tampoco es posible, en un momento dado, identificar claramente a los grupos que respaldaban las teorías de la multitud. Estos abarcan a seres capaces de expresarse articuladamente y seres incapaces de ello, e incluyen hombres con educación y elocuencia. Después de 1750, todo año de escasez fue acompañado de un torrente de escritos y cartas a la prensa de valor desigual. Era una queja común a todos los protagonistas del libre comercio de granos la de que la *gentry* ilusa agregaba combustible a las llamas del descontento del populacho.

Hay cierta verdad en esto. La multitud dedujo su sentimiento de legitimidad, en realidad, del modelo paternalista. A muchos caballeros aún les molestaban los intermediarios, a quienes consideraban como Intrusos. Allí donde los señores de los feudos conservaban aún derechos de mercado, se sentían molestos por la pérdida (a través de la venta por muestrero, etc.) de tales impuestos. Si eran propietarios agricultores, que presenciaban cómo se vendía la harina o la carne a precios desproporcionadamente altos en relación a lo que ellos recibían de los tratantes, les molestaban aún más las ganancias de estos vulgares comerciantes. El autor del ensayo de 1718 nos presenta un título que es un resumen de su tema: *Un ensayo para demostrar que los Regatones, Monopolistas, Acaparadores, Trajineros e Intermediarios de Granos, Ganado y otros bienes comerciales... son Destructores del Comercio, Opresores de los Pobres y un Perjuicio Común para el Reino y en General*. Todos los comerciantes (a menos que fueran simples boyeros o carreteros que transportasen provisiones de un sitio a otro) le parecen a este escritor, que no deja de ser observador, «un grupo de hombres viles y perniciosos», y, en los clásicos términos de condena que los campesinos arraigados a la tierra adoptan con respecto al burgués, dice:

«son una clase de gente vagabunda... llevan todas sus pertenencias consigo, y sus ... existencias no pasan de ser un simple traje de montar, un buen caballo, una lista de ferias y mercados, y una cantidad prodigiosa de desvergüenza. Tienen la marca de Caín, y como él vagan de un lugar a otro, llevando a cabo unas transacciones no autorizadas entre el comerciante bien intencionado y el honesto consumidor »¹⁴⁵

¹⁴⁵ Adam Smith observó casi sesenta años después que «el odio popular... que afecta al comercio del grano en los años de escasez, únicos años en que puede ser muy rentable, hace a gente de carácter y fortuna adversos a tomar parte en él. Se abandona a un grupo inferior de comerciantes». Veinticinco años más tarde el conde Fitzwilliam escribía: «los comerciantes en grano se están retirando del comercio, temerosos de traficar con un artículo comercial con el cual les ha hecho susceptibles a tanta injuria y calumnia, para ser dirigido por un populacho

Esta hostilidad hacia el comerciante se daba aún entre muchos magistrados rurales, cuya inactividad se hacía notar, en algunos casos, cuando disturbios populares arrasaban zonas bajo su jurisdicción. No les disgustaban los ataques contra los disidentes o los agentes de granos cuáquero. El autor de un escrito de Bristol, que es claramente un agente de cereales, se quejaba amargamente en 1758, ante los jueces de paz, de «su populacho que impone leyes» el cual había impedido, el año anterior, la exportación de cereales de los valles del Severn y Wye, y de «muchas solicitudes infructuosas hechas a varios Jueces de Paz». Ciertamente, crece la convicción de que un alboroto popular contra los acaparadores no era mal acogido por algunas autoridades; distraía la atención puesta en agricultores y rentistas, mientras -que vagas amenazas del *Quarter Sessional*¹⁴⁶ contra los acaparadores daban a los pobres la idea de que las autoridades se ocupaban de sus intereses. Las viejas leyes contra los acaparadores, se lamentaba un comerciante en 1766:

« se publican en todos los periódicos y están pegadas en todos los rincones por orden de los jueces, para intimidar a los monopolistas, contra los cuales se propagan muchos rumores. Se enseña al pueblo a abrigar una muy alta opinión y un respeto hacia estas leyes »

Ciertamente, acusaba a los jueces de alentar «la extraordinaria pretensión de que la fuerza y el espíritu del populacho son necesarios para poner en vigor las leyes». Pero si realmente se ponían en marcha las leyes, se aplicaban, sin excepción, contra pequeños delincuentes -pícaros locales o placeros que se embolsaban pequeños beneficios en transacciones sin importancia- mientras que no afectaran a los grandes comerciantes y molineros.¹⁴⁷

Así, tomando un ejemplo tardío, un juez de paz anticuado y malhumorado de Middlesex, J. S. Girdler, inició una campaña general de procesos contra esos transgresores en 1796 y 1800, con octavillas ofreciendo recompensa por información, cartas a la prensa, etc. Se impusieron condenas en varios *Quarter*

ignorante, sin confianza en la protección de aquellos que deben ser más ilustrados»: Fitzwilliam a Portland, 3 septiembre 1800, PRO, HO 42.51. Pero un examen de las fortunas de familias tales como los Howards, Frys y Gurneys podría poner en duda tal evidencia literaria.

¹⁴⁶ Órgano informativo de los tribunales llamados «*Quarter Sessions*».

¹⁴⁷ Contrariamente a la suposición común, la legislación sobre acaparamiento no había caído en desuso en la primera mitad del siglo XVIII. Los juicios eran poco frecuentes, pero suficientes para sugerir que tenían algún efecto en regular el pequeño comercio en el mercado abierto. En Manchester las multas por acaparamiento o regateo fueron impuestas a veces anualmente a veces cada dos o tres años, desde 1731 a 1759 (siete multas). Los productos implicados incluyen mantequilla, queso, leche, ostras, pescado, carne, zanahorias, guisantes, patatas, nabos, pepinos, manzanas, alubias, uvas, pasas de Corinto, cerezas, pichones, aves de corral, pero muy raramente avena y trigo. Después de 1760 las multas son menos frecuentes pero incluyen 1766 (trigo y mantequilla), 1780 (avena y anguilas), 1785 (carne) y 1796, 1797 y 1799 (en todos patatas). Simbólicamente, el número de agentes de *Court Leet* nombrados anualmente para impedir el acaparamiento subió de 3 o 4 (1730-1795) a 7 en 1795, 15 en 1796, 16 en 1797. Además los transgresores fueron juzgados ocasionalmente (como en 1757) en *Quarter Sessions*. Véase Earwaker, *Court Leet Records* (citado en nota 18), vols. VII, VIII y IX, y *Constables' Accounts* (nota 49), II, p. 94.

Sessions,¹⁴⁸ pero la cantidad ganada por los especuladores no sumaba más que diez o quince chelines. Podemos adivinar a qué tipo de culpables afectaban los procesos del Juez por el estilo literario de una carta anónima que recibió:

«Savemos que eres enemigo de Agricultores, Molineros, Arineros y Panaderos y de nuestro Comercio si no avría sido por mí y por otro, tú hijo de perra uvieras sido asesinado hace mucho por ofrecer... tus condenadas recompensas y perseguir Nuestro Comercio Dios te maldiga y arruine tú no bivirás para ver otra cosecha...» [sic]

A tradicionalistas compasivos como Girdler se unieron ciudadanos de variados rangos. Para la mayoría de los londinenses cualquier persona que tuviera algo que ver con el comercio de granos, harina o pan, resultaba sujeto de todo tipo de extorsiones. Los grupos urbanos de presión eran, por supuesto, especialmente poderosos a mediados de siglo y presionaban en pro de que terminaran las primas a la exportación, o de la prohibición de toda exportación en épocas de escasez. Pero Londres y las ciudades grandes abrigaban inmensas reservas de resentimiento, y algunas de las acusaciones más violentas vinieron de ese medio ambiente. Un cierto doctor Manning, en los años 1750, publicó alegatos de que el pan era adulterado no sólo con alumbre, tiza, blanco de España y harina de frijoles, sino también con cal muerta y albayalde. Más sensacional fue su afirmación de que los molineros mezclaban en la harina «bolsas de huesos viejos molidos»: «los osarios de los muertos son hurgados, para agregar inmundicias a la comida de los vivos», o, como comentaba otro panfletista, «la época actual está comiéndose vorazmente los huesos de la anterior».

Las acusaciones de Manning fueron mucho más allá de los límites de la credibilidad. (un crítico calculó que si se hubiera usado cal en la escala de sus alegatos, se hubiera utilizado más en los hornos de Londres que en la industria de la construcción.)¹⁴⁹ Además de alumbre, que se usaba en profusión para blanquear el pan, la manera más común de adulteración era probablemente una mezcla de harina o rancia y estropeada con harina nueva.¹⁵⁰ Pero la población urbana tendía a creer que se practicaban adulteraciones aún más nocivas, y esta creencia contribuyó a una pelea, la «Shudehill Fight» en Manchester, en 1757, donde se creía que uno de los molinos atacados mezclaba «Cereal, Habichuelas, Huesos, Blanqueador, Paja Picada, incluso Estiércol de Caballo» en sus harinas, mientras que en otro molino la presencia de adulterantes peligrosos cerca de las tolvas (descubierta por la muchedumbre) produjo la quema de cribas y cedazos, y la destrucción de las

¹⁴⁸ Tribunales de jueces de paz de los condados de jurisdicción civil y limitada, que actuaban trimestralmente.

¹⁴⁹ Emanuel Collins, *op. cit.*, pp. 16-37; P. Markham, *Syhoroe*, Londres, 1758, I, pp. 11-31; *Poison Detected: or Frightful Truths ... in a Treatise on Bread*, Londres, 1757, esp. pp. 16-38.

¹⁵⁰ Véase, por ejemplo, John Smith, *An Impartial Relation of Facts Concerning the Malepractices of Bakers*, Londres, s.f.¿1740?

piedras de molino y las ruedas.¹⁵¹

Había otras áreas igualmente sensibles, donde las quejas de la multitud eran alimentadas por las de los tradicionalistas o por las de profesionales urbanos. Ciertamente, se puede sugerir que si los motines o la fijación de precios por la muchedumbre actuaban de acuerdo a un modelo teórico consistente, este modelo era una reconstrucción selectiva del modelo paternalista, que tomaba de él todas aquellas características que más favorecían a los pobres y que ofrecían una perspectiva de grano barato. Sin embargo, era menos generalizador que el punto de vista de los paternalistas. Los datos conservados en relación con los pobres muestran un mayor particularismo:[es decir] son este molinero; aquel comerciante, esos agricultores que retienen el cereal, los que provocan la indignación y la acción. Sin embargo, este particularismo estaba animado por nociones generales de derechos que se nos revelan de forma más clara únicamente cuando examinamos la muchedumbre en acción; porque, en un sentido, la economía moral de la multitud rompió decisivamente con la de los paternalistas, puesto que la ética popular sancionaba la acción directa de la muchedumbre, mientras que los valores de orden que apuntalaban el modelo paternalista se oponían a ella categóricamente. La economía de los pobres era todavía local y regional, derivada de una economía de subsistencia. El grano debía de ser consumido en la región en la cual se cultivaba, especialmente en épocas de escasez. La exportación en épocas de escasez suscitó un profundo disgusto durante varias centurias. Un magistrado escribió lo siguiente en 1631, sobre un motín debido a la exportación, en Suffolk: «ver cómo les es arrebatado su pan y enviado a extraños ha convertido la impaciencia de los pobres en furia y desesperación desenfrenadas». En un informe muy gráfico sobre un motín en el mismo condado setenta y ocho años después (1709), un comerciante describió cómo

«el Populacho se alzó, él cree que eran unos cientos, y dijo que el grano no debía de ser sacado fuera de la ciudad»: «de entre el Populacho algunos tenían alabardas, otros palas y otros cachiporras... Viajando hacia Norwich, en varias lugares de la ruta: el Populacho, sabiendo que él iba a cruzar cargado con grano, le dijo que no debería pasar por la Ciudad, porque era no Canalla, y un Traficante de grano, y algunos gritaron: Tiradle piedras, otros Tiradlo del caballo, otros Golpeadlo, y aseguraos de que le habéis dado; que él... les preguntó qué les hada sublevarse de ese modo inhumano para el perjuicio de ellos y del país, pero ellos seguían gritando que era un Canalla y que iba a llevarse el grano a Francia...»

Exceptuando Westminster, las montañas, o los grandes distritos de pastoreo, los hombres nunca estaban lejos del grano. La industria fabril estaba dispersa por el campo: los mineros del carbón marchaban a su trabajo junto a los

¹⁵¹ J. P. Barweker, *The Comtables' Accounts of the Manor of Manchester*, Manchester, 1891, III, pp. 359-361; F. Nicholson y E. Axon, *.The Hatfield Family of Manchester, and the Food Riots of 1757 and 1812*», *Trans. Lancs. and Chesh. Antiq. Soc.*, XXVIII (1910-1911), pp. 83-90.

campos de cereales; los trabajadores domésticos dejaban sus telares y talleres para recoger la cosecha. La sensibilidad no estaba confinada solo a las exportaciones al extranjero. Las áreas de exportación marginales eran especialmente sensibles, pues en ellas se exportaba poco cereal en años normales, pero, en épocas de escasez, los traficantes podían esperar un precio de ganga en Londres, que, en consecuencia agravaba la escasez local.¹⁵² Los hulleros -de Kingswood, del Forest of Dean, de Shropshire, del Noroeste- eran especialmente propensos a la acción en aquellos tiempos. Notoriamente los mineros del estaño de Cornualles poseían una irascible conciencia de consumidores, y una decidida inclinación a recurrir a la fuerza. «Nosotros tuvimos al demonio y todo lo demás que trae un motín en Padstow», escribió un señor de Bodmin en 1773, con una admiración mal disimulada:

«Algunas personas han ido muy lejos en la exportación de grano... Setecientos u ochocientos mineros del estaño se unieron, y primero ofrecieron a los agentes de grano diez y siete chelines por veinticuatro galones de trigo, pero como les dijeron que no les darían nada, ellos inmediatamente rompieron y abrieron las puertas de la bodega y se llevaron todo lo que había allí sin dinero ni precio. »

El resentimiento más grande fue provocado a mediados de siglo por las exportaciones al exterior, por las que se pagaron primas. Se consideraba al extranjero como una persona que recibía cereal a precios a veces por debajo de los del mercado inglés, con la ayuda de subvenciones extraídas de los impuestos ingleses. De aquí que el rencor máximo recayese a veces sobre el exportador, que era visto como el hombre que busca ganancias privadas -y deshonestas- a expensas de sus compatriotas. A un agente de North Yorkshire, a quien dieron un chapuzón en el do en 1740, le dijeron que «no era mejor que un rebelde». En 1783 se colocó un cartel en la cruz del mercado en Carlisle, que comenzaba así:

Peter Clemeseson y Moses Luthart esta es para daros una Advertencia de que debéis Abandonar vuestro Comercio ilegal o Morir y Maldita sea vuestra compra de grano para matar de hambre a los Pobres Habitantes de la Ciudad y Suburbios de Carlisle para mandarlo a Francia y recibir la Prima Dada por la Ley por llevar el Grano fuera del País, pero por el Señor Dios Todopoderoso nosotros os daremos la Prima a Expensas de Vuestras Vidas, Malditos Canallas ...

«Y si Alguna Taverna en Carlisle (continuaba el cartel) Te permite a ti o a Luthart guardar... en sus casas el Grano sufrirán por ello.»

Este sentimiento renació en los últimos años del siglo, especialmente en 1795, cuando circulaban rumores por el país sobre exportaciones secretas a Francia. Por otra parte, los años 1795 y 1800 conocieron de nuevo el renacer de una

¹⁵² D. G. D. Isaac, «*A Study of Popular Disturbance in Britain, 1714-1754*», Edimburgo, Univ. Ph. D. thesis, 1953, cap. 1.

conciencia regional, tan vívida como la de cien años antes. Las carreteras fueron bloqueadas para impedir las exportaciones de la parroquia. Se detuvo a los carros y los descargaron en las ciudades por donde pasaban. El movimiento de grano en convoyes nocturnos asumió las proporciones de una operación militar:

Los carros crujen profundamente bajo sus pesadas cargas,
Mientras siguen su oscuro curso por los caminos;
Una rueda tras otra, en una temerosa procesión lenta,
Con media cosecha, a sus destinos van
La expedición secreta, como la noche
Que cubre sus intenciones, aún rehuye la luz
Mientras que el pobre labrador, cuando deja su lecho,
Ve el inmenso granero tan vacío como su cobertizo.¹⁵³

Se amenazó con destruir los canales. Se asaltaron barcos en los puertos, Los mineros de la mina de carbón de Nook, cerca de Haverfordwest, amenazaron con cerrar el estuario en un punto angosto.

Ni las gabarras de los ríos Severn y Wye se libraron del ataque.¹⁵⁴

La indignación podía inflamarse también contra un comerciante cuyas obligaciones con un mercado foráneo interrumpían los suministros regulares de la comunidad local. En 1795, un agricultor y tabernero acaudalado, próximo a Tiverton, se quejó al Ministerio de la Guerra de asambleas desordenadas

«que amenazan con tirar abajo o quemar su casa porque recibe Mantequilla de sus vecinos Agricultores y Lecheros, para enviarla con el carro del camino vecinal, que pasa por su puerta, a... Londres».

En Chudleigh (Devon), en el mismo año, la muchedumbre destrozó la maquinaria de un molinero que dejó de suministrar harina a la comunidad local porque había sido contratado por el Departamento de Avituallamiento de la Armada para hacer galletas para los barcos: esta originó (dice el interesado en una frase reveladora) «la idea de que he hecho *[sic]* mucho daño a la Comunidad». Treinta años antes un grupo de comerciantes londinenses necesitó de la protección del ejército para sus depósitos de queso situados a lo largo del río Trend:

«los depósitos... en peligro por los mineros amotinados no son propiedad de ningún monopolizador, sino de un numeroso cuerpo de traficantes de queso, y absolutamente necesarios para la recepción del queso, para transportarlo a Hull, y que desde allí se flete para Londres. »

Estos agravios se relacionan con la queja, ya observada, con respecto a la retirada de mercancías del mercado público. Al irse alejando de Londres los comerciantes y concurrir más frecuentemente a mercados provinciales, podían

¹⁵³ S. J. Pratt, *Sympathy and Other Poems*, Londres, 1807, pp. 222-223.

¹⁵⁴ E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Penguin, 1968, pp. 70-73

ofrecer precios y comprar en cantidades lo cual provocaba en los agricultores un sentimiento de molestia al tener que atender los pequeños pedidos de los pobres.

«Ahora no es negocio para el agricultor -escribía Davies en 1795- vender grano *por bushel*, al por menor a este o aquel pobre; excepto en algunos lugares determinados, y como favor, a sus propios trabajadores.»

Y donde los pobres cambiaban su demanda de grano por la de harina la historia era muy parecida:

« Ni el molinero ni el harinero venderán al trabajador una cantidad menor a un saco de harina por debajo del precio al por menor a que se vende en las tiendas, y el bolsillo del pobre pocas veces podrá permitirle comprar todo un saco de una sola vez.»

De aquí que el trabajador se viese empujado a la pequeña tienda al por menor, donde los precios eran aumentados.¹⁵⁵ Los viejos mercados decayeron, o, donde se mantuvieron, cambiaron sus funciones.

Si un cliente intentaba comprar un solo queso o un pedazo de tocino -escribía Girdler en 1800-

«está seguro de que le contestan con un insulto, y le comunican que todo el lote ha sido comprado por algún contratista londinense».

Como expresión de estos agravios -que algunas veces ocasionaron un motín- podemos tomar una carta anónima dejada en 1795 a la puerta del alcalde de Salisbury:

« Caballeros de la Corporación yo les ruego pongan fin a esta práctica de la que se hace uso en nuestros Mercados por Rook y otros trajinantes al darles la Libertad de entrometerse en el Mercado en todo de tal manera que los Habitantes no pueden comprar un solo Artículo sin ir a parar para ello al Comerciante y Pagar precios Extorsionantes que ellos creen apropiados y aún avasallar a la Gente como si esta no mereciera ser tenida en consideración. Pero pronto les llegará su Fin, tan pronto como los Soldados hayan salido de la ciudad.»

Se pidió a la corporación ordenara a los trajinantes que salieran del mercado hasta que la gente del pueblo hubiera sido atendida,

«y no permitáis a los Carniceros mandar la carne fuera en reses enteras sino obligadlos a cortarla en el Mercado y atender a la Ciudad primero». La carta informa al alcalde de que más de trescientos ciudadanos han «jurado positivamente ser fieles los unos a los otros para la Destrucción de los Trajinantes»,

¹⁵⁵ El primer principio que deja sentado un panadero, cuando viene a una parroquia, es hacer a todos los pobres deudores suyos; luego hace el pan del peso y calidad que le place... », *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 557.

Donde los trabajadores podían comprar cereales en pequeñas cantidades podían surgir graves problemas sobre pesos y medidas.

«Somos exhortados en el Evangelio de San Lucas: *Dad y se os dará, buena medida, apretada, remecida, desbordante será la que os echarán en vuestro seno.*»

Esta no era, desgraciadamente, la práctica que seguían todos los agricultores y comerciantes en la Inglaterra protestante. Un decreto de Carlos II había incluso dado a los pobres el derecho de *sacudir* la medida de harina; tan valioso era el grano del pobre que una pérdida en la medida podía significar la diferencia de pasar un día sin hogaza. El mismo decreto intento, con una total falta de éxito, imponer la medida de Winchester, como patrón nacional.

Una gran diversidad de medidas que variaban incluso dentro de los límites de un mismo condado de un mercado ciudadano a otro, daba abundantes oportunidades para pequeñas ganancias. Las antiguas medidas eran generalmente mayores -algunas veces mucho mayores- que la de Winchester; a veces eran apoyadas por los agricultores o comerciantes, pero más a menudo lo eran por los clientes. Un observador comentó que «las clases más bajas la detestaban [la medida de Winchester], por lo pequeño de su contenido, y lo comerciantes... los instigaban a ello, siendo su interés mantener toda aquella incertidumbre con respecto a los pesos y las medidas».¹⁵⁶

Los intentos de cambiar la medida encontraron muchas veces resistencia, y ocasionalmente, dieron lugar a motines. Una carta de un minero de Clee Hill (Shropshire) a un «Compañero de Infortunio» declaraba:

«El Parlamento para nuestro alivio para ayudarnos a morir de hambre va a reducir nuestras Medidas y Pesos al Nivel más bajo. Somos alrededor de Diez mil personas conjuradas y listas en todo momento. Y queremos que toméis las Armas y Chafarotes y juréis ser fieles los unos a los otros... No tenemos más que una Vida que Perder y no vamos a morir de hambre...»

Unas cartas a agricultores de Northiam (Sussex) advertían:

«Caballeros todo lo que deseo es que toméis esta como una advertencia a todos vosotros para que dejéis los pequeños *bushels* y toméis la antigua medida nuevamente porque si no lo hacéis habrá una gran compañía que quemará la pequeña medida cuando vosotros estéis en la cama y dormidos y vuestros graneros y almires y a vosotros también can ellas...»

Un colaborador de los *Annals of Agriculture de Hampshire* explicó en 1795 que

¹⁵⁶ *Annals of Agriculture*, XXVI (1796), p. 327; *Museum Rusticum et Commerciale*, IV (1756), p. 198. La diferencia entre *bushels* podía ser muy considerable: frente al bushel de Winchester de 8 galones, el de Stamford tenía 16, el de Carlisle, 24 y el de Chester, 32: véase J. Houghton, *A Collection for Improvement of Husbandry and Trade*, Londres 1727, n.º XLVI 23 de junio de 1693.

los pobres «han concebido erróneamente la idea de que el precio del grano ha aumentado por la última reforma del *bushel* de nueve galones a la medida de Winchester, habiendo pasado esta en un momento en que subían los precios en el mercado, por lo cual se pagó igual cantidad de dinero por ocho galones que la que se solía pagar por nueve». «Confieso», continúa,

«que tengo una predilección indudable por la medida de nueve galones, porque es la medida más aproximada a un *bushel* de harina; y por consiguiente, el pobre es capaz de juzgar qué es lo que debe pagar por un *bushel* de harina, lo cual, en la medida presente requiere más aritmética de la que él puede conocer.

Aun así, las nociones aritméticas del pobre podían no haber sido tan erróneas. Los cambios en las medidas, como los cambios en la moneda decimal, tendían por arte de magia a desfavorecer al consumidor.

Si los pobres compraban (a fines de siglo) menos cantidad de grano en el mercado público, esto indicaba también el ascenso hacia una condición de mayor importancia del molinero. El molinero ocupó durante muchos siglos, un lugar en el folclore popular tan pronto envidiable como lo contrario. Por un lado, era considerado como un libertino fabulosamente afortunado, cuyas proezas se perpetúan aún quizá en el sentido vernáculo de la palabra «moler».

Quizá lo adecuado del molino de pueblo, oculto en un lugar apartado del río, al cual las mujeres y doncellas del pueblo traían su grano para molerlo; quizá también su poder sobre los medios de subsistencia; quizá su condición social en el pueblo, que le convertía en un buen partido; todo pudo haber contribuido a la leyenda:

*Una joven moza vigorosa tan vigorosa y alegre
Fue al molino un día ... Traigo un celemín de grano para moler
Sólo puedo quedarme un momento
Ven siéntate, dulce y hermosa querida mía
No puedo moler tu grano, me lo temo,
Mis piedras están altas y el agua baja
No puedo moler pues el molino no anda
Entonces ella se sentó sobre un saco
Hablaron de esto y aquello
Hablaron de amor, y de que era agradable
Ella pronto descubrió que el molino molería*

Por otro lado, la reputación del molinero era menos envidiable.

«¡Amar!», exclama Nellie Dean en *Wuthering Heights*, «¡Amar! oyó alguien alguna vez cosa parecida? Podía también hablar de amar al molinero que viene una vez al año a comprar nuestro grano».

Si creemos todo lo que ha sido escrito sobre él en estas años, la historia del molinero ha cambiado poco desde el «Cuento de Reeves», de Chaucer. Pero mientras que el pequeño molinero rural era acusado de costumbres

típicamente medievales -recipientes excesivamente grandes para recolectar el impuesto en especie, harina oculta en las cajas de las piedras, etc.- su duplicado, el molinero más importante, era acusado de agregar nuevos y mucho más osados desfalcos:

Antes robaba con discreción

Pero ahora es un ladrón escandaloso.

En un extremo aún tenemos el pequeño molino rural exigiendo impuestos de acuerdo a su propia costumbre. El impuesto podía ser cobrado en harina (siempre de la mejor de las harinas, y de la harina más fina que está en el centro de la tolva»), y como la proporción no variaba con las "fluctuaciones de precios, era una ventaja para el molinero si los precios eran altos. Alrededor de los pequeños molinos que exigían impuestos (aun donde el impuesto había sido conmutado por pagos en dinero) las injusticias se multiplicaban, y había intentos espasmódicos de regulación. Desde que los molineros se dedicaron con mayor intensidad al comercio, y a moler el grano por su propia cuenta para los panaderos, tenían poco tiempo para los pequeños clientes (con un saco o dos de grano espigado); de aquí tardanzas sin fin; y de aquí también que, cuando la harina era devuelta al cliente, podía ser el producto de otro grano de calidad inferior. (Hubo quejas de que algunos molineros compraban a mitad de precio grano dañado y que lo mezclaban con el grano de sus clientes.) Al transcurrir el siglo, el paso de muchos molinos a fines industriales colocó a los pequeños molinos de trigo supervivientes en una posición más ventajosa, Y en 1796 es injusticias se hicieron sentir con suficiente fuerza como para permitir a sir Francis Bassett presentar la *Miller's Toll Bill* (Ley de Impuestos del Molinero), que intentaba regular más estrictamente sus prácticas de pesos y medidas.

Sin embargo, estos molineros eran, por supuesto, *la gente cilla* del siglo XVIII. Los grandes molineros del valle del Támesis y de las grandes ciudades respondían a un tipo diferente de empresarios que comerciaban ampliamente en harina y malta. A los molineros no les afectaba la Tasa del Pan (*Assize of Bread*), y podían hacer repercutir inmediatamente sobre el consumidor cualquier alza en el precio del grano. Inglaterra tenía también, en el siglo XVIII, sus *banalités* menos conocidas incluyendo esos vestigios extraordinarios, los molinos con derechos señoriales (*soke-mills*), que ejercían un monopolio absoluto en el molino de grano (y venta de harina) en centros fabriles importantes, entre ellos Manchester, Bradford y Leeds. En la mayoría de los casos los feudatarios que poseían los derechos señoriales por la utilización del molino (maquila), los vendían o arrendaban a especuladores privados. Más tormentosa aun fue la historia de los Molinos-Escuela en Manchester, cuyos derechos... señoriales eran destinados a dotación caritativa para mantener la escuela secundaria.

Dos arrendatarios de estas derechos, poco populares, inspiraron en 1737 los versos del doctor Byron:

"Huesos y Piel, eran dos molineros flacos,
 Que mataban de hambre a la ciudad, o andaban cerca de ello;
 Pero sepan, *Piel y Huesos,*
 que Carne y Sangre no pueden soportarlo..."

Cuando en 1757 los nuevos arrendatarios quisieron prohibir la importación de harina a la ciudad en desarrollo, mientras que al mismo tiempo manejaban sus molinos (se alegaba) con extorsión y demora, la carne y la sangre no pudieron realmente soportarlo por mas tiempo. En la famosa «pelea de la colina Shud» (*Shud-hill Fight*) de ese año, por lo menos cuatro hombres fueron muertos a tiros de mosquete, pero finalmente los derechos sobre molienda fueron abolidos. E incluso en donde no obtenían este tipo de derechos, un molino podía igualmente dominar a una populosa comunidad, y podía provocar la furia popular por un aumento repentino en el precio de la harina o un deterioro evidente de su calidad, los molinos fueron el blanco visible y tangible de algunos de los motines urbanos más serios del siglo. Los molinos de Albion en el puente de Blackfriars (los primeros molinos de vapor de Londres) eran gobernados por no sindicato quasi-filantrópico; sin embargo, cuando se quemaron en 1791, los londinenses bailaron y cantaron baladas de júbilo en las calles. El primer molino a vapor de Birmingham (*Snow Hill*) no lo pasó mejor, pues fue blanco de un ataque masivo en 1795.

Puede parecer a primera vista muy curioso que tanto los comerciantes como los molineros continuaran figurando entre los objetivos de los motines de fines de siglo, cuando en muchos puntos de las Midlands y del Sur (y seguramente en áreas urbanas) la clase obrera se había acostumbrado a comprar pan en las panaderías más que grano o harina en los mercados. No sabemos bastante como para hacer un gráfico del cambio con exactitud, y seguramente se siguió cociendo el pan en las casas en gran medida. Pero aun donde el cambio fue completo, no se debe subestimar la complejidad de la situación ni los objetivos de la multitud. Hubo, por supuesto, muchísimos pequeños motines frente a las panaderías, y muchas veces la multitud «fijaba el precio» del pan. Pero el panadero (cuyo trabajo en tiempos de altos precios puede haber sido muy poco enviable) era el único que, entre todos los que bregaban con las necesidades de la gente (terratenientes, agricultores, arrieros y molineros), se hallaba en contacto diario con el consumidor, y se encontraba más protegido que cualquiera de los demás por la visible insignia del paternalismo. El *Assize of Bread* limitó clara y públicamente sus beneficios legítimos (tendiendo también de este modo a dejar el comercio de panadería en manos de numerosos comerciantes pequeños con poco capital) protegiéndolos así, hasta cierto punto, de la cólera popular. Incluso Charles Smith, el hábil exponente del libre comercio, pensaba que la continuación del *Assize* era oportuna:

«En Pueblos y ciudades grandes siempre será necesario establecer el *Assize*, para convencer al pueblo de que el precio que exigen los Panaderos no es más que lo que creen razonable los Magistrados».

El efecto psicológico del *Assize* fue, por ello, considerable. El panadero no podía tener esperanza de aumentar sus beneficios por encima de la cantidad calculada en el *Assize* más que con pequeñas estratagemas, algunas de las cuales -como el pan de peso escaso, adulteración, mezcla de harinas baratas y dañadas- estaban sujetas a rectificaciones legales o a recibir instantáneas represalias de la multitud.

El panadero, ciertamente, tenía a veces que atender a sus propias relaciones públicas, aun al extremo de tener que alistar a la multitud a su favor: Cuando Hannah Pain de Ketrering se quejó a los alguaciles sobre la escasez de peso del pan, el panadero «levantó al populacho contra ella... y dijo que merecía ser azotada, pues ya había suficientes heces de la sociedad de este tipo». Muchas corporaciones, a lo largo del siglo, hicieron gran espectáculo de la supervisión de pesos y medidas, y del castigo de los transgresores. El «*justice Overdo*» de Ben Johnson estaba todavía ocupado en las calles de Reading, Coventry o Londres:

«Alegre, entra en todas las cervecerías y baja a todos los sótanos; mide las tortas... pesa las hogazas de pan en su dedo corazón... da las tortas a los pobres, el pan al hambriento, las natillas a sus niños ...»

Dentro de esta tradición encontramos a un magistrado de Londres, en 1795, que, llegando al escenario de un motín en *Seven Dials*, donde la multitud estaba ya demoliendo una panadería acusada de vender pan de peso escaso, intervino, se apoderó de las mercancías del panadero, pesó las hogazas y, encontrándolas realmente deficientes de peso, las distribuyó entre la multitud.

Sin duda los panaderos, que conocían a sus clientes, se quejaban a veces de su impotencia para reducir los precios, y dirigían a la multitud hacia el molino o el mercado de granos. «Después de vaciar muchas panaderías» refería el molinero de Snow Hill, Birmingham, refiriéndose al ataque de 1795, «vinieron en grandes grupos contra nosotros...». Pero en muchos casos la multitud elegía claramente sus propios blancos, eludiendo deliberadamente a los panaderos. Así en 1740 en Norwich la gente «fue a casa de cada uno de los Panaderos de la Ciudad, y fijó una Nota en su Puerta con estas palabras:

«¿Trigo a Diez y Seis Chelines la Rastra?». En el mismo año en Wisbeach obligaron a «los Comerciantes a vender Trigo a cuatro peniques el bushel... no sólo a ellos, sino también a los Panaderos, donde ellos regulaban los Pesos y Precios del Pan».

Pero a esta altura está claro que estamos tratando con un modelo de acción mucho más complejo que el que puede explicarse satisfactoriamente por un encuentro cara a cara entre el populacho y molineros determinados, comerciantes o panaderos. Es necesario dibujar una imagen más amplia de las acciones de la multitud.

Se ha sugerido que el término «motín» representa un instrumento de análisis basto, torpe, para muchos de los agravios y circunstancias determinados. Es también un término impreciso para describir los movimientos populares. Si buscamos la fórmula característica de la acción directa, deberíamos tomar, no las disputas en las panaderías en las afueras de Londres, ni aun las grandes refriegas provocadas por el descontento contra los grandes molineros, sino los «levantamientos populares» (muy especialmente los de 1740, 1756, 1766, 1795 y 1800) en los cuales los mineros del carbón y del estaño, los tejedores y operarias de calcetería fueron quienes se destacaron. Lo extraordinario en estas «insurrecciones» es, en primer lugar, su disciplina y, en segundo lugar, el hecho de que exhiben un modelo de conducta cuyo origen debemos buscar unos cientos de años atrás; que más bien crece en complejidad en el siglo XVIII; que se repite, aparentemente de manera espontánea, en diferentes puntos del país y después del transcurso de muchos años tranquilos. La acción central en este modelo no es el saqueo de graneros ni el robo de grano o harina sino el acto de «fijar el precio».

Lo extraordinario de este modelo es que reproduce, a veces con gran precisión, las medidas de emergencia, en épocas de escasez, cuya función, entre los años 1580 y 1630, fue codificada en el *Book of Orders*. Estas medidas de emergencia se emplearon en épocas de escasez en los últimos años del reinado de Isabel I, y fueron puestas en vigor, en forma un tanto revisada, durante el reinado de Carlos I, en 1630. Durante el reinado de Isabel I se exigía a los magistrados la asistencia a los mercados locales.

“...y donde encuentre que es insuficiente la cantidad traída para abastecer y atender a dichos mercados y especialmente a las clases más pobres, se dirigirá a las casas de los Agricultores y otros dedicados a la labranza y verá que depósitos y provisiones de grano ha retenido tanto trillado como no trillado ...”

Podían entonces ordenar a los agricultores mandar «cantidades convenientes» al mercado, para ser vendidas, «y esta aprecio razonable». Los alguaciles adquirieron luego autoridad para «establecer un cierto precio por *bushel* de toda clase de grano». La reina y su Consejo opinaban que los altos precios se debían en parte a los monopolistas, y en parte a la «avaricia» de los cultivadores de grano, quienes «no están satisfechos con ninguna ganancia moderada, sino que buscan y proyectan medias de mantener altos los precios con la consiguiente manifiesta opresión de la clase más pobre». Las órdenes deben ser impuestas «sin ninguna parcialidad que perdone a ningún hombre».¹⁵⁷

¹⁵⁷ Hay algún informe sobre el funcionamiento del *Book of Orders* en E. M. Leonard, *Early History of English Poor Relief*, Cambridge, 1900; Gras. *op. cit.*, pp- 236-242; Lipson, *op. cit.*, 111, pp. 440-450; B. E. Supple, *Commercial Crisis and Change in England, 1600-1642*,

En esencia, pues, el *Book of Orders* otorgaba a los magistrados el poder (con la ayuda de tribunales locales) de inspeccionar las existencias de cereales en cámaras y graneros y de ordenar el envío de ciertas cantidades al mercado; y de imponer con severidad todas las normas de la legislación sobre licencias y acaparamiento. No se podía vender grano fuera del mercado público, «salvo a algunos pobres artesanos, o jornaleros de la parroquia en que viven, que no pueden llegar convenientemente a las Ciudades de Mercado». Las Ordenanzas de 1630 no facultaban explícitamente a los alguaciles para fijar el precio, pero les ordenaban asistir al mercado y asegurarse de que «se proveía a los pobres de los Granos necesarios... con tanta conveniencia en los Precios, como pudiera ser obtenida por la persuasión más enérgica de los alguaciles». El poder de fijar el precio del grano o la harina quedaba, en casos de emergencia, a mitad de camino entre la imposición y la persuasión.¹⁵⁸

Esta legislación de emergencia se fue desmoronando durante las guerras civiles.¹⁵⁹ Pero la memoria popular, especialmente en una sociedad analfabeta, es extraordinariamente larga. Poca duda cabe de que hay una tradición directa que se extiende desde el *Book of Orders* de 1630 a los movimientos de los trabajadores de la confección en el este y oeste de Inglaterra durante el siglo XVIII. (La persona con letras también tiene recuerdos muy profundos: el propio *Book of Orders* fue vuelto a publicar, extraoficialmente, en 1662, y nuevamente en 1758, con un discurso preliminar para el lector que se refería a la actual «perversa alianza para producir la escasez».)

Cambridge, 1964, p. 117. Hay documentos que ilustran su funcionamiento en *Official Papers of Nathaniel Baco. of Stiffkey*, Norfolk (Camden Society, 3.^a ser., XXVI, 1915), pp. 130-157.

¹⁵⁸ Por un Acta de 1534 (25 George VIII, *circa* 2), el Consejo Privado tenía poder para tasar los precios del grano en caso de emergencia. En una más bien confusa nota, Gras (*op. cit.*, pp. 132-133) opina que, después de 1550, dicho poder no se usó nunca. En cualquier caso no fue olvidado; una proclama de 1603 aparece para fijar los precios (Seligman Collection, Columbia Univ. Lib., *Proclamations*, James I, 1603); el *Book of Orders* de 1630 concluye con la advertencia de que, «si los dueños de grano y otros propietarios de Víveres... no cumplen voluntariamente estas ordenes», Su Majestad «dará Orden de que sean fijados Precios razonables»; el Consejo Privado intenta controlar los precios por medio de una proclama en 1709, Liverpool Papers, Brit. Mus., add. MS. 38353, fol. 195, y el asunto fue activamente discutido en 1757; véase Smith, *Three Tracts on the Corn Trade*, pp. 35. Y (aparte del *Assize of Bread*) otros poderes de tasa de precios subsistieron. En 1681 en el mercado de Oxford (controlado por la Universidad) se fijaron precios para la mantequilla, queso, aves, carne, tocino, velas, avena y alubias: «The Oxford Market», *Collectanea*, 2.^a ser., Oxford, 1890, pp. 127-128. Parece que el *Assize of Ale* desapareció en Middlesex en 1692 (Lipson, *op. cit.*, 11, p. 501) y en 1762 se autorizó a los cerveceros a subir el precio de una forma razonable (por 2 Geog. III, c. 14); pero cuando en 1762 se propuso elevar el precio en medio penique el cuartillo, Sir John Fielding escribió al conde de Suffolk que el aumento «no puede considerarse razonable; ni se someterá a ellos súbditos»: *Calendar Of Home Office Papers*, 1773, pp. 9~14; P. Mathias, *The Brewing Industry in England*, 1700-1830, Cambridge, 1959, p. 360.

¹⁵⁹ G. D. Ramsay, «*Industrial Laisser-Faire* and the Policy of Cromwell», *Econ. Hist. Rev.*, 10. ser., XVI (1946), esp. pp. 103-104; M. James, *Social Problems and Policy during the Puritan Revolution*, Londres, 1930, pp. 264-271.

Las ordenanzas mismas eran en parte una respuesta a las presiones de los pobres:

"El Grano es tan caro que no dudo que muchos morirán de hambre este año..."

Así decía una copla fijada a la entrada de la iglesia en la parroquia de Wye (Kent) en 1630:

*"Si no os ocupáis de esta
Algunos de vosotros vais a pasarlo mal.
Nuestras almas nos son caras,
De nuestro cuerpo tenemos algún cuidado.
Antes de levantarnos
Menos cantidad será suficiente ...
Vosotros que estáis establecidos
Mirad de no deshonrar
Vuestras profesiones "*

Ciento treinta años después (1768) se clavaron nuevamente hojas incendiarias en las puertas de las iglesias así como en las enseñas de las posadas) de parroquias dentro del mismo contorno de Scray en Kent, incitando a los pobres, a sublevarse. Pueden observarse muchas continuidades semejantes, aunque sin duda el modelo de acción directa se extendió a nuevos distritos en el siglo XVIII. En muchas ocasiones, en las antiguas regiones fabriles del Este y el Oeste la multitud sostuvo que, puesto que las autoridades se negaban a imponer «las leyes», tenían que imponerlas por sí mismos. En 1693 en Banbury y Chipping Norton la multitud «sacó el grano a la fuerza de los carros, cuando se lo llevaban los acaparadores, diciendo que estaban resueltos a ejecutar las leyes, ya que los magistrados no se ocupaban de hacerlo». Durante los desórdenes que se extendieron por el Oeste en 1766 el *sheriff* de Gloucestershire, un pañero, no pudo ocultar su respeto por los amotinados, los cuales

"...fueron... a una casa de labranza y atentamente expresaron su deseo de que se trillara y llevara al mercado el trigo y se vendiera en cinco chelines por bushel, prometido lo cual y habiéndoles dado algunas provisiones sin solicitarlas, se marcharon sin la menor violencia u ofensa."

Si seguimos otros pasajes del relato del *sheriff* podemos encontrar la mayor parte de las características que presentan estas acciones:

«El viernes pasado, al toque de trompeta, se puso en pie una muchedumbre compuesta toda ella de la gente más baja, como tejedores, menestrales, labradores, aprendices y chicos, etc. Se dirigieron a un molino harinero que está cerca del pueblo... abrieron los costales de Harina y la repartieron y se la llevaron y destruyeron el grano, etc.»

Tres días después envía otro informe:

Visitaron a Agricultores, Molineros, Panaderos y tiendas de buhoneros, vendiendo grano, harina, pan, queso, mantequilla y tocino a sus propios precios. En general devolvieron el producto (es decir. el dinero) a los propietarios o en ausencia de ellos dejaron el dinero; y se comportaron con gran regularidad y decencia donde no encontraron oposición, con desenfreno y violencia donde la encontraron; pero saquearon muy poco, para evitar lo cual no permiten ahora a las Mujeres y a los muchachos que les acompañen.

Después de visitar los molinos y mercados en los alrededores de Gloucester, Stroud y Cirencester, se dividieron en grupos de cincuenta y cien y visitaron las aldeas y fincas pidiendo que se llevara el grano al mercado a precios justos, y entrando a la fuerza en los graneros. Un grupo grande visitó al *sheriff* en persona, soltaron sus porras mientras les hablaba de sus delitos, escucharon con paciencia, «gritaron alegremente Dios Salve al Rey» y después recogieron sus porras y volvieron a la buena labor de fijar el precio. El movimiento tuvo en parte el carácter de huelga general de todo el Distrito textil:

«los amotinados entraron en nuestros talleres... y forzaron a salir a todos los hombres, quisieran o no unirse a ellos».

Fue este un movimiento extraordinariamente disciplinado y a gran escala. Pero el relato nos lleva a observar características que se encuentran repetidamente. Así, el movimiento de la multitud desde el mercado hacia los molinos y de allí (como en el *Book of Orders*) a las fincas, donde se inspeccionaban las existencias y se ordenaba a los agricultores enviar el grano al mercado al precio dictado por la multitud: todo esto se encuentra habitualmente. Ello iba a veces acompañado de la tradicional ronda de visitas a las residencias de las personas importantes, para pedir contribuciones, forzadas o voluntarias. En Norwich, en 1740, la multitud, después de obligar a la baja de precios en la ciudad, y de apoderarse, en el río, de una barcaza cargada de trigo y centeno, pidió contribuciones a los ricos de la ciudad:

“...El martes por la Mañana temprano, se reunieron nuevamente, al toque de los Cuernos; y después de una breve Confabulación, se dividieron en grupos y salieron del Pueblo por diferentes Puertas, llevando delante de ellos un largo cartel que proponía visitar a los Caballeros y Agricultores de las aldeas vecinas, para exigirles Dinero, Cerveza Fuerte, etc. En muchos lugares, donde la Generosidad de la Gente no respondía a sus expectaciones, se dice que mostraron su resentimiento pisoteando el Grano de los Campos...”

Las multitudes, en su deambular con el propósito de inspeccionar, se mostraron muy activas durante ese año, especialmente en Durham y Northumberland, el *West Riding* y varias zonas del norte de Gales. Los manifestantes en contra de la exportación, que salieron de Dewsbury (abril de 1740), iban encabezados por un tamborilero y «algo parecido a una enseña o

bandera»; realizaron un recorrido regular de los molinos locales, destruyendo maquinaria, cortando sacos y llevándose grano y harina. En 1766, la multitud que recorría el valle del Támesis en acto de inspeccionar, se bautizó a si misma con el nombre de «los Reguladores»; un agricultor aterrorizado les permitió dormir en la paja de su corral y «pudo oír desde su Aposento que hablaban entre si sobre a quien habían asustado más, y dónde habían tenido mejor fortuna». El modelo se continúa en la década de 1790: en Ellsmere (Shropshire) la multitud detuvo el grano que era conducido a los molinos y amenazó individualmente a los agricultores; en el Bosque de Dean los mineros visitaron los molinos: y las viviendas de los agricultores, exigiendo dinero «a las personas que encontraban en la carretera»; en el oeste de Cornualles los mineros del estaño visitaron las fincas con un dogal en una mano y en la otra un acuerdo escrito de llevar el grano a precios reducidos al mercado. Lo notable es la moderación, más que el desorden. Y no cabe la menor duda de que estas acciones eran aprobadas por un consenso popular abrumador; se siente la profunda convicción de que los precios *deben* ser regulados en épocas de escasez, y de que los exploradores se excluyen a si mismos de la sociedad. En ocasiones, la multitud intentaba por persuasión o por fuerza atraerse a un magistrado, jefe de la policía de la parroquia, o a algún otro representante de la autoridad, para presidir la *taxation populaire*. En 1766 en Drayton (Oxon.) miembros de un tropel fueron a casa de John Liford

«y le preguntaron si era Jefe de Policía; al contestar "si" Cheer le dijo que debía acompañarlos a la Cruz y recibir el dinero de tres sacos de harina que habían tomado de una tal Betty Smith y que venderían a cinco chelines el *bushel*».

La misma muchedumbre se agenció al jefe de policía de Abingdon para el mismo servicio. El jefe de policía de Handborough (también en Oxfordshire) fue requerido de manera similar, en 1795; la multitud fijó un precio -y un precio sustancial- de 40 chelines el saco, de un carro de harina que había sido interceptado, y le fue entregado el dinero correspondiente a no menos de quince sacos. En la isla de Ely, en el mismo año, «el populacho insistió en comprar carne a 4 peniques la libra, y pidieron al Sr. Gardner, un Magistrado, que supervisara la venta, como había hecho el Alcalde en Cambridge el Sábado por la noche». Y también en 1795 hubo un cierto número de ocasiones en que la milicia o las tropas regulares supervisaron ventas forzadas, algunas veces a punta de bayoneta, mientras sus oficiales miraban resueltamente hacia otro lado. Una operación combinada de soldados y muchedumbre forzó al alcalde de Chichester a acceder a fijar el precio del pan. En Wells miembros del 122 regimiento empezaron por

“...abucpear a los que ellos denominaban acaparadores o traficantes de mantequilla, a quienes persiguieron en distintas partes del pueblo -se apoderaron de la mantequilla- la reunieron toda -le pusieron centinelas- y después la echaron, y la mezclaron en una cuba -y después la vendieron al por menor, pesándola en balanzas y vendiéndola al precio de 8

peniques la libra... aunque el precio normal que le daban los intermediarios era algo más de 10 peniques.”

Sería absurdo sugerir que, cuando se abría brecha tan grande en los muros del respeto, no aprovechasen muchos la oportunidad para llevarse mercancías sin pagar. Pero existen abundantes testimonios de lo contrario, y algunos son impresionantes. Está el caso de los encajeros de Honiton que, en 1766, quitaron el grano a los agricultores, lo vendieron en el mercado a precio popular y devolvieron a los agricultores, no sólo el dinero, sino también los sacos; la muchedumbre de Oldham, en 1800, que racionó a cada comprador a dos celestines por cabeza, y las muchas ocasiones en que se detenían los carros en la carretera, se vendía su contenido y se confiaba el dinero al carretero.¹⁶⁰

Más aún, en aquellos casos en que se tomaban las mercancías sin pagarlas, o en que se cometían actos de violencia, sería prudente averiguar si el caso presenta alguna circunstancia particular agravante. Se hace la distinción en el informe de una acción llevada a cabo en Portsea (Hants.) en 1795. Los panaderos y carniceros fueron los primeros a quienes ofreció la multitud los precios por ella fijados: «a los que se amoldaron a estas exigencias se les pagó con exactitud», pero los que se negaron vieron sus tiendas desvalijadas, «sin recibir más dinero que el que quiso dejar el populacho». Los canteros de Port Isaac (Cornuelles), en el mismo año, se apoderaron de la cebada almacenada para la exportación, pagando un precio razonablemente alto de 11 peniques el *bushel*, advirtiendo al mismo tiempo al propietario que «si pretendía transportar el remanente vendrían y lo tomarían sin compensación alguna». Con frecuencia aparecen motivaciones de castigo o venganza.

El gran motín de Newcastle de 1740, en que los mineros y los bateleros irrumpieron en el ayuntamiento, destruyeron los libros, se repartieron el contenido de las arcas municipales y arrojaron barro y piedra a los concejales, se produjo tan solo a consecuencia de dos provocaciones: primero, tras romperse un acuerdo entre los dirigentes de los mineros y los comerciantes (en que actuó un concejal como árbitro), acuerdo que fijaba los precios del grano; segundo, cuando representantes de la autoridad, aterrorizados, dispararon contra la multitud desde las escaleras del ayuntamiento. En 1766, en Gloucestershire, se dispararon tiros contra la multitud desde una casa, lo cual - escribe el *sheriff* -

«...les molestó tanto que entraron por la fuerza en la casa, y destruyeron todos los muebles, ventanas, etc., y quitaron parte de las tejas: después reconocieron que se arrepentían mucho de este acto porque no era el dueño de la casa (que estaba fuera) el que había disparado contra ellos».

En 1795 los mineros del estaño organizaron un ataque contra un comerciante

¹⁶⁰ R. B. Rose, *op. cit.*, p. 435; Edwin Butterworth, *Historical Sketches of Oldham*, Oldham, 1856, pp. 137-139, 144-145.

de Penryn (Cornualles) que había sido contratado para enviarles cebada, pero que les había mandado grano estropeado y en germinación. Cuando se atacaba a los molinos, y se estropeaba la maquinaria, era a menudo como consecuencia de una advertencia prolongada que no había sido escuchada, o como castigo a alguna práctica escandalosa.

Realmente, si deseamos poner en duda la visión no lineal y espasmódica del motín de subsistencias, no tenemos más que apuntar hacia este tema continuado de la intimidación popular, en el que hombres y mujeres a punto de morir de inanición atacaban no obstante molinos y graneros, no para robar el alimento, sino para castigar a los propietarios. Repetidamente, el grano o la harina eran derramados a lo largo de carreteras y setos, arrojado al río, estropeada la maquinaria y abiertos los diques del molino. Ante ejemplos de un comportamiento tal, las autoridades reaccionaban tanto con indignación como con asombro. Era un comportamiento (en su opinión) sintomático -del estado de ánimo «frenético» y destemplado de una gente cuyo cerebro estaba excitado por el hambre. En 1795, tanto la justicia mayor como Arthur Young, dirigieron discursos a los pobres en los que se destacaba que la destrucción del grano no era el mejor medio de mejorar el suministro de pan. Hannah More aludió una «Homilía de Medio Penique». Un versificador anónimo de 1800 nos da un ejemplo bastante más vivo de estas *amonestaciones* a las clases bajas:

*«Cuando pasas las horas con tus Amigos del campo,
Y tomas con la abundancia que quieras, el vaso desbordante
Cuando todo se vuelve tranquilo, si oyes por casualidad
«Que son los Acaparadores los que encarecen tanto el grano;
Que necesitan y conseguirán pan: ya han comido bastante
Arroz y Sopa, y engrudos por el estilo:
Lo tomarán sin pedirlo: y se esforzarán por la fuerza y la violencia
En vengarse de estas ladrones de granos»*

John jura que luchará mientras le quede aliento:

*«Es mejor ser colgado que morir de hambre:
Quemará el granero del Señor Hoardúm, eso hará,
Sofocará al viejo Fitch Bag, y destruirá su molino».
Y cuando preparen la Púa y la Horca
Y todos los útiles de la guerra rústica ...
Háblales de los males que acompañan los actos ilegales,
Acciones que, comenzadas en la ira, terminan en dolor,
Que quemar pajares, y destruir molinos,
No producirá grano ni llenará los estómagos. »*

Pero eran realmente tan ignorantes los pobres? Uno sospecha que los molineros y comerciantes que estaban ajo avizor con respecto a la gente y al tiempo procuraban elevar al máximo sus beneficios, conocían mejor las circunstancias que los poetastros sentados en sus escritorios. Pues los pobres tenían sus propias fuentes de información. Trabajaban en los puertos.

Transportaban las barcazas a lo largo de los canales. Conducían los carros y manejaban las barreras de peaje. Trabajaban en los graneros y molinos... Con frecuencia conocían los hechos locales mucho mejor que la *gentry*; en muchas acciones fueron derechos a las provisiones de grano escondidas cuya existencia habían negado, de buena fe, los jueces de paz. Si es cierto que los rumores iban muchas veces más allá de todo límite, tenían siempre al menos su raíz en una ligera base de realidad. Los pobres sabían que la única forma de someter a los ricos era retorcerles el brazo.

VI

Las iniciadoras de los motines eran, con frecuencia, las mujeres. Sabemos que en 1693 una gran cantidad de mujeres se dirigieron al mercado de Northampton, con «cuchillos escondidos en sus corpiños para forzar la venta del grano según su propia evaluación». En un motín contra la exportación en 1737, en Poole (Dorset), se informó que «los Grupos se componen de muchas Mujeres, y los Hombres las apoyan, y Juran que si alguien se atreve a molestar a alguna de las Mujeres en sus Acciones, ellas pueden levantar un Gran Número de Hombres y destruir tanto Barcos como Cargamentos». El populacho fue alzado en Stockton (Durham) en 1740 por una «Señora con un palo y una corneta». En Haverfordwest (Pembroke), en 1795, un anticuado juez de paz que intentó, con ayuda de un subalterno, luchar con las mineras del carbón, se quejó de que «las mujeres incitaban a los Hombres a la pelea, y eran perfectas furias. Recibí algunos golpes de alguna de ellas sobre mis Espaldas...». Un periódico de Birmingham describía los motines de Snow Hill como obra de «una chusma, incitada por furiosas mujeres». En docenas de casos ocurre lo mismo: las mujeres apedreando a un comerciante poco popular con sus propias patatas, o combinando astutamente la furia con el cálculo de que eran algo más inmunes que los hombres a las represalias de las autoridades; «las mujeres dijeron a los hombres del vulgo», dijo el magistrado de Haverfordwest refiriéndose a los soldados, «que ellas sabían que las tenían en sus Corazones y que no les harían ningún daño».

Estas mujeres parecen haber pertenecido a una prehistoria de su sexo anterior a la caída, y no haber tenido conciencia de que debían haber esperado unos doscientos años para su liberación. (Southey podía escribir, como lugar común, en 1807:

«Las mujeres están más dispuestas a amotinarse: tienen menos temor a la ley, en parte por ignorancia, y en parte porque abusan del privilegio de su sexo, y por consiguiente en todo tumulto público sobresalen en violencia y ferocidad»)¹⁶¹

¹⁶¹ *Letters from England*, Londres, 1814, H, p. 47. Las mujeres tenían otros recursos además de la ferocidad: un coronel de Voluntarios se lamentaba de que «el Diablo en forma de

Eran también, por supuesto, las más involucradas en la compra y venta cara a cara, las más sensibles a la trascendencia del precio, las más experimentadas en detectar el peso escaso o la calidad inferior. Es probable que con mucha frecuencia las mujeres precipitaran los movimientos espontáneos, pero otros tipos de acciones se preparaban con más cuidado. Algunas veces se clavaban carteles en las puertas de iglesias o posadas. En 1740 «fue pregonado en Ketryng un Partido de Fútbol de Quinientos Hombres de un lugar, pero la intención era Destruir los Molinos de la Señora Betsy Jesmaine». A finales de siglo, es posible que se hiciera más corriente la distribución de avisos escritos a mano. Proveniente de Wakefield (Yorkshire), 1795:

Para avisar

*A todas las Mujeres domiciliadas en Wakefield que se desea
se reúnan en la Iglesia Nueva el próximo Viernes a las Nueve...
para fijar el precio del trigo.*

*Por deseo de los habitantes de Halifax
que se reunirán con ellas allí.*

De Stratton (Cornualles), 1801:

“A todos los Hombres trabajadores y Comerciantes en la Centena de Stratton que están dispuestos a salvar a sus Mujeres e Hijos de la Terrible condición de ser llevados a la Muerte por Hambre por el insensible y acaparador Agricultor... Reunios todos mediataamente y marchad en temeroso Orden de Batalla a Viviendas de los agricultores usureros, y Obligadlos a Vender el Grano en el Mercado, a un precio justo y razonable...”¹⁶²

La acción espontánea en pequeña escala podía derivarse de una especie de abucheo o griterío ritual frente a la tienda del Vendedor al por menor, de la intercepción de carros de grano o harina al pasar por un centro populoso, o de la simple congregación de una multitud amenazante. Con gran rapidez se desarrollaba una situación de negociación: el propietario de las provisiones sabía muy bien que si no aceptaba voluntariamente el precio impuesto por la multitud (y su conformidad hacía muy difícil cualquier prosecución subsiguiente) corría el peligro de perder todas sus mercancías. Cuando fue interceptado un carro con sacos de trigo y harina en Handborough (Oxon.), en 1795, unas mujeres se subieron al carro y tiraron los sacos a los lados de la carretera.

«Algunas de las personas allí reunidas dijeron que darían Cuarenta Chelines por el Saco de Harina, y que pagarían eso, y no darían más, y que si eso no era bastante, lo tomarían por la fuerza.»

Mujeres está ahora usando toda su influencia para inducir a la tropa a romper su lealtad a sus Oficiales»: Lt-Col. J. Entwistle, Rochdale, 5 agosto 1795, PRO, WO 1.1086.

¹⁶² Kettering: PRO, SP 36.50: para otros ejemplos del uso del fútbol para congregar a las masas, véase R. M. Malcolmson, «*Popular Recreations in English Society, 1700-1850*» Warwick Univ. Ph. D. thesis, 1970, pp. 89-90.

El propietario (un *yeoman*)¹⁶³ lo aceptó finalmente:

«Si tiene que ser ese el precio, que lo sea».

El procedimiento de forzar la negociación puede verse con igual claridad en la declaración de Thomas Smith, un panadero, que fue a Hadstock (Essex) con pan en sus alforjas (1795). Fue detenido en la calle de la aldea por un grupo de cuarenta o más mujeres y niños. Una de las mujeres (esposa de un trabajador) detuvo su caballo

«y habiéndole preguntado si había rebajado el precio del Pan, él le dijo que no tenía Ordenes de los Molineros de rebajarlo, y ella dijo entonces «Por Dios que si no lo rebajas no dejarás ningún Pan en este Pueblo» ...

Varias personas entre la multitud ofrecieron entonces 9 peniques por un pan de 4 libras, mientras que él pedía 19 peniques. Entonces:

«juraron que si no se lo daba a 9 peniques la Hogaza se lo quitarían, y antes de que pudiera dar otra respuesta, varias Personas que estaban a su alrededor sacaron varias Hogazas de sus Cestas...».

Solo al llegar a este punto aceptó Smith vender a 9 peniques la hogaza. La negociación fue bien entendida por ambas partes, y los vendedores al por menor, que tenían que contar con sus clientes tanto en los años buenos como en los malos, capitulaban con frecuencia ante las primeras señales de turbulencia por parte de la multitud.

En disturbios a gran escala, una vez formado el núcleo del motín, el resto de la muchedumbre era a menudo levantado a toque de trompeta y tambores.

«El lunes pasado -comenzaba una carta de un magistrado de Shropshire en 1756-, los mineros de Broseley se reunieron al son de las trompetas, y se dirigieron al Mercado de Wenlock...»

El punto crítico era la reunión de un núcleo determinado. No solo se explica el destacado papel de los mineros por su «virilidad» y por el hecho de estar particularmente expuestos a la explotación del consumidor, sino también por su número y por la natural disciplina de una comunidad minera.

Como declaraba John Todd, un minero de la mina de carbón Heaton, Gateshead (1740)

«El jueves por la mañana, en el momento en que empezaba la ronda de noche»,

Sus compañeros de mina,

«en número de 60 u 80 detuvieron la bomba de agua de la mina y se propuso venir a Newcastle para fijar los precios del grano».

¹⁶³ Hacendado o labrador acomodado. (N. del t.)

Cuando vinieron desde la mina de carbón Nook a Haverfordwest en 1795 (el magistrado relata que su ayudante dijo:

«Doctor, aquí vienen los mineros... yo levanté la vista y vi una gran multitud de hombres, mujeres y niños con porras de roble que bajaban por la calle gritando "todos a una, todos a una"»

Los mineros explicaron más tarde que habían venido a petición de los pobres de la ciudad, que no tenían el ánimo necesario para fijar el precio por su cuenta.

La composición de la multitud en cuanto a profesiones nos proporciona pocas sorpresas. Era (parece) bastante representativa de las ocupaciones de las «clases más bajas» en las zonas de motines. En Witney (Oxon.) encontramos informes contra un tejedor de mantas, un sastre, la mujer de un vendedor de bebidas alcohólicas y un criado; en Saffron Walden (Essex) acusaciones contra dos cabestreros, un zapatero, un albañil, un carpintero, un aserrador, un trabajador en estambre, y nueve labradores; en varias aldeas de Devonshire (Sampford Peverell, Burlescomb, Culmstock) encontramos con que se acusa a un hilandero, dos tejedores, un cardador de lana, un zapatero, un bordador y diez trabajadores; en el suceso de Handborough se habló en una información de un carpintero, un cantero, un aserrador y siete labradores. Había menos acusaciones en relación a la supuesta instigación por parte de personas con una posición superior en la vida de las que Rudé y otros han observado en Francia, a pesar de que se sugería con frecuencia que los trabajadores eran alentados por sus superiores a adoptar un tono hostil hacia agricultores e intermediarios. Un observador del sudoeste sostenía en 1801 que los motines estaban «ciertamente dirigidos por comerciantes inferiores, cardadores, y disidentes, que se mantenían apartados pero, por su lenguaje e inmediata influencia, gobernaban a las clases bajas». Ocasionalmente, se adujo que personas que empleaban muchos trabajadores habían animado a sus propios obreros a actuar.

Otra diferencia importante, en comparación con Francia, era la relativa inactividad de los labradores de Inglaterra en contraste con la actividad de los *vignerons* y el pequeño campesinado francés. Muchos productores de cereal, por supuesto, continuaron con la costumbre de vender grano barato a sus propios jornaleros. Pero esto se aplicaba sólo a los jornaleros regulares, con contratos anuales, y a ciertos distritos. Por otra parte, los trabajadores rurales participaban en los motines cuando otro grupo (como los mineros) formaba el núcleo original, o cuando una cierta actividad los reunía en número suficiente. Cuando un grupo grande de trabajadores recorrió el valle del Támesis en 1766, la acción había comenzado entre cuadrillas que trabajaban en la barrera de portazgo de una carretera; quienes dijeron «con una sola voz: Vamos todos a una a Newbury en una corporación para Poner más Barato el Pan». Una vez en el pueblo, lograron más apoyos, desfilando por la plaza y dando tres vítores. En el East Anglia en 1795 se creó un núcleo similar entre los *bankers* (cuadrillas «empleadas para limpiar Zanjas de Drenaje y en la presa»). Los

bankers estaban también menos sujetos a la identificación inmediata y al castigo, o a las venganzas del paternalismo rural que los trabajadores de la tierra, puesto que eran, «en su mayor parte, extranjeros de diferentes comarcas los cuales no son tan fácilmente apaciguados como los que viven en el lugar».

En realidad el motín de subsistencias no precisaba de un alto grado de organización. Necesitaba un consenso de apoyo en la comunidad, y un modelo de acción heredado, con sus propios objetivos y restricciones. La persistencia de esta forma de acción suscita una cuestión interesante: (hasta qué punto tuvo, en cualquier sentido, éxito? (Hubiera continuado durante tantos años - realmente cientos de años- si hubiera fracasado decididamente en lograr sus objetivos, y no hubiera dejado tras sí más que unos pocos molinos destruidos y víctimas en las horcas? Es una pregunta especialmente difícil de contestar; pero que debe ser planteada.

VII

A corto plazo, parece probable que el motín y la fijación de precios frustraron sus propios objetivos. Los agricultores eran a veces intimidados hasta tal punto que se negaban después, durante varias semanas, a llevar sus productos al mercado. Es probable que la interdicción del movimiento del grano dentro de la región no hiciera más que agravar la escasez en otras. Aunque pueden encontrarse ejemplos en que el motín parece producir una caída de los precios, y ejemplos también de lo contrario, e incluso otros en los que parece haber poca diferencia en el movimiento de precios en mercados donde hubo y no hubo motín, ninguno de esos ejemplos -sean calculados por agregación o por término medio- tiene por qué revelar necesariamente el efecto que la *expectación* del motín producía sobre la situación total del mercado.¹⁶⁴

Podemos tomar una analogía de la guerra. Los beneficios reales inmediatos de la guerra rara vez son significativos, ni para vencedores ni para vencidos, pero los beneficios que pueden obtenerse de la *amenaza* de guerra pueden ser considerables y, sin embargo, la amenaza de guerra no comporta terror alguno si no se llega nunca a la sanción de la guerra. Si el mercado fue un campo de batalla de la guerra de clases en la misma medida en que llegaron a serlo la fábrica y la mina durante la revolución industrial, entonces la amenaza del motín afectaría a la situación total de mercado, no solamente en años de escasez, sino también en años de cosecha media, y no solamente en poblados destacados por su susceptibilidad al motín, sino también en aldeas donde las

¹⁶⁴ Indudablemente, investigaciones pormenorizadas de movimientos de precios a corto plazo en relación con los motines, que varios investigadores desarrollan ahora con ayuda de computadoras, ayudará a afinar la cuestión; pero las variables son muchas, y la evidencia con respecto a algunas (anticipación de modo, persuasión ejercida sobre arrendatarios, comerciantes, etc., suscripciones caritativas, aplicación de precios para pobres, etc.) es a menudo difícil de encontrar y de cuantificar.

autoridades deseaban preservar una tradición de paz. Por muy meticulosamente que cuantifiquemos los datos disponibles, no pueden éstos mostrarnos a qué nivel habrían subido los precios si se hubiera eliminado totalmente la amenaza de motín.

Las autoridades de zonas propensas al motín dominaban a menudo los disturbios de manera equilibrada y competente. Esta nos permite a veces olvidar que el motín era una calamidad que producía con frecuencia una profunda dislocación de las relaciones sociales de la comunidad, cuyos efectos podían perdurar durante años. Los magistrados provinciales se encontraban muchas veces en un extremado aislamiento. Las tropas, si es que se las llamaba, podían tardar dos, tres o más días en llegar, y la multitud lo sabía muy bien. El *sherif* de Gloucestershire, en los primeros días del «levantamiento» de 1766, no pudo sino acudir al mercado de Stroudon sus «hombres de jabalina». Un magistrado de Suffolk, en 1709; se abstuvo de encarcelar a los dirigentes de la muchedumbre porque «el Populacho amenazó con destruir tanto su casa como el Calabozo si castigaba a cualquiera de sus compañeros». Otro magistrado que, en 1740, dirigió un harapiento y nada marcial *posse Commitatus* a través del Yorkshire del norte hasta Durham, haciendo prisioneros por el camino, quedó desalentado al ver a los ciudadanos de Durham darse la vuelta y liberar a dos de los presos a la puerta de la cárcel. (Tales rescates eran normales.) Un exportador de grano, de Flint, tuvo una experiencia aún más desagradable en el mismo año:

“los amotinados entraron en su casa, se bebieron la cerveza y el vino de su bodega, y permanecieron con una Espada Desnuda apuntando al pecho de mi Nuera... Tienen muchas Armas de Fuego, Picas y Espadas. Cinco de ellos con Picas declaran que cuatro son suficientes para llevar mis Cuatro Cuartos y el otro mi cabeza en triunfo con ellos...”

La cuestión del orden no era ni mucho menos sencilla. La insuficiencia de las fuerzas civiles se combinaba con la repugnancia a emplear la fuerza militar. Los funcionarios mismos tenían la suficiente humanidad y estaban acorralados por ambigüedades suficientes, en cuanto a sus poderes en caso de disturbios civiles, como para mostrar una marcada falta de entusiasmo por ser empleados en este «Servicio Odioso». Si los magistrados locales llamaban a las tropas, O autorizaban el uso de armas de fuego, tenían que seguir viviendo en el distrito después de la marcha de las tropas, incurriendo en el odio de la población local, quizá recibiendo cartas amenazadoras o siendo víctimas de rupturas de ventanas e incluso de incendios. Las tropas alojadas en un pueblo se hacían rápidamente impopulares incluso entre aquellos que al principio las habían llamado. Con extraña regularidad las peticiones para recibir ayuda de tropas son seguidas, en los documentos del Ministerio del Interior o del Ministerio de la Guerra, tras un intervalo de cinco o seis semanas, por peticiones para su retirada. Una lastimosa súplica de los habitantes de Sunderland, encabezada por su rector, pedía, en 1800, la retirada del 68 regimiento:

«Su principal objetivo es el robo. Varias personas han sido golpeadas y despojadas de sus relojes, y siempre se ha hecho de la manera más violenta y brutal...»

A un joven le fracturaron el cráneo, a otro le cortaron el labio superior. Los habitantes de Wantage, Farringdon y Abingdon pidieron

«en nombre de Dios... que se lleven de este lugar la sección del Regimiento de Lord Landaff o si no el Asesinato será forzosamente la consecuencia, pues un grupo de Villanos como este no ha entrado nunca en este pueblo...»

Un magistrado local, que apoyaba esta petición, añadía que el

«salvaje comportamiento de los soldados... exaspera a la población hasta lo indecible. El trato normal de los campesinos en ferias y mercados se ha deteriorado mucho».

El motín era una calamidad. El «orden» que podía seguir tras el motín, podía ser una calamidad aún mayor. De aquí la ansiedad de las autoridades por anticiparse al suceso o abortarlo con rapidez en sus primeras fases, por medio de su presencia personal, por exhortaciones y concesiones. En una carta de 1763 el alcalde de Penryn, sitiado por iracundos mineras del estaño, escribe que el pueblo fue visitado por trescientos

«de aquellos bandidos, con los cuales nos vimos forzados a parlamentar y llegar a un acuerdo por el cual les permitimos que obtuvieran el grano a un tercio menos de lo que había costado a los propietarios».

Tales acuerdos, más o menos forzados, eran corrientes. Un experimentado magistrado de Warwickshire, sir Richard Newdigate, anotó en su diario del 27 de septiembre de 1766:

«A las once cabalgué a Nuneaton... y con las personas principales del pueblo me entrevisté con los mineros y el populacho de Bedworth que vinieron vociferando y armados con palos, pidieron lo que querían, prometí satisfacer todas sus peticiones razonables si se apaciguaban y tiraban sus palos lo cual hicieron todos en el prado; después fui con ellos a todas las casas en que creían se había acaparado y permití a 5 o 6 entrar para registrar y persuadir a los dueños de vender el queso que se encontrase...».

Entonces los mineros abandonaron en orden el pueblo, después de que sir Richard Newdigate y otros dos les hubieran dado cada uno media guinea. Habían actuado en efecto de acuerdo con el *Book of Orders*.

Este tipo de negociación en los comienzos del motín, solía garantizar concesiones a la multitud. Pero debemos también observar los esfuerzos de los magistrados y terratenientes para prevenir el motín. Así, un magistrado de Shropshire en 1756 describe cómo los mineros

«dicen que si los agricultores no traen su grano a los mercados, irán ellos a sus casas para trillarlo ellos mismos. Yo he enviado orden a mis arrendatarios para que cada uno lleve cierta cantidad de grano al mercado los Sábados como único medio de prevenir mayores daños.»

En el mismo año puede verse a los magistrados de Devon realizando esfuerzos similares. Se habían producido motines en Ottery, el Grano de los agricultores había sido arrebatado y vendido a 5 chelines un *bushel* y varias molinos habían sido atacados. Sir George Yonge envió a su criado a fijar un pasquín admonitorio y conciliador en el mercado:

«El populacho se congrego, insultó a mi Criado e intimidó el Pregonero ... al leer el pasquín declararon que no servía, no necesitaban molestar los Caballeros porque Ellos fijarían el precio a 4 chelines 9 peniques en el próximo Día de Mercado: en vista de esta fui ayer el Pueblo y dije tanto a la Gente Común como a los de mejor clase, que si la situación no permanecía tranquila habría de llamar el ejército...»

El y dos miembros de la *gentry* de la vecindad enviaron su propio grano a los mercados locales:

«He ordenado que el mío se venda a 5 chelines 3 peniques y 5 chelines 6 peniques por *bushel* a la gente más pobre, puesto que hemos decidido mantenerlo algo por encima del precio dictado por el populacho. Consultaré con los molineros para saber si pueden darnos algo de Harina...».

El alcalde de Exeter contestó a Yonge que las autoridades de la ciudad habían ordenado que se vendiera el grano a 5 chelines 6 peniques:

«Todo quedó tranquilo en cuanto los agricultores bajaron el precio... ».

Medidas similares se tomaban todavía en Devon en 1801,

«ciertos caballeros entre los más respetables de la vecindad de Exeter... ordenaron... a sus Arrendatarios llevar el Grano al Mercado bajo pena de no renovarles los arrendamientos...».

En 1795 y 1800-1801, órdenes como estas de los terratenientes tradicionalistas a sus arrendatarios eran frecuentes en otros condados. El conde de Warwick (un archipaternalista y un defensor de la legislación contra acaparadores con el máximo rigor) recorrió en persona sus propiedades dando órdenes como estas a sus arrendatarios, Presiones tales en prevención de un modo, pueden haber sido más eficaces de lo que se ha supuesto en cuanto a llevar grano al mercado, frenar la subida de precios e impedir cierto tipo de lucro. Más aún, una predisposición al modo era ciertamente efectiva como advertencia a los ricos de que debían poner en buenas condiciones la organización de la beneficencia parroquial y de la caridad, grano y pan subvencionado para los pobres. En enero de 1757, la corporación de Reading acordó:

«Que se organizara una suscripción para reunir dinero para comprar Pan que será distribuido entre los Pobres... a un precio que será fijado muy por debajo del precio actual del Pan...»

La corporación misma donó 21 libras. Tales medidas se adoptaban con mucha frecuencia, por iniciativa unas veces de una corporación, otras de un individuo de la *gentry*, algunas de un tribunal municipal trimestral, otras de las autoridades parroquiales, o de los patronos, especialmente de aquellos que empleaban un número considerable de trabajadores (como los mineros del plomo) en distritos aislados.

Las medidas tomadas en 1795 fueron especialmente amplias, variadas y bien documentadas. Iban desde suscripciones directas para reducir el precio del pan (las parroquias enviaban a veces sus propios agentes directamente a los puertos a comprar grano importado), pasando por precios subvencionados para los pobres, hasta el sistema *Speenhamland*.¹⁶⁵ El examen de dichas medidas nos adentraría más profundamente en la historia de las *Leyes de Pobres* de lo que es nuestra intención,¹⁶⁶ pero los efectos eran en ocasiones curiosos. Las suscripciones, aunque tranquilizaban una zona, podían provocar un motín en otra adyacente al despertar un agudo sentimiento de desigualdad.

En 1740, un acuerdo concertado en Newcastle para reducir los precios entre los comerciantes y una delegación de una manifestación de mineras (actuando concejales como mediadores), produjo el que la ciudad se viera inundada por «gente del campo» de las aldeas de los alrededores, se intentó sin éxito limitar la venta a personas con un certificado escrito de un «Ajustador, un Encargado del Depósito del Carbón, un Medidor o un Capillero». La participación de soldados en motines encaminados a fijar el precio fue explicada por el duque de Richmond como producida por una desigualdad similar: alegaban los soldados que «mientras la Gente del Campo es socorrida por sus Parroquias y Suscripciones, los Soldados no reciben ningún Beneficio similar». Además, tales suscripciones, aunque su intención era «sobornar» al motín (real o potencial), podían a menudo producir el efecto de elevar el precio del pan para los que no participaban del beneficio de la suscripción.¹⁶⁷ Puede observarse este proceso en Devon del sur, donde las autoridades actuaban todavía en 1801 dentro de la tradición de 1757. Una multitud se manifestó en Exeter, en el mercado, pidiendo trigo a 10 chelines el *bushel*:

«Los Caballeros y los Agricultores se reunieron y el Pueblo esperó su decisión... fueron informados de que no se aceptaría ningún Precio que

¹⁶⁵ Sistema de ayuda a los pobres adaptado en 1795 por los magistrados del Berkshire y que se mantuvo en gran parte de Inglaterra incluso hasta principios del siglo XIX. (*N. del T.*)

¹⁶⁶ Especialmente útiles son las respuestas de los correspondientes en *Annals of Agriculture*, XXIV y XXV (1795). Véase también S. y B. Webb, «*The Assize of Bread*», *op. cit.*, pp. 208-209; J. L. y B. Hammond, *op. cit.*, cap. VI; W. M. Stern, *op. cit.*, pp. 181-186.

¹⁶⁷ Un punto que debe ser considerado en todo análisis cuantificado: el precio que quedaba en el mercado después de un motín podía subir, aunque, a consecuencia del motín o de la amenaza de motín, el pobre podía recibir grano a precios subvencionados.

ellos propusieran o fijaran, y principalmente porque el principio de Fijar un Precio encontraría su oposición. Los Agricultores después acordaron el de 12 chelines y que cada Habitante lo obtuviera en proporción a su Familia...»

Los Argumentos de los descontentos en Exmourh son muy contundentes.

«Dadnos cualquier *cantidad* que permitan las Existencias Disponibles, y a un precio por el cual podamos obtenerla, y estaremos satisfechos: no aceptaremos ninguna Subscripción de la *Gentry* porque aumenta el precio, y supone una privación para ellos.»

Lo que importa aquí no es solamente que los precios, en momentos de escasez, estuvieran determinados por muchos otros factores además de las simples fuerzas de mercado: cualquiera con un conocimiento, incluso pequeño, de las muy difamadas fuentes «literarias» tiene que ser consciente de ello. Es más importante observar todo el contexto socio-económico dentro del cual operaba el mercado, y la lógica de la presión popular. Otro ejemplo, esta vez de un mercado libre de motines hasta el momento, puede mostrarnos esta lógica en acción, El relato proviene de un agricultor acomodado, John Toogood en Sherborne (Dorset). El año 1757 comenzó con una «queja general» contra los altos precios, y frecuentes informes de motines en otros lugares:

«El 30 de abril, siendo Día de Mercado, muchos de nuestros ociosos e Insolentes Hombres y Mujeres Pobres se reunieron y empezaron un Motín en la Plaza del Mercado, fueron al Molino de Oborn y trajeron muchos Sacos de Harina y dividieron el Botín aquí en Triunfo».

El lunes siguiente se encontró en la abadía una carta anónima dirigida al hermano de Toogood (que acababa de vender 10 *bushels* de trigo a 14 chelines 10 peniques -«verdaderamente un precio alto»- a un molinero):

«Señor, si no traéis vuestro Trigo al Mercado, y lo vendéis a un precio razonable, serán destruidos vuestros graneros...»

Puesto que los motines son una cosa muy nueva en Sherborne... y puesto que las Parroquias vecinas parecían estar a punto de participar en este Deporte, pensé que no había Tiempo que perder, y que era conveniente aplastar este Mal de Raíz, para lo cual tomamos las siguientes Medidas.

Habiendo convocado una Reunión en el Hospicio, se acordó que el señor Jeffrey y yo hiciéramos un Informe de todas las Familias del Pueblo más necesitadas, hecho, esta, reunimos alrededor de 100 libras por Subscripciones y antes del Siguiente Día de Mercado. Nuestro Juez de Paz y otros habitantes principales hicieron una Procesión a través de todo el Pueblo y publicaron por medio del Pregonero del Pueblo el siguiente Aviso;

«Que se entregará a las Familias Pobres de este Pueblo una Cantidad de Trigo suficiente para su Mantenimiento todas las Semanas hasta la Cosecha al Precio de 8 chelines por *bushel* y que si cualquier persona

después de este aviso público utilizara cualquier expresión amenazadora o cometiera cualquier motín o Desorden en este Pueblo, será el culpable condenado a Prisión en el acto».

Después contrataron la compra de trigo a 10 chelines y 12 peniques el *bushel*, administrándolo a la «Lista de Pobres» a 8 chelines hasta la cosecha. (60 *bushels* a la semana en este período supondrían un subsidio de entre 100 y 200 libras.)

«Por estas medias restauramos la Paz, y desilusionamos a muchos Sujetos vagos y desordenados de las Parroquias Vecinas, que aparecieron en el Mercado con los Sacos vacíos, esperando haber obtenido Grano sin Dinero».

John Toogood, escribiendo este relato para guía de sus hijos, concluía con el consejo:

«Si circunstancias como estas concurren en el futuro en vuestra Vida y alguno de vosotros está dedicado a los Negocios de la Agricultura, no dejéis que os tiente un ojo Codicioso a ser los primeros en aumentar el Precio del Grano, sino dejad mejor que vuestra Conducta muestre alguna Compasión y Caridad hacia la condición del Pobre...».

Es dentro de un contexto como este donde puede descubrirse la función del motín. Este pudo ser contraproducente a corto plazo, aunque no se haya demostrado todavía. Pero, repetimos, el motín era una calamidad social, que debía evitarse a cualquier coste. Podía consistir éste en lograr un término medio entre un precio «económico» muy alto en el mercado y un precio «moral» tradicional determinado por la multitud. Este término podía alcanzarse por la intervención de los paternalistas, por la auto-moderación de agricultores y comerciantes, o conquistando una parte de la multitud por medio de la caridad y los subsidios. Como cantaba alegremente Hannah More, en el personaje del sentencioso Jack Anvil al intentar disuadir éste a Tom Hood de unirse al motín:

*«Así, trabajaré todo el día y el Domingo buscaré
en la Iglesia cómo soportar todas las necesidades de la semana.
Las gentes de bien, también, nos proporcionarán provisiones,
Harán suscripciones -y renunciarán a sus bizcochos y pasteles...»*

Derry down

Si, Derry down y itra-lará-lará! Sin embargo, siendo como era el carácter de las gentes de bien, era más probable que un motín ruidoso en la parroquia vecina engrasara las ruedas de la caridad, que la imagen de Jack Anvil arrodillado en la iglesia. Como lo expresaron suintamente las copias colocadas fuera de las puertas de la iglesia en Kent en 1630:

*Cuanto antes nos levantemos
Menos sufriremos.*

VIII

Hemos estado examinando un modelo de protesta social que se deriva de un consenso con respecto a la economía moral del Bienestar público en tiempos de escasez. Normalmente no es útil examinarlo con relación a intenciones políticas claras y articuladas, a pesar de que éstas surgieran a veces por coincidencia casual. Pueden encontrarse a menudo frases de rebelión, normalmente destinadas (sospecho) a helar la sangre de los ricos con su efecto teatral. Se decía que los mineros de Newcastle, animados por el éxito de la toma del ayuntamiento, «eran partidarios de poner en práctica los antiguos principios niveladores»; al menos desgarraron los retratos de Carlos II

y Jacobo II e hicieron pedazos sus marcos. En contraste, los barqueros de Henley (Oxon.) gritaron «Viva el Pretendiente», en 1743, y alguien en Woodbridge (Suffolk) clavó un aviso en el mercado en 1766, que el magistrado local consideró «particularmente descarado y sedicioso y de alta y delicada significación»: «Deseamos -decía- que nuestro exiliado Rey pueda venir o enviar algunos funcionarios». Es posible que esa misma intención amenazante tuvieran en el Sudoeste, en 1753, las amenazas de que «los Franceses estarán aquí pronto».

Más habituales son las amenazas generales de «nivelación» e imprecaciones contra los ricos. En Witney (1767) una carta aseguraba a los alguaciles de la ciudad que la gente no permitiría a

«estos malditos pillos resollares y cebados que Maten de Hambre a los Pobres de Manera tan Endemoniada para que ellos puedan dedicarse a la caza, las carreras de caballos, etc., y para mantener a sus familias en el Orgullo y la extravagancia».

Una carta dirigida al Gold Cross de Snow Hill en Birmingham (1766), firmada por «Kidderminster y Stourbridge», se acerca más al tipo de la copla

*«... tenemos un Ejército de más de tres mil todos dispuestos a luchar
y maldito sea si no hacemos polvo el ejército del Rey
Si resulta que el Rey y el Parlamento no lo remedian
Convertiremos Inglaterra en Basura
Y si incluso así no abaratan las cosas
Maldito sea si no quemamos el Parlamento y lo arreglamos todo...»*

En 1772, una carta de Colchester, dirigida a todos los agricultores, molineros, carníceros, tenderos y comerciantes de granos, advertía a todos los «Malditos Pillos» que tuvieran cuidado.

« porque estamos en noviembre y tenemos unas doscientas o trescientas bombas listas para los Molineros y para todos, y no habrá ni rey ni parlamento, solo una maraña de pólvora por toda la nación...»

Se advirtió a los caballeros de Fareham (Hants.), en 1766, que se prepararan «para una guerra del Populacho o Civil» que «arrancaría a Jorge de su trono y

derrumbaría las casas de los pillos y destruiría los sitiales de los Legisladores». «Es mejor Soportar un Yugo Extranjero que ser maltratados de esta forma», escribía un aldeano de cerca de Hereford al año siguiente. Y casos similares se encuentran en casi todos los lugares de Inglaterra. Es, principalmente, retórica aunque una retórica que deshace la retórica de los historiadores respecto a la deferencia y solidaridad social en la Inglaterra de Jorge III.

Únicamente en 1795 y 1800-1801, cuando es frecuente encontrar un matiz jacobino en estas cartas y volantes, tenemos la impresión de que existe una corriente subterránea de motivaciones políticas articuladas, en tajante ejemplo de ellas es cierta copia dirigida a «los que hacen los caldos y los Amasadores» que alarmó a un magistrado de Maldon (Essex):

*«Queréis que se alimenten los pobres de bazofia y granos
y bajo la guillotina querriámos ver vuestras cabezas
porque creo que es una vergüenza atender a los pobres así
y creo que algunas de vuestras cabezas serán un buen espectáculo.».*

Cientos y cientos de cartas como estas circularon en estos años. De Uley (Glos.)

*«no el Rey sino una Constitución abajo, abajo, abajo, oh
caed altos gorros y orgullosos sombreros por siempre abajo, abajo...».*

En Lewes (Sussex) después de haber sido ejecutados varios hombres de la milicia por su participación en la fijación de precios, fue colocado un cartel:

*«¡A las Armas, soldados!».
«Levantaos y vengad vuestra causa
Contra esos malditos bestias, Pitt y Jorge,
Porque ya que no pueden mandaros a Francia
A ser asesinados como Cerdos, o atravesados por una Lanza,
Sois requeridos urgentemente para que volváis rápidamente
y os maten como Cuervos, o coligados por turno...»*

En Ramsbury (Wt!ts.), en 1800, se fijó un cartel en un árbol:

«Terminad con vuestro Lujurioso Gobierno tanto espiritual como temporal o os Moriréis de Hambre. Os han quitado el pan, Queso, Carne etc., etc., etc., etc., etc., y hasta vuestras vidas os han quitado a miles en sus Expediciones que la Familia Borbónica defienda su propia causa y volvamos nuestra vista, los verdaderos ingleses, hacia nosotros devolvamos a algunos a Hanover de donde salieron. Abajo con vuestra Constitución. Erid una república o vosotros y vuestros hijos pasaréis hambre el Resto de vuestros días. Queridos Hermanos, reclinaréis vuestras cabezas y moriréis bajo estos Devoradores de Hombres y dejaréis a vuestros hijos bajo el peso del Gobierno de Pillos que os está devorando.

Dios Salve a los Pobres y abajo Jorge III.».

Pero estos años de crisis bélicas (1800-1801) necesitarían un estudio aparte. Estamos llegando al fin de una tradición, y la nueva apenas ha surgido. En estos años, la forma alternativa de presión económica -presión sobre los salarios- se hace más vigorosa; hay también algo más que retórica bajo el lenguaje sedicioso: organización obrera clandestina, juramentos, los sombríos *United Englishmen* («Ingleses Unidos»). En 1812 los motines tradicionales de subsistencias coinciden con el ludismo.¹⁶⁸ En 1816, los trabajadores de East Anglia no solamente fijan los precios, sino que también exigen un salario mínimo y el fin del socorro Speenhamland. Se acercan estos motines a la revuelta de trabajadores, muy diferente, de 1830. La antigua forma de acción subsiste en los años 1840 e incluso más tarde, con raíces especialmente profundas en el Sudoeste. Pero en las nuevas zonas de la revolución industrial evoluciona gradualmente hacia otras formas de acción. La ruptura en los precios del trigo después de las guerras facilitó la transición. En las ciudades del Norte, la lucha contra los *agiotistas* de grano dio paso a la lucha contra las Leyes Cerealistas. Hay otra razón por la cual los años 1795 y 1800-1801 nos sitúan en un terreno histórico distinto. Las formas de acción que hemos examinado dependen de un conjunto particular de relaciones sociales, un equilibrio especial entre la autoridad paternalista y la muchedumbre. Este equilibrio se dislocó con las guerras por dos motivos.

En primer lugar, el antijacobinismo de la *gentry* produjo un nuevo temor hacia cualquier forma de actividad popular; los magistrados estaban dispuestos ver señales de sedición en las acciones encaminadas a la fijación de precios, incluso cuando no existía tal sedición; el temor a la invasión levantó a los Voluntarios, dando de esta forma a los poderes civiles, medios mucho más inmediatos para enfrentarse a la muchedumbre no parlamentando y con concesiones, sino con la represión.¹⁶⁹ En segundo lugar, esta represión resultaba legitimada, en opinión de las autoridades centrales y de muchas locales, por el triunfo de una nueva ideología de economía política, El secretario del Interior, duque de Portland, sirvió como diputado temporal de este triunfo celestial. Hizo gala, en 1800-1801, de una firmeza completamente nueva, no solamente en su manera de tratar los desórdenes, sino en anular y reconvenir a las autoridades locales que todavía apoyaban el viejo paternalismo. En septiembre de 1800 tuvo lugar en Oxford un episodio significativo. Por un cierto asunto relacionado con la determinación del precio de la mantequilla en el mercado, la caballería hizo su aparición en la ciudad (a petición -se descubrió más tarde- del subsecretario).

El secretario del Ayuntamiento, por indicación del alcalde y los magistrados, escribió al secretario de la Guerra, expresando su «sorpresa porque un cuerpo del ejército de soldados de caballería haya aparecido esta mañana temprano»:

¹⁶⁸ Movimiento que tenía por objeto destruir maquinaria, que hizo su aparición en Inglaterra a fines de 1811, y cuyos componentes, formados en bandas, se llamaron ludas. (N. del T.)

¹⁶⁹ J. R. Western, *The Volunteer Movement as an Anti-Revolutionary Force, 1793-1801*, Eng. Hist. Rev. LXXI (1956).

«Tengo el placer de informarle que la población de Oxford no ha mostrado hasta el momento ninguna disposición al motín, excepto que el haber traído al mercado algunas cestas de mantequilla y haberlas vendido a un chelín la libra y dado cuenta del dinero al propietario de la mantequilla pueda responder a tal descripción...»

«No obstante la extrema tensión de los tiempos», las autoridades de la ciudad eran de «la decidida opinión» de que no había «lugar en esta ciudad para la presencia del Ejército regular» especialmente porque los magistrados estaban desplegando la mayor actividad para reprimir «lo que ellos creen ser una de las causas principales de la carestía, los delitos de acaparamiento, monopolio y reventa... »

La carta del secretario del Ayuntamiento fue enviada al duque de Portland, de quien recibió una grave reprimenda:

« Su Excelencia... desea que informe al Alcalde y Magistrados, que, puesto que su situación oficial le permite apreciar de manera muy especial el alcance del daño público que se seguirá inevitablemente de la continuación de los sucesos tumultuosos que han tenido lugar en varias partes del Reino como consecuencia de la actual escasez de provisiones, se considera más inmediatamente obligado a ejercer su propio juicio y discreción en ordenar que se tomen las medidas adecuadas para la eliminación inmediata y efectiva de tan peligrosas acciones. Porque lamentando mucho Su Excelencia la causa de estos Motines, nada es más cierto que estos no pueden producir otro efecto que el de aumentar el mal, más allá de todo posible cálculo. Su Excelencia, por tanto, no puede permitirse pasar en silencio la parte de su carta que afirma:

«que la población de Oxford no ha mostrado hasta el momento ninguna disposición al motín, excepto que el haber traído al mercado algunas cestas de mantequilla, y haberlas vendido a un chelín la libra, y dado cuenta del dinero al propietario de la mantequilla, pueda responder a tal descripción».

Lejos de considerar esta circunstancia desde el punto de vista trivial en que aparece en su carta (incluso suponiendo que no esté conectada con otras de naturaleza similar y aún más peligrosas, que esperamos no sea el caso). Su Excelencia lo ve desde el punto de vista de un ataque violento e injustificado a la propiedad, preñado de las más fatales consecuencias para la Ciudad de Oxford y sus habitantes de cualquier clase; lo cual, Su Excelencia da por supuesto que el Alcalde y Magistrados debían haber pensado que era su obligación deber suprimir y castigar mediante el inmediato apresamiento y condena de los transgresores.»

A lo largo de 1800 y 1801 el duque de Portland se ocupó de imponer las mismas doctrinas. El remedio contra los desórdenes era el ejército o los voluntarios; incluso las generosas suscripciones para conseguir grano barato debían ser desaconsejadas, porque agotaban las existencias: la persuasión

ejercida sobre agricultores o comerciantes para reducir los precios era delito contra la economía política. En abril de 1801 escribía al conde Mount Edgcumbe:

« Su Señoría debe excusar la libertad que me tomo de no dejar pasar desapercibido el acuerdo al cual, según menciona, han llegado voluntariamente los Agricultores de Cornualles para proveer a los Mercados de Grano y otros Artículos de Provisión a Precios reducidos...»

El duque había recibido información de que los agricultores habían sido objeto de presiones por parte las autoridades del condado:

« mi experiencia... me obliga a describir que toda empresa de este tipo no puede ser justificada por la naturaleza de las cosas y tiene inevitablemente, y pronto que aumentar y agravar la desgracia que pretende aliviar, y me atreveré incluso a afirmar que cuanto más general se haga más perjudiciales serán las consecuencias que a la fuerza la acompañarán, porque necesariamente impide el Empleo de Capital en la Agricultura...»

La «naturaleza de las cosas» que en otros momentos había hecho imperativa, en épocas de escasez por lo menos, una solidaridad simbólica entre las autoridades y los pobres, dictaba ahora la solidaridad entre las autoridades y «el Empleo de Capital». Es, quizás, adecuado que el ideólogo que sintetizó un antijacobinismo histérico con la nueva economía política fuese quien firmase la sentencia de muerte de aquel paternalismo que, en sus más sustanciosos pasajes de retórica, había celebrado. «El Pobre Trabajador», exclamó Burke: «dejemos que la compasión Se muestre en la acción», «pero que nadie se lamente por su condición. No es un alivio para sus míseras circunstancias, es solo un insulto para su mísero entendimiento... Paciencia, trabajo, sobriedad, frugalidad y religión le deben ser recomendados; todo lo demás es un *fraude* total.¹⁷⁰

Contra un tono como este, el cartel de Ramsbury era la única respuesta posible.

IX

Espero que de este relato haya surgido un cuadro algo diferente del acostumbrado. He intentado describir, no un espasmo involuntario, sino un modelo de comportamiento del cual no tenía por qué avergonzarse un isleño de Trobriand,

Es difícil reimaginar los supuestos morales de otra configuración social. No nos es fácil concebir que pudo haber una época, dentro de una comunidad menor y

¹⁷⁰ E. Burke; *Thoughts and Details on Scarcity, originally presented to the Rt. Hon. William Pitt in... November, 1795.* Londres, 1800, p. 4. Indudablemente, este panfleto tuvo influencia sobre Pitt y Portland, y puede haber contribuido a las más duras disposiciones de 1800.

más integrada, en que parecía «antinatural» que un hombre se beneficiara de las necesidades de otro, y cuando se daba por supuesto que, en momentos de escasez, los precios de estas «necesidades» debían permanecer al nivel acostumbrado, incluso aunque pudiera haber menos.

«La economía del municipio medieval -escribió R. H. Tawney- era tal, que el consumo ostentaba, en cierta medida, la misma primada en la mentalidad pública, como árbitro indiscutido del esfuerzo económico, que el siglo XIX atribuía a los beneficios».¹⁷¹

Estos supuestos se encontraban, naturalmente, fuertemente amenazados mucho antes del siglo XVIII. Pero en nuestras historias se abrevian con demasiada frecuencia las grandes transiciones. Abandonamos el acaparamiento y la doctrina del precio justo en el siglo XVII y empezamos la historia de la economía de libre mercado en el XIX. Pero la muerte de la antigua economía moral de abastecimiento tardó tanto en consumarse como la muerte de la intervención paternalista en la industria y el comercio. El consumidor defendió sus viejas nociones de derecho tan tenazmente como (quizás el mismo hombre en otro papel) defendió su situación profesional como artesano.

Estas nociones de derecho estaban claramente articuladas y llevaron durante mucho tiempo el *imprimatur* de la Iglesia. El *Book of Orders* de 1630 consideraba el precepto moral y el ejemplo como una parte integral de las medidas de emergencia:

«que todas las buenas Medidas y Persuasiones sean utilizadas por los Justicias en sus distintas Divisiones, y por Admoniciones y Exhortaciones en Sermones en las Iglesias... que los Pobres sean provistos de Grano a Precios convenientes y caritativos. Y además de esta, que las clases más ricas sean seriamente movidas por la caridad cristiana, a hacer que su grano sea vendido al Precio común del Mercado a las clases más pobres: Una acción piadosa, que será sin duda recompensada por Dios Todopoderoso.»

Por lo menos uno de estos sermones, predicado en Bodmin y Fowey (Cornualles) (antes de reunirse el *Quarter Session*), en 1630, por el reverendo Charles Fitz-Geffrey, era todavía conocido por los lectores del siglo XVIII. Los acaparadores de trigo eran denunciados como

«esos que odian al Hombre, opuestos al bien Común, como si el mundo se hubiera hecho solo para ellos, que se apropiarán de la tierra, y de sus frutos, exclusivamente para ellos... como las Codornices engordan con Cicuta, que es un veneno para otras criaturas, así ellos se alimentan de la escasez ...»

Son «enemigos de Dios y del Hombre, opuestos tanto a la Gracia como a la Naturaleza».

¹⁷¹ R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*, Londres, 1926, p.33

Por lo que respecta al comerciante, que exporta grano en momentos de escasez,

«el sabor del lucro le es dulce, a pesar de haberlo sacado hurgando en el charco de la más sucia profesión de Europa...».¹⁷²

Al avanzar el siglo XVII enmudeció este tipo de exhortación, especialmente entre los puritanos. En Baxter, una parte del precepto moral se diluye en una parte de casuística y otra de prudencia comercial: «debe ejercerse la caridad así como la justicia», si bien los productos podían ser retenidos en espera de la subida de precios, esto no debía hacerse «en perjuicio de la nación, como si ... el retenerlos fuera la causa de la escasez». ¹⁷³ Las antiguas enseñanzas morales se dividieron, progresivamente, entre la *gentry* paternalista por un lado, y la plebe rebelde por otro. Hay un epitafio en la iglesia de Stoneleigh (Warwicks.) dedicado a Humphrey How, portero de Lady Leigh que murió en 1688:

*aquí Yace un Fiel Amigo del Pobre
Que repartió Abundantes Limosnas de la Despensa de su señor
No Lloréis Pobre gente aunque haya Muerto Vuestro Servidor
El Señor en persona Os Dará Pan a Diario
Si el Mercado Sube no Protestéis Amargamente Contra Sus Precios
El Precio es Siempre el Mismo a las Puertas de Stone Leigh.*

Los antiguos preceptos resonaron a todo lo largo del siglo XVIII y ocasionalmente podían todavía oírse desde el púlpito:

« La Exacción de cualquier tipo es vil; pero en lo que se refiere al grano es del tipo más vil. Recae con más peso sobre los Pobres, es robarles por que lo son... es asesinar abiertamente a *aquellos* que encuentran medio muertos y saquear el Barco naufragado... estos son los Asesinos acusados por el Río de *Sírach*, cuando dijo: *El Pan del Pobre es su vida: aquel que se lo robare es por ello un Hombre Sanguinario...* Con justicia puede llamarse a tales opresores *Hombres Sanguinarios*, y con seguridad que de la Sangre de aquellos que mueren por su culpa se les tomará cuenta.»

Se encontraban con más frecuencia en folletos o periódicos:

« Mantener alto el Precio del Sostén mismo de la vida con una Venta tan extravagante, que el Pobre... no puede comprarlo es la mayor iniquidad de que cualquier hombre puede ser culpable; no es menos que el Asesinato, no, el más Cruel Asesinato.

A veces en hojas sueltas impresas y baladas:

*« Idos ahora hombres ricos de corazón duro,
Llorad y gritad en vuestra desgracia,*

¹⁷² C. Fitz-Geffrey, *God's Blessing upon the Providers of Corne: and God's Curse upon the Hoarders*, Londres, 1631; repr. 1648, pp- 7, 8, 13.

¹⁷³ Tawney, *op. cit.*, p. 222. Véase también C. Hill, *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary England*, Londres, 1964, esp. pp. 277-278.

*Vuestro oro corrupto se levantará contra vosotros,
Y será Testigo contra vuestras almas ...».*

y frecuentemente en cartas anónimas. «No hagáis del dinero vuestro dios», se advertía a los caballeros de Newbury en 1772:

« sino pensad en los pobres, vosotros grandes hombres pensáis ir al cielo o al infierno, pensad en el sermón que se predicó el 15 de marzo porque malditos seamos si no os obligamos pensáis matar de hambre a los pobres vosotros malditos hijos de puta...».

«¡Mujer Avaricia!», decían los mineros de estaño dirigiéndose a una acaparadora de trigo de Cornualles, en 1795:

«estamos... decididos a reunirnos y marchar inmediatamente hasta llegar a tu ídolo o tu Dios, tu Moisés, [?] a quien consideras como tal y destruirlo y lo mismo tu Casa... ».

Hoy no damos importancia a los mecanismos extorsivos de una economía de mercado no regulado porque a la mayoría de nosotros nos causan sólo mínimos inconvenientes y perjuicios. En el siglo XVIII no era este el caso. Las escaseces eran verdaderas escaseces. Los precios altos significaban vientres hinchados y niños enfermos cuyo alimento consistía en un pan basto hecho con harina rancia. No se ha publicado todavía ningún testimonio que muestre algo parecido a la clásica *crise des subsistances* francesa en la Inglaterra del siglo XVIII: es verdad que la mortalidad de 1795 no se aproxima a la de Francia en el mismo año, pero hubo lo que la clase acomodada describió como una desgracia «verdaderamente penosa»; la subida de precios, escribió uno, «les ha despojado de las Ropas que cubrían sus hombros, les ha arrancado los zapatos y las medias de los pies, y arrebatado la comida de la boca».

El levantamiento de los mineros del estaño en Cornualles fue precedido de escenas angustiosas: los hombres se desmayaban en el trabajo y tenían que ser llevados a sus casas por sus compañeros, que no estaban en mucho mejor estado. La escasez fue acompañada por una epidemia de «Fiebre Amarilla», muy probablemente la ictericia que acompaña a la inanición. En un año como este, el «buhonero» de Wordsworth deambulaba entre las cabañas y vio

*"Las desgracias de aquella estación;
Muchos ricos se hundían, como en un sueño, entre los pobres,
Y muchos pobres dejaron de vivir
Y sus lugares no les reconocieron ..."*

Ahora bien, si el mercado era el punto en el que los trabajadores sentían con mayor frecuencia que estaban expuestos a la explotación, era también el lugar -especialmente en distritos rurales o en distritos fabriles dispersos- donde podían llegar a organizarse con más facilidad. La comercialización (o la «compra») se hace progresivamente más impersonal en una sociedad industrial madura.

En la Inglaterra la Francia del siglo XVIII (en regiones del sur de Italia, o de Haití, o de la India rural, o del África de hoy) el mercado permaneció como nexo social tanto como económico. Era el lugar donde se llevaban a cabo cientos de transacciones Badales y personales, donde se comunicaban las noticias, circulaban el rumor y la murmuración y se discutía de política (cuando se hacia) en las posadas o bodegas que rodeaban la plaza del mercado. Era el lugar donde la gente, por razón de su número, sentía por un momento que era fuerte.¹⁷⁴

Las confrontaciones en el mercado, en una sociedad «preindustrial», son, por supuesto, más universales que cualquier experiencia nacional, y los preceptos morales elementales del «precio razonable» son igualmente universales. Se puede sugerir, en verdad, la supervivencia en Inglaterra de una imaginería pagana que alcanza niveles más oscuros que el simbolismo cristiano. Pocos rituales folclóricos han sobrevivido con tanto vigor hasta fines del siglo XVIII como toda la parafernalia hogareña durante la cosecha, con sus encantos, sus cenas, sus ferias y festivales; incluso en áreas fabriles el año transcurría todavía al ritmo de las estaciones y no al de los bancos. La escasez representa siempre para tales comunidades un profundo impacto psíquico que, cuando es acompañado del conocimiento de injusticias, y la sospecha de que la escasez es manipulada, el choque se convierte en furia.

Impresiona, al abrirse el nuevo siglo, el creciente simbolismo de la sangre, y su asimilación a la demanda de pan. En Nottingham, en 1812, las mujeres marcharon con una hogaza colocada en lo alto de un palo listada de rojo y atada con un crespón negro, representando el «hambre sangrienta, engalanada de arpilla». En Yeovil (Somerset), en 1816, apareció una carta anónima, «Sangre y Sangre y Sangre, tiene que haber una Revolución General...», firmada con un tosco corazón sangrante. En los motines de East Anglia, en el mismo año, frases como «Tomaremos sangre antes de cenar». En Plymouth, «una Hogaza que ha sido bañada en sangre, con un corazón a su lado, fue encontrada en las calles». En los grandes motines de Merthyr, de 1831, se sacrificó un ternero y una hogaza empapada en su sangre, clavada en el asta de una bandera, sirvió como emblema de la revuelta.

Esta furia en relación con el grano es una culminación curiosa de la época de los adelantos agrícolas. En la década de 1790, la *gentry* misma estaba algo perpleja. Paralizados a veces por un exceso de alimentos nutritivos, los magistrados, de vez en cuando, abandonaban su industriosa compilación de archivos para los discípulos de sir Lewis Namier, y miraban desde las alturas de sus parques a los campos de cereales donde sus labriegos pasaban hambre. (Más de un magistrado escribió al *Home Office*, en coyuntura tan crítica, describiendo las medidas que tomaría contra los amotinados si no estuviera confinado en su casa por la gota.) El condado no estará seguro durante la

¹⁷⁴ Sidney Mintz, «Internal Market Systems as Mechanisms of Social Articulation», *Intermediate Societies, Social Mobility and Communication, American Ethnological Society*, 1959, y del mismo autor «Peasant Markets», *Scientific American*, CCIII (1960), pp. 112-122.

cosecha, escribió el señor lugarteniente de Cambridgeshire, «sin algunos soldados, pues había oído que el Pueblo tenía la intención de llevarse el trigo sin pedirlo cuando estuviera maduro». Consideraba esta como «verdaderamente un asunto muy serio» y «en este campo abierto, muy fácil de que se haga, por lo menos a hurtadillas».¹⁷⁵

«No pondrás freno al buey que trilla el grano.»

El avance de la nueva economía política de libre mercado supuso también el desmoronamiento de la antigua economía moral de aprovisionamiento. Después de las guerras lo único que quedaba de ella era la caridad, y el Speenhamland. La economía «moral» de la muchedumbre tardó más tiempo en morir: es recogida en los primeros molinos harineros cooperativos, por algunos de los socialistas seguidores de Owen, y subsistió durante años en algún fondo de las entrañas de la Sociedad Cooperativa Mayorista (*Cooperative Wholesale Society*). Un síntoma de su final desaparición es que hayamos podido aceptar durante tanto tiempo un cuadro abreviado y «economista» del *motín de subsistencias*, como respuesta directa, espasmódica e irracional al hambre; un cuadro que es en sí mismo un producto de la economía política que redujo las reciprocidades humanas al nexo salarial. Más generosa, pero también más autoritaria, fue la afirmación del Sheriff de Gloucestershire en 1766. Las masas de aquel año, escribió, habían cometido muchos actos de violencia, algunos de desenfreno y excesos; y en algunas ocasiones algunos actos de valor, prudencia, justicia y consecuencia con aquello que pretendían obtener.

¹⁷⁵ En 1795, cuando entregaba a los pobres pan negro subvencionado de su propia parroquia, el párroco Woodforde no dejó de cumplir con la obligación de su propia cena: 6 de marzo, «...para cenar Un Par de Pollos hervidos y Cabeza de Cerdo, muy buena sopa de Guisantes, un excelente filete de Vaca hervido, un prodigiosamente bueno, grande y muy gordo Pavo asado, Macarrones, Tarta de crema», etc.: James Woodforde, *Diary of a Country Parson*, ed. J. Beresford, World's Classics, Londres, 1963, pp. 483, 485.

EL ENTRAMADO HEREDITARIO: UN COMENTARIO¹⁷⁶

Los ensayos presentados en el volumen del que, originalmente, formaba parte este capítulo nos han hablado mucho del tejido social de comunidades determinadas y de ciertas relaciones existentes en su interior, que ejemplifican las prácticas hereditarias. Hemos aprendido menos, quizá, sobre su desarrollo en el tiempo, ya que las intenciones de los sistemas hereditarios, como en otras cuestiones, ofrecen a menudo conclusiones muy diferentes a las proyectadas.

Si diseccionamos los sistemas hereditarios en condiciones de estasis, el pensamiento puede llegar a aceptar una falacia que, en horas de vigilia, conocemos perfectamente como falsa, y es que aquello que se hereda permanece como constante histórica: «propiedad», «pertenencia» o, más sencillamente, «la tierra», tierra que, a fin de cuentas, pasaba en efecto de generación en generación, que podemos aún pisar, que puede aún hoy ser dedicada en gran medida al mismo tipo de cultivo, o madera, o ganado, que hace trescientos años.

Naturalmente sabemos que esta constancia es ilusoria. En términos de tierras lo que se transmite a través de los sistemas hereditarios es con mucha frecuencia no tanto la propiedad de las mismas, como la propiedad en usufructo, o un lugar dentro de una compleja gradación de derechos coincidentes de aprovechamiento. Es la tenencia y en ocasiones las funciones y roles que conlleva la misma lo que se transmite. Quizá podamos dirigir algo de luz al pasado para iluminar lo que se transmitía, examinando algunos aspectos de la descomposición de ciertos tipos de tenencia en la Inglaterra del siglo XVIII.

Es difícil calcular la proporción de tierras gobernadas por *copyhold*^{*} u otra clase de tenencia dependiente en los años que van de la Restauración a mediados del siglo XVIII, período que se acepta generalmente como clásico en la rápida decadencia del yeoman.

Recordemos que hay que calcular dos cifras totales diferentes: acres y labradores. No es difícil encontrar, a comienzos del siglo XVIII, señoríos en los cuales las dimensiones medias de las tenencias dependientes eran pequeñas, de modo que la cantidad de acres en libre arrendamiento o tierra no sujet a

¹⁷⁶ «The Grid of Inheritance: a Comment», en E. P. Thompson, Jack Goody y Joan Thirsk, *Family and Inheritance*, Cambridge University Press, Londres, 1976, cap. 9, pp. 328-360. (Estos comentarios están basados en trabajos, algunos de los cuales no han sido publicados todavía) para las zonas de bosque de Berkshire y Hampshire de este, *Whigs and Hunters*, Londres, 1975, y para algún error de los aspectos de las costumbres del siglo XVIII, «*Common Right and Enclosure*», *Customs in Common*. En cualquier caso, aquí se proponen muchos puntos como preguntas, que necesitan más investigación, más que como conclusiones.

* Tenencia de tierras que forman parte de un señorío «a voluntad del señor de acuerdo con la costumbre del *manor*» por la posesión de una copia del documento guardado en el tribunal señorial. (N. del t.)

rentas señoriales dependientes superaba con mucho a la cantidad en *copyhold*, pero en el cual el número total de campesinos dependientes superaba al número de arrendadores libres o tenentes *at will*.^{**} El hecho es importante, puesto que el historiador económico puede considerar que las claves del proceso expansivo agrario se encuentran en el sector «libre», mientras que el historiador social puede creer que los horizontes psicológicos y las expectativas de la mayoría de la comunidad agraria se encontraban aún en el sector dependiente.¹⁷⁷

Sin intentar una estimación cuantitativa será suficiente, para este comentario, subrayar que la supervivencia de la tenencia dependiente hasta el siglo XVIII era muy considerable: en gran cantidad de señoríos particulares, en tierras de la Iglesia y pertenecientes a los colegios, en tierras de la corona, zonas de bosque, etc.¹⁷⁸ Tengo también la impresión de que hubo, desde 1720 en adelante, cierta renovación de una meticulosa observancia judicial, y una considerable actividad en el campo del derecho consuetudinario. Todo ello no tenía nada que ver con una «reacción» no localizada o con sentimientos antícuarios. La costumbre establecida de los señoríos era examinada cuidadosamente bajo distintas perspectivas por intendentes y abogados, cuyos patronos veían la propiedad de modo diferente y más comercializable. Donde la costumbre impedía los arrendamientos abusivos, los derechos de aprovechamiento «marginales» -madera, derechos minerales, piedra, turba y turberas- adquirían incluso mayor importancia para el señor ansioso de aumentar sus ingresos.

En general el progreso agrícola y el aumento de la economía de mercado significaron que los derechos de aprovechamiento establecidos por la costumbre tenían un equivalente en metálico de más valor que anteriormente, de poder arrancarlos de su contexto sociológico y tenencial.

A pesar de la consolidación legal de los derechos de *copyhold* a finales de los siglos XIV y XV, éstos no fueron por supuesto absolutos. Aun cuando el

**Se refiere a una propiedad tenida por el tiempo que deseé el propietario o arrendador, y de la que el teniente puede ser expulsado en cualquier momento: tenencia «a voluntad». (N. de t.)

¹⁷⁷ Puesto que mucha de la misma tierra en *copyhold* se subarrendaba en arrendamiento señorrial, es muy posible que sea cierto que el arrendamiento en el siglo XVIII por rentas abusivas «hubiera en gran medida desplazado todos los demás tipos de tenencia» (Eric Kerridge, *Agrarian Problems in the Sixteenth-Century and After*, Londres, 1969. p. 46). Pero el número de tenentes dependientes ocupantes siguió siendo importante y no debemos perderlos de vista.

¹⁷⁸ Utilizaré aquí el término tenencia dependiente» en un sentido general (y sociológico) más que uno preciso (y legal). El *copyhold* no se tenía necesariamente de acuerdo con la costumbre del señorío, mientras que los arrendamientos beneficiar [de o pertenecientes al usufructo de la propiedad: disfrute del usufructo (N. de t.)], no eran, según las leyes, tenencias dependientes establecidas por la costumbre, aunque los señoríos de la Iglesia y colegiados estaban de hecho sujetos con frecuencia a prácticas consuetudinarias. Véase Kerridge, *op. cit.*, cap. 2, para una lúcida discriminación entre formas de tenencia, que (sin embargo) otorga prioridad a las definiciones legales sobre las prácticas consuetudinarias.

copyhold pudiera venderse, hipotecarse, legar en cualquier sentido (aunque no de acuerdo con la costumbre de todos los señoríos), podía aún ser confiscado por felonía y desperdicio, y en ocasiones se confiscaba bajo estos términos.¹⁷⁹

Las tenencias no aseguradas mediante testamento o línea hereditaria de descendencia clara podían, según la costumbre del señorío, volver a manos del señor. Donde predominaban las tenencias por vida, como en parte de la Inglaterra occidental, el siglo XVIII pudo presenciar mediante testamento o línea hereditaria de descendencia clara podían, según la costumbre del señorío, volver a manos del señor. Donde predominaban las tenencias por vida, como en parte de la Inglaterra occidental, el siglo XVIII pudo presenciar una mayor inseguridad de las mismas. Estas tenencias eran *copyhold* (en el sentido de que se tenían por una copia del documento judicial), pero siguieron siendo tenencias *at will* y estando sujetas a cargas de acceso arbitrarias al comienzo de nuevas vidas.¹⁸⁰ Quizá este tipo de tenencia insegura estaba incrementándose.¹⁸¹

Cuando las cargas eran verdaderamente arbitrarias podían imponer, de forma efectiva, la inseguridad de la tenencia: así en Whiston y Clames (Worcs.) se informó en 1825 de que «los tenentes dependientes han sido *copyholders* por herencia hasta los últimos cien años. Pero durante muchos años los tenentes han estado sometidos a cargas a placer del señor; y algunos han dejado que su herencia se transmitiera por encima de sus cabezas, por faltarles capacidad para pagar tan grandes cargas como les exigían o para tratar de sus derechos con los señores».¹⁸² En otros señoríos de Worcestershire hay una tensión evidente entre «costumbre» en el sentido de prácticas y expectativas, y «costumbre» como imposición en términos legales. En Hartlebury la costumbre

¹⁷⁹ Así, por ejemplo, el Court Baron de Uphaven (Wiks.), 20 de octubre de 1742; el *copyhold* de Rinaldo Monk de un *cottage* confiscado por el señor, habiendo sido aquél condenado por felonía y deshauciado: PRO, T.S. 19.3. La confiscación por desperdicio (a menudo arreglada mediante el pago de una multa) es más corriente.

¹⁸⁰ En un *copyhold* hereditario, incluso las cargas no especificadas deben ser «razonables»; una definición que quedó establecida por la ley aproximadamente en las rentas «mejoradas» de dos años. Pero un *copyhold* a voluntad del señor no limitaba las cargas con esta racionalidad legal (R. B. Fisher, *A Practical Treatise on Copyhold Tenure*, Londres, 1794, pp. 81-82, 90). La renta mejorada de seis o siete años podía cobrarse en tales casos, «la única alternativa que tiene el teniente es pagar la carga, o dejar que la propiedad se pierda».

¹⁸¹ R. B. Fisher, que era intendente de Magdalen College, afirmaba escribir a par-tir del conocimiento práctico de usos señoriales en numerosas partes del país: Coke había escrito sólo sobre «*copyholds* puros y auténticos» pero «en este momento existe una cierta especie bastarda... una tenencia en *copyhold*», es decir, *copyhold* vitalicio que podía encontrarse «en múltiples señoríos del reino». Hasta qué punto era esta «especie bastarda» una creación reciente, hasta qué punto indicaba una degeneración del *copyhold* «puro» es algo que sólo podría saberse con muchos estudios locales (*ibid.*, pp. IV, 14-15, 90).

¹⁸² Charles Watkins, *A Treatise on Copyholds*, 18254, II, pp. 549-550. Es difícil fechar las costumbres reunidas por el editor de Watkins para las 100 páginas del apéndice III de la 4.^a edición. Algunas de las costumbres citadas datan del siglo XVII o anteriormente, pero otras, incluyendo la mayor parte de las costumbres de Worcestershire, parecen haber sido enviadas por un corresponsal en un intento de describir prácticas contemporáneas o muy recientes.

es «conceder el tiempo de una vida en posesión y tres con derecho de sucesión, y alternar y cambiar a voluntad del señor; cuando tres vidas han pasado, el señor puede otorgar la propiedad a quien le plazca; aunque los tenentes tienen derecho a la primera oferta».¹⁸³

Pero, en general, las tenencias dependientes en el siglo XVIII parecen empezar a escasear mediante un proceso de desgaste más que por un ataque frontal de los terratenientes y el derecho. (Puesto que muchos de los mismos terratenientes sustanciales tenían intereses en *copyhold*, por compra o herencia, la forma de tenencia no era de ningún modo limítrofe con los intereses del yeoman o el agricultor.) Si el señor o su intendente veían alguna ventaja en recuperar la tierra, bien para ofrecerla nuevamente en arrendamiento señorial o anticipándose al cerramiento, tenían posibilidades de acelerar el proceso. Se podían imponer las cargas de acceso o renuncia con respecto a las rentas nuevas en lugar de las establecidas por la costumbre, y esto podía acortar la carrera del *copyholder* hacia el endeudamiento. El *copyholder* bien situado podía exigir igual seguridad de tenencia que el libre arrendador. Pero no podía en ningún caso pedir *mayor* seguridad. Ambos estaban igualmente sujetos a los caprichos de situaciones económicas o familiares que podían obligarlos a hipotecar sus tierras y amontonar deudas sobre las cabezas de sus hijos. Y, cuando analizamos sistemas hereditarios, no debemos olvidar que una de sus funciones de importancia en ciertas sociedades campesinas y de pequeños tenentes consistía precisamente en ser garante, a través de las generaciones, de la seguridad del interés del terrateniente o el prestamista sobre la deuda del labrador.

Se cree a menudo que la tenencia dependiente o consuetudinaria está definida, sólo en el aspecto legal, en el derecho de precedentes. Pero la costumbre también tuvo siempre una dimensión sociológica, así reconocida en el derecho por la reserva «de acuerdo con la costumbre del *manor*». Esto puede quizás percibirse mejor en el mundo intermedio de tenencias de la Iglesia y colegiadas. Éstas no tenían la seguridad del *copyhold*, ni pueden considerarse tenencias *at will*. La definición no es legal sino de usos consuetudinarios. El historiador de las finanzas del St. John's College, Cambridge, comenta (sobre el

¹⁸³ *Ibid.*, II, p. 553. En Tebberton la costumbre según fue presentada en 1649 era: «El señor ha solido siempre otorgar el *copyhold* por tres vidas en posesión y tres en reversión», siendo las cargas arbitrarias; pero el corresponsal de Watkins observa que «últimamente el señor ha concedido sólo dos vidas en posesión y dos en reversión, que no supone un ataque a la antigua costumbre, puesto que las concesiones se hacen enteramente a placer del señor». Un comentario sobre el caso de Broadwas quizás generalice la experiencia de inseguridad en un cierto número de señoríos de Worcestershire: «Estas tenencias serviles son inconsistentes con la época actual; y causan mala voluntad hacia los señores, e in tranquilidad a muchos hombres honrados» (*ibid.*, II, pp. 546, 564). Es interesante observar que el único ejemplo de malos tratos de un *copyholder* que Kerridge, después de sus amplias investigaciones, puede confirmar como al menos «una alegación que encontró cierto apoyo» se refiere a tenentes del Deán y del Cabildo de la catedral de Worcester que fueron forzados, a principios del siglo XVIII, a aceptar arrendamientos por años en lugar de *copyholds* hereditarios (Kerridge, *op. cit.*, p. 83).

siglo XVII y comienzos del XVIII):

Por algún motivo, el Colegio parece durante mucho tiempo haber actuado sobre el supuesto de que estaba impedido de variar las rentas de sus propiedades. No es posible encontrar una explicación enteramente satisfactoria para este supuesto. En la medida en que se conoce no tiene base legal ninguna...¹⁸⁴

Pero sigue adelante para demostrar que los sucesivos tesoreros encontraron formas de superar sus inhibiciones desde el primer cuarto del siglo XVIII y el incremento de los ingresos se obtuvo en primer lugar de las cargas.¹⁸⁵

Los motivos de esta situación se encuentran menos en las leyes que en un cierto equilibrio de relaciones sociales. Desde 1576 (Ley de sir Thomas Smith, bajo Isabel I), las tenencias de la Iglesia y los colegios estaban normalmente limitadas a tres vidas y veintiún años, generalmente renovadas cada siete años. Sin duda las tenencias eclesiásticas, así como los derechos exclusivos reales y señoriales en zonas de bosque, habían sufrido una gran sacudida durante el interregno. Después de la Restauración, la Iglesia examinó todas sus tenencias y aumentó considerablemente las cargas sobre aquellas que fueron confirmadas. Estos tenentes, y sus hijos, sin duda creyeron haber pagado la seguridad de un *copyhold*. Su tenencia, sostenían, se había «convertido en Hereditaria por antigua Costumbre, comprada casi a tan alto precio como las Tenencias Libres, por la Confianza depositada en sus Señores de que Renovaran las Condiciones acostumbradas».¹⁸⁶ Pero la seguridad de tenencia no fue nunca sancionada por la ley. Las tenencias de la Iglesia y los colegios siguieron siendo arrendamientos *beneficial*, en las cuales el derecho de renovación a cambio de una carga «razonable» se asumía pero no estaba sancionado.

El que las cargas se hicieran menos «razonables» después de 1720 fue consecuencia del ascenso *whig*, y de la avaricia de los obispos *whig*.¹⁸⁷ La

¹⁸⁴ H. F. Howard, *An Account of the Finances of St. John's College, Cambridge, 1511-1926*, Cambridge, 1935, p. 47.

¹⁸⁵ Véase también R. F. Scott, *Notes from the Records of St. John's College, Cambridge*, Segunda Serie, XIV (1899-1906), el cual calcula que la carga usual de «renuncias» y renovaciones en el siglo XVII era un año de renta bruta o ampliada: esto aumentó a lo largo del siglo XVIII a la de uno y cuarto, uno y medio, y después a la de dos años. Véase también W. S. Powell, en *Eagle*, St. John's College, XX, n.º 115 (marzo de 1898). Hacia el siglo XIX, la carga era generalmente el 2,6 del valor bruto de arrendamiento: St. John's College, Cambridge, Calendario de Archivos, cajón 100 (70): declaración del tesorero mayor en Audit para 1893. Estoy en deuda con el *master* y los *fellows* del St. John's por haberme permitido consultar su calendario y archivos, y al bibliotecario y el archivero por su ayuda.

¹⁸⁶ Anón., *Reasons for a Law to oblige Spiritual Persons and Badies Politick to Renew their Leases for Customary and Reasonable Fines*, Londres, s. f. (c. 1736).

¹⁸⁷ O así se presenta en *Whigs and Hunters*, cap. 4, *passim*. La Iglesia parece haber introducido nuevos cuadros para la estimación de las cargas, calculadas de acuerdo con el interés de la inversión de capital, la edad de la vida vigente, el número de años pasados desde la última renovación, etc., en algún momento entre 1715 y 1720. La reglamentación

subida de las cargas encontró por supuesto resistencia: un intendente comunicaba (como lo hizo uno al St. John's College desde Windlesham, Surrey, en 1726) que «el *Homage*¹⁸⁸ declaró que mis peticiones eran muy extraordinarias».¹⁸⁹ En tales cuestiones, el *homage* podía con facilidad pasarse por alto. Pero desautorizar o enajenarse a un *homage* no era una cuestión tan sencilla como puede parecer a nuestros ojos, ojos ya hace mucho tiempo acostumbrados a ver los derechos de propiedad invalidar funciones y necesidades. Éstos eran los labradores, pequeños y grandes, residentes en el lugar, y un distante propietario señorial corporativo creyó necesario trabajar en cierta colaboración con ellos.¹⁹⁰ El intendente de un colegio o una iglesia podía enfrentarse, en alguna cuestión de intereses antagónicos, con una conspiración de silencio entre los tenentes. En 1687 un informador escribía al tesorero del St. John's College sobre una propiedad:

exigía el valor de la renta ampliada de un año y medio para la renovación de los arrendamientos de veintiún años, y así en proporción para más o menos años completos; y, en arrendamientos vitalicios, se insistiría en el valor de dos años por cada vida completa, y donde dos son nulas en proporción, o (preferiblemente) la conversión de un arrendamiento de tres vidas en uno de veintiún años. Estas tablas, conocidas como «Las Tablas de sir Isaac Newton», crearon un gran resentimiento entre los tenentes: aumentaban las cargas, sustituían la negociación personal y flexible con un standard uniforme racionalizado, y sobre todo desestimaban la pretensión de los tenentes de haberse establecido por un largo tiempo en tenencias que eran en efecto «de costumbre», hereditarias y sujetas (como los copyholds) a una carga definida. Véase St. John's College, *Calendario de Archivos*, cajón 109 (38): «Reglas acordadas por la iglesia de Canterbury en su Audit 1720, según las tablas de sir I. Newton, permitiendo así a sus tenentes un 9 por ciento que ya les parece favor suficiente»; también C. Trimmell a W. Wake, 4 de julio de 1720, Christ Church College Library, Oxford, Arch. Wake Epist. XXI. Para el caso de los tenentes (algunos de los cuales tenían propiedades extensas), *Reasons for a Law...*; «Everard Fleetwood» (Samuel Burroughs), *An Enquiry into the Customary-Estates and Tenant-Rights of those who hold Lands of Church and other Foundations*, Londres, 1731. Para el caso de Iglesia y colegios, véase entre otros, Anón., *Tables for Renewing and Purchasing of Cathedral Churches and Colleges*, Londres, 1731.

¹⁸⁸ Cuerpo de tenentes que asisten a un tribunal señorial. El jurado de este tribunal.

¹⁸⁹ John Aldridge, 27 de octubre de 1726, St. John's College, *Calendario de Archivos*, cajón 109 (185). Para otras protestas por la subida de las cargas, todas de 1725, véase *ibid.*, cajón 109 (80), (84), (92), (99).

¹⁹⁰ Esto fue reconocido por los propios defensores del colegio. Así, por ejemplo, *Tables for Renewing...*, p. 55, aceptó que los arrendamientos «por un considerable período de años», y razonablemente renovables, eran convenientes para ambas partes «porque los Hombres de Letras y los Cuerpos corporativos no pueden administrar sus Posesiones tan bien como Personas Laicas o solas, si las mantienen en sus propias Manos o las arriendan a rentas abusivas», especialmente cuando estas propiedades eran distantes. En tales circunstancias un buen teniente podía ser tan favorecido como si actuara como intendente del colegio: así Mr. John Barber fue registrado como teniente del *manor* de Broomhall en Sunninghill (Berks.) en 1719; estuvo en posesión mucho tiempo, y cuando se cortaron una gran cantidad de árboles en el *manor* en 1766 se decidió que «si la venta de la madera satisface nuestras expectativas [nos proponemos] hacerle un regalo de 50 guineas por el cuidado que ha tenido de ella». La venta excedió las expectativas y el regalo de Barber se incrementó a 100 libras: Archivos de St. John's College, «Old Dividend and Fine Book», p. 66; *Conclusion book*, I, pp. 176, 178.

“No logro enterarme qué vida sostiene; me han dicho algunos que una anciana de Suffolke y otros que dos ancianas tienen allí sus vidas. Posiblemente estén muertas y el asunto encubierto...”¹⁹¹

El tesorero no conseguía obtener información correcta sobre los asuntos de otros señoríos. Cuando intentó buscar la ayuda del beneficiado del colegio que vivía en Ipsden, pidiéndole que indagara en ciertas cuestiones en Northstoke (Oxon.) en 1683, el párroco entró en un paroxismo de alarma. Se producirían «sospechas y grandes suspicacias» si se sabía que mandaba informes al colegio: sus «afectos al colegio» ya le hacían sospechoso. Con respecto a cierta consulta:

“Es este un asunto de tan delicada naturaleza que si hubiera una sola sombra de sospecha quedo imposibilitado para servir, para siempre, pues es máxima de estas gentes el ser muy silenciosos con éstos ... y es virtud de ellos, ser vengativos cuando sus intereses se ven afectados...”

Incluso el escribir estas líneas hacía sudar al pobre hombre:

«Deseo saber si mi carta ha llegado a salvo a sus manos; estaré sumido en el dolor hasta que así se me asegure... ».¹⁹²

Un obispado rico, como Winchester, estaba mejor equipado de una burocracia de intendentes, guardabosques, etc., para tratar problemas como estos. St. John's (y sin duda otros colegios) evitaron la cuestión en el siglo XVIII arrendando señoríos enteros a seglares prósperos. Pero, en el siglo XVII, el arrendamiento *beneficial* todavía conllevaba reciprocidades no económicas e incluso algunas responsabilidades paternalistas. En 1610, Joan Lingard, una viuda que sobrepasaba los setenta años, presentaba una petición al *master* de St. John's College sobre una cuestión delicada. Su tenencia (descrita como *copyhold*) venía por derecho de su primer marido. Pero, en el intervalo de veinte años desde la muerte de su marido, se había casado otras dos veces y había quedado viuda otras tantas. Su segundo y tercer maridos mantuvieron la tenencia de la tierra, pero por su derecho de viuda. No tenía progenie alguna de su primer marido y ahora deseaba ceder su *copyhold* a su hijo mayor, de su segundo marido: su hijo había convenido reservar para su aprovechamiento una heredad «conjuntamente con otros auxilios para mi mantenimiento durante mi vida ...». ¹⁹³ Aquí se solicita la posesión en tenencia como procedente del derecho de la viuda: probablemente esto era contrario a la costumbre del señorío, y por este motivo se solicitaba permiso del *master* y los miembros.

¹⁹¹ Howard, *Vinances of St. John's College*, pp. 71-72.

¹⁹² Rev. T. Longland al tesorero mayor, 27 de noviembre de 1683, St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 86 (62).

¹⁹³ Joan Lingard (una teniente de Staveley) al *master*, *ibid.*, cajón 94 (25). El colegio tenía ciertas propiedades provenientes de regalos o compras en las que se aplicaba el *copyhold* (más que los arrendamientos *beneficial*).

En el caso de los arrendamientos *beneficial*, la renovación de la tenencia no era de derecho, pero parece haber sido difícil negarla. Todavía no tenemos más que una comprensión imperfecta de la tenacidad y fuerza de la costumbre local. En un contrato de arrendamiento de tres vidas o veintiún años había que hacer cesiones y pagar cargas por la renovación de años o vidas con regularidad. Si la renovación se hacía por más de siete años se elevaban las cargas proporcionalmente. El equilibrio entre la costumbre y la cortesía en esta cuestión está ilustrado en una carta al colegio de 1630 escrita por un antiguo estudiante de St. John's que solicitaba caridad para una pobre viuda, pariente suya. Era viuda de un teniente cuyo contrato de arrendamiento expiraba en un plazo de cuatro años, y dudaba de que el colegio lo renovara debido a su tardía solicitud. «Acaso por ventura —escribía su pariente— pensaréis que su marido y su hijo, ambos ahora con Dios, no tenían intención de suplicar a su Colegio para renovar su contrato considerando que se retractaron y dejaron que su contrato de arrendamiento se consumiera casi hasta la raíz.» Pero, explicaba, el marido había sufrido una larga enfermedad, había dejado deudas y seis niños pequeños; mientras que el hijo —séptimo en nacimiento— había disfrutado de un solo año de tenencia durante cuyo período había saldado las deudas de su padre, y luego él mismo había muerto, dejando a su vez una viuda y tres niños. La viuda bajo estas circunstancias no podía evidentemente pagar la elevada carga debida, en un punto tan próximo a la caducidad del arrendamiento. Se invocaba la caridad del *mastery* los *fellows*, en nombre de «las promesas y oraciones de viudas y niños sin padre». ¹⁹⁴

Teóricamente podía permitirse que los arrendamientos *beneficial* acabaran sin renovación, y los propietarios eclesiásticos o colegiados podían volver a tomarlos en sus propias manos para arrendar nuevamente la tierra según su valor «rectificado» o de mercado. Esto ocurría en efecto ocasionalmente, cuando se trataba de pocos tenentes. ¹⁹⁵ Pero acarreaba una pérdida inmediata de beneficios; había que examinar los contratos y vidas existentes, y mientras tanto no se percibían los ingresos procedentes de las cargas. ¹⁹⁶ Todo ello requería un propietario activo y explotador, o uno rico que dispusiera de varios señoríos. También exigía una agricultura expansionista para la cual se contara con nuevos tenentes apropiados, con capital disponible. Además, donde los derechos de usufructo se extendían a las tierras del común —y éstas incluían campos abiertos tenidos en posesión particular, pero sobre los cuales existían

¹⁹⁴ Robert Pain al *master*, 26 de octubre de 1630, *ibid.*, cajón 94 (52). El teniente en cuestión tenía tierras en Paxton Magna (Hunts.).

¹⁹⁵ George Davies, 3 de julio de 1725, *ibid.*, cajón 109 (96), en relación a unos cuantos tenentes de Marfleet (Yorks.): «Soy de la opinión que será mejor para el colegio no renovar sino tomar las posesiones, al expirar, en sus propias manos».

¹⁹⁶ El colegio no llegó finalmente a la decisión de terminar con el sistema de arrendamientos *beneficial* hasta 1851. Los miembros sufrieron la pérdida de ingresos de las cargas en el decenio de 1850, pero se beneficiaron considerablemente del aumento de los ingresos por las rentas señoriales o económicas después de mediados de la década de 1860: «Statement of the Senior Bursar at Audit for 1893», *ibid.*, cajón 100 (70).

derechos de apacentamiento en la festividad de *Lammas*,¹⁹⁷ etc.—, el teniente podía, si instruía a un buen abogado, evitar que el propietario señorial entrara en sus tierras hasta que hubiera caducado el contrato de arrendamiento. Pues la «herencia» con que aquí nos encontramos es la de derechos de aprovechamiento comunales, regidos por la costumbre del señorío y afirmados por la ley. Cuando el colegio decidió recuperar la posesión de un señorío en 1700, se le advirtió que no podía efectuarse hasta la muerte del último superviviente, «esto es, de las vidas que son ahora y la de la última viuda...». El sargento Wright del Temple añadía: «Los Tenentes deben ahora escupirse las manos y vivir todo lo que puedan, y las propiedades les serán benéficas hasta el final de la última vida y el último estado de viudedad....».¹⁹⁸ Sólo entonces podría el colegio lograr su proyectada racionalización, volviendo a arrendar la tierra bajo contratos «económicos» de veintiún años.

Hacia comienzos del siglo XVIII tenemos la impresión de que hubo un conflicto que se hacía progresivamente más profundo (si bien tapado y confuso), sobre la naturaleza misma de la propiedad territorial, una brecha cada vez más ancha entre las definiciones del derecho y la costumbre local (y por costumbre no sólo entiendo lo que dijera el *custuma*,¹⁹⁹ sino la realidad más densa de la práctica social). En Berkshire y Hampshire en el decenio de 1720, los conflictos surgidos con respecto a las turberas, pastos, derechos a cortar madera y las correrías de los ciervos sobre el cereal de los agricultores contribuyeron a crear episodios de desórdenes armados.²⁰⁰

Pero lo que me propongo en este comentario es sólo destacar que no sirve de mucho hablar de sistemas hereditarios a menos que tengamos siempre presente qué es lo que se hereda. Si nos referimos vagamente a la «tierra», surgen de inmediato en nuestro pensamiento imágenes anacrónicas de la herencia patrimonial, con sus antiquísimos olivos y sus pastos bien drenados, sus apriscos de ovejas pacientemente levantados o sus encinares en expansión. Pero, en muchos de los sistemas de explotación agraria que consideramos, la herencia de la tenencia no consistía tanto en el paso de la tierra de una generación a otra (aunque algún cercado o heredad pudiera así transmitirse) como en la herencia de derechos de aprovechamiento sobre la tierra (algunas veces heredada simplemente como garantía sobre una deuda), algunos de los cuales podían tenerse en privacidad y muchos de los cuales estaban sujetos al menos a cierto control y regulación comunal y señorial.

¹⁹⁷ El 1 de agosto, un festival de recolección en la antigua Iglesia de Inglaterra. «Tierra de *Lammas*» era tierra de propiedad privada hasta el día de *Lammas*, pero desde ese momento sujetaba a derechos comunales de pastoreo hasta la primavera. (*N. de la T.*)

¹⁹⁸ John Blackburne a Charles Head, 27 de agosto de 1700, *ibid.*, cajón 94 (284). Este *manor* había llegado a manos del colegio como regalo de la duquesa de Somerset (Howard, *Finances of St. John's College*, pp. 98-99).

¹⁹⁹ Colección de costumbres del señorío. (*N. de la T.*)

²⁰⁰ Véase mi *Whigs and Hunters, passim*.

Hay que hacer aquí una matización de psicología social. El labrador, enfrentado con una docena de franjas diseminadas en diferentes campos, y con limitaciones impuestas en el común, no sentía furiosamente (suponemos) que *poseía* su tierra, que era *suya*. Lo que él heredaba era un lugar en la jerarquía de derechos de aprovechamiento; el derecho de enviar sus bestias, con un acompañante, a lo largo de las veredas; de trabar su caballo en las tierras sin arar, el derecho de soltar su ganado para los pastos de *Lammas*; y para el *cottager* el derecho de espigreo y de conseguir algo de forraje de bosque y apacentar ocasionalmente. Todo esto constituía un delicado equilibrio agrario. Dependía no sólo del derecho heredado, sino también del entramado heredado de costumbres y controles dentro del cual se ejercía este derecho. Este entramado de la costumbre era tan intrínseco a la herencia como es el bancario y de bolsa a la herencia de dinero. Es, en efecto, posible decir que el beneficiario heredaba tanto el derecho *como* la malla sobre la cual se hacía efectivo; en consecuencia debía también heredar un cierto tipo de psicología social y comunal de la propiedad: la propiedad no de su familia, sino de su familia-dentro-de-la-comunidad.

Por consiguiente, al lado de la lógica «cartesiana» de sistemas hereditarios diversos, debemos colocar la lógica complementaria de diferentes prácticas agrarias y tenencias, y estimar entonces el impacto de la lógica de mercado, de las prácticas agrarias capitalistas. Porque lo que demuestra mi dispersa ilustración de la forma de operar de algunos sistemas de tenencia, en el momento de descomposición, es: 1) la cosificación de los derechos de aprovechamiento y su divorcio de la realidad de la práctica. Una anciana cuya muerte pueda ocultarse es una propiedad, aunque admitido que su valor es incierto. Los derechos de pastoreo, un caserío abandonado o una heredad que conlleva derechos comunales, el derecho de sucesión, todos podían comprarse o venderse, independientemente del usufructuario, exactamente igual que los palomares o las pocilgas pueden comprarse o venderse por los derechos de renta anual vinculados a ellos. 2) El entramado mismo que da validez al ejercicio de estos derechos se hace progresivamente más inseguro. La cosificación de los derechos de unos puede significar en la práctica la limitación de los derechos del resto de la comunidad.

En casos extremos el dueño del señorío puede terminar con este entramado sin recurrir al cerramiento, aunque si sus tenentes dependientes conocen la ley, y tienen resistencia y bolsas llenas para recurrir a ella, el entramado sobrevivirá hasta que acabe la vida del último tenente o su viuda. Cuando el entramado se ve amenazado, el hombre menor (el *copyholder* o el arrendador libre con derechos comunales añejos) debe hacer un cálculo de ventajas. El cerramiento puede suponer derechos absolutos hereditarios de arrendamiento libre, así como la extinción de algún pequeño derecho establecido de los pobres con respecto a la tierra. Pero también puede amenazar el equilibrio entre agricultura y ganadería, con respecto al cual el antiguo entramado tenía muchas ventajas. Algunas de ellas eran las sancionadas por la práctica de la

aldea, aunque no podían defenderse con la ley.²⁰¹ 3) Existe algún indicio de la ruptura, en el siglo XVII y comienzos del XVIII, del sistema hereditario agrario (concebido como un cuerpo de reglas protegidas por el derecho de precedentes) y de las tradiciones establecidas y las prácticas transmitidas de la comunidad agraria.

Esta ruptura es paralela a las líneas de resquebrajamiento socioeconómico que aparecían entre los derechos mayores y menores de aprovechamiento. Kerridge ha unido el avance del proceso capitalista a una mayor seguridad de tenencia:

“Afirmar que el capitalismo prosperó mediante expropiaciones injustas es una difamación de mala fe. La seguridad de propiedad y tenencia respondía a la primera y más sentida necesidad del capitalismo. Donde reinaba la inseguridad era debido a la ausencia, no al advenimiento o la presencia, del capitalismo...”²⁰²

Sin duda el juicio es cierto con respecto a las tenencias y los derechos más sustanciales. Pero, en la medida en que se definieron y garantizaron las prácticas más importantes, se denegaron las menores. Kerridge (y otros muchos) se adentran valientemente en una argumentación auto-verificable cuyas premisas son impuestas por las conclusiones. Aquellos usos que fueron subsecuentemente sancionados y garantizados como derechos por la ley (como el *copyhold* hereditario) se consideran más auténticos y legales, y los que fueron denegados posteriormente por la ley se consideran pretendidos derechos o intromisiones ilícitas en los derechos de los demás. Y era sin embargo la ley misma la que sancionaba uno o rechazaba otro; pues era la ley la que servía de instrumento óptimo para imponer la cosificación del derecho y para rasgar los restos deshilachados del tejido comunal.

En el comienzo del siglo XVII, el veredicto del caso Gateward simultáneamente confirmaba los derechos consuetudinarios de los *copyholders* y desechaba aquellos de categoría más incierta, «habitantes», «residentes»: si habían de admitirse las pretensiones de estos últimos sobre los derechos de aprovechamiento, ocurriría que «no se podía hacer progreso alguno en los baldíos».²⁰³ Pero aún prevalecían en muchas regiones derechos indefinidos de

²⁰¹ Así, se decía que los firmantes de una petición contra el cerramiento de campos del común en Hook Norton en 1773 estaban compuestos por «los más pequeños propietarios que tienen ahora la oportunidad de cometer transgresiones en las propiedades de sus vecinos con sus ovejas, lo cual no puede evitarse totalmente en un campo tan grande» (R. Bignall, 10 de enero de 1773, Bodleian Library, MS Oxford, Archd., Papers, Berks, b. 5).

²⁰² Kerridge, *Agrarian Problems...*, p. 93.

²⁰³ 6 Co. Rep. 59/b. Como observara lord Eversley, debemos tener cuidado para no confundir una decisión legal de significado general con la adopción general en la práctica: «Mientras que ... un común permanecía abierto y sin cerramiento, la decisión del caso Gateward no afectaba prácticamente a la posición de los habitantes... [los cuales] continuaron ejerciendo el aprovechamiento acostumbrado de turberas, madera, o pastos» (Lord Eversley, *Common, Forest and Footpaths*, ed. rev., Londres, 1910, pp. 10-12).

«habitantes», hasta que la presión demográfica o las realidades del poder local tuvieron como resultado su extinción o una regulación más estricta mediante estatutos.

En muchas zonas de bosque —entre ellas Windsor, el New Forest, el Forest of Dean— se reivindicaron ciertos amplios y mal definidos derechos a todo lo largo del siglo XVIII, que parecen haberse ejercido de forma efectiva.²⁰⁴ Habría que saber en qué medida dependía el poder conseguir este estado de cosas de factores peculiares de cada región o señorío.²⁰⁵ Pero, cuando se apelaba a la ley, las decisiones se hacían todas en el mismo sentido: hacia la cosificación y la limitación.

El *copyhold* mismo, como propiedad alienable con un equivalente monetario efectivo, había sido extensamente afianzado en el siglo XVI, en parte porque muchos hombres de propiedades e intereses considerables participaban de este tipo de tenencia. Durante el siglo XVIII se hizo manifiestamente más conveniente para estos hombres hacerse con señoríos que supondrían, al producirse el cerramiento, valores considerables de derecho comunal. Pero, puesto que los derechos indefinidos de los pobres quedaban excluidos, lo que podría llamarse beneficios marginales del tejido comunal quedaron extinguidos. En la decisión de la Cancillería de 1741, una reivindicación indefinida de los «ocupantes» para disfrutar del derecho a las turberas fue denegada en la tradición del «caso Gateward»: se consideró que la pretensión era «un gran absurdo, pues un ocupante, que no es más que un teniente *at will*, no puede nunca tener derecho a tomar el suelo del señor».²⁰⁶

Juicios similares se extendieron a otros derechos marginales. En 1788 la reclamación de «cabezas de familia pobres, necesitados e indigentes» en Whaddon (Bucks.) de recoger leña seca en los sotos de la localidad fue rechazada porque «no existe límite... la descripción de los cabezas de familia pobres es en exceso vaga e incierta...»²⁰⁷ La famosa decisión contra el

²⁰⁴ Para un caso no excepcional, véanse las costumbres afirmadas en el *manor* de Warfield en el Windsor Forest durante la confección de la relación de 1735: todo «teniente y habitante» tiene derecho común de pastos en todos los comunes y baldíos para todo tipo de bestia «tanto sin límite de número, como sin restricción de estación o época del año». También se reclamaron derechos a sacar limo y arena (cortar matorral, helecho y tojo «sin permiso, licencia o molestia alguna»). Sólo la parte de esta pretensión que se encuentra entre paréntesis recibió objeción del intendente como innovación con respecto a los viejos libros de relaciones (Berkshire Rec. Off. D/EN M 73/1). Para las prácticas en la generalidad del área, véase *Whigs and Hunters*, pp. 32,239-240.

²⁰⁵ En los pobres terrenos del Windsor Forest (incluido en el Blackheath Country) y del New Forest dominaba el labrador familiar, «en gran medida en agricultura de subsistencia en una tierra que labradores trabajadores y caballeros consideran inútil para sus propósitos» (E. Kerridge, *The Farmers of Old England*, Londres, 1973, p. 81). En el caso del Forest of Dean, los Mineros Libres fueron muy afortunados de que sus antiguos usos *no* fueran cuestionados por la ley en el siglo XVIII puesto que casi con seguridad habrían sido anulados según el espíritu del caso Gateward (Lord Eversley, *op. cit.*, pp. 178-179).

²⁰⁶ Correspondencia del Deán y Cabildo de Ely a Warren, 2 Atk. 189-190.

²⁰⁷ Correspondencia Selby-Robinson, 2 T.R. 759.

espiguo en el mismo año no terminó por supuesto (con alguna excepción) con la *práctica* del espiguo. Lo que hizo fue acabar con la pretensión de los campesinos de practicar el espiguo *por derecho*, aun cuando ese derecho podía verse claramente definido en docenas de antiguos estatutos señoriales.²⁰⁸ Así pues, de un plumazo, se decretó que un antiquísimo derecho de aprovechamiento no era operativo ante la ley; ¿podríamos quizá utilizar un concepto tan feo como que fue *descosificado*?

Estas leyes surgían de un espíritu baconiano y no cartesiano. Es un derecho que se resistió (como proclamara Blackstone con altanero chauvinismo)²⁰⁹ a la influencia del derecho justiniano y al renacimiento del derecho romano en general. Sus precedentes son graduales: se desarrolló con precaución empírica. Pero, tras la evolución empírica, puede detectarse la lógica no menos cartesiana del desarrollo capitalista. La decisión de Coke en el «caso Gateward» se apoyaba menos sobre la lógica legal que sobre la lógica económica: «No puede hacerse ningún progreso en los baldíos». El juez buscaba reducir los derechos de aprovechamiento a un equivalente en objetos o metálico, introduciéndolos así en la moneda universal de las definiciones capitalistas de la propiedad. La propiedad debía hacerse palpable, librarse para el mercado de sus usos y sus circunstancias sociales, hacerse susceptible de setos y cercas, de ser poseída independientemente de cualquier entramado de costumbres o mutualidades. Con respecto a los derechos más importantes, e incluso entre los mayores y menores de estos derechos, la ley era imparcial: era sensible a la propiedad de cualquier grado. Lo que se aborrecía era la praxis sociológica indefinida, la coincidencia de un conjunto de derechos de aprovechamiento, de prácticas descosificadas. Y este derecho inglés, siguiendo los pasos de los Pilgrim Fathers (Padres peregrinos) y de John Company, intentó cosificar y transcribir, en términos de posesión de una propiedad palpable, las costumbres y usos de grupos enteros de gentes que habían heredado entramados comunales de carácter totalmente distinto.

²⁰⁸ Es cierto que el derecho estaba controlado y regulado (como todos los derechos del común) y a menudo limitado a categorías particulares de personas: los más jóvenes, los ancianos, los decrépitos, etc. (W. O. Ault, *Open-Field Farming in Medieval England*, Londres, 1972, pp. 29-32). Ault parece poner en cuestión a Blackstone por aceptar que el espiguo fuera un derecho de «los pobres» por «el derecho común y la costumbre de Inglaterra» (*Commentaries*, 1772, III, p. 212). Pero no habría preocupado a Blackstone de haberse enterado de que no hay referencia a este derecho en los estatutos del siglo XIII, «ni hay una sola mención de los pobres como practicantes del espiguo». La costumbre no descansaba sobre orígenes supuestos, sino que quedaba fijada en el derecho común mediante cuatro criterios: antigüedad, continuidad, certidumbre y razón, y «las costumbres deben construirse de acuerdo con su comprensión vulgar, pues las costumbres crecen, y son alimentadas y criadas entre gentes laicas» (S. C. [S. Carter], *Lex Custumaria: Or a Treatise of Copy-Hold Estates*, Londres, 1701, pp. 27-29). Según estos criterios, el espiguo de los pobres tenía mayor antigüedad, igual continuidad, certeza y racionalidad que la mayoría de las tenencias dependientes «de costumbre».

²⁰⁹ Blackstone, *op. cit.* I, sección I.

Las consecuencias en estos casos fueron de gran alcance. La incidencia sobre el problema de la herencia en Inglaterra fue más sutil. Cualquier sistema de herencia imponible en un sistema agrario que ha dejado de expandirse debe estar sujeto a un delicado equilibrio demográfico. Los beneficios marginales del entramado no son diferenciables de los derechos de tenencia transmitidos. Cierta laxitud en la definición de los derechos a pastos, espigues, hacer fuego, etc., pueden colaborar en el mantenimiento de los hijos que no heredan la tenencia, el ganado o los implementos. Desaparecidos estos beneficios, la población sobrante puede quedar reducida a un proletariado desprovisto de tierras o expulsada como ratas de la comunidad. No es necesario proponer un modelo tipológico simple de un equilibrio «intercambiado»: un hijo heredero, una hija casada con un teniente o arrendador libre, quedando la mitad de un hijo o una hija para mantener. Lo que tenemos que hacer es más bien tomar la totalidad del contexto conjuntamente; las costumbres de herencia, la realidad de lo que en efecto se heredaba, el carácter de la economía, los estatutos señoriales o reglamentación de los campos, las leyes de pobres.

Si en los siglos XV y XVI los hijos menores heredaban en ocasiones animales o implementos (pero no la tierra), debemos suponer que esperaban cierto acceso a la tierra. Si, como creo yo, en los mismos siglos la reglamentación comunal agraria se apretó, excluyendo a aquellos que no poseían tierras de ciertos derechos de pastoreo no reconocidos pero practicados, entonces lo que el «ocupante» heredaba mejoró en el mismo grado en que se degradaba lo que quedaba al hermano menor. El *yeoman* se benefició, pero era menos fácil para su hermano arreglárselas como labrador o artesano con unas cuantas ovejas y una vaca en el común. Se hace entonces importante la herencia de capital, pues tanto la tierra como los derechos de pastoreo del común pueden aún arrendarse.

En ciertas zonas, como los bosques, los beneficios marginales pueden ser lo suficientemente amplios como para proporcionar una subsistencia de varios tipos a muchos hermanos menores, e incluso a inmigrantes. Esto se da también en zonas donde los escasos ingresos agrarios pueden complementarse desarrollando industrias y oficios domésticos. Estas zonas, podría creerse, favorecían las prácticas de herencia partible, prácticas que no pueden deducirse del registro de la tenencia en un documento legal. Puede considerarse que el sucesor que recibe la tenencia (según la evidencia del testamento) actúa como fideicomisario de la viuda²¹⁰ o de los hijos cuyas porciones serán divididas «y repartidas por igual».²¹¹ Pueden surgir formas

²¹⁰ La forma puede observarse en el *manor* de Barrington-in-Thriplow: Benjamin Wedd es admitido (11 de noviembre de 1756) de acuerdo con el uso del testamento de su suegro muerto; en el testamento es encargado de pagar una anualidad de 60 libras a su suegra: St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 99 (214). Tales prácticas estaban, desde luego, muy extendidas.

²¹¹ La forma puede observarse en el testamento de William Cooke de East Hend red (Berks.), probat. 7 de septiembre de 1728, que dejó dos hijos y dos hijas. Después de pequeños legados monetarios, el remanente de su posesión fue dejado a sus hermanos Thomas y

mediante las cuales las vidas existentes²¹² o con derecho o sucesión²¹³ registradas en el documento son ficticias. Las verdaderas prácticas hereditarias, como demuestran los testamentos, pueden ser completamente dispares con la costumbre repetida del señorío; e incluso en el caso de que la costumbre impusiera específicamente la indivisibilidad de la tenencia, se podía recurrir a subterfugios para evitar la costumbre.²¹⁴

En Windsor Forest durante los primeros años del siglo XVIII existe cierta evidencia de que se practicaba la herencia partible.²¹⁵ Percy Hatch, un *yeoman* de Winkfield, que poseía unos 70 acres (la mayor parte de libre arrendamiento), intentó en 1727 beneficiar a sus cuatro hijos y a una hija casada.²¹⁶

En su testamento (*vea el cuadro*), el hijo mayor está claramente favorecido, aunque los otros hijos recibieron una cantidad de dinero en compensación. El hijo segundo, a quien se encarga de la dote de su hermana, también está favorecido, pero entre el segundo, tercero y cuarto hay claramente una cierta noción de igualdad. Once acres de tierra mala pueden parecer escasos para subsistir, pero Winkfield, una extensa parroquia en el corazón del bosque, disfrutaba de amplios derechos de pasto, tanto para ovejas como para ganado vacuno,²¹⁷ considerables derechos (si bien disputados) en las turberas, acceso

Edmund Cooke, como fideicomisario para dividirlo todo entre todos sus hijos «por partes iguales». Las vidas de sus hermanos «están en la copia del documento judicial por el cual tengo mi *copyhold*», pero los hermanos están obligados a dedicar todas las rentas y beneficios a los usos mencionados, y a distribuirlos entre los hijos «por partes iguales» (Bodleian Library, MS Wills Berks. 20, p. 48).

²¹² Esta forma se utilizaba especialmente en los *copyholds* vitalicios, con dos o tres vidas vigentes, otras en reversión: una o más de las vidas existentes se insertaban como fideicomisos de los tenentes reales, como seguridad de que la tenencia pasara a sus herederos; en alguna ocasión el teniente real, que pagaba las cargas de acceso, ni siquiera aparecía en el documento legal (R. B. Fisher, *op. cit.*, pp. 15-16).

²¹³ La forma puede observarse en el testamento de Timothy Lyford de Drayton (Berks.) probat. 5 de diciembre de 1724: «Mientras que mi hija Elizabeth Cowdrey es la primera reversión mencionada en mi propiedad de *copyhold* de Sutton Courtney, mi voluntad es que el dicho *copyhold* vuelva a manos del señor del *manor* para realizar una cierta obligación acordada al propósito para que mi hija Jane, esposa de John Chear, sea admitida como teniente desde ese momento y para su vida y tantas otras vidas como pueda acordar» (Bodleian Library, MS Wills Berks. 19, p. 239).

²¹⁴ Como en Knaresborough, donde «era posible ... que un hombre con más de un hijo hiciera provisiones para los hijos menores transfiriendo el título de parte de su tierra a éstos durante su vida, recibiendo a cambio un interés vitalicio» (*A History of Harrogate and Knaresborough*, ed. Bernard Jennings, Huddersfield, 1970, pp. 80, 178-179).

²¹⁵ Cuando digo «una cierta evidencia», quiero decir que una cierta evidencia ha llegado hasta mis manos mientras trabajaba en otras cuestiones. Puede haber (o no haber) una gran cantidad de evidencia. La impresión que ofrecen estas páginas no tiene el propósito de sustituir una investigación sistemática que no he llevado a cabo.

²¹⁶ Bodleian Library, MS Wills Berks. 19, pp. 338-339.

²¹⁷ La hija de Percy Hatch estaba casada con William Lyford. Éste podía ser el mismo William Lyford que fue presentado en el tribunal de Windsor Forest Swanimote en 1717 por *staffherding* en el bosque (PRO, LR, 3.3). «*Staffherding*» (acompañar a las ovejas al bosque

a la leña así como a los hornos de cocción de ladrillos (¿quizá esto explique el horno?), y tenía algo de industria derivada del bosque. Había varias ramas de la familia Hatch en la parroquia, la más antigua de las cuales «desde tiempo inmemorial ha tenido una propiedad excelente y buenos intereses en la misma...».²¹⁸

	Habitación	Tierra	Muebles	Dinero
1.º hijo	Caserío y casa de labor «Sumertons»	27 1/2 acres y 4 lotes de tierra en el común	Horno Plancha de ropa Asador mayor Molino de malta	—
2.º hijo	Caserío y casa de labor «Berkshire House»	Alrededor de 14 acres	—	
3.º hijo	—	11 acres	—	£30
4.º hijo	—	11 acres	Es albacea y tiene remanente de la propiedad	£20
Hija ¹⁷⁸	—	—	La mejor cómoda	

No conocemos el grado de parentesco de Percy Hatch con esta rama más antigua, pero cierto grado de parentesco probablemente proporcionaba un cierto contexto social de respaldo en la lucha por la subsistencia del hijo menor, y sabemos por otros datos que los parroquianos de Winkfield defendían los derechos de su comunidad con la mayor energía.²¹⁹

Gran parte de todo esto descansa en la deducción. Pero el que fuera en un contexto como este, donde el entramado hereditario comunal era fuerte y donde los derechos marginales eran indefinidos y amplios, en el que el *yeoman* podía arriesgarse a practicar la herencia partible sin condenar a sus hijos a la pobreza, puede poner algo más de carne sobre el hueso de la conjectura. Por debajo de un mínimo determinado sería ridículo continuar partiendo: los agricultores (según la evidencia de un estudio local) no tenían tendencia a

con un pastor) constituía un delito, pues asustaba a los ciervos y lograba así los mejores pastos para las ovejas; si se les dejaba competir libremente, los ciervos imponían su propia prioridad.

²¹⁸ Reverendo Will Waterson, *Memorandum Book*, I, Ranelagh School, Bracknell, Berks.

²¹⁹ *Whigs and Hunters*, parte I, *passim*. Winkfield era el epicentro del «*Blacking*» del bosque en la década de 1720.

dividir la tierra.²²⁰ Pero, en el curso normal de sucesión, las porciones no sólo serían divididas sino también —por matrimonio, muerte, legados de parientes sin hijos— reunidas: Percy Hatch tenía evidentemente dos propiedades distintas, una de las cuales («Sumerton») dejó intacta a su primogénito, y de la segunda («Berkshire House») separó porciones de tierra para su tercer y cuarto hijos.

Si ampliamos nuestro conocimiento de las regiones donde prevalecían tales prácticas «igualitarias», éstas pueden iluminar la relación de las costumbres hereditarias con la industrialización.²²¹ Pero en regiones de cultivo arable, en las cuales era difícil ampliar el aprovechamiento de la tierra, estas prácticas de «repetir por igual» habrían llevado al suicidio económico: la tenencia debía legarse como conjunto, con edificaciones, implementos y ganado. El *yeoman* se veía entonces ante un dilema. Kiernan no cree que el amor a la propiedad privada pueda considerarse una constante de la «naturaleza humana», y se podría estar de acuerdo con él. Pero al menos el deseo de garantizar las expectativas de los hijos —intentar proveerlos de un entramado que los sostuviera— ha tenido una larga existencia en la historia social. Es aquí donde son importantes los hallazgos de Spufford, pues parecen destacar que el *yeoman* quería transmitir a las generaciones venideras no sólo «tierra» (tenencias determinadas), sino también un estatus social a *todos* sus hijos. La nobleza y la *gentry* plasmaron con cuidado su propio entramado de transmisión mediante el mayorazgo y el contrato matrimonial. Este entramado no estaba al alcance del *yeoman*. Mercaderes y profesionales podían formar un entramado monetario.

El pequeño labrador podía también hacer algo en este sentido, dejando en su testamento legados imponibles a su propiedad. En estos casos, el momento de la muerte era para el hombre menor uno de gran riesgo familiar financiero. M. K. Ashby, al estudiar la aldea de Bledington —una donde la presencia señorial

²²⁰ J. A. Johnston, «The Probate Inventories and Wills of a Worcestershire Parish, 1676-1775», *Midland History*, I, n.º 1 (primavera de 1971), pp. 20-33. El autor percibe que todos los agricultores «mostraban inclinación a conservar sus posesiones intactas, dejando todas sus tierras al hijo mayor»; también «favorecían a sus parientes masculinos fuera de la familia inmediata». Ningún otro grupo social mostraba una rigidez tal de costumbres, ni una insistencia en la primogenitura: de 87 terratenientes, 36 dejaron su tierra intacta a un solo heredero, los restantes 51 dejaron su tierra a 122 nuevos propietarios. La parroquia en cuestión (Powick) está a sólo dos millas de Worcester: tierra rica con posibilidades de explotación de lácteos, frutales y algo de cría caballar. Posiblemente este fuera otro tipo de régimen en el cual la herencia partible era viable.

²²¹ Bernard Jennings me informa de que, en un extenso señorío de Wakefield, la práctica de herencia partible se continuó de forma análoga a las de Knaresborough (*supra*, nota 41). Sus investigaciones, con la colaboración de clases extramuros, han demostrado que existe una coincidencia entre esta práctica y la densidad de telares en distintos distritos del West Riding: es decir, donde las tenencias eran demasiado pequeñas para proporcionar la subsistencia esto se convirtió en un incentivo para el desarrollo de la industria doméstica (hilado y tejido), en primer lugar como ingresos suplementarios. Esperamos con interés la publicación de estos hallazgos.

era escasa y que tenía un número alto de arrendadores libres— dedica una atención minuciosa a los testamentos de los labradores. Ella observa dos puntos de cambio. A principios del siglo XVII, los testamentos de labradores y viudas indican aún «un mundo de vínculos y afectos familiares amplios, una valoración de las personas y también de objetos, bienes: los legados caritativos son frecuentes». Pero la propiedad mueble que se dona son cantidades pequeñas.

«Después de 1675, la familia es reconocida como el grupo inmediato de padres e hijos, la caridad está ausente y el dinero cobra preeminencia, y en grandes cantidades.»

El segundo cambio es una acentuación del primero: a principios del siglo XVIII, los agricultores

«dejan sus propiedades cargadas con grandes legados monetarios a pagar por parte de aquellos que heredan la tierra... El modelo que se adopta... es el del poseedor de grandes propiedades, en el cual, por ejemplo, el cabeza de familia mantiene a la viuda, hija e hijas menores con los ingresos de la tierra». ²²²

Pero los desembolsos que deben hacer los herederos parecen en ocasiones poco realistas. Hay que hipotecar o incurrir en deudas para satisfacer los legados. Es posible que sea exactamente en esta práctica hereditaria donde haya que buscar el decreto de muerte del *yeoman* como clase. Intentaba proyectar hacia el exterior un entramado de legados con los cuales los hijos que no heredaban tierras o tenencias pudieran, sin embargo, mantener el estatus de *yeoman*. Al hacerlo retiraban un capital que podía servir para fertilizar su propia tierra. No todo él tenía que salir de la aldea: una parte se transmitiría, por medio de la parte correspondiente a la hija, a otra propiedad agrícola; es posible que algunos de los hermanos menores arrendaran la tierra o los derechos de pasto o se dedicaran a alguna artesanía local. Pero parece que la práctica de imponer legados al heredero (que tiene ciertas analogías con el *recall* francés) podría también haber sido una forma de desviar el capital del campo a la ciudad.

El intento de obligar al heredero a pagar grandes porciones —quizá aproximándose a una noción de «repartir por igual»— le llevó no sólo a endeudarse, sino también a un tipo diferente de deuda vecinal que se encuentra con frecuencia en la comunidad agraria tradicional. Este pequeño endeudamiento vecinal era en sí un tipo de «intercambio» que tenía a menudo dimensiones sociales así como económicas: se intercambiaban préstamos entre parientes y vecinos, en ocasiones como parte de una reciprocidad de servicios. La nueva hipoteca arrastraba al hombre de pocos medios a un mercado monetario más extenso y más despiadado, completamente ajeno a su

²²² M. K. Ashby, *The Changing English Village: A History of Bledington*, 1974, pp. 162-164, 194-195.

conocimiento. Un propietario señorial enterado que deseara recuperar alguna tenencia podía sacar provecho de esta misma situación concediendo y terminando hipotecas sobre sus propios *copyholds*: por estos medios consiguió el St. John's de Dogmersfield perder a una aldea en los años posteriores al South Sea Bubble y convertir gran parte de la misma en un coto de ciervos.²²³ En este caso, parte de los tenentes parecen haber recurrido a incendiar premeditadamente, disparar sobre el ganado y derribar árboles. Pero, hasta donde puede saberse, fueron víctimas no de una expropiación forzada sino de un proceso económico «justo», de buenos abogados y de la deuda creada por el Bubble.

El viejo entramado comunal había sido consumido por la ley y el dinero mucho antes del cerramiento: el cerramiento de campos en el siglo XVIII registró el final más que el auge de este proceso. Las tenencias que hemos estado examinando pueden también considerarse como roles, funciones, como la posibilidad de acceso a los derechos de aprovechamiento, gobernados por reglas y expectativas comunales, así como por el derecho consuetudinario. Forman parte de un manjo indivisible, de un denso nexo socioeconómico. El intento de definirlos en la ley era en sí una abstracción de este nexo. El que una práctica resulte ofensiva para la comunidad o el *homage* no procura un motivo decisivo, ni legal ni monetario, para que la práctica no continúe. Pero la opinión puede ser más efectiva de lo que creemos: en partes de Irlanda, en el siglo XVIII y principios del XIX, no existía motivo legal alguno para que un señor no expulsara a sus tenentes y arrendara más provechosamente a otros.

El único problema es que el intendente podía recibir un balazo y las chozas de los nuevos tenentes ser incendiadas. En Hampshire, en 1711, fueron más educados. Cuando el dogmático y racional intendente del obispo Trelawny, Dr. Heron, mostró un celo y una rapacidad excesivos en la recolección de *herriats*²²⁴ a la muerte del teniente, fue expuesto a una increpación pública por parte del desolado hijo ante sus subalternos y forasteros. Esto no costó al intendente más que una cierta pérdida de aplomo, pero debió entenderlo como una señal de peligro, para que inhibiera sus acciones. Al no hacerlo, los tenentes y otros empleados episcopales cerraron filas frente a él y comenzó una agitación que forzó al obispo a sustituir a su intendente.²²⁵

Las pequeñas victorias de este tipo, en defensa de la práctica acostumbrada, se lograban aquí y allá. Pero la campaña en sí estaba perdida. (El siguiente intendente del obispo obtuvo prácticamente los mismos resultados con algo

²²³ *Whigs and Hunters*, pp. 106-108.

²²⁴ Entrega de la mejor bestia viva o res muerta de un teniente muerto debida por costumbre legal al señor del cual arrendaba la tierra. (*N. de la T.*)

²²⁵ *Ibid.*, pp. 125-133, y «Arricies against Heron» y la respuesta de Heron (Hants. Rec. Off.). La respuesta de Heron se lamenta de que «en Waltham Court, sin previo aviso, el Hijo de la Viuda fue introducido en la Sala donde cenábamos (con ciertos clérigos y Extraños, conocidos por el Sr. Kerby, todos desconocidos para mí) para Desafiarne públicamente por apropiación indebida». Esta confrontación fue ideada por Kerby, el intendente, y rival de Heron.

más de tacto y más cuidado en favorecer a sus empleados subordinados.) Pues, en el manojo indivisible de las prácticas comunales, el capitalismo introduce su propio estilo de herencia partible. Se divorciaban los usos de los usuarios, la propiedad del ejercicio de las funciones. Pero, una vez que se separa el manojo en parte, lo que hereda no es un equilibrio comunal sino las propiedades de hombres determinados y grupos sociales determinados. Le Roy Ladurie habla de la partición igual según el valor de la tenencia como «igualitaria» y, si con esto no queremos significar más que la división en partes iguales, no hay por qué oponerse al término. Pero él se propone llevar la idea más lejos:

«Esparciéndose progresivamente sobre el mundo rural, esta corriente de igualitarismo... termina por sumergir todas las jerarquías de la sociedad ordenada».

Sin embargo, nosotros hemos sugerido aquí que, en ciertas partes de Inglaterra, el deseo igualitario del *yeoman* de beneficiar en la medida de lo posible de igual forma a todos sus hijos, acabó, mediante la multiplicación de hipotecas, sumergiendo no la jerarquía de la sociedad ordenada sino al *yeomanry* como clase. Quizá debiéramos recordar unas líneas de William Blake:

*Is this thy soft Family Love
Thy cruel Patriarchal pride Planting thy Family alone,
Destroying all the World beside.*²²⁶

Y añade Blake a esta insinuación de la misma lógica que hizo caer al *yeoman*:

*And he who make his law a curse
By his own law shall surely die.*²²⁷

Pues habían sido estos mismos *copyholders*, ansiosos de mantener su estatus en la jerarquía rural, los que habían tenido un papel activo en los siglos anteriores en romper el manojo comunal, en redactar estatutos más rigurosos que beneficiaran al teniente de tierras y perjudicaran a los que no lo eran, en limitar los derechos marginales del entramado, en sacar los derechos de aprovechamiento al mercado.²²⁸ En su preocupación como clase social de proteger tan sólo a su familia, prepararon los medios para su propia destrucción.

Quizá otra característica de la sociedad tradicional de tenentes se perdió. *Free bench*²²⁹ o la propiedad de viudedad, que existía en muchos señoríos hasta el siglo XVIII, permitía una considerable presencia femenina. La tenencia

²²⁶ Es así tu tierno Amor Familiar / Tu cruel orgullo Patriarcal / que protege tan sólo a tu Familia, / y destruye el Mundo circundante.

²²⁷ Y el que de una maldición hace su ley / Por su misma ley es seguro que muera.

²²⁸ Intento dar validez a estas generalizaciones en «Common Right and Enclosure», *Customs in Common*.

²²⁹ La propiedad en tierras de *copyhold* que la esposa, desposada virgen, recibe después de la muerte de su marido como viudedad, de acuerdo con las leyes del señorío. (N. de la T.)

femenina, tanto *como free bench* como por derecho propio de la mujer, no prueba desde luego que las funciones agrarias y otras concomitantes fueran siempre ejecutadas por los tenentes: podía tomarse un subteniente, o la propiedad podía dejarse al cuidado de un pariente masculino. Pero haríamos un juicio apresurado si diéramos por sentado que la mayoría de las tenencias femeninas lo eran sólo de forma ficticia. Esto no era con toda seguridad cierto en la cima social, que vio la formidable presencia de mujeres como Sarah, duquesa de Marlborough, o Ruperta Howe, que vigilaba el Alice Holt Forest. Y todos nos hemos topado con datos que indican que las mujeres de la clase *yeoman* desempeñaban su trabajo, a la cabeza de las unidades domésticas agrarias, con el mismo vigor. A comienzos del siglo XVIII, un intendente del St. John's entró en una larga e inconclusa negociación con una teniente enfurecedora, cuyas evasivas la dejaban siempre en posesión de todas las cuestiones que se debatían: «Prefiero —escribió— negociar con tres hombres que con una mujer». ²³⁰

El entramado establecido permitía en efecto la presencia de la mujer, aunque generalmente —pero no necesariamente— a condición de viudez o soltería. Hubo siempre la idea —constante en el siglo XVIII— de que la continuidad de la tenencia familiar se consiguiera por línea masculina.

El *free bench* se otorgaba casi siempre a condición de que no se volviera a casar, y también de llevar una vida casta; prohibición que no surgía tanto del puritanismo como del temor a la influencia de otros hijos, o a la malversación de la propiedad que podía realizar el padrastro. Cuando la viuda no perdía la tenencia en segundas nupcias, existe a veces cierto indicio de que el señor, su intendente, o el *homage* tenían cierto tipo de responsabilidades paternales de salvaguardar los derechos de los hijos. En 1635, un clérigo hizo una petición al St. John's en favor de los hijos de William Haddlesen. En este caso, el padre había legado su contrato de arrendamiento a los hijos, que no eran aún mayores de edad, y la viuda de Haddlesen «se había vuelto a casar muy desafortunadamente, tanto que, si el Colegio no se instituye como amigo de los niños y arrienda en depósito a alguien para su aprovechamiento (pues no se puede confiar en su madre), es probable que los niños estén perdidos...». ²³¹

²³⁰ St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 109 (16). Pero la señora Alien, que había sobrevivido a dos maridos y había rechazado las deudas de ambos —«una mujer muy lista e interesada»—, puede ser atípica y puede ofrecer evidencia a favor de la opinión de Le Roy Ladurie; puesto que resulta haber sido una «descarada francesa», y «cuna francesa irresponsable con respecto a todo el mundo»: *ibid.*, cajón 109 (7), (13), (14).

²³¹ Reverendo Richard Perrot al colegio, pidiendo en nombre de un teniente dependiente de Marfleet (Yorks.), 2 de febrero de 1635: *ibid.*, telón 94 (289). El tribunal señorrial de Farnham también tuvo un cuidado excepcional en la vigilancia de los intereses de los huérfanos. «Es un punto principal en el Tribunal de este Señorío y que debe recordarse» que, si un teniente dejaba un huérfano menor de edad, «entonces el pariente más próximo y más lejano de sus Tierras tendrá la Tutoría y será Guardián de este heredero hasta que llegue a la edad de 14 años», cuando puede ya elegir su propio teniente para trabajar la tierra. El tutor pagará los gastos y educación del menor, y rendirá cuentas al mismo por el resto. Pero si la persona

(Podríamos preguntarnos si eran casos de segundas nupcias como éste los que fueron el motivo preciso de cierta música escabrosa en Inglaterra y el *charivari* en Francia.)

Los señoríos tenían diferentes costumbres que dejaban margen para las flaquezas y para tratar circunstancias extraordinarias. Las costumbres «jocosas» de Enhorne (Berks.) y Kilmersdon (Somerset) —y probablemente de otros lugares— no son tan ridículas como parecen. En Enborne, si la mujer «comete incontinencia, pierde el derecho a su propiedad de Viuda». Sin embargo, si después de esto asiste al primer tribunal celebrado en el *manor*, montada hacia atrás en un carnero negro, llevando la cola en la mano y dice las palabras siguientes, el intendente está obligado por la costumbre a readmitirla al *free bench*:

*Here I am,
Riding upon a Black Ram,
Like a Whore as I am;
And for my Crincum Crancum, Have lost my Bincum Bancum; And for my
Tail's game
Am brought to this Worldly Shame,
Therefore good Mr Steward let me have my Lands again.*²³²

En Kilmersdon, el recitado que se exigía era más breve y la transgresora sólo tenía que montar a lomos del carnero:

*For mine Arse's Fault I take this Pain, Therefore, my Lord, give me my
Land again.*²³³ ²³⁴

En otras costumbres se establecen controles o ajustes más racionales.

asignada para tutor «es inepta por defecto de naturaleza o de otro origen», entonces el tribunal, con consentimiento del *homage*, podía nombrar otro tutor. Por «pariente más próximo y más lejano de sus tierras» yo entiendo el pariente más próximo que no estuviera al mismo tiempo en línea directa de herencia: por ejemplo, un tío o una tía por parte de la madre: Farnham Custom Roll, 1707, Dean and Chapter Archives, Winchester Cathedral Library. Comparar con la costumbre del cercano Woking: «Si un teniente *copyholder* muriera, siendo su heredero menor de edad, la custodia del cuerpo y la tierra de este heredero será encomendada por el señor al pariente más cercano del heredero al cual no pueda pasar la tierra, siendo el mismo persona capacitada...»(Watkins, *op. cit.*, II, p. 559).

²³² Aquí estoy/ a lomos de un carnero negro / como la puta que soy; / y por mi *crin-cum crancum*, / he perdido mi *bincum bancum*; / y por el juego de mi cola / me veo en este deshonor mundial, / buen señor intendente, devuélvame mis tierras por lo tanto.

²³³ Por culpa de mí culo recibo este dolor, / por ello, dadme otra vez mis tierras, señor.

²³⁴ De la obra de Thomas Blount, *fragmenta Antiquitatis; Or Antient Tenures of Land, and Jocular Customs of Some Manors*, ed. de Josiah Beckwith, York, 1784, pp. 265-266. Una costumbre similar se decía que había existido en Torr (Devon).

²³⁵ En Balsall (Warwks.) la costumbre presentada en 1657 incluía esta salvedad: «Si un heredero femenino, con posesión de *copyhold*, por falta de gracia cometiera fornicación o quedara embarazada, no perdía la propiedad, pero debía aparecer ante el tribunal del señor» y «pagar una multa de cinco chelines»; si una viuda cometiera fornicación o adulterio «pierde su propiedad para toda su vida, hasta que acuerde con el señor una multa que se la devuelva» (Watkins, *op. cit.*, II, p. 576). Es dudoso si estas costumbres eran o no efectivas en

Un problema de las costumbres de los señoríos que se practicaban entre 1660 y 1800 es que sabemos bastante poco sobre la relación entre costumbre y práctica. Y esto se debe, primeramente, a que no nos hemos molestado en estudiarla. Los Webb observaban, en 1908, que no existía un estudio extenso de los tribunales señoriales en el período 1689-1835,²³⁶ y la situación sigue siendo hoy muy parecida. (El avance reciente de la historia agraria se ha dirigido inevitablemente a los sectores de la economía en desarrollo y orientados al mercado, antes que a los establecidos por la costumbre.) En el caso de las costumbres del señorío que regulaban la herencia, éstas entraban en vigor sólo cuando el teniente moría intestado y sin haber efectuado una transmisión previa, y era corriente que ésta se permitiera en el lecho de muerte, en presencia de dos tenentes dependientes, legando así la herencia al heredero. Por tanto la práctica hereditaria y la costumbre oral pudieron haberse separado desde antiguo. Pero existe otra dificultad de tipo diferente: es posible que las costumbres normalmente presentadas en una relación (por ejemplo, al advenimiento de un nuevo señor) sólo representaran una pequeña parte de las prácticas establecidas del manor, no codificadas, pero aceptadas. Esta parte no codificada habría quedado custodiada por la memoria del intendente o del homage, con el derecho de precedentes elaborado en los documentos judiciales como referencia. Sólo cuando nos hallamos ante un cuerpo fuerte de copyholders cuyas costumbres se han hecho inciertas como resultado de un señor agresivo o absentista, encontramos el intento de codificar estas leyes de precedentes en toda su densa particularidad social.²³⁷

Probablemente la práctica de la propiedad de viuda o *free bench* se vea menos complicada por estas dificultades. Puesto que la viuda normalmente accedía a su *free bench* sin carga ninguna, esto constituyía una prima en años a la tenencia existente. A menos que el marido tuviera un motivo determinado para hacer disposiciones alternativas, lo más probable es que dejara que el *free bench* se administrara de acuerdo con las costumbres del señorío; e incluso las más breves relaciones de costumbres del siglo XVIII cuidan normalmente de

el siglo XVIII, si no era en ocasiones extraordinarias; sin embargo, en 1809, lord Ellenborough, C. J. se pronunció a favor del demandante, expulsando así a una viuda de su tenencia (teniente de lord Lonsdale en Westmorland) que había roto con la costumbre de tenencia durante «su casta viudez» teniendo un hijo; pero un testigo sólo pudo citar un solo caso precedente en el señorío en los sesenta años anteriores (en 1753) y, en aquel caso, la viuda había muerto antes de que se tratara el caso (Correspondencia William Askew-Agnes Askew, 10 East. 520).

²³⁶ S. & B. Webb, *The Manor and the Borough*, Londres, 1908, p. 11.

²³⁷ Un excelente ejemplo de esto se encuentra en las costumbres de Farnham de 1707. Existía aquí un fuerte cuerpo de tenentes que prosperaban mediante el cultivo de lúpulo, y la seguridad de la tenencia de servicio, pero que sufrían por la inseguridad de ser un señorío eclesiástico (del obispo de Winchester). El *homage* sabía las costumbres con excepcional detalle y por las continuas disputas con sucesivos obispos y sus agentes: «Cada nuevo señor trae consigo un nuevo procurador que para su ganancia personal rompe la costumbre y a menudo la destruye...». Mrs. Elfrida Manning del Farnham Museum Society ha descubierto recientemente una relación de costumbres (*Custumal*) de Farnham casi idéntico de la década de 1670.

dejar clara la costumbre con respecto a este importante punto. La costumbre en este caso nos proporciona una cierta orientación sobre la práctica.

Quizá la costumbre del *manor* llegara incluso a influir sobre la práctica aun fuera del sector consuetudinario. La costumbre de Waltham St. Lawrence (Berks.) que operaba en 1735, concedía a la viuda *free bench* completo durante la viudez y lo que durara su vida en castidad. Si volviera a casarse o viviera sin castidad, retendría un tercio del valor relativo a la renta de la tenencia; esto es, se vuelve a un concepto anterior de bienes de viudedad.²³⁸ Pero si hubiera tenido progenie *anteriormente* al matrimonio, no retenía ni el *free bench* ni la porción.²³⁹

Waltham St. Lawrence se encuentra en la misma centena que Warfield, y es interesante saber que un *yeoman* de Warfield, en 1721, legó ocho acres de *tierra en libre arrendamiento* a su viuda a perpetuidad, a condición de que no se consumiera la madera ni se arara la tierra; de romperse estas condiciones «mi voluntad es que desde ese momento no retenga de la misma más que su viudedad o tercios».²⁴⁰ En el cercano Binfield, en Windsor Forest, el mismo año, otro *yeoman* dejó todas sus tierras y heredades a su esposa «para la duración de su vida natural si se mantiene viuda, pero si ocurriera que vuelve a casarse... entonces sólo debe tener y disfrutar de los Tercios desde entonces...».²⁴¹ Para algunos labradores de las zonas de bosque, la costumbre y la práctica con respecto al *free bench* parecen haber seguido líneas paralelas. Las costumbres variaban de una región a otra y, en el interior de cada región, de un señorío a otro. Yo no puedo proporcionar más que una impresión fundamentada en una investigación limitada de dos o tres distritos. Aparentemente, hacia el siglo XVIII el *free bench* era una de las costumbres más firmes y generalizadas, aplicable tanto a los *copyholds* hereditarios como a las tenencias por vida; las diferencias entre los términos del derecho

²³⁸ Los bienes de viudedad en el derecho consuetudinario eran definidos como una porción, y la costumbre de que la esposa había de recibir la totalidad como *free bench* es contraria a la máxima del derecho consuetudinario: pero la costumbre de cada señorío se daba por buena y pasaba por encima de la ley consuetudinaria (S. Carter, *op. cit.*, p. 34). Así consta en un libro de texto de 1701. En la década de 1790 los términos *free bench* y bienes de viudedad (*dower*) eran usados a menudo indiscriminadamente, aunque diferían: «*El free bench* es la herencia de una mujer viuda en tierras adquiridas en propiedad por el difunto marido pero no durante el tiempo en que hubieran estado unidos en matrimonio, mientras que los bienes de viudedad son la herencia de la viuda en todas las tierras adquiridas por el marido mientras estuvo en vigor el vínculo matrimonial» (R. B. Fisher, *op. cit.*, p. 26, cit. 2 Atk. 525).

²³⁹ *Relación y costumbres* de Waltham St. Lawrence, noviembre de 1735, Berks. Rec. Off. D/ENM 82/A/I.

²⁴⁰ Testamento de Richard Simmons, probat. 21 de abril de 1721, Bodleian Library, MS Wills Berks. 19, p. 100.

²⁴¹ Testamento de Thomas Punter, probat. 21 de abril de 1721, *ibid.*, p. 97. Pero las costumbres de la zona de bosque cambiaban de parroquia a parroquia: en la vecina parroquia de Winkfield parece que la viuda podía contraer nuevas nupcias y su marido disfrutar de su propiedad por derecho de ella durante su vida, aunque sujeto a provisiones restrictivas contra el desperdicio: Rev. Will Waterson, Memorandum Book, pp. 362,365. Escuela de Ranelagh, Bracknell, Berks.

consuetudinario y el derecho común o entre la tenencia de tierras dependientes o pertenecientes al dominio señorrial habrían generalmente caducado, y el *free bench* en general significaba la continuidad de la totalidad de la tenencia, no una porción de sus beneficios. Las costumbres reunidas en el *Treatise on copyholds* de Watkins (ed. 1825) no ofrecen una muestra sistemática, conteniendo las que llegaban al alcance del editor o eran enviadas por corresponsales. La costumbre se registra a menudo en términos imprecisos: «la viuda tiene *free bench*», el señorío «no concede viudedad».

Pero sea cual sea el valor de la colección, da información sobre el estatus de las viudas en unos 70 señoríos en términos que indican que la costumbre era aún más operativa, o al menos había sobrevivido, en el siglo XVIII.²⁴² De ellos, al menos 40 tienen *free bench* bien por vida o por la duración de la viudez; 10 no tienen «bienes de viudedad», 10 tienen bienes de un tercio y uno de la mitad. Los señoríos que tenían *free bench* pertenecen a 15 condados (estando Worcestershire muy representado). Los que carecen de «viudedad» o porción pertenecen a seis condados, entre ellos Norfolk con la más alta representación, mientras que en Middlesex y Surrey es probable que la costumbre del *free bench* fuera débil allí donde la práctica de formas alternativas de seguridad —la *jointure* o tenencia de marido y mujer de mancomún con derecho absoluto del sobreviviente— era fuerte.²⁴³

Donde estaba garantizado el *free bench*, la principal diferencia entre unos y otros señoríos residía en la cuestión de su continuación o no después de segundas nupcias. En Mayfield (Sussex), la antigua distinción entre tenencia de *bondland* (tierra dependiente) y *assertland* (tierra por derecho) había sobrevivido; en el primer caso, la viuda mantenía la tenencia mientras durara su viudez (*yardland widow*); en el segundo, por vida (*assert-widow*).²⁴⁴ En Littlecot (Wilts.), la viuda disfruta de plena viudedad y puede volver a casarse sin perder la tenencia, pero si es *segunda esposa* «sólo puede tener su viudez».²⁴⁵ En Stoke Prior (Worcs.), la viuda disfruta de «una parte» de las tierras «y recibe sólo la renta del heredero si llegan a acordarlo», debiendo referir cualquier variación al *homage*.²⁴⁶

En Balsall (Warws.) se concedía *free bench* a la viuda si era primera esposa, pero sólo una porción de un tercio de las rentas y beneficios si era segunda o tercera.²⁴⁷ En Farnham, un señorío con un *homage* fuerte, celoso de sus privilegios, operaba la costumbre en 1707 con gran vigor y detalle, y se puede suponer que correspondía a la práctica en el sentido de que se conserva una

²⁴² He excluido de esta «muestra» algunas costumbres que evidentemente se remontan a los primeros años del siglo XVII o antes, pero otras pudieron perfectamente resultar obsoletas.

²⁴³ Watkins, *op. cit.*, II, pp. 477-576. El norte y el norte de los Míndlands están muy poco representados en esta colección.

²⁴⁴ *Ibid.*, II, pp. 501-502.

²⁴⁵ *Ibid.*, II, p.498.

²⁴⁶ *Ibid.*, II, pp. 552-553.

²⁴⁷ *Ibid.*, II, p. 575.

cierta codificación de los precedentes que habían aparecido ante los tribunales. En éstos, una «renuncia» (*surrender*)²⁴⁸ del marido (incluso a testamentar) impide la legación de viudedad a la esposa: una estipulación esencial si la tierra iba a ser enajenable. Pero el marido podía, renunciando ante el tribunal o renunciando a su derecho a testamentar, reservar, sin embargo, la vida de su esposa: es decir, proveerla de *free bench* con anterioridad a la siguiente reversión. Si renunciara sin hacer esta salvedad, entonces la viuda «no tendrá ni condiciones de por vida ni propiedad de viuda; pero si él muriera sin renunciar ella tendrá propiedad de viuda si vive sola y castamente».²⁴⁹ Y, por esta disposición, «si aparece ante la siguiente sesión del tribunal posterior a la muerte de su marido y paga la mitad de la carga, se convierte en teniente de por vida, y puede volver a casarse sin perder el derecho a su propiedad».²⁵⁰

Estas diferentes costumbres reflejan distintas soluciones aportadas para enfocar el mismo problema insoluble. Por una parte se intenta proporcionar cierta seguridad a las viudas y quizá a los hijos menores de edad. Por otra, si el *copyhold* iba a ser verdaderamente enajenable no podía ofrecerse una seguridad absoluta. Además, en los casos en que se esperaba que la tenencia se transmitiera a los nietos, las segundas nupcias presentaban una amenaza a la línea sucesoria. También esto requería una esmerada matización, alguna vez registrada en la costumbre. Nuevamente, las costumbres de Farnham de 1707 revelan una compleja codificación y una regulación sociológica.

Cuando un teniente tenía una hija de una primera esposa, y un hijo e hija de una segunda, la hija del segundo matrimonio tenía prioridad ante la del primero, incluso si el hijo (su hermano) hubiera muerto antes que el teniente y no hubiera tenido nunca acceso a la tenencia («aun así, su hermana de madre heredará la tierra... como heredera de su hermano... a pesar de su hermana mayor de la primera mujer...»).²⁵¹ Es difícil aplicar la lógica cartesiana a esta solución. Tiene toda la apariencia de ser un ejemplo de ley de precedentes, decidida por el tribunal y añadida después a la relación de costumbres. Lo que parece destacarse aquí es la transmisión de la tenencia con la menor fricción familiar posible: seguramente la hija primera habría abandonado ya las tierras, la segunda esposa (ahora viuda) permanecería allí probablemente con su hija: ésta parece, pues, el heredero más «natural».

En cualquier caso, no es una costumbre sexualmente igualitaria la que estamos examinando. Todavía no se ha descubierto ninguna costumbre «jocosa» según la cual un viejo viudo fornicador tuviera que someterse a la pena de cabalgar hasta el tribunal a lomos de una cabra. Pero sí tenemos un área aceptada de

²⁴⁸ Renunciar a una propiedad en favor del que la tiene en reversión o remanente; especialmente, renunciar a una propiedad en *copyhold* en favor del señor del *manor*.

²⁴⁹ Farnham Custom Roll, 1707, Biblioteca de la Catedral de Winchester.

²⁵⁰ Esta previsión es citada por Watkins, *op. cit.*, I, p. 552, e indica una cierta modificación y clarificación con respecto a las costumbres de 1707.

²⁵¹ Farnham Custom Roll, 1707, *loc. cit.*

presencia femenina, y ésta pudo ser efectiva y creativa y sentida de forma palpable por la comunidad agraria dependiente en cualquier época determinada.²⁵² Kerridge, que parece en ocasiones sostener una teoría conspiratoria de la tenencia, según la cual los tenentes dependientes están en constante búsqueda de nuevos modos de explotar a sus señores, tiene dudas sobre la moralidad de la práctica del *free bench*, que era «susceptible de abuso en un modo relajado y vergonzante, como en el caso de un parroquiano de edad avanzada y enfermo que tomó una esposa joven solamente para que ella o un tercer interesado pudieran disfrutar de la tenencia durante su esperada viudedad».²⁵³

Sin duda esto ocurría en alguna ocasión;²⁵⁴ pero como observación general sobre el valor o las funciones del *free bench* el juicio es impropio. Es incluso posible que el habituarse a esta activa presencia femenina en zonas de fuerte ocupación dependiente y de *yeoman* sirviera para modificar los papeles sexuales y las costumbres de herencia de forma más general, incluso fuera del sector dependiente.²⁵⁵ Cuando he comparado los testamentos de *yeomen* y mercaderes de Berkshire con las costumbres de las parroquias de Berkshire en los años 1720 y 1730 no he observado indicio alguno en los primeros de parcialidad en contra de los parientes femeninos,²⁵⁶ y, en alguna ocasión, una

²⁵² El efecto del *free bench* en el fortalecimiento de la presencia femenina en la comunidad agraria de la sociedad medieval tardía es analizado por Rodney Hilton, *The English Peasantry in the Later Middle Ages*, Londres, 1975, cap. VI, esp. pp. 91-101. Muchos de sus comentarios son apropiados quizá para los distritos que en el siglo XVIII mantenían una tradición de ocupación «de costumbre» por parte de los *yeo-men*: para un ejemplo de tenencia femenina fuerte, véase Matthew Imber, *The Case, or an Abstract of the Custom of the Manor of Mardon in the Parish of Hursley*, Londres, 1707: en este señorío de Hampshire, cuyas costumbres eran municipales inglesas, más del 20 por 100 (11 de 52) de los *copyholdets* eran mujeres.

²⁵³ Kerridge, *op. cit.*, p. 83.

²⁵⁴ Según la costumbre de Berkeley (Glos.) «el matrimonio *in extremis* no proporciona *free bench*»: Watkins, *op. cit.*, II, p. 479.

²⁵⁵ En la parroquia de Winkfield, el duque de Ranelagh fundó una escuela de caridad para 40 niños pobres. El reverendo Will Waterson, rector de Winkfield, fue también maestro de la escuela durante más de treinta años. Admitía en ella a las hijas así como a los hijos de los «pobres» de la parroquia, pero observaba: «Es muy deseable que las Muchachas no lleguen a aprender nada que no sea requisito para un criado corriente, y que fueran empleadas en Hilar y hacer su propia ropa y la de los Muchachos... El trabajo refinado... sólo sirve para hincharlas de arrogancia y vanidad, y para hacerles despreciar y rechazar los lugares para los cuales deben principalmente prepararse». Pero Waterson, que escribía hacia el final de su vida, había llegado a sentirse desilusionado y a la defensiva frente a la acusación de que «las escuelas de caridad son criaderos de Rebelión, y descalifican a los chicos pobres para las tareas del campo... para las cuales están más solicitados». Para los muchachos también observaba: «El arado debe proporcionarles su trabajo, o no harán nada»; pero él parece haber ofrecido concienzudamente a los chicos de ambos sexos una instrucción elemental en letras y números: Waterson MS, Reading Ref. Lib. BOR/D. Las partes citadas fueron quizás escritas a principios de la década de 1740.

²⁵⁶ Entre los testamentos de *yeomen* y labradores de Berkshire de esta época se encuentra con frecuencia evidencia de cierta atención a los intereses de los herederos femeninos. Así Robert Dee de Winkfield, *yeoman* (probat. 10 de abril de 1730), dejó dos parcelas de tierra,

cierta parcialidad en el sentido opuesto.²⁵⁷ Cuando en 1721 el reverendo Thomas Power, párroco de Easthampstead (Berks.) intentó persuadir a su recalcitrante esposa de que firmara la cesión de ciertos caseríos colgándola de la ventana por una pierna y amenazándola con cortar la cuerda, lejos de conseguir el aplauso de la vecindad fue víctima por parte de ciertos galanes de la localidad de música escabrosa y una ejecución fingida.²⁵⁸ Pero esto es sin duda otro ejemplo de práctica «relajada y vergonzante».

También las tierras de libre arrendamiento podían por supuesto ser transmitidas a mujeres; y en efecto, se transmitían a viudas, hermanas, hijas y nietas. Pero si admitimos que entre 1660 y 1760 hubo un serio descenso en el número de yeomen, tanto libres como copyholders, se seguiría que también habría un descenso equivalente en la efectiva presencia femenina en el panorama agrario. En los casos en que las tierras salían de tenencia dependiente y se arrendaban otra vez at will (a voluntad), se arrendarían a hombres. Una tenencia at will no conllevaba la herencia de viudas: como máximo se permitía como un favor. Así se perdía la seguridad del entramado de la costumbre; y si el yeoman estaba a corta distancia de su decadencia secular, la yeowoman ya había sido informada de su desaparición.

Como última cuestión deseó volver a la diferencia entre la herencia familiar y la herencia de seguridad, estatus o poder de un grupo social, casta o clase. La primera depende generalmente de la segunda. Tenemos las prácticas hereditarias particulares de las familias, y el entramado formado por el

una de 16 1/2 acres y la otra de 2 1/2 acres: la parcela mayor se legó a su nieto, juntamente con casa y muebles, la más pequeña a su nieta, pero (en compensación) el nieto debía recibir también 100 libras, la nieta 200. Entre tenentes libres, mercaderes, etc., existe una cierta evidencia de costumbres igualitarias de herencia: así Joseph Collier (probat. 12 de julio de 1737), un *yeoman* de Reading que poseía ciertas heredades y molinos: todos fueron legados a su hermano como fideicomiso para vender y distribuir «por partes iguales» entre seis hijos (cuatro hijas —todas casadas— y dos hijos); en el caso de Mary Maynard (probat. 20 de mayo de 1736) viuda de un carretero de Reading —negocio que ella había continuado—, la propiedad debía ser valorada y distribuida «por partes iguales» entre seis hijos (tres de cada sexo) al alcanzar cada uno de ellos la edad de veintiún años: los dos hijos mayores (un hijo y una hija) debían actuar como albaceas, pero la hija perdía su función al casarse: Bodleian Library, MS Wills Berks. 20, p. 117; 21, p. 113, p. 72 verso.

²⁵⁷ Así el testamento de William Towsey, *yeoman*, de Letcombe Regis, probat. 22 de agosto de 1722, dejando a su hija Ann Hawks 50 libras «para su propio e independiente uso y disposición totalmente exentas del Poder y la intervención de su marido Thomas Hawks no obstante la Condición de Casamiento entre él y mi hija»: *ibid.*, 19, pp. 150-151.

²⁵⁸ Véase *Whigs and Hunters*, pp. 71-72. Sí, como yo creo, la señora Power había nacido Ann Ticknor, entonces tenía más de 80 acres así como graneros, huertos, casas, etc., en el bosque, de mancomún con su hermana: la tenencia de mancomún con derechos exclusivos de sucesión explica que la tierra no pudiera recaer sobre el reverendo Power como consecuencia de su ambicioso matrimonio. (Los *yeomen* eran perfectamente capaces de utilizar los medios de tenencia de mancomún con derecho sucesorio y el fideicomiso para salvaguardar los derechos de sus hijas.) Es reconfortante observar que la señora Power soportó los azares de su matrimonio y murió «sin cometer un solo acto para afectar su propiedad»: Extracto del título de Aaron Maynard a cuatro solares en Wokingham, Berks. Rec Off. D/ER E 12.

derecho, la costumbre y las expectativas sobre el que operan estas prácticas. Y estos entramados difieren enormemente de un grupo social a otro. Lo que se está efectuando es la elaboración de reglas y prácticas mediante las cuales ciertos grupos sociales proyectan hacia el futuro disposiciones y (como desearían) garantías de seguridad para sus hijos. Cooper ha examinado el entramado de los grandes. La clase adinerada tenía uno diferente, aunque formaba una malla compacta con el de la tierra. Pero el siglo XVIII tenía también un tercer entramado complementario para las clases poseedoras: el de la influencia, promoción en los cargos, compra de destinos, reversión de sinecuras, puestos dentro de la Iglesia, y así sucesivamente. En este entramado de nepotismo e influencia, la posesión no lo era todo: había que complementarla con la continuidad de los intereses y las conexiones políticas apropiadas. Había que tener el puesto (o conseguirlo para el hijo) y mantener también la influencia para explotar la posición al máximo. Los padres se ocupaban de lo primero, el hijo debía entendérselas con lo segundo.

A todo lo largo del siglo XVIII, el entramado de intereses y promociones formó en todo momento un manojo de este tipo. Al lado de esta red, la pequeña gentry buscaba también asegurar el futuro de sus familias. Los papeles de los grandes protectores muestran la incesante actividad de los suplicantes en nombre de su parentela, en el intento de afirmar toda la estructura de Iglesia y Estado como una especie de garantía de su propia clase. Los reformadores de clase media, agrupados bajo la bandera de la «carrera abierta al talento», intentaban simultáneamente asegurar el futuro estatus de sus propios hijos sobre un entramado de cualificaciones educativas y exclusivismo profesional.

Esto nos recuerda, además, que un grupo privilegiado podía —y puede aún— afirmar su propio entramado mientras intenta desgarrar el de otro. En el siglo XX, el zigzag de la política socialdemócrata y conservadora ha encendido con frecuencia rivalidades de este tipo. Pero, en los siglos XVIII y XIX, se llevaban a cabo luchas parecidas que quedarían ocultas si sólo tomáramos en consideración la herencia post mortem. Sabean parece, momentáneamente, haber permitido que se produjera esta ocultación cuando cita el caso de una aldea pobre del Sologne y concluye, a partir de los datos que le aporta, que «en ausencia de propiedad hay muy poca tendencia a desarrollar lazos extensos de parentesco».

Desde luego si falta tierra y propiedad mueble, ninguna de las dos puede transmitirse por herencia, ni tienen tampoco los pobres la posibilidad de «acordar una buena boda». Por tanto la generalización de Sabean puede aplicarse a cualquier economía campesina pobre. Pero incluso para el bracero rural desprovisto de tierra, y sin duda para el proletariado urbano, el punto crítico de la transmisión familiar no se produce post mortem, sino en el momento de proveer a los hijos con un «comienzo en la vida». Si deseamos examinar la herencia y la familia en el siglo XVIII entre el artesano urbano, debemos fijarnos no en los testamentos, sino en la reglamentación para el aprendizaje, las primas al mismo, y en los oficios en que se conservaba una

fuerte tradición familiar, concediendo preferencia a hijos y parientes y limitando el número de aprendices.²⁵⁹

Incluso entre los pobres rurales (sospechamos), el asunto de colocar al hijo en una buena propiedad, a la hija en el servicio de una buena casa, suponía grandes esfuerzos y ansiedades, y formaba parte del intento de transmitir a la generación venidera un estatus «respetable» en el debido lugar de las leyes de pobres. Y a comienzos del siglo XIX, recortando el aprendizaje, revocando el Estatuto de Artífices, los gobernantes de Inglaterra amenazaban el sistema hereditario del trabajador especializado; mientras que en 1834, al atacar todo el sistema de *out-relief*, amenazaron el único entramado de seguridad última conocida por los pobres.

Claro que no ha habido nunca ninguna garantía que asegurara a una familia en particular la inmunidad a la mutación. Siendo extraordinaria cierta continuidad en la aristocracia y las clases altas, son mucho más numerosos los casos de un giro descendente de la rueda de la fortuna. Como ha sostenido recientemente Raymond Williams, los muy literarios valores de la propiedad y el asiento territorial son los que, a menudo, defienden los nuevos ricos en su afán de ascender a los valores de esta posición. Penshurst, el tema del clásico poema de Ben Jonson sobre la vida en el campo, no levantado «ni con el dolor, ni con la opresión de hombre alguno», era en realidad un señorío que había prescrito por mandamiento judicial y proscripción unos cincuenta años antes de que escribiera Jonson.²⁶⁰ Otros poetas consideran la familia y su fortuna como ilustración de mutabilidad:

*And what if my descendants lose the flower
Through natural declension of the soul,
Through too much business with the passing hour,
Through too much play, or marriage with a fool?
May this laborious stair and this stark tower
Become a roofless ruin that the owl
May build in the cracked masonry and cry
Her desolation to the desolate sky.*²⁶¹

Para Yeats ninguna providencia podía detener la mutabilidad cíclica de todas las cosas:

*The Primum Mobile that fashioned us
Has made the very owls in circles move...*²⁶²

²⁵⁹ Para un estudio de herencia ocupacional artesana, véase William H. Sewell, Jr., «*Social Change and the Rise of Working-Class Politics in Nineteenth-Century Marseilles*», *Past and Present*, n.º 65 (noviembre de 1974).

²⁶⁰ Raymond Williams, *The Country and the City*, Londres, 1973, pp. 40-41.

²⁶¹ ¿Y si mis descendientes perdieran la flor / Por natura declive del alma, / Por el mucho ocuparse de la hora fugaz, / Por demasiado juego, o boda con un tonto? / Que esta ornamentada escalera y esta torre cabal / Se conviertan en ruina sin techumbre donde el búho / Construya en la resquebrajada piedra y grite / Su desolación al cielo desolado.

Yeats subestimó ciertas pervivencias, y particularmente la extraordinaria longevidad de ciertos terratenientes corporativos: esas viejas y sabias lechuzas, Merton College y St. John's College de Cambridge que han volado hasta nosotros directamente desde los siglos XII y XIII. Pero una simple observación (o una consulta breve a cualquier autoridad genealógica) confirma esta idea; como dicen las gentes de Yorkshire «*from clogs to clogs in three generations*» (de zuecos a zuecos en tres generaciones). Lo que esto pudiera ocultar es que independientemente de la elevación y la caída de las familias, los entramados hereditarios en sí han demostrado a menudo ser enormemente efectivos como vehículo de otro tipo de herencia corporativa: los medios por los cuales un grupo social ha extendido su tenencia histórica de *status* y privilegio. Todavía hoy nos preocupa, mientras administradores y abogados discurren nuevos *trusts*, nuevas compensaciones contra la inflación, creando sociedades de inversión con un apoyo en cada una de las cuatro esquinas del mundo capitalista. Pero hay que estar prevenido. Empezamos por examinar el sistema hereditario de determinadas familias pero, con el paso del tiempo, las fortunas familiares surgen y caen; lo que se hereda es la propiedad en sí, el resguardo y usufructo de los recursos de la sociedad futura, y es posible que el beneficiario sea, no un descendiente de una familia en particular, sino el descendiente histórico de la clase social a la que un día perteneció la familia.

²⁶² El *Primum Mobile* que nos ideó / Hizo que incluso el búho en círculos volara...

TIEMPO, DISCIPLINA DE TRABAJO Y CAPITALISMO INDUSTRIAL

“...Teníamos un viejo Sirviente cuyo nombre era *Wright* Trabajando constantemente, aunque con paga Semanal, de oficio era Carpintero de carros... Ocurrió una mañana que un Carro se Estropeó en el Camino... fuimos a buscar al Viejo para que lo reparase donde estaba; mientras se hallaba ocupado con su Trabajo, para un Paisano que le conocía y le saluda con el Cumplido acostumbrado, *Buenos días, Padre Wright, Buena suerte con tu Trabajo*; el Anciano alza los ojos para mirarle... y con una especie de Hosquedad agradable, contestó, *Lo mismo me da que la tenga o que no, es Día de Trabajo.*”

D. DEFOE, *The great law of subordination considered; or the insolence and insufferable behaviour of SERVANTS in England duly enquired into* (1724)

“...Para la Parte superior de la Humanidad el Tiempo es un Enemigo, y... su principal Trabajo es matarlo; mientras que para los demás el Tiempo y el Dinero son casi sinónimos.”

HENRY FIELDING, *An enquiry into the causes of the late increase of robbers* (1751)

“...Tess ... ascendió por el oscuro y tortuoso callejón o calle que no estaba pensado para avanzar con rapidez; una calle hecha antes de que tuvieran valor las pulgadas de terreno y cuando los relojes de una sola manecilla dividían el día suficientemente.”

THOMAS HARDY

I

Es un lugar común que los años que van de 1300 a 1650 vieron importantes cambios en la percepción del tiempo, en la cultura intelectual de Europa occidental.²⁶³ En los *Cuentos de Canterbury*, el gallo todavía aparece en su papel inmemorial de reloj de la naturaleza: Chauntecleer.

²⁶³ Lewis Mumford hace afirmaciones sugerentes en *Technics and civilization*, Londres, 1934, esp. pp. 12-18, 196-199; véanse también S. de Grazis, *Of time, work, and leisure*, Nueva York, 1962; Carlo M. Cipolla, *Cloks and culture, 1300-1700*, Londres, 1967, y Edward T. Hall, *The silent language*, Nueva York, 1959.

Levantó los ojos hacia el resplandeciente sol
 (que había recorrido en el signo de Tauro poco más de veintiún grados),
 Y conoció, por instinto, y por aprendizaje alguno, que era la hora de prima.
 En consecuencia cantó con voz jovial...*

Pero a pesar de que «Conocía por instinto cada grado ascendente del círculo equinoccial el contraste entre el tiempo «de la naturaleza» y del reloj se destaca en la imagen:

Era más grata su voz que el órgano que sonaba en la iglesia los días de misa,
 y su cantar mucho más infalible que un reloj de abadía.

(*Ibid.*)**

Es este un reloj muy antiguo: Chaucer (contrariamente a Chauntecleer) vivía en Londres y conocía las horas de la corte, la organización urbana y ese «tiempo del comerciante» que Jacques Le Goff en un estimulante artículo de *Annales*, ha contrastado con el tiempo de la Iglesia medieval.²⁶⁴

No me interesa polemizar sobre la medida en que el cambio se debió a la difusión de los relojes desde el siglo XIV en adelante, o en qué medida era esto en sí mismo síntoma de una nueva disciplina puritana y exactitud burguesa. Como quiera que lo consideremos, el cambio se ha producido con toda certeza. El reloj sube al escenario isabelino, convirtiendo el último soliloquio de Fausto en un diálogo con el tiempo:

«aún se mueven los astros, el tiempo corre, el reloj va a sonar».

El tiempo sideral, presente desde que empezara la literatura, se ha trasladado, en un solo movimiento, de los cielos al hogar. La mortalidad y el amor se sienten con más intensidad mientras «el lento avanzar de la manecilla en movimiento»²⁶⁵ cruza la esfera. Cuando el reloj se lleva alrededor del cuello descansa próximo a los latidos menos regulares del corazón. Las convencionales imágenes isabelinas del tiempo como tirano devorador, mutilador y sangriento, como segador de guadaña, son ya antiguas, pero tienen una nueva inminencia e insistencia.²⁶⁶

* (Caste up his eyen to the brighte sonne, / That in the signe of Taurus hadde yronne / Twenty degrees and oon, and somewhat moore, / He knew by kynde, and by noon oother loore / That it was pryme, and crew with blisful stevene.] (Trad. de Juan G. de Luaces, Barcelona, 1946.)

** [Wel sikerer was his crowyng in his logge / Than is a clokke, or an abbey orlogge.]

²⁶⁴ J. Le Goff, «Au Moyen Âge: temps de l'Église et temps du marchand», *Annales ESC*, XV (1960); y del mismo autor, «Le temps du travail dans la "crise" du XIV siècle: du temps médiéval au temps moderne», *Le Moyen Âge*, LXIX (1963).

²⁶⁵ M. Drayton, «Of his ladies not comming to London», *Works*, ed. J. W. Hebel, Oxford, 1932, III, p. 204.

²⁶⁶ El cambio se examina en Cipolla, *op. cit.*: Erwin Sturzl, «Der Zeitbegriff in der Elisabethanischen Literatur», *Wiener Beiträge zur Englischen Philologie*, LXIX (1965); Alberto Tenenti, *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento*, Milão, 1957.

Con el avanzar del siglo XVII la imagen del mecanismo de relojería se extiende, hasta que, con Newton, ha absorbido el universo. Y hacia mediados del siglo XVIII (si hemos de creer a Sterne) el reloj ha penetrado en niveles más íntimos. Porque el padre de Tristram Shandy -«en todo lo que hacia era... de lo más metódico»-, «se había impuesto como norma durante muchos años de su vida dar cuerda a un gran reloj que se encontraba tras la escalera de la casa, la noche de cada domingo de mes durante todo el año». «Probablemente llegó gradualmente a programar con idéntica frecuencia algunas otras pequeñas obligaciones conyugales», y esto permitió a Tristram fechar su concepción con toda exactitud. También provocó *The Clockmaker's Outcry against the Author*:

...Las instrucciones que había recibido para la confección de varios relojes para el país han sido revocadas; porque ninguna dama recatada se atreve hoy a decir una palabra con respecto a dar cuerda al reloj, sin exponerse a las furtivas miradas y las bromas maliciosas de la familia... Más aún, la expresión corriente de las mujeres de la vida es, «Señor, ¿quiere que dé cuerda a su reloj?».

Virtuosas matronas (se lamentaba el «relojero») están relegando sus relojes a los cuartos traseros porque «estimulan los actos de carnalidad».²⁶⁷

Pero no es probable que estas impresiones poco precisas hagan progresar la cuestión que nos ocupa: ¿hasta qué punto, y en qué formas afectó este cambio en el sentido del tiempo a la disciplina de trabajo, y hasta qué punto influyó en la percepción interior del tiempo de la gente trabajadora? Si la transición a la sociedad industrial madura supuso una severa reestructuración de los hábitos de trabajo -nuevas disciplinas, nuevos incentivos y una nueva naturaleza humana sobre la que pudieran actuar estos incentivos de manera efectiva-, ¿hasta qué punto está todo esto en relación con los cambios en la representación interna del tiempo?

II

Es sabido que entre pueblos primitivos la medida del tiempo está generalmente relacionada con los procesos habituales del ciclo de trabajo o tareas domésticas. Evans-Pritchard ha analizado el sentido del tiempo de *los nuer*:

...El horario diario es el del ganado, la ronda de las tareas de pastoreo, y el paso del tiempo a través de un día es, para un nuer, primordialmente la sucesión de dichas tareas y sus relaciones mutuas."

²⁶⁷ Anónimo, *The Clockmaker's Outcry against the Author of... Tristram Shandy*, Londres, 1760, pp. 42-43.

Entre los nandi se desarrolló una definición ocupacional del tiempo que no solamente cubría todas las horas, sino también las medias horas del día -a las 5.30 de la mañana los bueyes han ido al lugar de apacentamiento, a las 6 se ha soltado a las ovejas, a las 6.30 el sol ha crecido, a las 7.30 las cabras han ido a pastar, etc.-, una economía extraordinariamente bien regulada. De forma similar se desarrollan los términos en que se miden los intervalos de tiempo. En Madagascar una forma de medir el tiempo es «una cocción de arroz» (alrededor de media hora) o «la fritura de una langosta» (un momento). A los nativos de Cross River se les oyó decir que «el hombre murió en menos tiempo que tarda el maíz en quedar completamente tostado» (menos de quince minutos).²⁶⁸

No es difícil encontrar ejemplos de esto más próximos a nosotros en tiempo cultural. Así, en el Chile del siglo XVII, el tiempo se media con frecuencia en «credos»: en 1647 se describió la duración de un terremoto como el periodo de dos credos; mientras que se determinaba el tiempo de cocción de un huevo por la duración de un «avemaría» en voz alta. En época reciente, en Birmania, los monjes se levantaban al amanecer «cuando hay suficiente luz para ver las venas de las manos». ²⁶⁹ El *Oxford English Dictionary* ofrece algunos ejemplos ingleses: «pater noster wyle», «miserere whyle» (1450); y (en el *New English Dictionary* pero no en el *Oxford English Dictionary*) «tiempo de orinar», una medida un tanto arbitraria.

Pierre Bourdieu ha explorado más de cerca las actitudes ante el tiempo del campesino kabíleño (en Argelia) en años recientes: «Una actitud de sumisión y de impasible indiferencia al paso del tiempo que nadie sueña siquiera en dominar, utilizar o ganar... La prisa se considera una falta de decoro combinada con una ambición diabólica». El reloj se conoce a veces como «el molino del diablo»; no hay horas precisas de comer; «la noción de una cita exacta es desconocida; sólo aceptan encontrarse "en el próximo mercado"». Hay una canción popular que dice:

Es inútil perseguir el mundo. Nadie lo alcanzará.²⁷⁰

²⁶⁸ E. E. Evans-Pritchard, *The Nuer*, Oxford, 1940, pp. 100-104 [hay traducción castellana: *Los Nuer*, Barcelona, 1977, pp. 116-120]; M. P. Nilsson, *Primitive time reckoning*, Lund, 1920, pp. 32-33, 42; P. A. Sorokin y R. K. Merton, «Social time: A methodological and functional analysis», *American Journal of Sociology*, XLII (1937); A. I. Hallowell, «Temporal orientation in western civilization and in a pre-literate society», *American Anthropology*, Nueva Serie, XXXIX (1937). Otras fuentes para la noción primitiva del tiempo se citan en H. G. Alexander, *Time as dimension and history*, Alburquerque, 1945, p. 26, y Beate R. Salz, «The human element in industrialization», *Economic development and Cultural Change*, IV (19.5.5), esp. pp. 94-114.

²⁶⁹ E. P. Salas, «L'évolution de la notion du temps et les horlogers à l'époque coloniale au Chili», *Annales ESC*, XXI (1966), p. 146; *Cultural patterns and technical change*, ed. M. Mead, UNESCO, Nueva York, 1953, p. 75.

²⁷⁰ P. Bourdieu, «The attitude of the Algerian peasant toward time», en *Mediterranean Countrymen*, ed. J. Pitt-Rivers, Paris, 1963, pp. 55-72. [It is useless to pursue the world. No one will ever overtake it.]

Synge, en su bien observado relato sobre las islas Aran, nos ofrece un ejemplo clásico:

“Mientras paseo con Michael alguien se me acerca a menudo para preguntarme la hora. Poca de esta gente, sin embargo, está lo suficientemente acostumbrada al tiempo moderno para comprender más que de una forma imprecisa la convención de las horas y cuando se la digo es por mi reloj por lo que no quedan satisfechos y preguntan cuánto les queda hasta el atardecer.”²⁷¹

El conocimiento general del tiempo en esta isla depende, curiosamente, de la dirección del viento. Prácticamente todas las chozas se construyen... con dos puertas, una frente a la otra, de las cuales la más protegida se mantiene abierta todo el día para que dé luz al interior. Si sopla viento norte se abre la puerta sur y la sombra de la jamba de la puerta indica la hora en su movimiento sobre el suelo de la cocina: tan pronto como el viento cambia, viniendo del sur, se abre la otra puerta, y las gentes, a las que jamás se les ha ocurrido utilizar ni siquiera una esfera primitiva, se encuentran perdidas ...

Cuando el viento es del norte la anciana prepara mis comidas con cierta regularidad; pero en los demás días me hace con frecuencia el té a las tres en lugar de a las seis...”²⁷²

Naturalmente, una indiferencia tal ante las horas del reloj sólo se podía dar en una comunidad de pequeños agricultores y pescadores con una estructura mínima de comercialización y administración, y en la cual las tareas cotidianas (que pueden variar desde pescar a labrar la tierra, construir, remendar las redes, bardar, hacer una cuna o un ataúd) parecen revelarse ante los ojos del labrador por la lógica de la necesidad.²⁷³ Pero esta exposición nos servirá para destacar los condicionamientos esenciales en las distintas notaciones del tiempo que proporcionan las diferentes situaciones de trabajo y su relación con los ritmos «naturales». Está claro que los cazadores deben utilizar ciertas horas de la noche para colocar sus trampas. Los pueblos pescadores y marineros tienen que integrar sus vidas con las mareas. Una petición de Sunderland de 1800 incluye las palabras

«considerando que es este un puerto de mar en el cual mucha gente se ve obligada a permanecer levantada toda la noche para atender a las mareas y a sus asuntos en el río».²⁷⁴

²⁷¹ Cf. *Ibid.*, p. 179: «Los hispanoamericanos no regulan sus vidas por el reloj como hacen los anglosajones. Tanto la población rural como la urbana, al serles preguntado cuándo piensan hacer alguna cosa, da respuestas como: "Ahora mismo, a las dos o las cuatro"».

²⁷² J. M. Synge, *Plays, poems, and prose*, Everyman ed., Londres, 1941, p.257.

²⁷³ El suceso más importante en la relación de las islas con una economía externa durante la época de Synge fue la llegada del barco de vapor, cuyas horas podían verse muy afectadas por la marea y el tiempo. Véase Synge, *The Aran Islands*, Dublin, 1907, pp. 115-116.

²⁷⁴ PRO, WO 40/17. Es interesante observar otros ejemplos en que se reconoce que las horas de las tareas marinas estaban en pugna con las rutinas urbanas: el Tribunal del Almirantazgo

La frase operativa es «atender las mareas»: la organización del tiempo social en el puerto se ajusta a los ritmos del mar; y esto parece natural y comprensible al pescador o el marinero: la compulsión pertenece a la naturaleza.

De manera similar, el trabajar de amanecer a anochecer puede parecer «natural» en una comunidad agrícola, especialmente durante los meses de cosecha: la naturaleza exige que se recolecte el grano antes de que comiencen las tormentas. Y se pueden observar ritmos de trabajo igualmente «naturales»-relacionados con otras ocupaciones rurales e industriales: hay que ocuparse de las ovejas mientras crían y guardarlas de los depredadores; hay que ordeñar las vacas; se debe vigilar el fuego del carbón y no permitir que llegue a quemar la turba (y los carboneros tienen que dormir a su lado); una vez que se comienza la producción de hierro, no se puede permitir que fallen los hornos.

La notación del tiempo que surge de estos contextos ha sido descrita como «orientación al quehacer». Es quizás la orientación más efectiva en las sociedades campesinas, y es importante en las industrias locales pequeñas y domésticas. No ha perdido de ninguna manera toda su relevancia en ciertas zonas rurales de la Inglaterra actual. Se pueden proponer tres puntos sobre la orientación al quehacer.

El primero es que, en cierto sentido, es más comprensible humanamente que el trabajo regulado por horas. El campesino o trabajador parece ocuparse de lo que es una necesidad constatada. En segundo lugar, una comunidad donde es normal la orientación al quehacer parece mostrar una demarcación menor entre «trabajo» y «vida». Las relaciones sociales y el trabajo están entremezclados -la jornada de trabajo se alarga o contrae de acuerdo con las labores necesarias- y no existe mayor sentido de conflicto entre el trabajo y el «pasar el tiempo». En tercer lugar, al hombre acostumbrado al trabajo regulado por reloj, esta actitud hacia el trabajo le parece antieconómica y carente de apremio.²⁷⁵

Una diferenciación tan clara supone, desde luego, como referente, al campesino o artesano independientes. Pero la cuestión de la orientación al

estaba siempre abierto, «pues que los forasteros y mercaderes, y hombres de mar, tienen que aprovechar la oportunidad de mareas y vientos, y no pueden, sin ruina y gran perjuicio, asistir a las solemnidades de los tribunales y alegatos dilatorios» (E. Vansittart Neale, *Feasts and fests*, Londres, 1845, p. 249), mientras que en algunas legislaciones sabatarias se hacía una excepción para los pescadores que divisaban un banco de peces cerca de la costa en día de descanso.

²⁷⁵ Henri Lefebvre, *Critique de la vie quotidienne*, Paris, 1958, II, pp. 52-56, prefiere la distinción entre «tiempo cíclico» -que surge del cambio en las ocupaciones agrícolas de temporada- y «tiempo lineal» de la organización urbana e industrial. Más sugestiva es la distinción de Lucien Febvre entre «Le temps vécu et le temps-me-sure», *Le problème de l'incroyance ou XVI^e siècle*, Paris, 1947, p. 431. Un examen en tanto esquemático de la organización de las tareas en las economías primitivas se encuentra en Stanley H. Udy, *Organisation of work*, New Haven, 1959, cap. 2.

quehacer se hace mucho más compleja en el caso de que el trabajo sea contratado. La economía familiar del pequeño agricultor puede estar en términos generales orientada al quehacer; pero dentro de ella puede existir una división del trabajo y una distribución de papeles, así como la disciplina de la relación patrón-empleado entre el campesino y sus hijos, Incluso en este caso empieza el tiempo a convertirse en dinero, dinero del patrón. Tan pronto como se utilizan verdaderos braceros se señala el cambio, de orientación al quehacer a trabajo regulado. Es cierto que la regulación del trabajo puede hacerse sin reloj ninguno, y de hecho precede a la difusión del reloj. Pero, a mediados del siglo XVII, los campesinos acomodados calculaban sus expectativas sobre el trabajo contratado (como lo hizo Henry Best) en «jornadas»: «el Cunnigarth, con sus tierras bajas, supone cuatro lar-gas jornadas regulares», etc.,²⁷⁶ y lo que Best hizo en sus propias tierras, intentó presentarlo Markham de forma general:

“Un hombre... puede segar de Cereal, como Cebada y Avena, si es grueso, leñoso y abatido hasta el suelo, trabajando bien, y no cortando las cabezas de las espigas, y dejando la caña aún en crecimiento, acre y media al día: pero si el cereal es bueno, grueso y bien erguido, puede entonces segar dos acres o dos acres y medio al día; pero si el cereal es corto y fino, puede entonces segar tres, y a veces cuatro acres al día, y no trabajar en exceso...”²⁷⁷

El cálculo es difícil y depende de muchas variables. Evidentemente, una forma directa de medir el tiempo era más conveniente.²⁷⁸

Esta forma de medir el tiempo encarna una relación simple. Los que son contratados experimentan una diferencia entre el tiempo de sus patronos y su «propio» tiempo. Y el patrón debe *utilizar* el tiempo de su mano de obra y ver que no se malgaste: no es el quehacer el que domina sino el valor del tiempo al ser reducido a dinero. El tiempo se convierte en moneda: no pasa sino que se gasta. Este contraste puede observarse en cierta medida, en las actitudes hacia dinero y trabajo, en dos pasajes del poema de Stephen Duck, «The thresher's labour».²⁷⁹ El primero describe una situación laboral que nosotros consideramos como normal en los siglos XIX y XX:

²⁷⁶ *Rural Economy in Yorkshire in 1641 ... Farming and Account Books of Henry Best*, ed. C. B. Robinson (Surtees Society, XXXIII), 1857. pp. 38-39.

²⁷⁷ G. M., *The enrichment of the Weald of Kent*, Londres, 1660¹⁰, cap. XII: «Un cálculo general de los hombres, y de los trabajos de las reses: lo que cada uno puede realizar sin perjuicio cotidianamente», pp. 112-118.

²⁷⁸ El cálculo salarial todavía implicaba, por supuesto, la jornada estatuida de amanecer a atardecer, definida, tan tarde como 1724, en una relación de Lancashire: «Trabajaránd desde las cinco de la mañana hasta entre siete y ocho de la noche, desde mediados de marzo a mediados de septiembre», y desde ese momento «desde la primavera del día hasta la noche», con dos medias horas para beber y una hora para comer y (en verano solamente) media hora de sueño: «por lo demás, por cada hora de ausencia se descontará un penique»: *Annals of Agriculture*, XXV (1796).

²⁷⁹ «The threshers Labour», ed. de E. P. Thompson y Marian Sugden (1989).

“...Rebotan las duelas de manzano silvestre de nuestros tablones,
y el eco de los graneros devuelve el golpeteo.
Vuelan al aire nuestras nudosas armas;
y con igual fuerza descienden después desde la altura:
abajo, arriba, tan bien marcan el tiempo,
que los martillos de los *cíclopes* no pudieron repicar con más fidelidad ...
Desciende rítmicamente nuestro sudor en salados arroyos,
cayendo de nuestras quedejas o resbalando por la cara.
No conocemos interrupción en nuestro quehacer;
la ruidosa trilla siempre ha de seguir.
ausente el patrón, otros se solazan sin temor;
el trillador dormido se traiciona.
Ni siquiera para engañar la tediosa labor,
y que con dulzura sonrían los minutos que pasan,
podemos, como pastores, contar alegres historias,
la voz se pierde, ahogada por el estrepitoso golpear ...

Semana tras semana nos esforzamos en este duro quehacer,
hasta que los días de aventar traen algo nuevo;
nuevo sí, muchas veces peor,
el trillador solo se rinde ante la maldición de su patrón;
cuenta los sacos, cuenta las medidas del día,
y luego jura que hemos malgastado la mitad de la jornada.
¡Pero, pillos! ¿Pensáis que esto es bastante?
Vuestros vecinos trillan dos veces más.*

Esto parece describir la monotonía, la alienación del placer en el trabajo, y el antagonismo de intereses que se atribuye generalmente al sistema fabril. El segundo pasaje describe la recolección:

Por fin descansa en filas el grano bien secado,
grata escena, listo para los graneros.
Bien contento mira el patrón la escena con regocijo,
y nosotros empleamos toda nuestra fuerza para transportarlo.

* [From the strong Planks our Crab-Tree Staves rebound, / And echoing Barns return the rattling Sound. / Now in the Air our knotty Weapons Fly; / And now with equal Force descend from high: / Down one, one up, so well they keep the Time, / That *Cyclops* Hammers could not truer chime... / In briny Streams our Sweat descende apace, / Drops from our Locks, or trickles down our Face. / No intermission in our Works we know; / The noisy Threshall must for ever go. / Their Master absent, others safely play; / The sleeping Threshall doth itself betray. / Nor yet the tedious Labour to beguile, / And make the passing Minutes sweetly smile, / Can we, like Shepherds, tez a merry rate? / The Voice is lost, drown'd by the noisy Flail / Week after Week we tbis dull Task pursue, / Unless when winnowing Days produce a new; / A new indeed, but frequently a worse, / The Threshall yields but to the Master's Curse: / He counts the Bushels, counts how much a Day, / Then swears we 've idled half our Time away. / Why Iook ye, Rogues! D'ye think that this will do? / Your Neighbours thresh as much again as you.]

Pronto reina la confusión sobre los campos,
y llenan los oídos del trabajador clamores que le aturden;
las campanas, y el restallar de los látigos alternan su sonido,
y retumban sobre el suelo los carros traqueteantes.

Metido el trigo, los guisantes y otros granos,
comparten la misma suerte y pronto dejan la llanura pelada;
en clamoroso triunfo arranca la última carga,
y fuertes hurras proclaman el final de la cosecha.*

Es esta, por supuesto, una pieza establecida y obligatoria de la poesía agraria del siglo XVIII. Y también es cierto que se mantenía la moral del jornalero con las altas ganancias de la recolección. Pero sería un error considerar la situación de recolección en términos de respuesta directa a estímulos económicos. Es también un momento en el que los viejos ritmos colectivos rompen sobre los nuevos, y puede exhibirse una buena cantidad de folclore y hábitos rurales como evidencia que confirma la satisfacción psíquica y las funciones rituales - por ejemplo, el momentáneo olvido de diferencias sociales- del hogar de la cosecha. «¡Qué pocos saben hoy -escribe M. K. Ashby- lo que era participar en una cosecha hace noventa años! Aunque los desheredados no obtuvieron gran parte de los frutos, compartían, sin embargo, el éxito, la profunda dedicación y gozo de éste.»²⁸⁰

III

No está de ningún modo claro hasta qué punto estaba extendida la posibilidad de disponer de relojes precisos en la época de la Revolución industrial. Desde el siglo XIV en adelante se erigieron relojes en iglesias y lugares públicos; la mayoría de las parroquias inglesas deben haber poseído un reloj de iglesia hacia finales del siglo XVI.²⁸¹

Pero la precisión de estos relojes es una cuestión polémica y se mantuvo el uso de relojes de sol (en parte para poner los demás en hora) en los siglos

* [At length in Rows stands up the well-dry'd Com, / A grateful Scene, and ready for the Bam. / Our well-pleas'd Master views the Sight with joy, / And we for carrying ali our Force employ. / Confusion soon o'er all the Field appears, / And stunning Clamours fill the Workmens Ears; / The Bells, and clashing Whips, alternate sound, / And rattling Waggons thunder o'er the Ground. / The Wheat lot in, the Pease, and other Grain, / Share the same Fate, and soon leave bare the Plain; / In noisy Triumph the last Load moves on, / And loud Huzza's proclaim the Harvest done.]

²⁸⁰ M. K. Ashby, *Joseph Ashby of Tysoe*, Cambridge, 1961, p. 24.

²⁸¹ Para la primera evolución de los relojes, véanse Carlo M. Cipolla, *Clocks and culture*, *passim*; A. P. Usher, *A history of mechanical inventions*, ed. rev., Harvard, 1962, cap. VII; Charles Singer y otros, eds., *A history of technology*, Oxford, 1956, 111, cap. XXIV; R. W. Symonds, *A history of English clocks*, Penguin, 1947, pp. 10-16, 33; E. L. Edwards, *Weight-driven chamber clocks of the Middle Ages and Renaissance*, Alrincham, 1965.

XVII, XVIII XIX.²⁸²

Continuaron haciendo donativos caritativos en el siglo XVII (algunas veces extendidos como «tierras de reloj», «tierras de ding-dong» o «tierras de campana de toque de queda») para que se tocaran las campanas al alba y se diera el toque de queda.²⁸³ Así, Richard Palmer de Wokingham (Berkshire) cedió en 1664 la administración de unas tierras para que se pagara al sacristán el toque de la campana grande todas las mañanas a las cuatro, o lo más aproximado posible a estas horas, desde el 10 de septiembre al 11 de marzo todos los años.

“no sólo para que todos los que viven a distancia que puedan oír su sonido sean así inducidos a un oportuno marchar a descansar por la noche y un temprano madrugar por la mañana para las labores y deberes de sus muchos quehaceres (cosas comúnmente atendidas y premiadas con frugalidad y pericia)...”

sino también para que los forasteros y otras personas que oyean la campana en las noches de invierno «pudieran enterarse de la hora de la noche, y recibir cierta orientación sobre el camino apropiado». Estos «fines racionales», creía,

«no podían sino ser muy del agrado de las gentes discretas, siendo lo mismo hecho y bien visto en la mayoría de las ciudades y mercados, y otros muchos lugares del reino...».

La campana recordaría también a los hombres su carácter pasajero, la resurrección y el juicio.²⁸⁴ El sonido servía mejor que la vista, especialmente en distritos industriales en vías de desarrollo. En los distritos textiles del West Riding, en las Potteries (y probablemente en otros distritos), se utilizaba aún el cuerno para despertar a la gente por la mañana.²⁸⁵ El labrador levantaba en

²⁸² M. Gatty, *The Book of Sun-dáyles*, ed. rev., Londres, 1900. Para un ejemplo de un tratado que explica en detalle la forma de determinar las horas con el reloj de sol, véase John Smith, *Horotogical Dialogues*, Londres, 1675. Para ejemplos de mercedes concedidas para relojes de sol, véase C. J. C. Beeson, *Clockmaking in Oxfordshire*, Banbury Hist. Assn., 1962, pp. 76-78; A. J. Hawkes, *The clockmakers and watchmakers of Wigan, 1650-1850*, Wigan, 1950, p. 27.

²⁸³ Puesto que muchos de los primeros relojes de iglesia no daban las horas, estaban complementados con un campanero.

²⁸⁴ *Charity Commissioners Reports* (1837-1838), XXXII, parte I, p. 224; véanse también H. Edwards, *A Collection of Old English Customs*, Londres, 1842, esp. pp. 223-227; S. O. Addy, *Household rules*, Londres, 1895, pp. 129-130; *County Folk-Lore, East Riding of Yorkshire*, ed. Mrs. Gutch, Londres, 1912, pp. 150-151; *Leicestershire and Rutland*, ed. C. J. Bilson, Londres, 1895, pp. 120-121; C. L C. Beeson, *op. cu.*, p. 36; A. Gatty, *The Bell*, Londres, 1848, p. 20; P. H. Ditchfield, *Old English Customs*, Londres, 1896, pp. 232-241.

²⁸⁵ H. Heaton, *The Yorkshire woollen and worsted industries*, Oxford, 1965, p. 347. Wedgwood parece haber sido el primero en sustituir el cornetín por la campana en las Potteries: E. Meteyard, *Life of Josiah Wedgwood*, Londres, 1865, I, pp. 329-330.

ocasiones a sus propios braceros yendo a sus cabañas; y sin duda el aldabonazo de aviso empezó con las primeras fábricas.

Un gran avance en la precisión de los relojes domésticos se logró con la aplicación del péndulo en 1658. Los relojes de pared empezaron a difundirse más desde la década de 1660, pero los que tenían minutero (y agujas para las horas) se generalizaron bastante más tarde.²⁸⁶ En cuanto a aparatos más transportables, el reloj de bolsillo era de precisión dudosa hasta que se hicieron ciertos progresos en el escape y se aplicó el muelle de equilibrio espiral después de 1674.²⁸⁷ Aún se preferían los adornos y la riqueza en el diseño a la mera funcionalidad. Un diarista de Sussex anotó en 1688:

“compré... un reloj de plata, que me costó tres libras... este reloj da la hora del día, el mes del año, la fase de la luna, y la marea y reflujo de las aguas; y marcha treinta horas habiéndole dado cuerda solo una vez.”²⁸⁸

El profesor Cipolla sugiere la fecha de 1680 como el momento en que adquirió precedencia la fabricación de relojes ingleses sobre sus competidores europeos.²⁸⁹ La fabricación de relojes había surgido de las destrezas del herrero,²⁹⁰ y todavía puede observarse esta afinidad en los cientos de relojeros independientes que trabajan para encargos locales en sus propios talleres, dispersos a través de las ciudades con mercado e incluso grandes pueblos de Inglaterra, Escocia y Gales en el siglo XVIII.²⁹¹ Mientras que muchos de ellos no aspiraban más que al limpio reloj de campo de caja larga y cuerda para un día, había artesanos de verdadero genio entre ellos. Así por ejemplo John Harrison, relojero y antiguo carpintero de Barton-on-Humber (Lincolnshire), perfeccionó un cronómetro marino, y en 1730 declaraba haber

logrado llevar un reloj más cercano a la verdad, de lo que realmente puede imaginarse, si se considera el vasto número de segundos de tiempo que hay en un mes: en cuyo espacio de tiempo no oscila más de un

²⁸⁶ W. I. Milham, *Time and timekeepers*, Londres, 1923, pp. 142-149; F. J. Britten, *Old clocks and watches and their makers*, Londres, 1932⁶, p. 543; E. Bruton, *The longcase clock*, Londres, 1946, cap. IX.

²⁸⁷ Milham, *op. cit.*, pp. 214-226; C. Clutton y G. Daniels, *Watches*, Londres, 1965; F. A. B. Ward, *Handbook of the collections illustrating time measurement*, Londres, 1947, p. 29; Cipolla, *op. cit.*, p. 139.

²⁸⁸ Edward Turner, «Extracts from the Diary of Richard Stapley», *Sussex Archaeological Collection*, II (1899), p. 113.

²⁸⁹ Véase el examen de los orígenes de la industria inglesa en Cipolla, *op. cit.*, pp. 65-69.

²⁹⁰ En fecha tan tardía como 1697 en Londres la Compañía de Herreros disputaba el monopolio a los relojeros (fundada en 1631), basándose en que «es bien sabido que son los originales y verdaderos fabricantes de relojes, etc., y que tienen por ello completa pericia y conocimiento...»: S. E. Atkins y W. H. Overall, *Some Account of the Worshipful Company of Clockmakers of the City of London*, Londres, 1881, p. 118. Para un herrero-relojero de aldea, véase J. A. Daniell, «*The making of clocks and watches in Leicestershire and Rutland*», *Trans. Leics. Archaeol. Soc.*, XXVII (1951), p. 32.

²⁹¹ Se encuentran listas de estos relojeros en F. J. Britten, *op. cit.*; John Smith, *Old Scottish clockmakers*, Edimburgo, 1921, e I. C. Peate, *Clock and watch makers in Wales*, Cardiff, 1945.

segundo... estoy seguro de poder llevarlo a la excelencia de dos o tres segundos al año.²⁹²

Y John Tibbot, un relojero de Newtown (Montgomeryshire) había perfeccionado un reloj en 1810 que (decía él) pocas veces oscilaba más de un segundo en dos años.²⁹³ Entre estos extremos se encontraban todos los numerosos, perspicaces y muy hábiles artesanos que jugaron un papel de importancia crítica en la innovación técnica de las primeras fases de la Revolución industrial. Este hecho no quedaría oculto para ser descubierto por el historiador: se presentó con energía en ciertas peticiones de los relojeros contra la estimación fiscal en febrero de 1798. Por ejemplo, la petición de Carlisle:

"las industrias del algodón y la lana están enteramente endeudadas por el estado de perfección que la maquinaria que allí emplean ha conseguido, al reloj y los relojeros, grandes cantidades de los cuales han estado, desde hace muchos años... empleados en la invención y construcción así como supervisión de estas maquinarias..."²⁹⁴

La fabricación relojera en pequeñas localidades sobrevivió hasta el siglo XIX, aunque desde los primeros años de este siglo se hizo corriente que el relojero local comprara las piezas fabricadas en serie en Birmingham, montándolas en su propio taller. En contraste, la fabricación de relojes de bolsillo, desde los primeros años del siglo XVIII, se concentró en unos cuantos centros, de los cuales los más importantes eran Londres, Coventry, Prescot y Liverpool.²⁹⁵ Desde los comienzos se produjo una minuciosa subdivisión del trabajo en esta industria, facilitando la producción a gran escala y la reducción de los precios: la producción anual de esta industria en su punto más alto (1796) se calculó entre 120.000 y 191.678, una parte sustancial de la cual se destinaba al mercado de exportación.²⁹⁶ El poco afortunado intento de Pitt de cobrar

²⁹² Documentos de la Compañía de Relojeros, Archivo Gremial de Londres, 6026/1. Véase (para el cronómetro de Harrison) F. A. B. Ward, *op. cit.*, p. 32.

²⁹³ 31 I. C. Peate, «*John Tibbot, clock and watch maker*», *Montgomeryshire Collections*, XLVIII, parte 2, Welshpool, 1944, p. 178.

²⁹⁴ 32 *Commons Journals*, LIII, p. 251. Los testigos de Lancashire y Derby dieron testimonios similares: *ibid.*, pp. 331, 335.

²⁹⁵ Los centros comerciales de fabricación de relojes de pared y de bolsillo que suplicaban contra el impuesto en 1798 fueron: Londres, Brístol, Coventry, Leicester, Prescot, Newcastle, Edimburgo, Liverpool, Carlisle y Derby: *Commons Journals*, LIII, pp. 158, 167, 174, 178, 230, 232, 239, 247, 251, 316. Se afirmaba que solo en Londres había 20.000 personas dedicadas a este oficio, 7.000 de ellos en Clerkenwell. Pero en Bristol solo había de 150 a 200. Para Londres, véase M. D. George, *London life in the eighteenth-century*, Londres, 1925, pp. 173-176; Atkins y Overall, *op. cit.*, p. 269; *Morning Chronicle* (19 de diciembre de 1797); *Commons Journals*, LIII, p. 158. Para Bristol, *ibid.*, p. 332. Para Lancashire, *Victoria County History, Lancashire*.

²⁹⁶ El cálculo más bajo lo dio un testigo ante el comité para las peticiones de los relojeros (1798): *Commons Journals*, LIII, p. 328: estimación del consumo anual interior, 50.000; exportación, 70.000. véase también un cálculo similar (relojes de pared y de bolsillo) para 1813, Atkins y Overall, *op. cit.*, p. 276. El cálculo más alto es el de las cubiertas de relojes de

impuestos sobre todo tipo de relojes, aunque sólo duró de julio de 1797 a marzo de 1798, marcó un momento decisivo en el destino de la industria. Ya en 1796 se lamentaba ésta de la competencia de los relojes de bolsillo franceses y suizos; las quejas continuaron incrementándose en los primeros años del siglo XIX. La Compañía de Relojeros declaró en 1813 que el contrabando de relojes de oro baratos había alcanzado proporciones alarmantes, y que aquellos se vendían en joyerías, mercerías, sombrererías, tiendas de juguetería francesa, perfumerías, etc., «casi exclusivamente para el uso de *las clases altas de la sociedad*». Al mismo tiempo algunos artículos baratos de contrabando, vendidos por casas de empeño o viajantes de comercio, debían estar llegando hasta las clases más pobres.²⁹⁷

Está claro que había abundantes relojes de todo tipo hacia 1800. Pero no está claro a quién pertenecieran. El doctor Dorothy George, que escribía a mediados del siglo XVIII, sugiere que «el trabajador, como el artesano, poseían con frecuencia relojes de plata», pero esta afirmación es imprecisa en cuanto a la fecha y sólo está ligeramente documentada.²⁹⁸ El precio promedio de los relojes sencillos de pared de caja larga fabricados localmente en Wrexham entre 1755 y 1774, oscilaba entre 2 libras y 2 libras 15 chelines; una lista de precios de Leicester, de relojes nuevos sin caja, de 1795, varía de 3 libras a 5 libras. Un reloj bien hecho no costaría menos con toda seguridad.²⁹⁹ En vista de ello, ningún bracero cuyos presupuestos fueron registrados por Eden o David Davies podía siquiera soñar con semejantes precios, pudiendo sólo hacerlo los artesanos urbanos mejor pagados. El registro del tiempo (sospechamos) pertenecía a mediados de siglo todavía a la gente acomodada, patronos, agricultores y comerciantes; y es posible que la complejidad de los diseños y la preferencia por los metales preciosos, fueran formas intencionadas de acentuar el simbolismo de *status*.

Pero también parece que la situación empezaba a cambiar en las últimas décadas del siglo. La polémica provocada por el intento de cobrar impuestos sobre todo tipo de relojes en 1797-1798 ofrece una prueba parcial. Fue quizás el más impopular y con toda certeza el más desafortunado de los impuestos de

bolsillo con la marca de Goldsmiths Hall cubiertas de plata, 185.102 en 1796, bajando a 91.346 en 1816- y se encuentra en el *Report of the Select Committee on the Petitions of Watchmakers, PP, 1817, VI, y 1818, IX, pp. I. 12.*

²⁹⁷ Atkins y Overall, *op. cit.*, pp. 302, 308: calculan (¿excesivamente?) 25.000 relojes de bolsillo de oro y 10.000 de plata importados, en su mayoría ilegalmente, al año; y Anónimo, *Observations on the Art and Trade of Clock and Watchmaking*, Londres. 1812, pp. 16-20.

²⁹⁸ M. D. George, *op. cit.* p. 70. Se utilizaban, desde luego, varios medios para determinar las horas sin el reloj: los grabados del cardador de lana (en *The Book of English Trades*, Londres, 1818, p. 438) le muestra con un reloj de arena en su banca: los trilladores median el tiempo siguiendo el movimiento de la luz que entraba por la puerta sobre el suelo del granero; y los mineros de estaño de Cornualles lo median en los subterráneos con velas (información provista por el señor J. G. Rule).

²⁹⁹ 37. I. C. Peate, «Two Montgomeryshire craftsmen», *Montgomeryshire collections*, XLVIII, parte I, Welshpool, p.5; J. A. Daniell, *op. cit.*, p. 39. El precio medio de los relojes exportados en 1792 era de 4 libras: *PP. 1818. IX, p. 1.*

Pitt:

Si tu dinero se lleva, aún te quedan los pantalones;
 Y los faldones de la camisa, si tus pantalones logra;
 Y la piel, si la camisa; y si los zapatos, los pies desnudos.
 Pero, no penséis en los IMPUESTOS: *¡Hemos vencido a la flota holandesa!*

³⁰⁰

Los impuestos consistían en 2 chelines 6 peniques por los relojes de bolsillo de plata o metal; 10 chelines por los de oro, y 5 chelines por relojes de otro tipo. En los debates que se produjeron sobre este impuesto, las intervenciones de los ministros sólo sobresalieron por sus contradicciones. Pitt declaró que esperaba que el impuesto produjera 200.000 libras al año:

De hecho, creía él, puesto que el número de casas que pagaban impuestos era de 700.000 y ya que en todo hogar había probablemente una persona que llevaba reloj, 8610 el impuesto sobre los relojes de bolsillo produciría esta suma.

Simultáneamente, como respuesta a las críticas, los ministros mantuvieron que la posesión de relojes era una señal de lujo. El ministro del Tesoro tenía una doble opinión: los relojes

«eran desde luego artículos prácticos, pero eran también artículos de lujo... generalmente en propiedad de personas que podrían muy bien pagar...», «Se proponía, no obstante, eximir los relojes de tipo más modesto... que generalmente poseían las clases más pobres.»³⁰¹

El ministro consideraba claramente este impuesto como una especie de Bolsa de la Fortuna; su cálculo sobrepasaba más de tres veces al del mismo Piloto del reino:

Tabla de estimación

Artículos	Impuesto	Estimación del ministro	Lo cual significaría, en relojes
Relojes de bolsillo de plata y oro	2 chel., 6 pen.	L 100.000	800.000
Relojes de oro	10 chel., 0 pen.	L 200.000	400.000
Otros relojes	5 chel., 0 pen.	L 3 o 400.000	c. 1.400.000

³⁰⁰ «A loyal song», *Morning Chronicle* (18 de diciembre de 1797). (If your Money he take - why your Breeches remain; / And the flaps of your Shirts, if your Breeches he gaín; / And your Skin, if your Shirts; and if Shoes, your bare feet, / Then, never mind TAXES - *We've beat the Dutch fleet!*)

³⁰¹ Las exenciones en la ley (37 George III, c. 108, cl. XXI, XXII y XXIV) eran: *a*) un reloj de cualquier tipo para un residente cualquiera de la casa exento de impuesto de «ventana» o «casa» (por ejemplo, un *cottage*); *b*) los relojes «hechos de madera, o fijados en madera, y los cuales relojes son generalmente vendidos por sus respectivos fabricantes a un precio que no excede la suma de 20 chelines...»; *c*) los criados agrícolas.

Brillándole los ojos ante la perspectiva de un aumento de ingresos, Pitt revisó sus definiciones: podría poseerse *un solo reloj de bolsillo* (o perro) como artículo de conveniencia, lo que sobrepasara esto serían «pruebas de abundancia». ³⁰²

Desgraciadamente para los cuantificadores del crecimiento económico, se olvidó una cuestión: era imposible cobrar este impuesto.³⁰³ Se ordenó a todas las comunidades domésticas, bajo horribles penas, que enviaran listas de los relojes que existían en sus hogares. La estimación sería trimestral:

El Sr. Pitt tiene ideas muy apropiadas para el resto de las finanzas del país. Se ha dispuesto que el impuesto de *media corona* se cobre *trimestralmente*. Esta es grande y digno. Da cierto aire de enjundia a un hombre el pagar *siete peniques y media* en pro de *la religión, la propiedad y el orden social*: ³⁰⁴

La verdad es que esta gabela se consideraba una locura, que establecía un sistema de espionaje y como un golpe contra la clase media.³⁰⁵ Los propietarios de relojes de oro fundieron las cubiertas y las convirtieron en plata o metal.³⁰⁶ Los centros de fabricación cayeron en la crisis y en la depresión.³⁰⁷ Al revocar la ley en marzo de 1798, Pitt dijo tristemente que este impuesto *habría* sido mucho más productivo de lo que originalmente se calculó; pero no está claro si era su propio cálculo (200.000 libras) o el del ministro del Tesoro (700.000) en el que estaba pensando.³⁰⁸

Permanecemos en la ignorancia (pero en la mejor de las compañías). Había muchas maquinarias de medir el tiempo hacia 1790: el énfasis se iba trasladando del «lujo» a la «conveniencia»; incluso los *cottagers* podían poseer relojes de madera que costarían por debajo de los 20 chelines. En realidad, se está produciendo una difusión general de los relojes (como era de esperar) en el momento exacto en que la Revolución industrial exigía una mayor

³⁰² *Morning Chronicle* (1 de julio de 1797); *Craftsman* (8 de julio de 1797); *Parliamentary History*, XXXIII, possim.

³⁰³ En el año que terminó el 5 de abril de 1798 (tres semanas después de la revocación), el impuesto había recaudado 2.600 libras: *PP, CIH, Accounts and Papers (1797-1798)*, XIV, pp. 933 (2) y 933 (3).

³⁰⁴ *Morning Chronicle* (26 de julio de 1797).

³⁰⁵ Puede percibirse un índice en la pesada colección de cuentas vencidas y no pagadas. Impuestos aplicados, julio de 1797: ingresos en el año que terminaba en enero de 1798, 300 libras. Impuestos anulados, marzo de 1798: vencidos y no pagados, año que terminaba en enero de 1799, 35.420 libras; en el año que terminaba en enero de 1800, 14.966. *PP, CIX, Accounts and Papers (1799-1800)*, LI, pp. 1.009 (2) y 1.013 (2).

³⁰⁶ *Morning Chronicle* (16 de marzo de 1798); *Commons Journal*, LIII, p. 328.

³⁰⁷ véase las peticiones, citadas *supra*, nota 33; *Commons Journal*, LIII, pp. 327-333; *Morning Chronicle* (13 de marzo de 1798). Se decía que dos tercios de los relojeros de Coventry estaban sin empleo: *ibid.* (8 de diciembre de 1797).

³⁰⁸ *Craftsman* (17 de marzo de 1798). Lo único que consiguió la ley fue que, existiera -en tabernas y lugares públicos- la «Ley del Reloj Parlamentario».

sincronización del trabajo. Aunque estaban apareciendo algunos ejemplares muy baratos -y de malísima calidad-, los precios de los que eran eficaces permanecieron durante muchas décadas fuera del alcance del artesano.³⁰⁹

Pero no debemos dejar que las preferencias económicas normales nos induzcan al error. El pequeño instrumento que regulaba los nuevos ritmos de la vida industrial era también una de las más urgentes entre las nuevas necesidades que el capitalismo industrial había creado para dar energía a su avance. Un reloj de cualquier tipo no sólo era útil; concedía prestigio a su dueño y había quien estaba dispuesto a estirar sus recursos para hacerse con uno. Había fuentes varias, ocasiones varias. Durante muchos años un goteo de relojes sólidos pero baratos se infiltró pasando del ratero al receptor, al prestamista y a la taberna.³¹⁰ Incluso a los jornaleros, a quienes una o dos veces en su vida, podían inesperadamente caerles la suerte del cielo trayéndoles un reloj: el botín en la milicia,³¹¹ las ganancias de la cosecha, o el salario anual de un criado.³¹² En algunos lugares del país se crearon Clubs de Relojes, de alquiler o adquisición colectiva.³¹³ Además, el reloj era el banco del pobre, una inversión de sus ahorros; en épocas malas podía venderse o empeñarse.³¹⁴

³⁰⁹ Algunos relojes importados aparecían con precios tan bajos como 5 chelines en 1813: Atkins y Overall, *op. cit.*, p. 292. Véase también supra, nota 39. El precio de un reloj de bolsillo inglés de plata de buen funcionamiento se determinó en 1817 (*Committee on Petitions of Watchmakers, PP, 1817, VI*) co 2 a 3 guineas; hacia los años 1830 un reloj de metal de buen funcionamiento se podía conseguir por 1 libra: D. Lardner, *Cabinet Cyclopaedia*, Londres, 1834, III, p. 297.

³¹⁰ Muchos relojes debieron cambiar de dueño en los bajos fondos de Londres: la legislación de 1754 (27 George II, c. 7) estaba dirigida a los receptores de relojes robados. Los rateros continuaron naturalmente su oficio imperturbables; véase, por ejemplo, *Minutes of Select Committee to Inquire into the State of the Police of the Metropolis*, 1816, p. 437: «por ejemplo los relojes; se puede uno deshacer de ellos con la misma facilidad que cualquier otra cosa... Tuvo que ser un muy buen reloj de plata patentado el que se pagara a 2 libras; y de oro a 5 o 6 libras». Los receptores de relojes robados en Glasgow, se decía, los vendían en grandes cantidades en los distritos rurales de Irlanda (1834): véase J. E. Handley, *The Irish in Scotland, 1798-1845*, Cork, 1934, p. 253.

³¹¹ «Siendo Winchester uno de los lugares de reunión de la milicia voluntaria, ha sido escenario de desórdenes, disipación y absurda extravagancia. Se cree que nueve décimas partes de las primas pagadas a estos hombres, que suman al menos 20.000 libras, se gastaron todas en el momento, en las casas públicas, sombrererías, relojerías, etc. Con el mayor desenfreno se llegaron a comer billetes de Banco entre rebanadas de pan y mantequilla»: *Monthly Magazine* (septiembre de 1799).

³¹² Algunos testigos que aparecieron ante el *Select Committee* de 1817 se lamentaron de que artículos de calidad inferior (conocidos en ocasiones como «relojes de judío») se elogiaban con exageración en ferias rurales y eran vendidos a los crédulos en falsas subastas: *PP, 1817, VI*, pp. 15-16.

³¹³ Benjamin Smith, *Twenty-four Letters from Labourers in América to their Friends in England*, Londres, 1829, p. 48: se refiere a ciertas partes de Sussex, veinte personas formaban un club (como el Cow Club), pagaban 5 chelines cada uno durante veinte semanas sucesivas, en cada una de las cuales se sorteaba un reloj de 5 libras.

³¹⁴ *PP, 1817, VI*, pp. 19.22.

«Este relojillo que ves -dijo un cajista *cockney* en la década de 1820- no me costó más de un billete de cinco cuando lo compré, y lo he empeñado más de veinte veces, y le he sacado en total más de cuarenta libras. Es un ángel de la guarda para uno, es un buen reloj, cuando estás apurado.»³¹⁵

Como quiera que un grupo de trabajadores determinado pasara a una fase de progreso en sus estándares de vida, la adquisición de relojes era una de las primeras cosas que percibían los observadores. En el bien conocido informe de Radcliffe sobre la edad dorada de los tejedores manuales de Lancashire en la década de 1790, los hombres tenían «todos un reloj de bolsillo» y las casas estaban «bien amuebladas con relojes de elegante caoba o caja elaborada». ³¹⁶ En Manchester, cincuenta años después, el mismo fenómeno llamó la atención de un periodista:

“Ningún obrero de Manchester carecerá de uno, un minuto más de lo necesario. Se ven, aquí y allá, en las casas de mejor clase, relojes antiguos de los de esfera metálica y ocho días; pero el artículo más común, con mucha diferencia, es el pequeño artefacto holandés, con su activo péndulo balanceándose abierta y cándidamente ante el mundo entero.” ³¹⁷

Treinta años después, era la doble cadena de oro del reloj lo que constituía el símbolo del dirigente obrero Lib-Lab,* y por cincuenta años de servicio disciplinado en su trabajo, el patrón ilustrado regalaba a su empleado un reloj de oro grabado.

IV

Volvamos del reloj a la tarea. La atención que se presta al tiempo en la labor depende en gran medida de la necesidad de sincronización del trabajo: Pero mientras que la industria manufacturera se mantuvo en una escala doméstica o de pequeño taller, sin una intrincada subdivisión de la producción, el grado de sincronización que se requería era leve, y prevalecía la orientación al quehacer.³¹⁸ El sistema de trabajo a domicilio exigía mucho traer y llevar y

³¹⁵ [c. M. Smith], *The Working Man's Way in the World*, Londres, 1853, pp. 67-68.

³¹⁶ W. Radcliffe, *The Origin of Power Loom Weaving*, Stockport, 1828. p. 167.

³¹⁷ *Morning Chronicle* (25 de octubre de 1849). Pero en 1843, J. R. Porter (*The Progress of the Nation*, 111, p. 5) todavía consideraba la posesión de un reloj como «una indicación cierta de prosperidad y de respetabilidad personal por parte del hombre trabajador».

* Liberal-laborista: laborista que aceptaba los principios de la economía liberal. (*N. del t.*)

³¹⁸ Para algunos de los problemas analizados aquí y en la sección siguiente, véase especialmente Keith Thomas, «Work and leisure in pre-industrial societies», *Past and Present*, nº 29 (diciembre de 1964). También C. Hill, «The uses of sabbatarianism», en *Society and puritanism in pre-revolutionary England*, Londres, 1964; E. S. Furniss, *The position of the laborer in a system of nationalism*, Boston, 1920; reimpr. Nueva York, 1965; D. C. Coleman, «Labour in the English economy of the seventeenth-century», *Econ. Hist. Rev.*, 2.- serie, VIII (1955-1956); S. Pollard, «Factory discipline in the industrial Revolution», *Econ. Hist. Rev.*, 2.^a serie, XVI (1963-1964); T. S. Ashton, *An economic history of England in the eighteenth-*

mucho esperar los materiales. El mal tiempo no sólo interrumpía las labores agrícolas, la construcción y el transporte, sino también el tejer, cuando había que extender las piezas acabadas sobre los tendedores para secar. Al aproximarnos a una labor cualquiera, quedamos sorprendidos por la multiplicidad de tareas subsidiarias que el mismo trabajador o grupo familiar debe hacer en una cabaña o taller. Incluso en talleres mayores, los hombres trabajaban en ocasiones en labores distintas en sus propias bancas o telares, y -excepto en el caso de que el miedo a la malversación de los materiales impusiera una rígida supervisión podía permitirse cierta flexibilidad en las entradas y salidas.

De ahí la característica irregularidad de las normas de trabajo anterior al advenimiento de las industrias mecánicas a gran escala. Dentro de los requerimientos generales para la labor de una semana o quince días -la pieza de tela, determinado número de clavos o de pares de zapatos-, podía alargarse o acortarse la jornada. Es más, en los comienzos del desarrollo de la industria fabril y de la minería, sobrevivieron muchos oficios mixtos: los mineros del estaño de Cornualles que también participaban en la pesca del arenque; los mineros del plomo del Norte que eran también pequeños agricultores; los artesanos de aldea que se ocupaban de trabajos varios, en la construcción, acarreo o carpintería; los trabajadores a domicilio que dejaban su ocupación durante la recolección; el pequeño agricultor, tejedor de los Peninos.

Es en la naturaleza de este tipo de trabajo donde no puede sobrevivir una planificación del tiempo precisa y representativa. Algunos extractos del diario de un tejedor-agricultor metódico de 1782-1783 nos pueden proporcionar un índice de la variedad de sus labores. En octubre de 1782 estaba todavía ocupado en la recolección y la trilla, al mismo tiempo que en su telar. En días de lluvia podía tejer de 8 1/2 a 9 yardas; el 14 de octubre llevó la pieza acabada, y por tanto sólo pudo tejer 4 3/4 yardas; el 23 trabajó hasta las 3 de la mañana, tejío 2 yardas antes de que el sol se pusiera, remendó una chaqueta al final de la tarde. El 24 de diciembre,

«tejí 2 yardas antes de las 11. Estuve amontonando el carbón, limpiando el tejado y las paredes de la cocina y amontonando el estiércol hasta las 10 de la noche»

Además de cosechar y trillar, batir la manteca y trabajar en el jardín, encontramos estas anotaciones:

18 de enero de 1783: Fui empleado para preparar el establo de un Ternero y Llevar las copas de tres Árboles de Plátano que crecían en el Callejón y fueron en este día cortados y vendidos a John Blag-brough.

century, Londres, 1955, cap. VII; W. E. Moore, *Industrialización and labor*, Nueva York, 1951, y B. F. Hoselitz y W. E. Moore, *Industrialization and society*, UNESCO. 1963.

21 de enero: Tejí 2 3/4 yardas habiendo parido la Vaca necesitaba mucho cuidado. (Al día siguiente fue andando hasta Halifax para comprar una medicina para la vaca.)

El 25 de enero tejió 2 yardas, caminó hasta una aldea próxima e hizo «varios trabajos en el torno y el patio y escribió una carta por la noche».

Otras ocupaciones incluían faenar con un caballo y un carro, recoger cerezas, trabajar en la presa de un molino, asistir a una reunión baptista y a un ajusticiamiento público por horca.³¹⁹

Esta irregularidad general debe inscribirse en el ciclo irregular de la semana de trabajo (e incluso del año de trabajo) que provocaba tantos lamentos de moralistas y mercantilistas en los siglos XVII y XVIII.

Unos versos impresos en 1639 nos ofrecen una versión satírica:

Ya sabes hermano que el Lunes es Domingo;
el Martes otro igual;
los Miércoles a la Iglesia has de ir y rezar;
el Jueves es media vacación;
el Viernes muy tarde para empezar a hilar;
el Sábado es nuevamente media vacación.³²⁰

John Houghton, nos da una versión indignada en 1681:

“Cuando los tejedores de punto o los que hacían medias de seda recibían precios altos por su trabajo, se observó que raramente trabajaban en Lunes o Martes sino que pasaban la mayor parte del tiempo en la taberna o los bolos... Con los tejedores es corriente que estén borrachos el Lunes, tengan dolor de cabeza el Martes y las herramientas estropeadas el Miércoles. En cuanto a los zapateros, antes se dejarían colgar que no

³¹⁹ MS: diarios de Cornelius Ashworth de Wheatley, en Halifax Ref. Llb.j véase también T. W. Hanson, «The diary of a grandfather», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1916. M. Sturge Henderson, *Three centuries in North Oxfordshire*, Oxford, 1902, pp. 133-146, 103, cita párrafos similares (tejer, matanza de cerdas, cortar leña, acudir al mercado) de un diario de un tejedor de Charlbury, 1784, etc., pero me ha sido imposible encontrar el original. Es interesante comparar presupuestos de tiempo de economías campesinas más primitivas, por ejemplo, Sol Tax, *Penny capitalism - A Guatemalan Indian economy*, Washington, 1953, pp. 104-105; George M. Foster, *A primitive Mexican economy*, Nueva York, 1942, pp. 35-38; M. J. Herskovits, *The economic life of primitive peoples*, Nueva York, 1940, pp. 72-79; Raymond Firth, *Malay fishermen*, Londres, 1946, pp. 93-97.

³²⁰ *Divers Crab-Tree Lectures*, 1639, p. 126, citado en John Brand, *Observations on Popular Antiquities*, Londres, 1813, I, pp. 459-460. H. Bourne, *Antiquitates Vulgares*, Newcastle, 1725, pp. 115 55., declara que los sábados por la tarde en lugares del campo y aldeas «Terminan las Labores del Arado, y se Extienden por toda la Aldea Refrigérios y Descanso». [You know that Munday is Sunday brother; / Tuesday is such another; / Wednesday you must go to Church and pray; / Thursday is half-holiday: / On Friday it is too late to begin to spin; / The Saturday is half-holiday again.]

recordar a San Crispín el Lunes... y así permanecen normalmente mientras tienen un penique de dinero o el valor de un penique en crédito.”³²¹

En la norma de trabajo se alternaban las tandas de trabajo intenso con la ociosidad, donde quiera que los hombres controlaran sus propias vidas con respecto a su trabajo. (El modelo persiste entre los que trabajan de forma independiente -artistas, escritores, pequeños agricultores y quizás también estudiantes- hoy, y ha suscitado la cuestión de si no se trata de un ritmo de trabajo humano «natural»), En lunes y martes, según la tradición, los telares manuales repetían lentamente *Tiempo de so-bra, Tiempo de so-bra*, en jueves y viernes, *Que-da un día, Que-da un día*.³²² La tentación de ahorrarse unas horas por la mañana, prolongaba el trabajo hasta la noche, *horas iluminadas por velas*.³²³ De pocos oficios se dice que no hagan honor a *San Lunes*: zapateros, sastres, carboneros, trabajadores de imprenta, alfareros, tejedores, calceteros, cuchilleros, todos los *cockneys*. A pesar del pleno empleo de muchos oficios en Londres durante las guerras napoleónicas, un testigo se lamentaba de que

«vemos que se guarda *San Lunes* tan religiosamente en esta gran ciudad... generalmente seguido por un *San Martes* también».³²⁴

Si hemos de creer a «Los cuchilleros joviales», una canción de Sheffield de finales del siglo XVIII, su observancia no carecía de tensiones domésticas:

«Cómo en un buen *San Lunes*,
sentado al fuego de la herrería,
contando lo hecho ese Domingo,
y conspirando en alegre regocijo,
pronto oigo levantarse la trampilla,
en la escalera está mi esposa:
«Maldito seas, Jack, te voy a desempolvar los ojos,
llevas una agravante vida de borracho;
estás aquí en lugar de trabajar;
con la jarra en las rodillas;
maldito seas, que siempre estás ocioso.
Y yo trabajo como una esclava para ti».*

La esposa continúa, hablando

³²¹ L. Houghton, *Collection of Letters*, Londres, ed. de 1683, p. 177, citado en Furniss, *op. cit.*, p. 121.

³²² T. W. Hanson, *op. cit.*, p. 234.

³²³ J. Clayton, *Friendly Advice to the Poor*, Manchester, 1755, p. 36.

³²⁴ *Report of the Trial of Alexander Wadsworth against Peter Laurie*, Londres, 1811, p. 21. La queja está particularmente dirigida contra los fabricantes de sillas de montar.

* [How upon a good Saint Monday, / Sitting by the smithy fire, / TeIilos what's been done o't Sunday, / And in cheerful mirth conspire, / Soon I hear the trap-door rise up, / On the ladder stands my wife: / «Damn thee, Jack, 1'11 duat they eyes up, / Thou leads a plaguy drunken life: / Here thou sits instead of working, / Wi' thy pitcher on thy knee: / Curse thee, thou'd be always lurking. / And I may slave myself for theeu.]

«con movimiento más rápido,
que mi taladro a ritmo de Viernes»,

expresando la efectiva demanda del consumidor:

«Ve, mira mi corsé,
mira qué par de zapatos:
vestido y enaguas media podridos,
no hay ni un punto entero en mis medias...»

e informa de una huelga general:

«Tú sabes que detesto la pendencia y la pelea,
pero no tengo ni jabón, ni té;
por Dios, Jack, que olvides el barril,
o nunca más yacerás conmigo. » ³²⁵ **

Parece ser que, de hecho, *San Lunes* era venerado casi universalmente dondequiera que existieran industrias de pequeña escala, domésticas y a domicilio; se observaba generalmente en las minas, y alguna vez continuó en industrias fabriles y pesadas.³²⁶ Se perpetuó en Inglaterra hasta el siglo XIX -y en realidad hasta el XX-³²⁷ por razones complejas de índole económica y social. En algunos oficios, los pequeños patronos aceptaron la institución y emplearon los lunes para tomar o entregar trabajo. En Sheffield, donde los cuchilleros habían adorado tenazmente al santo durante siglos, se había convertido en

³²⁵ *The songs of Joseph Mather*, Sheffield, 1862, pp. 88-90. El tema parece haber sido muy popular entre los escritores de baladas. Un ejemplo de Birmingham, «Dia de Borrachera, o San Lunes» (que debo al señor Charles Parker) dice: «San Lunes produce los peores males, / Pues cuando se ha consumido el dinero, / Las ropas de los niños se van en humo, / Lo cual causa descontento; / Y cuando por la noche se tambalea él hasta su casa / No sabe qué decir, / Un tonto es más hombre que él / En un dia de borracheras». [Saint Monday brings more ills about, / For when the money's spent, / The children's clothes go up the spout, / Which causes discontent; / And when at night he staggers home, / He knows not what to say, / A fool is more a man than he / Upon a fuddling day.]

** [«see thee, look what stays I've gotten, / See thee, what a pair o'shoes; / Oown and petticoat half rotten, / Ne'er a whole stitch In my hose ...»] / «Thou knows I hate to broil and quarrel, / But I've neither soap nor tea; / Od burn thee, Jack, forsake thy barreI, / Or nevermore thou'st lie wi' mee.]

³²⁶ Era observado por los tejedores mexicanos en 1800: véase Jan Bazant, «Evolution of the textile industry of Puebla, 1544-1845», *Comparative Studies in Society and History*, VIII (1964), p. 65. Relatos de mucho valor sobre las costumbres de Francia en los años 1850 y 1860 se encuentran en George Duveau, *La vie ouvrière en France sous l'Second Empire*, Paris, 1946, pp. 242-248, y P. Pierrard, *La vie ouvrière à Liège sous l'Second Empire*, Paris, 1965, pp. 165-166. Edward Young, que dirigió una investigación sobre las condiciones de trabajo en Europa, con la ayuda de estudios norteamericanos, habla de esta costumbre en Francia, Bélgica, Prusia, Estocolmo, etc., en los años 1870: E. Young, *Labour in Europe and America*, Washington, 1875, pp. 576, 661, 674, 685, etc.

³²⁷ Especialmente en las minas. Un viejo minero de Yorkshire me dice Que en su juventud era costumbre, en las buenas mañanas de lunes, echar una moneda al aire para decidir si se iba o no a trabajar. También se me ha dicho que todavía se honra a San Lunes (1967) en su pureza prística entre unos cuantos toneleros de Burton-on-Trent.

«un hábito y costumbre establecidos» que observaban incluso las fábricas de acero (1874):

“Esta inactividad del Lunes es, en algunos casos, obligada por el hecho de que el Lunes es el día que se dedica a reparar la maquinaria de las grandes siderurgias.”³²⁸

Donde la costumbre se encontraba profundamente establecida, el lunes era el día que se dejaba para el mercado y los asuntos personales. También, como sugiere Duveau acerca de los obreros franceses, «le dimanche est le jour de la famille, le lundi celui de l'amitié»; y con el avance del siglo XIX, su celebración era una especie de privilegio de status de los artesanos mejor pagados.³²⁹

Es, de hecho, en el relato de «Un viejo alfarero» publicado en fecha tan tardía como 1903 donde encontramos las observaciones más perspicaces sobre los ritmos de trabajo irregulares que continuaron en los alfares más antiguos hasta mediados de siglo. Los alfareros (en las décadas de 1830 y 1840) «sentían una devota veneración por San Lunes». A pesar de que la costumbre de contratación anual prevaleció, los ingresos semanales reales se hacían en trabajo a destajo, empleando los alfareros especializados a niños y trabajando con poca vigilancia, a su propio ritmo. Niños y mujeres trabajan los lunes y martes, pero reinaba un «sentimiento de fiesta» y la jornada era más corta que de costumbre, ya que los alfareros estaban ausentes gran parte del tiempo, bebiéndose lo ganado la semana previa. Los niños, no obstante, debían preparar material para el alfarero (por ejemplo, las asas de los cacharros que él modelaría) y todos sufrían por la cantidad excepcional de horas (catorce y algunas veces dieciséis al día) que se trabajaban de miércoles a sábado:

“...He estado pensando que si no fuera por el alivio del comienzo de la semana para mujeres y niñas en todos los alfares, no podría mantenerse la tensión mortal de los últimos cuatro días.”

«Un viejo alfarero», predicador metodista laico de opiniones liberal-radicales, vela estas costumbres (que deploaba) como consecuencia de la falta de mecanización de los alfares; y argüía que esta misma indisciplina del trabajo cotidiano influía sobre toda la vida y la organización obrera de los mismos. «Las máquinas significaban disciplina en las operaciones industriales»:

³²⁸ E. Young, *op. cit.*, pp. 408-409 (informe del cónsul norteamericano). De modo similar, en algunos distritos mineros, el «Lunes de Paga» se admitía entre los patronos, y solo se mantenían abiertas las minas para posibles reparaciones: los lunes solo «se realiza trabajo pasivo»: *Report of the Select Committee on the Scarcity and Dearness of Coal, PP*, 1873. X, QQ 177, 201-217.

³²⁹ Duveau, *op. cit.*, p. 247. «Un oficial mecánico» (T. Wright) dedica todo un capítulo a «San Lunes» en su *Some habits and customs of the working classes* (Londres, 1867, esp. pp. 112-116), bajo la impresión errónea de que la costumbre era «relativamente reciente» y consecuencia de que el uso del vapor como energía había creado «un cuerpo numeroso de trabajadores muy especializados y muy bien pagados», Y especialmente los mecánicos!

“...Si se hubiera encendido un motor de vapor todos los Lunes a las seis de la mañana, los trabajadores habrían estado disciplinados en el hábito de la industriosidad regular y continua... He observado, también, que las máquinas parecen inducir hábitos de cálculo. Los Alfareros eran lamentablemente deficientes a este respecto; vivían como niños, sin ninguna previsión calculada para el trabajo o sus resultados. En alguno de los condados del norte este hábito de calcular les ha hecho intensamente prudentes en muchos modos manifiestos.

Su gran sociedad cooperativa no habría nunca llegado a alcanzar un desarrollo tan immenso y fructífero si no fuera por la previsión inducida por el uso de la máquina. Una máquina que funcionara tantas horas a la semana produciría tanta cantidad de hilaza o tejido. Los minutos se consideraban factores de estos resultados, mientras que en los Alfares las horas, e incluso a veces los días, no se veían como tales factores. Quedaban siempre las mañanas y las noches de los últimos días de la semana, y se confiaba en compensar con ellos las pérdidas producidas por el abandono del principio de la semana.”³³⁰

Este ritmo de trabajo irregular se asocia generalmente al abundante beber del fin de semana: San Lunes es uno de los blancos de muchos tratados victorianos de abstinencia. Pero incluso el más sobrio y autodisciplinado artesano podía sentir la necesidad de alternar en este modo.

«No sé cómo describir la enfermiza repugnancia que se adueña a veces del hombre trabajador y le incapacita por completo durante un periodo de tiempo más o menos largo para ejercer sus ocupaciones corrientes»,

escribía Francis Place en 1829; a ello añadía una nota a pie de página de testimonio personal:

«Durante casi seis años, mientras trabajaba, cuando tenía trabajo que hacer, de doce a dieciocho horas al día. cuando no podía ya, por el motivo mencionado, continuar trabajando, solía escaparme y dirigirme tan rápidamente como podía a Highgate, Hampstead, Muswell-hill o Norwood, y así «volver a mis vómitos»... Este es el caso de todo trabajador que he conocido; y en proporción a lo perdido que sea el caso del hombre ocurrirán estos ataques con mayor frecuencia y serán de más larga

³³⁰ «*An old potter*», When I was a child, Londres, 1903, pp. 16,47-49,52-54, 57-58, 71, 74-75, 81, 185-186, 191. W. Sokol, de la Universidad de Wisconsin, ha dirigido mi atención hacia una serie de casos aparecidos en el *Staffordshire Potteries Telegraph* en 1853-1854 en que los patronos consiguieron multar o llevar a la cárcel a trabajadores que abandonaban su trabajo, a menudo en lunes y martes. Estas acciones se realizaban so pretexto de incumplimiento de contrato (contratación anual), para lo cual véase Daphne Simon, «*Master and servant*», en *Democracy and the labour movement*, ed. J. Saville, Londres, 1954. A pesar de esta campaña de procesos, la costumbre de observar San Lunes todavía aparece anotada en el *Report of the Children's Employment Commission*, PP, 1863, XVIII, pp. XXVII-XXVIII.

duración».³³¹

Podemos, finalmente, constatar que la irregularidad de días y semanas de trabajo se insertaba, hasta las primeras décadas del siglo XIX, dentro de la más amplia irregularidad del año de trabajo, salpicado por sus tradicionales fiestas y ferias. Todavía, a pesar del triunfo del domingo sobre los antiguos días de santos en el siglo XVII,³³² se adherían las gentes tenazmente a sus verbenas y festejos tradicionales, e incluso pudieron llegar a aumentar éstos tanto en fuerza como en extensión.³³³ Hasta qué punto puede extenderse esta problemática de la industria fabril a los trabajadores rurales? Aparentemente su caso supondría un implacable trabajo diario y semanal: el bracero rural no gozaba de San Lunes. Pero es necesaria una minuciosa diferenciación de las distintas situaciones laborales. La aldea del siglo XVIII (y del XIX) tenía sus propios artesanos independientes, así como muchos empleados en tareas de carácter irregular.³³⁴ Además, en el campo no cerrado, el argumento clásico contra el campo abierto y del común se basaba en su ineficacia y en el despilfarro de tiempo que suponía para el pequeño agricultor o el *cottager*:

“si les ofreces trabajo, te responden que deben ir a cuidar sus ovejas, cortar sus tojos, sacar su propia vaca del corral del concejo, o, quizás, dicen que deben llevar el caballo a herrar, para poder llevarlo a una carrera o a un juego de cricket...” (Arbuthnot, 1773).

“En su deambular tras el ganado, adquiere hábitos de indolencia. Un cuarto, la mitad, y ocasionalmente días enteros se pierden imperceptiblemente. La jornada de trabajo se hace insoportable...” (Informe sobre Somerset, 1795).

“Cuando un trabajador se ve en posesión de más tierra de la que él y su familia pueden cultivar en los atardeceres... el labriego ya no puede

³³¹ F. Place, *Improvement of the Working People*, 1834, pp. 13-15: Brit. Mus., Add. MS, 27825. véase también John Wade, *Hístory of the Middle and Working Classes*, Londres, 1835³, pp. 124-125.

³³² Véase C. Hill, *op. cit.*

³³³ Clayton (*op. cit.*, p. 13) sostiene que «la costumbre popular ha establecido tantos días de Fiesta, que muy pocos entre nuestros compañeros de trabajo fabril están firmemente y regularmente empleados más allá de dos terceras partes de su tiempo». Véase también Furniss, *op. cit.*, pp. 44-45, y el resumen de mi trabajo en el Bulletin of the Society for the Study of Labour Htstory, n.º 9 (1964).

³³⁴ «Tenemos cuatro o cinco pequeños labradores... tenemos un albañil, un carpintero, un herrero y un molinero, todos los cuales... tienen la frecuente costumbre de beber a la salud del Rey... Su trabajo es desigual; algunas veces están llenos de encargos y a veces no tienen ninguno; generalmente tienen muchas horas de ocio, porque... la parte más dura [de su trabajo] recae sobre algunos hombres que contratan...»: «Un labrador» describiendo su propia aldea en 1798.

depender de él para un trabajo constante..." (*Commercial and Agricultural Magazine*, 1800)³³⁵

A esto debemos añadir las frecuentes quejas de los reformadores agrícolas con respecto al tiempo perdido, tanto en ferias de temporada como (antes de la aparición del almacén de aldea) en los días de mercado.³³⁶

El mozo agrícola o el bracero asalariado fijo, que trabajaba sin descanso las horas estatuidas completas o más, que no poseía derechos comunales o parcela alguna y que (si no residía dentro) vivía en un *cottage* vinculado, estaba sin duda sujeto a una intensa disciplina laboral, tanto en el siglo XVII como en el XIX. La jornada de un arador (residente) fue descrita con entusiasmo por Markham en 1636:

"... el que ara ha de levantarse antes de las cuatro de la mañana, y después de dar gracias a Dios por el descanso y una oración por el éxito de su trabajo, se dirigirá al establo..."

Después de limpiar el establo, cepillar a los caballos, darles de comer y preparar sus aparejos, puede desayunar (6-6.30 de la mañana), debe arar hasta las 2 o 3 de la tarde; tomar media hora para el almuerzo; cuidar los caballos, etc., hasta las 6.30, cuando puede entrar a cenar:

"... y después de cenar, debe o bien arreglar sus zapatos y los de su Familia al lado del fuego, o sacudir y batir el Cáñamo o el Lino, o coger y sellar Manzanas o Manzanas silvestres para Sidra o Agrazada, o si no moler la malta en el molino de mano, o coger juncos para velas, o hacer alguna tarea agrícola dentro de casa hasta que lleguen las ocho..."

Entonces debe ocuparse otra vez de su ganado y («dando gracias a Dios por los beneficios recibidos en ese día») puede retirarse.³³⁷

Con todo, podemos permitirnos cierto escepticismo. Existen dificultades evidentes en la naturaleza de esta ocupación. Arar no es una tarea para todo el año. Las horas y las labores fluctúan con el tiempo. Los caballos (ya que no los hombres) deben descansar. Hay también una dificultad de control: el informe de Robert Loder indica que los criados (cuando no eran vistos) no siempre se empleaban en dar gracias a Dios de rodillas por sus beneficios: «los hombres pueden trabajar si hay placer y así pueden holgar».³³⁸ El agricultor mismo tenía

³³⁵ Citado en J. L. y B. Hammond, *The village labourer*, Londres, 1920, p. 13; E. P. Thompson, *The making of the English working class*, Londres, 1963, p. 220 (hay trad. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1989).

³³⁶ Véase, por ejemplo, *Annals of Agriculture*, XXVI (1796), p. 370 n.

³³⁷ G. Markham, *The Inrichmenl of the Weald of Kent*, Londres, 1660¹⁰, pp.115-117.

³³⁸ En el intento de explicar la deficiencia de sus existencias de trigo en 1617, Loder escribe: «Cuál sea la causa de ello no lo sé, pero fue en aquel año en que R. Pearce y Alce eran criados mias, entonces con gran afecto (como parecía de forma demasiado evidente) si se lo dió a los caballos ... o cómo desapareció, solo Dlos lo sabe». *Robert Loder's farm accounts*, ed. G. E. Fussell (Camden Soc., 3^a ser., LIII, 1936, pp. 59, 127).

que trabajar muchas horas si había de mantener siempre activos a sus braceros.³³⁹ Y el mozo podía hacer valer su derecho anual de marcharse si no le complacía su empleo.

De modo que el cercamiento de campos y el progreso agrícola estaban, en cierto sentido, relacionados con un gobierno eficaz del tiempo de la mano de obra. El cercamiento y un progresivo excedente de mano de obra a finales del siglo XVIII endurecieron la situación de los que tenían empleo fijo; se enfrentaron con las alternativas de empleo parcial y *leyes de pobres*, o la sumisión a una más exigente disciplina de trabajo. No es una cuestión de técnicas, sino de un mayor sentido de la economía del tiempo entre los patronos-capitalistas reformadores. Esto queda patente en un debate entre los defensores de la mano de obra asalariada con empleo fijo y los defensores del «trabajo contratado» (es decir, trabajadores contratados para determinadas labores a destajo). En la década de 1790, *sir Mordaunt Martin* censuraba el recurrir a trabajo contratado,

“que las gentes acuerdan, para ahorrarse el esfuerzo de vigilar a sus trabajadores: la consecuencia es que el trabajo se hace mal, el trabajador se jacta en la taberna del tiempo que desperdicia «apoyado contra la pared» y produce el descontento de los hombres con salarios modestos.”

«Un agricultor» respondió con el argumento de que el trabajo contratado y el trabajo fijo asalariado se podían combinar juiciosamente:

“Dos trabajadores se comprometen a cortar una porción de hierba a dos chelines o media corona el acre; yo envío con las hoces dos de mis mozos domésticos al campo; puedo estar seguro de que sus compañeros les harán trabajar; y así obtengo... las mismas horas adicionales de trabajo de mis mozos, que las que voluntariamente dedican a éste mis criados contratados.”³⁴⁰

En el siglo XIX la polémica se resolvió en gran parte a favor del trabajo asalariado semanal, complementado por labores necesarias cuando lo requería la ocasión. La jornada de los trabajadores de Wiltshire, según fue descrita por Richard Jefferies en la década de 1870, era poco menos prolongada que la descrita por Markham. Quizá, resistiéndose a tan intenso faenar, se diferenciara en la «torpeza de su caminar» y «la mortecina lentitud que parece impregnar todo lo que hacen».³⁴¹

El trabajo más arduo y prolongado de la economía rural era el de la mujer del bracero. Una parte de aquél -especialmente el cuidado de los niños-; era el

³³⁹ Para una relación de la jornada de un agricultor activo, véase William Howitt, *Rural life of England*, Londres, 1862, pp. 110-111.

³⁴⁰ Sir Mordaunt Martin en *Bath and West and Southern Counties Society, Letters and Papers*, Bath, 1795, VII, p. 109; «A farmer», «Observations on Taken-Work and Labour», *Monthly Magazine* (septiembre de 1798, mayo de 1799).

³⁴¹ J. R. Jefferies, *The toilers of the field*. Londres, 1892, pp. 84-88, 211-212.

más orientado al quehacer. Otra parte estaba en los campos, de los cuales tenía que volver para ocuparse de nuevas tareas domésticas. Como protestara Mary Collier en una penetrante réplica a Stephen Duck:

cuando de vuelta en Casa estamos,
iay! sabemos que nuestro Trabajo no ha hecho más que empezar;
tantas cosas requieren nuestro Cuidado,
diez manos que tuviéramos, podríamos emplear,
Los Niños en la Cama, con el mayor Cuidado
todo lo necesario para vuestro retomo preparamos;
vosotros cenáis, y sin tardanza a la Cama vais,
y descansáis hasta el siguiente Día;
mientras nosotras, iay! poco Sueño podemos disfrutar,
pues nuestros madrugadores Hijos lloran y gritan ...

En toda Labor tenemos nuestra debida Parte;
y desde el día que empieza el Cosechar,
hasta cortar y guardar el Grano,
nuestras cotidianas labores y tareas así extremamos,
que casi nunca *Tiempo para soñar tenemos*.³⁴²

Una forma tal de trabajar era sólo soportable porque parte del mismo, los niños y la casa, se revelaba como necesario e inevitable, más que como una imposición externa. Esto es hoy día todavía cierto y, no obstante las horas de escuela y televisión, los ritmos de trabajo de la mujer en el hogar no están enteramente adaptados a las medidas del reloj. La madre de niños pequeños tiene un sentido imperfecto del tiempo y observa otras mareas humanas. Todavía no ha salido del todo de las convenciones de la sociedad «preindustrial».

V

He colocado «preindustrial» entre comillas y hay para ello una razón. Es cierto que la transición a la sociedad industrial madura exige un análisis en términos sociológicos así como económicos. Conceptos tales como «preferencia temporal», y «la curva ascendente de la oferta de mano de obra», son, con

³⁴² Mary Collier, ahora lavandera, de Petersfield en Hampshire, *The Woman's Labour: An Epistle to Mr. Stephen Duck: in Answer to his late Poem, called The Thresher's Labour*. Londres, 1739, pp. 10-11, reimpresión 1989. [...] when we Home are come, / Alas! we find our Work but just begun; / So many Things for our Attendance call, / Has we ten Hands, we could employ them all. / Our Children put to Bed, with greatest Care / We all Things for your coming Home prepare:/ You sup, and go to Bed without delay, / And rest yourselves till the ensuing day; / While we, alas! but little Sleep can have, / Because our froward Children cry and rave ... / In ev'ry Work (we) take our proper Share; / And from the Time that Harvest doth begin / Until the Com be cut and carry'd in, / Our Toil and Labour's daily so extreme, / That we have hardly ever *Time to dream.*]

excesiva frecuencia, complicados intentos de encontrar términos económicos que describan problemas sociológicos. Pero, de igual modo, el intento de proporcionar modelos simples para un solo proceso, supuestamente neutro y tecnológicamente orientado, conocido como «industrialización» es también dudoso.³⁴³ No es solamente que las industrias fabriles altamente desarrolladas y técnicamente alerta (y la forma de vida que propugnaban) de Francia e Inglaterra en el siglo XVIII puedan ser descritas como «preindustriales» sólo mediante una violencia semántica. (Y una descripción tal deja el camino abierto a interminables analogías falsas entre sociedades en niveles económicos enormemente diferentes.) Es también que no hubo nunca un solo tipo de «transición». La tensión de ésta recae sobre la totalidad de la cultura: la resistencia al cambio y el asentimiento al mismo surge de la cultura entera. Y ésta incluye un sistema de poder, relaciones de propiedad, instituciones religiosas, etc. Y el no prestar atención a todos ellos simplemente desvirtúa los fenómenos y trivializa el análisis. Sobre todo la transición no es a la «industrialización» *tout court* sino al capitalismo industrial o (en el siglo XX) a sistemas alternativos cuyos rasgos son aún inciertos. Lo que aquí examinamos no sólo son los cambios producidos en las técnicas de manufactura que exigían una mayor sincronización del trabajo y mayor exactitud en la observación de las horas en *todas* las sociedades, sino también la vivencia de estos cambios en la sociedad del naciente capitalismo industrial. Estamos tratando simultáneamente el sentido del tiempo en su condicionamiento sociológico y la medida del tiempo como medio de explotación laboral.

Existen motivos para que la transición fuera particularmente prolongada y estuviera plagada de conflictos en Inglaterra: entre los que se estudian con frecuencia, se encuentra el hecho de que la inglesa fuera la primera Revolución industrial y no hubiera ni cadillacs, ni siderurgias, ni televisiones para servir como prueba manifiesta del propósito de la operación. Además, los preliminares de la Revolución industrial fueron tan largos que, en los distritos fabriles de comienzos del siglo XVIII, se había desarrollado una cultura popular vigorosa y libre, que los propagandistas de la disciplina veían con consternación. Josiah Tucker, deán de Gloucester, declaraba en 1745 que «*las clases mas bajas de gente* estaban totalmente degeneradas. Los extranjeros (sermoneaba) se encontraban con que «*la gente llana de nuestras populosas ciudades* son los infelices, más llenos de *abandono* y más *licenciosos* de la tierra»:

«Tanta brutalidad e insolencia, tanto libertinaje y extravagancia, tanta ociosidad, irreligiosidad, maldecir y blasfemar, y desprecio por toda regla y autoridad... Nuestras gentes están *borrachas con la copa de la libertad.*»³⁴⁴

³⁴³ Véase la valiosa crítica de André Gunder Frank, «Sociology of development and under-development of sociology», *Catalyst*, Buffalo (verano de 1967).

³⁴⁴ J. Tucker, *Six Sermons*, Bristol, 1772, pp. 70-71.

Los ritmos irregulares de trabajo descritos en la sección anterior nos ayudan a entender la severidad de las doctrinas mercantilistas por lo que respecta a la necesidad de mantener bajos los salarios como prevención contra la inactividad, y hasta la segunda mitad del siglo XVIII no parecen comenzar a ser generalmente efectivos los estímulos salariales «normales» del capitalismo.³⁴⁵ Los enfrentamientos debidos a la disciplina ya han sido examinados por otros.³⁴⁶ Lo que me propongo hacer aquí es tratar brevemente diferentes puntos relacionados con la disciplina del tiempo más particularmente. El primero se encuentra en el extraordinario *Law Book of the Crowley Iron Works*, aquí, en los comienzos mismos de la unidad a gran escala de la industria manufacturera, el viejo autócrata, Crowley, creyó necesario pensar un código completo, civil y penal, cuya extensión sobrepasaba las 100.000 palabras, para gobernar y regular a la refractaria mano de obra. Los preámbulos de las Órdenes Número 40 (vigilante de fábrica) y 103 (monitor) dan el tono general de vigilancia moralmente virtuosa. De la Orden 40:

« Habiendo sido por mucha gente que trabajan por jornada con la connivencia de los oficiales horriblemente engañado y habiendo pagado por mucho más tiempo de lo que debo en conciencia y siendo tal la bajeza y traición de varias empleados que han ocultado la pereza y negligencia de los que cobran por jornada... »

Y de la Orden 103:

« Algunos han pretendido tener un cierto derecho a holgar, confiando en su presteza y habilidad para hacer lo suficiente en menos tiempo que los demás. Otros han sido tan necios como para creer que hasta su simple presencia sin emplearse en ningún asunto... Otros tan descarados como para glorificar su villanía y reprender a los demás por su diligencia... »

Con el fin de que la pereza y la villanía sean detectadas y los justos y diligentes premiados, yo he creído prudente crear un control del tiempo hecho por un Monitor, y ordeno y por esta declaro quede 5 a 8 y de 7 a 10 son 15 horas, de las cuales se toma 1 1/2 para el desayuno, almuerzo, etc. Habrá por tanto trece horas y media de servicio neto... »

Este servicio había de ser calculado

«después de todas las deducciones por encontrarse en tabernas, cervecerías, casas de café, desayuno, almuerzo, jugar, dormir, fumar, cantar, leer las noticias de historia, pelear, contender, disputar o cualquier cosa ajena a mis asuntos, en cualquier caso, holgazanear»

³⁴⁵ El cambio se vislumbra quizá también en la ideología de los patronos más ilustrados: véase A. W. Coats, «*Changing attitudes to labour in the mid-eighteenth-Century*», *Econ. Hist. Rev.*, 2^a ser., XI (1958-1959).

³⁴⁶ Véase Pollard, *op. cit.*; N. Kendrick, «*Josiah Wedgwood and factory discipline*», *Hist. Journal*, IV (1961); véase también Thompson, *op. cit.*, pp. 356-374.

Se ordenó al monitor y al vigilante de fábrica que mantuviieran una hoja de horas para cada empleado a jornal, anotadas al minuto, con «Entrada» y «Salida». En la Orden del monitor, sección 31 (una añadidura posterior) se declara:

« Y debido a que he sido informado de que varios empleados fijos han sido tan injustos como para regirse por los relojes más adelantados y tocar la campana antes de la hora para marcharse de sus labores, y por los relojes más atrasados y tocar la campana después de la hora para volver a su trabajo, y habiéndolo permitido a sabiendas esos dos negros traidores Fowell y Skellerne, se ordena por tanto que ninguna persona de las aquí referidas se rija por reloj, campana, reloj de bolsillo o de sol otros que el del Monitor cuyo reloj no se alterará nunca excepto por el vigilante del reloj... »

Se ordenó al vigilante de la fábrica que mantuviieran una vigilancia «tan estrecha que no estuviera al alcance de nadie alterar esto». Sus deberes estaban también definidos en la sección 8:

«Todas las mañanas a las 5 el Vigilante debe tocar la campana para el comienzo del trabajo, a las ocho para el desayuno, media hora después para trabajar otra vez, a las doce para el almuerzo, a la una para trabajar y a las ocho para dejar el trabajo y cerrar. »

Su libro con la relación de las horas debía ser entregado todos los martes con la siguiente declaración jurada:

«Esta relación de horas se ha hecho sin favor o afecto, mala voluntad ni odio, y creo de verdad que las personas arriba mencionadas han trabajado al servicio de John Crowley las horas arriba consignadas. »³⁴⁷

Entramos aquí, ya en 1700, en el conocido panorama del capitalismo industrial disciplinado, con las hojas de horas, el vigilante del tiempo, los informadores y las multas. Unos setenta años después se impuso la misma disciplina en las primeras fábricas de los algodoneros (aunque la maquinaria misma era un buen suplente del vigilante de las horas). Careciendo del auxilio de las máquinas para regular el ritmo de trabajo en los alfares, el supuestamente formidable disciplinario Josiah Wedgwood se vio forzado a imponer disciplina a los alfareros en términos sorprendentemente moderados. Las obligaciones del oficial de fábrica eran:

«Estar en la fábrica a primera hora de la mañana y dirigir a las personas a sus labores cuando vengan, estimular a los que vienen a la hora regularmente, haciéndoles saber que su regularidad es debidamente observada, y distinguiéndoles con repetidas muestras de aprobación, de la

³⁴⁷ La Orden 103 se reproduce completa en *The Law Book of the Crowley Ironworks*, ed. M. W. Flinn (Sturtees Soc., CLXVII), 1957. Véase también la Ley 16, «Cuentas». La Orden 40 está en el «Libro de Derecho», Brit. Lib., Add. MS, 34555.

parte de la gente trabajadora menos ordenada, con regalos u otras señales apropiadas a su edad, etc.

Aquellos que lleguen más tarde de la hora señalada deben ser reprendidos y si después de repetidas muestras de desaprobación no vienen a la hora debida, debe mantenerse una relación del tiempo en que son deficientes, y quitar una cierta cantidad de su salario cuando llegue el momento si son asalariados, y si trabajan a destajo deben después de frecuentes llamadas de atención ser enviados otra vez a la hora del desayuno.»³⁴⁸

Más adelante estas reglas se endurecieron algo:

Cualquier trabajador que se empeñe en pasar por la portería después de la hora permitida por el Patrón pierde 2/-peniques.³⁴⁹

Y McKendrick ha expuesto cómo luchó Wedgwood con el problema de Etruria e introdujo el primer sistema conocido de fichar.³⁵⁰

Pero, al parecer, una vez desaparecida la fuerte presencia de Josiah, los incorregibles alfareros habrían vuelto a muchas de sus antiguas costumbres.

Es demasiado fácil, sin embargo, considerar todo esto simplemente como un problema de disciplina de taller o fábrica, podemos estudiar brevemente el intento de imponer un «ahorro de tiempo» en los distritos de manufactura a domicilio y su efecto sobre la vida social y doméstica. Prácticamente todo lo que los patronos *deseaban* imponer se puede encontrar en las páginas de un solo folleto, *Friendly Advice to the Poor* del reverendo J. Clayton, «escrito y publicado a petición de los antiguos y actuales Funcionarios de la Ciudad de Manchester» en 1755.

«Si el *haragán* se mete las manos en el pecho, en vez de aplicarlas al trabajo, si pasa el tiempo Deambulando, debilita su constitución con la Holgazanería, y embota su espíritu con la Indolencia...»

no puede esperar más que la pobreza como recompensa. El trabajador no debe perder el tiempo ociosamente en el mercado o malgastarlo cuando compra. Clayton se lamentaba de que «las Iglesias y las Calles [están] llenas de un Número de Espectadores» en bodas y funerales, «que a pesar de la Miseria de su Condición Hambrienta... no tienen escrúpulos en malgastar las

³⁴⁸ MS, instrucciones, c. 1780, en Wedgwood MSS (Barlaston), 26.19114

³⁴⁹ «Algunas regulaciones y reglas confeccionadas para esta manufactura hace más de treinta años», fechado c. 1810, en Wedgwood MSS (Keele University), 4045. 5.

³⁵⁰ Se conserva un reloj «de vigilancia» en Barlaston, pero estos relojes (fabricados por John Whitehurst de Derby desde aproximadamente 1750) servían solamente para asegurar el patrullamiento regular, la asistencia de los vigilantes nocturnos, etc. Los primeros sistemas de fichaje con impresión se fabricaron en Estados Unidos por Bundy en 1885. F. A. B. ward, *op. cit.*, p. 49; véase también de T. Thomson, *Annals of Philosophy*, VI (1815), pp. 418-419; VII (1816), p. 160; Charles Babbage, *On the Economy of Machinery and Manufacturers*, Londres, 1835, pp. 28, 40; E. Bruton, *op. cit.*, pp. 95-96.

mejores Horas del Día, simplemente mirando...». La costumbre del té es «esa vergonzante devoradora de Tiempo y Dinero». También lo son las vigilias y las fiestas y los festejos anuales de sociedades de socorro mutuo. Y también «ese perezoso pasar la mañana en Cama»:

«La necesidad de levantarse temprano reduciría al pobre a la necesidad de marchar pronto a la Cama; y evitaría así el Peligro de las diversiones de Medianoche. »

Madrugar también «introduciría una Regularidad exacta en sus Familias, un maravilloso Orden en su economía».

El catálogo nos es conocido, y podría haber sido tomado de Baxter en el siglo anterior. Si hemos de fiarnos de *Early Days* de Bamford, Clayton no consiguió que muchos de los tejedores abjuraran de su antigua forma de vida. No obstante, el largo coro del amanecer de los moralistas es el preludio a un ataque bastante vivo a las costumbres, deportes y fiestas populares que se realizó en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX.

Aún se disponía de otra institución no industrial que podía emplearse para inculcar la «economía del tiempo»: la escuela. Clayton se lamentaba de que las calles de Manchester estuvieran llenas de «niños harapientos sin nada qué hacer; que no sólo pierden el Tiempo, sino que aprenden costumbres de juego», etc. Alababa las escuelas de caridad porque enseñaban Industriosidad, Frugalidad, Orden y Regularidad: «Los Escolares están obligados a levantarse temprano y observar las Horas con gran Puntualidad».³⁵¹ William Temple, al defender en 1770 que se enviara a los niños pobres a los cuatro años de edad a talleres donde se les pudiera emplear en alguna manufactura y recibieran dos horas de instrucción al día, fue explícito en cuanto a la influencia cívicamente educadora del método:

“Es considerablemente útil que estén, de una forma u otra, constantemente ocupados al menos doce horas al día, se ganen la vida o no; ya que por estas medias esperamos que la generación próxima esté tan habituada al empleo constante que se convertirá a la larga en algo agradable y entretenido...”³⁵²

Powell, en 1772, también consideró la educación como un entrenamiento en el «hábito de la industriosidad»: cuando el niño llegara a los seis o siete años debía estar «acostumbrado, para no decir naturalizado al Trabajo y la Fatiga».³⁵³

El reverendo William Turner, escribiendo en Newcastle en 1786, recomendaba las escuelas Raikes como un «espectáculo de orden y regularidad», y citaba a un fabricante de cáñamo y lino de Gloucester que había declarado que las

³⁵¹ Clayton, *op. cit.*, pp. 19, 42-43.

³⁵² Citado en Furniss, *op. cit.*, p. 114.

³⁵³ Anónimo [Powell], *A View of Real Grievances*, Londres, 1772, p. 90.

escuelas habían operado un cambio extraordinario: «se han... hecho más tratables y obedientes, y menos pendencieros y vengativos».³⁵⁴

Las exhortaciones a la puntualidad y regularidad están inscritas en los reglamentos de todas las escuelas primarias:

Toda escolar debe estar en el aula los Domingos, a las nueve de la mañana, y a la una y media por la tarde, o perderá su puesto el próximo Domingo y se irá la última.³⁵⁵

Una vez dentro del recinto de la escuela, el niño entraba en un nuevo universo de tiempo disciplinado. En las escuelas dominicales metodistas de York, los maestros eran multados por impuntualidad. La primera regla que debía aprender un escolar era:

“Tengo que estar presente en la Escuela... pocos minutos antes de las nueve y media en punto...”

Una vez allí, se encontraban bajo una reglamentación militar:

“...El Superintendente tocará nuevamente, entonces, con un movimiento de su mano, toda la Escuela se levantará de sus asientos inmediatamente; con un segundo movimiento los Escolares darán media vuelta: con un tercero se dirigirán, lenta y silenciosamente, al lugar señalado para repetir sus lecciones, pronunciará entonces la palabra «Comenzad»...”³⁵⁶

La embestida, desde tan varias direcciones, a los antiguos hábitos de trabajo de las gentes no quedó, desde luego, sin oposición. En la primera etapa, encontramos simple resistencia.³⁵⁷ Pero en la siguiente, mientras se impone la nueva disciplina de tiempo, los trabajadores empiezan a luchar, no contra las horas, sino sobre ellas. Los hechos no son del todo claros. Pero en los oficios artesanos mejor organizados, especialmente en Londres, no hay duda de que se acortaron progresivamente las horas en el siglo XVIII con el avance del asociacionismo. Lipson cita el caso de los sastres de Londres cuyos horarios se redujeron en 1721 y nuevamente en 1768: en ambas ocasiones se acortaron también los intervalos a mitad del día que se permitían para almorzar y beber, el día se comprimió.³⁵⁸ Hacia finales del siglo XVIII existen algunos indicios de

³⁵⁴ W. Turner, *Sunday Schools Recommended*, Newcastle, 1786, pp. 23, 42

³⁵⁵ *Rules for the Methodist School of Industry at Pocklington, for the Instruction of Poor Girls in Reading, Sewing, Knitting, and Marking*, York, 1819, p. 12.

³⁵⁶ *Rules for the Government, Superintendence, and Teaching of the Wesleyan Methodist Sunday Schools*, York, 1833. También Harold Silver, *The concept of popular education*, Londres, 1965, pp. 32-42; David Owen, *English philanthropy, 1660-1960*, Cambridge, Mass., 1965, pp. 23-2-7.

³⁵⁷ La mejor exposición de los problemas de los patronos se encuentra en S. Pollard, *The genesis of modern management*, Londres, 1965, cap. V: «La adaptación de la mano de obra».

³⁵⁸ E. Lipson, *The economic history of England*, Londres, 1956⁶, III, pp.404-406. véase, por ejemplo, J. L. Ferri, *Londres et les Anglais*, París, An XII. I. pp. 163-164. Algunos de los datos en cuanto a las horas se analizan en G. Langenfelt, *The historie origin of the eight hours day*, Estocolmo, 1954.

que algunos de los oficios más favorecidos habían conseguido algo parecido a la jornada de diez horas.

Esta situación sólo podía mantenerse en oficios excepcionales y con un mercado de mano de obra favorable. La referencia en una octavilla de 1827 al «sistema inglés de trabajar de 6 de la mañana a 6 de la tarde»³⁵⁹ puede ser un indicio más seguro de las expectativas generales con respecto a la jornada de trabajo de los obreros industriales y artesanos fuera de Londres en los años 1820. En los oficios deshonrosos y las industrias a domicilio la jornada (cuando había trabajo) estaba probablemente avanzando en dirección opuesta. Era precisamente en las industrias -las fábricas textiles y talleres mecánicos- en que la nueva disciplina de tiempo se imponía más rigurosamente, donde la contienda sobre las horas se hizo más intensa. Al principio algunos de los peores patronos intentaron expropiar a los trabajadores de todo conocimiento del tiempo. «Yo trabajé en la fábrica del señor Braid», declaró un testigo:

“Allí trabajábamos mientras pudiéramos ver en el verano, y no sé decir a qué hora parábamos. Nadie sino el patrón y su hijo tenía reloj, y no sabíamos la hora. Había un hombre que tenía reloj... Se lo quitaron y lo pusieron bajo custodia del patrón porque había dicho a los hombres la hora...”³⁶⁰

Un testigo de Dundee ofrece prácticamente el mismo hecho:

“en realidad no había horas regulares: patronos y administradores hacían con nosotros lo que querían. A menudo se adelantaban los relojes de las fábricas por la mañana y se atrasaban por la tarde; y en lugar de ser instrumentos para medir el tiempo, se utilizaban como capotes para el engaño y la opresión. Aunque esto se sabía entre los hombres, todos tenían miedo de hablar, y entonces los trabajadores temían llevar relojes consigo, pues no era cosa rara que despidieran a cualquiera que presumiera de saber demasiado sobre la ciencia de la *horología*. ”³⁶¹

Se utilizaban mezquinas estratagemas para acortar la hora del almuerzo y alargar la jornada. «Todo fabricante quiere convertirse en un caballero de inmediato», dijo un testigo ante el Comité de Sadler:

“y quiere recortar todas las esquinas posibles, de modo que la campana suene para salir cuando ha pasado media minuto de la hora, y para entrar alrededor de dos minutos antes de la hora...”

³⁵⁹ *A Letter on the Present State of the Labouring Classes in America*, por un inteligente emigrante de Filadelfia, Bury, 1827.

³⁶⁰ Alfred (S. Kydd), *History of the Factory Movement* Londres. 1857. I, p. 283, citado en P. Mantoux, *The Industrial Revolution in the eighteenth-century*, Londres. 1948. p. 427.

³⁶¹ Anônimo, *Chapters in the Life of a Dundee Factory Boy*, Dundee, 1887, p. 10.

Si el reloj está como antes, el minutero tiene un peso, de modo que tan pronto como pasa del punto de gravedad, salta tres minutos de una vez, así que quedan veintisiete minutos en lugar de treinta.³⁶²

Un cartel de huelga de Todmorden, de la misma época aproximadamente, lo decía más abiertamente :

«si ese pedazo de sudor asqueroso, "el viejo operario de máquinas de Robertshaw" no se ocupa de sus cosas, y nos deja en paz, vamos a preguntarle dentro de poco cuánto hace desde la última vez que recibió un cuarto de pinta de cerveza por pasarse diez minutos de la hora».³⁶³

Los patronos enseñaron a la primera generación de obreros industriales la importancia del tiempo; la segunda generación formó comités de jornada corta en el movimiento por las diez horas; la tercera hizo huelgas para conseguir horas extra y jornada y media. Habían aceptado las categorías de sus patronos y aprendido a luchar con ellas. Habían aprendido la lección de que el tiempo es oro demasiado bien.³⁶⁴

VI

Hemos visto hasta ahora algo acerca de las presiones externas que imponían disciplina. Pero ¿qué hay sobre la interiorización de la misma? ¿Hasta qué punto era impuesta y hasta qué punto asumida? Quizá debiéramos dar la vuelta otra vez al problema e insertarlo en la evolución de la ética puritana. No se puede pretender que hubiera nada radicalmente nuevo en predicar la industriosidad o en la crítica moral de la ociosidad. Pero hay quizás una insistencia nueva, un acento más firme, cuando los moralistas que habían aceptado esta nueva disciplina para si la prescriben para la gente que trabajaba. Mucho antes de que el reloj de bolsillo estuviera al alcance del artesano, Baxter y sus compañeros ofrecían su propio reloj moral interior a cada hombre.³⁶⁵ Así, Baxter, en su *A Christian Directory*, practica muchas variaciones del tema de la Redención del Tiempo: «utilizad cada uno de los minutos como la cosa más preciosa. Y empleadlos todos en el deber». Las imágenes del tiempo como moneda están fuertemente destacadas, pero

³⁶² PP. 1831-1832. XV, pp. 177-178. Véase también el ejemplo de la Comisión de Fábrica (1883) en Mantoux, *op. cit.* p. 427.

³⁶³ El cartel está en mi poder.

³⁶⁴ Para un examen de la fase siguiente, en que los obreros habían aprendido «las reglas del juego», véase E. J. Hobsbawm, *Labouring men*, Londres, 1964, cap. XVII: «Costumbres, salarios y volumen de trabajo».

³⁶⁵ John Preston utilizó la imagen de la maquinaria de relojería en 1628: «En este curioso mecanismo de relojería de la religión, cada perno y cada rueda que se estropea perturba a la totalidad»: *Sermons Preached before His Majestie*, Londres, 1630, p. 18. Cf. R. Baxter, *A Christian Directory*, Londres, 1673, I, p. 285: «Un cristiano prudente y bien formado debe tener sus asuntos en un orden tal, que cada deber corriente tenga su lugar, y todos deben estar... como las piezas de un Reloj o de cualquier otra máquina, que deben estar agrupadas en conjunción, en su debido lugar».

parece que Baxter tuviera ante los ojos de su pensamiento a un público de mercaderes y comerciantes:

“Recordad lo recompensadora que es la Redención del Tiempo... en el mercado, o en comerciar; en la labranza o en cualquier ocupación remuneradora, solemos decir que el hombre se hace rico cuan-do ha hecho uso de su Tiempo.”³⁶⁶

Oliver Heywood, en el *Youth's Monitor* (1689), se dirige al mismo público:

“Observad las horas de intercambio, atended a los mercados; hay épocas especiales que os serán favorables para despachar vuestros negocios con facilidad y fortuna; hay momentos críticos, en los cuales, si decaen vuestras acciones, pueden poneros en el buen camino con celeridad: las épocas de hacer o recibir bienes no duran siempre; la feria no continúa todo el año...”³⁶⁷

La retórica de la moral pasa ligera entre dos polos. Por una parte, apostrofa sobre la brevedad de la existencia mortal, cuando se compara con la certeza del Juicio. Por ejemplo, *Meetness for Heaven* (1690), de Heywood:

“...El tiempo no perdura, sino que vuela rápido; pero lo que es perenne depende de él. En este mundo ganamos o perdemos la felicidad eterna. El gran peso de la eternidad pende del fino y espinoso hilo de la vida... Esta es nuestra jornada, nuestra hora de mercado... Oh Señores, dormid ahora y despertad en el infierno del cual no hay redención.

O, otra vez en el *Youth 's Monitor*: (el tiempo)

«es una mercancía demasiado preciosa para subestimarla... es esta la cadena dorada de la cual pende la eternidad entera; la pérdida de tiempo es insopportable, porque es irrecuperable».³⁶⁸

O del *Directory* de Baxter:

«Oh, ¿dónde está la cabeza de esos hombres, y de qué metal están sus duros corazones hechos, que pueden holgar y jugarse ese Tiempo, ese poco Tiempo, ese único Tiempo, que se les concede para la eterna salvación de sus almas? »³⁶⁹

Por otra parte, tenemos las más abiertas y mundanas admoniciones sobre el buen gobierno del tiempo. Por ejemplo, Baxter, en *The Poor Man 's Family Book*, aconseja:

³⁶⁶ *Ibid*, I, pp. 274-275, 277.

³⁶⁷ *The Whole Works of the Rev. Oliver Heywood, Idle*, 1826, V, p. 575.

³⁶⁸ *Ibid*, V, pp. 386-387; véase también p. 562.

³⁶⁹ Baxter, *op. cit.*, I. p. 276.

«Que tus horas de sueño sean sólo tantas como exige tu salud; Pues no se debe perder un tiempo precioso en innecesaria inercia»; «vístete rápidamente»; «dedícate a tus labores con diligencia constante»³⁷⁰

Ambas tradiciones fueron entregadas, por medio del *Serious Call* de Law, a John Wesley. El propio nombre «metodistas» subraya este buen gobierno del tiempo. También en Wesley hay dos extremos: el hurgar en el nervio de la mortalidad y la homilía práctica. Era el primero (y no los terrores del infierno) el que a veces daba ribetes histéricos a sus sermones, y transportaba a los convertidos a una repentina conciencia de sus pecados. Continuó también las imágenes del tiempo como moneda, pero menos explícitamente como mercader o mercado:

«Cuida que andes con circunspección, dice el Apóstol... redimiendo el tiempo; dejando todo el tiempo que puedas para los mejores propósitos; rescatando cada fugaz momento de las manos del pecado y Satán, de las manos de la pereza, la comodidad, el placer, las cosas de este mundo... »

Wesley, que nunca hizo una excepción consigo mismo, y que se levantaba todos los días a las cuatro de la mañana hasta los 80 años (ordenó que los muchachos de Kingswood School hicieran lo mismo), publicó en 1786 como folleto su sermón *The Duty and Advantage of Early Rising*:

«Al empaparse... tanto tiempo entre las tibias sábanas, la carne se recuece, como si dijéramos, y se hace blanda y floja. Los nervios, mientras tanto, quedan muy trastornados»

Esto nos recuerda la voz de Sluggard de Isaac Watts. Dondequiera que Watts dirigiera la mirada en la naturaleza, a «la atareada abejita» o al sol saliendo «a su debida hora», sacaba la misma lección para el hombre degenerado.³⁷¹ Al lado de los metodistas, los evangelistas adoptaron el mismo tema. Hannah More contribuyó con unas líneas imperecederas en «Early rising»:

*Pereza, silenciosa asesina, no más
Tengas mi mente aprisionada;
Ni me dejes perder una hora más
Contigo, Sueño felón.*³⁷²

En uno de sus folletos, *The Two Wealthy Farmers*, consigue introducir la imagen del tiempo como moneda en el mercado de trabajo:

³⁷⁰ R. Baxter, *The Poor Man's Famíly Book*, Londres. 16976, pp. 290-291.

³⁷¹ *Poetical Works of Isaac Watts*, DD, Cooke's Poeket ed., Londres, [1802], pp. 224, 227, 232. El tema no es nuevo, por supuesto: el párroco de Chaucer dijo: «Dormir mucho en calma es un gran engendrador de lujuria».

³⁷² H. More, *Works*, Londres, 1830, II, p. 42. Véase también p. 35: «Tiempo». [Thou silent murderer, Sloth, no more / My mind imprison'd keep; / Nor let me waste another hour / With thee, thou felon Sleep.]

“...Cuando llamo a mis obreros los Sábados por la noche para pagarles, a menudo me hace pensar en el grande y general día de rendir cuentas, cuando YO, y tú, y todos nosotros, seremos llamados a un grande y terrible reconsiderar... Cuando veo que uno de mis hombres ha malogrado parte del salario que debía recibir, porque ha estado holgazaneando en la feria; otro que ha perdido un día por un golpe de la bebida... no puedo evitar el decirme, ha llegado la Noche; ha !llegado la noche del Sábado. Ni el arrepentimiento, ni la diligencia de estos pobres hombres pueden ahora hacer buena una semana de mal trabajo. Esta semana se ha perdido en la eternidad.”³⁷³

Mucho tiempo antes de la época de Hannah More, sin embargo, el tema del celoso gobierno del tiempo había dejado de ser una tradición particular de puritanos, wesleyanos o evangélicos. Fue Benjamín Franklin, que tuvo de por vida un interés técnico en los relojes y que contaba entre sus amigos con John Whitehurst de Derby, inventor del reloj registrador, el que dio su expresión secular menos ambigua:

“...Puesto que nuestro Tiempo está reducido a un Patrón, y los Metales Preciosos del día acuñados en Horas, los Industriosos saben emplear cada Pieza del Tiempo en verdadero Beneficio de sus diferentes Profesiones: y el que es pródigo con sus Horas es, en realidad, un Malgastador de Dinero. Yo recuerdo a una Mujer notable, que era muy sensible al Valor intrínseco del *Tiempo*. Su marido hacía Zapatos y era un excelente Artesano, pero no se ocupaba del paso de los minutos. En vano le inculcaba ella que *el Tiempo es Dinero*. El tenía demasiado Ingenio para comprenderla, y esto fue su Ruina. Cuando estaba en la Taberna con sus ociosos Compañeros, si uno observaba que el Reloj había dado las Once, *¿Y que es eso*, decía él, *para nosotros*? Si ella le mandaba aviso con el Chico, de que habían dado las Doce, *Dile que esté tranquila, que no pueden ser más*. Si que había dado la una, *Ruégale que se consuele, que no puede ser menos*.³⁷⁴”

Este recuerdo procede directamente de Londres (sospechamos) donde Franklin trabajó como impresor en los años 1720, si bien sin seguir jamás, nos asegura en su Autobiografía, el ejemplo de sus compañeros de trabajo en observar San Lunes. Es en cierto sentido apropiado que el ideólogo que proporcionara a Weber su texto central como ilustración de la ética capitalista³⁷⁵ perteneciera, no al Viejo Mundo, sino al Nuevo: el mundo que inventaría el reloj registrador, sería pionero en el estudio de *tiempo-y-movimiento*, y llegaría a su apogeo con Henry Ford.³⁷⁶

³⁷³ *Ibid.*, III, p. 167.

³⁷⁴ *Poor Richard's Almanac* (enero de 1751), en *The Papers of Benjamín Franklin*, ed. L. W. Labaree y W. J. Bell, New Haven, 1961, IV, pp. 86-87.

³⁷⁵ Max Weber, *The protestant ethic and the spirit of capitalism*, Londres, 1930, pp. 48-50.

³⁷⁶ Ford empezó su carrera arreglando relojes: puesto que había diferencias entre las horas locales y las horas establecidas por los ferrocarriles, confeccionó un reloj, con dos esferas, que marcaba ambas horas; un principio ominoso: H. Ford, *My life and work*, Londres, 1923, p. 24.

VII

Los nuevos hábitos de trabajo se formaron, y la nueva disciplina de tiempo se impuso, de todos estos modos: la división del trabajo, la vigilancia del mismo, multas, campanas y relojes, estímulos en metálico. En algunos casos tardó muchas generaciones (como en el caso de los alfares) y se puede poner en duda en qué medida se consiguió plenamente: los ritmos irregulares de trabajo se perpetuaron (e incluso institucionalizaron) hasta el presente siglo, notablemente en Londres y en los grandes puertos.³⁷⁷

A lo largo del siglo XIX se continuó dirigiendo a los obreros la propaganda de la economía del tiempo, degradándose la retórica, deteriorándose cada vez más los apóstrofes a la eternidad, haciendo las homilías cada vez más pobres y banales. En tratados y folletos de comienzos de la época victoriana dirigidos a las masas, la cantidad del material ahoga. Pero la eternidad se ha convertido en uno de esos interminables relatos de muertes pías (o pecadores heridos por el rayo), mientras que las homilías se han convertido en pequeños retazos smilesianos sobre el humilde que progresó gracias al madrugar y la diligencia. Las clases ociosas empezaron a descubrir el «problema» (del cual tanto oímos hoy) del ocio de las masas. Una considerable proporción de trabajadores manuales (descubrió con alarma un moralista) después de terminar su trabajo tenían:

"muchas horas del día para pasarlas como mejor creyeran, Y ¿de qué manera... gastan este tiempo precioso aquellos cuyo pensamiento no está cultivado?... Los vemos a menudo simplemente aniquilando estas porciones de tiempo. Durante una hora, o varias seguidas... se sientan en un banco o se tumban sobre la orilla del río o en un altozano... abandonados a una completa ociosidad o letargo... o agrupados en la carretera dispuestos a encontrar en lo que pase, ocasión para una grosera jocosidad; lanzando alguna impertinencia o expresando alguna procacidad insultante, a expensas de las personas que pasan..."³⁷⁸

Esto era, claramente, peor que el Bingo: nula productividad combinada con descaro. En una sociedad capitalista madura hay que consumir, comercializar, utilizar todo el tiempo; es insultante que la mano de obra simplemente «pase el rato».

³⁷⁷ Existe una abundante literatura portuaria del siglo XIX que ilustra esto. Sin embargo, en época reciente el trabajador temporario de los puertos ha dejado de ser un «accidente» del mercado laboral (como lo veía Mayhew) y se destaca por su preferencia por las altas ganancias sobre la seguridad: véase K. J. W. Alexander, «Casual labour and labour casualties», *Trans. Inst. of Engineers and Shipbuilders in Scotland*, Glasgow, 1964. No he tratado en este trabajo los horarios ocupacionales introducidos por la sociedad industrial, sobre todo los trabajadores de turno nocturno (minas, ferrocarriles, etc.): véanse las observaciones del «Journeyman engineer» [T. Wright], *The Great Unwashed*, Londres, 1868, pp. 188-200; M. A. Pollock, ed., *Working Days*, Londres, 1926, pp. 17-28; Tom Nairn, *New Left Review*, 34 (1965), p.38.

³⁷⁸ John Foster, *An Essay on the Evils of Popular Ignorance*, Londres, 1821, pp. 180-185

Pero ¿hasta qué punto tuvo realmente éxito esta propaganda? ¿En qué medida nos está permitido hablar de una reestructuración radical de la naturaleza social del hombre y de sus hábitos de trabajo? En otro lugar he dado algunas razones para suponer que esta disciplina se había interiorizado realmente, y considerar las sectas metodistas de principios del XIX como una expresión de la crisis psíquica que acarreó.³⁷⁹ Así como el nuevo sentido del tiempo de los mercaderes y la alta burguesía del Renacimiento parece encontrar una forma de expresión en una intensa conciencia de la moral, así, podemos sostener, la extensión de este sentido a la gente obrera durante la Revolución industrial (junto con los riesgos y alta mortalidad de la época) puede ayudarnos a explicar el énfasis obsesivo en la muerte, de sermones y tratados que eran consumidos por la clase trabajadora.

O (desde un punto de vista positivo) se puede observar que, mientras se desarrolla la Revolución industrial, los incentivos salariales y las fuerzas de consumo en expansión -las recompensas palpables del consumo productivo del tiempo y la evidencia de nuevas posiciones «predictivas» ante el futuro-³⁸⁰ son claramente efectivas. Hacia los años 1830 y 1840 era generalmente observado que el obrero industrial inglés se distinguía de su compañero irlandés, no por su mayor capacidad para el trabajo intenso sino por su regularidad, su metódica administración de energía; quizás también por la represión, no de los placeres, pero si de la capacidad para descansar a las antiguas y desinhibidas usanzas.

No existe medio alguno para cuantificar el sentido del tiempo de uno o un millón de obreros. Pero es posible proporcionar una comprobante de tipo comparativo. Porque lo que el moralista mercantilista decía con respecto a la falta de respuesta del inglés pobre del siglo XVIII a incentivos y disciplinas, es con frecuencia repetido por observadores y teóricos del desarrollo económico con respecto a las gentes de países en vías de desarrollo hoy día. Así por ejemplo, se consideraba a los peones mexicanos en los primeros años de este siglo como «gente indolente e infantil». El minero mexicano tenía la costumbre de volver a su aldea para sembrar y cosechar el grano:

“Su falta de iniciativa, incapacidad para ahorrar, ausencias cada vez que celebran una de sus excesivas fiestas, disposición para trabajar solo tres o cuatro días a la semana si con eso paga sus necesidades, insaciable deseo del alcohol... se señalaban como prueba de su inferioridad natural.”

No respondía al estímulo directo del jornal, y (como el minero inglés del carbón o del estaño del siglo XVIII) respondía mejor a sistemas de contratación y subcontratación:

³⁷⁹ Thompson, *op. cit.*, caps. XI y XII.

³⁸⁰ Véase el importante estudio sobre actitudes anticipatorias y predictivas y su influencia en el comportamiento económico y social, en P. Bourdieu, *op. cit.*

“Cuando se le da un contrato y la seguridad de que obtendrá tanto dinero por tonelada que saque de la mina, y que no importa cuánto tiempo tarde en sacarlo, o cuántas veces se siente a contemplar la vida, trabajará con un vigor extraordinario.”³⁸¹

Al hacer ciertas generalizaciones fundadas en otro estudio de las condiciones de trabajo mexicanas, observa Wilbert Moore:

«El trabajo está casi siempre orientado al quehacer en las sociedades no industriales... y... puede ser conveniente vincular los salarios a las tareas y no directamente a las horas, en áreas de reciente desarrollo».³⁸²

El problema reaparece en formas variadas en la literatura de la «industrialización». Para el ingeniero del desarrollo económico puede ser un problema de absentismo: ¿cómo debe tratar la Compañía al obrero impenitente de la plantación del Camerún que declara: «¿Cómo puede un hombre trabajar así, día tras día, sin faltar? ¿No se morirá?».³⁸³

“... todas las costumbres de la vida africana hacen que un nivel alto y sostenido de esfuerzos en una jornada de extensión dada sea una carga mayor, tanto física como psíquica, que en Europa.”³⁸⁴

Los compromisos de tiempo en el Oriente Medio y América Latina se tratan con frecuencia con cierta ligereza para criterios europeos; los nuevos obreros industriales sólo se acostumbran gradualmente a los horarios regulares, asistencia regular y un ritmo de trabajo regular; no siempre se puede confiar en los horarios para el transporte y entrega de materiales...”³⁸⁵

Puede creerse que el problema consiste en adaptar los ritmos estacionales rurales, con sus festejos y fiestas religiosas, a las necesidades de la producción industrial:

“El trabajo anual de la fábrica es necesariamente acorde con las demandas de los obreros, en lugar del ideal desde el punto de vista de la más eficiente producción. Numerosos intentos por parte de la administración para alterar el sistema de trabajo han sido nulos. La fábrica vuelve a un plan aceptable al cantelano.”³⁸⁶

³⁸¹ Citado en M. D. Bernstein, *The Mexican mining industry, 1890-1950*, Nueva York, 1964, cap. VII; véase también M. Mead, *op. cit.*, pp. 179-182.

³⁸² W. E. Moore, *Industrialization and labor*, Ithaca, 1951, p. 310, y pp. 44-47, 114-122.

³⁸³ F. A. Wells y W. A. Warmington, *Studies in industrialization: Nigeria and the Cameroons*, Londres, 1962, p. 128.

³⁸⁴ *Ibíd.*, p. 170. Véanse también pp. 183, 198, 214.

³⁸⁵ Edwin J. Cohn, «Social and cultural factors affecting the emergence of innovations», en *Social Aspects of Economic Development, Economic and Social Studies Conference Board*, Estambul, 1964, pp. 105-106.

³⁸⁶ Manning Nash, «The recruitment of wage labor and the development of new skills», *Annals of the American Academy*, CCCV (1956), pp. 27-28. Véanse también Manning Nash, «The

O se puede considerar, como ocurrió en los primeros años de las fábricas de algodón de Bombay, que consiste en conservar la mano de obra al precio de perpetuar métodos ineficaces de producción -horarios flexibles, descansos y horas de comida irregulares, etc.-.

Mas generalmente, en países donde el vínculo entre el nuevo proletariado industrial y sus familiares (y quizá tierras arrendadas o derecho a alguna tierra) de la aldea sea mucho más próximo y se mantenga mucho más tiempo que en la experiencia inglesa, parece cuestión de disciplinar una mano de obra que sólo se siente parcial y temporalmente «comprometida» con la forma de vida industrial.³⁸⁷

Los hechos son abundantes, y, por el método de contrastar, nos recuerdan hasta qué punto nos hemos acostumbrado a diferentes disciplinas. Las sociedades industriales maduras de todo tipo se distinguen porque administran el tiempo y por una clara división entre «trabajo» y «vida».³⁸⁸

Pero, habiendo llevado hasta este punto el problema, podemos permitimos moralizar algo por nuestra cuenta, al estilo del siglo XVIII. De lo que se trata no es del «nivel de vida». Si los teóricos del desarrollo así lo deseán, aceptaremos que la antigua cultura popular era en muchos sentidos pasiva, intelectualmente vacía, falta de aceleramiento, y, simple y llanamente, pobre. Sin disciplinar el tiempo no podríamos tener la apremiante energía del hombre industrial; y llegue esta disciplina en forma de metodismo, stalinismo, o nacionalismo, llegará al mundo desarrollado.

Lo que hay que decir no es que una forma de vida es mejor que otra, sino que es parte de un problema mucho más profundo; que el testimonio histórico no es sencillamente cambio tecnológico neutral e inevitable, sino también

*reaction or a civil-religious hierarchy to a factory in Guatemala», Human Organization, XIII (1955), pp. 26-28, y B. Salz, *op. cit.* pp. 94-114.*

³⁸⁷ W. E. Moore y A. S. Feldman, eds., *Labor commitment and social change In developing Areas*, Nueva York, 1960. Entre los trabajos útiles sobre adaptación y absentismo se incluyen W. Elkan, *An African labour force*, Kampala, 1956, esp. los caps II y III; y F. H. Harbison e I. A. Ibrahim, «Some labor problems of industrialization in Egypt», *Annals of the American Academy*, CCCV (1956), pp. 114-129. M. D. Morris (*The emergence of an industrial labor force in India*, Berkeley, 1965) desestima la seriedad del problema de disciplina, absentismo, fluctuaciones de temporada en el empleo, etc., en las fábricas de algodón de Bombay a finales del siglo XIX, pero en muchos puntos sus afirmaciones parecen contradecir sus propios datos: véase pp. 85, 97, 102; véanse también C. A. Myers, *Labour problems in the industrialization of India*, Cambridge, Mass., 1958, cap. III, y S. D. Mehta, «Professor Morris on textile labour supply», *Indian Economic Journal*, I, 3 (1954), pp. 33.3-340. El trabajo del profesor Morris, «The recruitment of an industrial labor force In India, with British and American comparisons», *Comparative Studies in Society and History*, 11 (1960), desvirtúa y malinterpreta los datos ingleses. Hay estudios útiles de una mano de obra sólo parcialmente «comprometida» en G. V. Rimlinger, «Autocracy and the early Russian factory system», *Jour. Econ. Hist.*, XX (1960), y T. V. von Laue, «Russian peasants in the factory», *ibid.*, XXI (1961).

³⁸⁸ Véase G. Friedmann, «Leisure and technological civilization», *Int. Soc. Science Jour.*, XII (1960), pp. 509-521.

explotación y resistencia a la explotación; y que los valores son susceptibles de ser perdidos y encontrados.

Los trabajos de sociología de la industrialización, que se multiplican con rapidez, son como un paisaje estragado por diez años de sequía moral: hay que pasar muchos miles de palabras que conforman resecas abstracciones ahistóricas, entre cada oasis de realidad humana. Hay demasiados empresarios del desarrollo occidentales que parecen sentirse enteramente satisfechos de los beneficios que, con respecto a la reforma del carácter, ofrecen con sus manos a sus retrasados hermanos. La «estructuración de la mano de obra» nos dicen Kerr y Siegel:

“...supone el establecimiento de reglas para las horas de trabajo y no trabajo, para los métodos y cantidades apagar, para el movimiento de entrada y salida al trabajo y de una posición a otra. Supone reglas relacionadas con el mantenimiento de la continuidad en el proceso laboral... el intento de minimizar la revuelta individual u organizada, la provisión de una visión del mundo, de orientación ideológica, de creencias...”³⁸⁹

Wilbert Moore ha llegado a confeccionar una lista de la compra de «los omnipresentes valores y las guías normativas de alta relevancia para la meta del desarrollo social»; «estos cambios de actitud y creencias son "necesarios" para lograr un rápido desarrollo económico y social»:

- Impersonalidad: juicio por méritos y actos, no por procedencia social o cualidad sin importancia.
- Especificidad de las relaciones en términos tanto de contexto como de límites de interacción.
- Racionalidad y resolución de problemas.
- Puntualidad.
- Reconocimiento de interdependencia individualmente limitada pero sistemáticamente vinculada.
- Disciplina, deferencia ante la autoridad establecida.
- Respeto al derecho de propiedad...

Éstos, junto con «resultados y aspiración de ascenso», nos tranquiliza Moore; no se

“ indican como lista exhaustiva de los méritos del hombre moderno... El «hombre completo» también amará a su familia, venerará a Dios, y expresará sus habilidades estéticas. Pero mantendrá cada uno de estos aspectos «en su sitio»”³⁹⁰

³⁸⁹ C. Kerr y A. Siegel, «*The structuring of the labor force in industrial society: new dimensions and new questions*», *Industrial and Labor Relations Review*, II (1955), p. 163.

³⁹⁰ E. de Vries y J. M. Echevarría, eds., *Social aspects of economic development in Latin America*, UNESCO. 1963, p. 237

No debe sorprender que las «provisiones de orientación ideológica» de los Baxter del siglo XX sean bien acogidas en la Fundación Ford. Que aparezcan también a menudo en publicaciones patrocinadas por la UNESCO es menos fácilmente explicable.

VIII

Es un problema por el que tienen que pasar, y superar, los pueblos del mundo en vías de desarrollo. Esperemos que recelen de los modelos manipuladores, que presentan a las masas trabajadoras simplemente como mano de obra inerte. Y en cierto sentido, también, en el ámbito de los países industriales avanzados, ha dejado de ser un problema situado en el pasado. Porque hemos llegado a un punto en que los sociólogos están disertando sobre el «problema» del ocio. Y parte del problema es cómo llegó a convertirse en tal. El *puritanismo*, en su *matrimonio de conveniencia* con el capitalismo industrial, fue el agente que convirtió a los hombres a la nueva valoración del tiempo; que enseñó a los niños, incluso en su infancia, a progresar a cada luminosa hora, y que saturó las cabezas de los hombres con la ecuación el tiempo es oro.³⁹¹ Una forma constante de revuelta en el mundo occidental industrial y capitalista, sea bohemia o *beatnik*, ha tomado con frecuencia la forma de una ignorancia absoluta de la urgencia de los respetables valores del tiempo. Y surge una interesante pregunta: si el puritanismo fue parte necesaria de la ética laboral que permitió al mundo industrializado salir de las economías de pobreza del pasado, ¿empezará a descomponerse la valoración puritana del tiempo al aflojarse las presiones de la pobreza? ¿Está ya en descomposición? ¿Empezarán los hombres a perder ese inquieto sentido de urgencia, ese deseo de consumir el tiempo con resolución, que lleva la mayoría de la gente con la misma naturalidad que un reloj de pulsera?

Si van a aumentar nuestras horas de ocio, en un futuro automatizado, el problema no consiste en «cómo podrán los hombres *consumir* todas estas unidades adicionales de tiempo libre», sino «qué capacidad para la experiencia tendrán estos hombres con este tiempo no normatizado para vivir». Si conservamos una *valoración puritana* del tiempo, una *valoración de mercancía*, entonces se convierte en cuestión de cómo hacer ese tiempo *útil*, o cómo explotarlo para las industrias del ocio. Pero si la idea de finalidad en el uso del tiempo se hace menos compulsiva, los hombres tendrán que reaprender algunas de las artes de vivir perdidas con la Revolución industrial: cómo llenar los intersticios de sus días con relaciones personales y sociales más ricas, más tranquilas; cómo romper otra vez las barreras entre trabajo y vida. Y de aquí surgiría una dialéctica novel en la cual una parte de las antiguas y agresivas

³⁹¹ Hay comentarios sugerentes sobre esta ecuación en Lewis Mumford y S. de Grazia, citados *supra*, nota 1; Paul Diesing, *Reason in society*, Urbana, 1962, pp. 24-28; Hans Meyerhoff, *Time in literature*, Universidad de California, 1955, pp. 106-119.

energías y disciplinas emigrarán a las naciones de reciente industrialización, mientras las viejas naciones industrializadas se esfuerzan en descubrir modos de experiencia olvidados antes de que comience la historia escrita:

“... los nuer carecen de una expresión equivalente al «tiempo» de nuestra lengua y, por esta razón, a diferencia de nosotros, no pueden hablar del tiempo como si fuera algo real, que pasa, que puede desperdiciarse, aprovecharse, etc. No creo que experimenten nunca la misma sensación de lucha contra el tiempo o de tener que coordinar las actividades con un paso abstracto del tiempo, porque sus puntos de referencia son principalmente las propias actividades, que suelen ser de carácter pausado. Los acontecimientos siguen un orden lógico, pero no hay sistema abstracto que los controle, al no haber puntos de referencia autónomos a los que tengan que adaptarse con precisión. Los nuer son afortunados.”³⁹²

Desde luego, ninguna cultura reaparece con la misma forma. Si el hombre ha de satisfacer las exigencias tanto de una industria automatizada muy sincronizada, como de zonas mucho más extensas de «tiempo libre», debe de alguna manera combinar en una nueva síntesis elementos de lo antiguo y lo nuevo, encontrando imágenes no surgidas ni en las estaciones ni en el mercado sino de acontecimientos humanos. La puntualidad en el trabajo expresaría el respeto hacia los compañeros de trabajo. Y el pasar el tiempo sin finalidad sería un tipo de comportamiento visto con aprobación por nuestra cultura.

Difícilmente puede lograr la aprobación de aquellos que ven la historia de la «industrialización» en términos aparentemente neutros pero que están, en realidad, cargados de valoración, como una progresiva racionalización al servicio del desarrollo económico. Este argumento es por lo menos tan viejo como la Revolución industrial. Dickens vio el lema de Thomas Gradgrind («dispuesto a pesar y medir cualquier parcela de naturaleza humana, y a decir exactamente cuánto suma») como el «reloj estadístico mortal» de su observatorio «que media cada segundo con un golpe como el de una llamada en la tapa de un férretro». Pero el racionalismo ha desarrollado nuevas dimensiones sociológicas desde la época de Gradgrind. Fue Werner Sombart quien -utilizando la imagen preferida del relojero- sustituyó al Dios del materialismo mecánico por un empresario:

“Si el moderno racionalismo económico es como el mecanismo de un reloj, tiene que haber alguien que le dé cuerda.”³⁹³

Las universidades occidentales están hoy repletas de artesanos relojeros, ansiosos de patentar nuevas claves. Pero pocos todavía han llegado tan lejos como Thomas Wedgwood, hijo de Josiah, que diseñó un plan para introducir

³⁹² E. Evans-Pritchard, *op. cit.*, p. 103.

³⁹³ «Capitalism», *Encyclopaedia of the Social Sciences*, Nueva York, ed. de 1953. III, p. 205.

las horas y la disciplina del tiempo de Etruria en los talleres mismos de la conciencia formativa del niño:

“...Mi objetivo es alto. He estado esforzándome por dar con un golpe maestro que se antice un siglo o dos al progreso del ritmo amplio del avance humano. Prácticamente todo paso previo de su avance puede adscribirse a la influencia de personajes superiores. Ahora bien, yo opino que en la educación de los más grandes de estas personajes, no se ha procurado que más de una hora de cada diez contribuya a la formación de esas cualidades de las que ha dependido esta influencia. Supongamos que poseemos una relación detallada de los veinte primeros años de la vida de algún extraordinario genio; ¡que caos de percepciones!... ¡cuántas horas, días, meses, se han gastado prodigamente en ocupaciones improductivas! ¡Qué multitud de impresiones a medio formar y conceptos abortivos mezclados en una masa de confusión!...”

En las cabezas mejor reguladas de la actualidad, ¿no hubo y hay algunas horas de día pasadas en ensimismamiento, el pensamiento sin gobierno, sin guía? ³⁹⁴

El plan de Wedgwood era modelar un nuevo sistema de educación, riguroso, racional y cerrado. Se propuso a Wordsworth como uno de los posibles superintendentes. Su respuesta fue escribir *The Prelude*, un ensayo sobre el desarrollo de la conciencia del poeta que fue, simultáneamente, una polémica contra

“Los Guías, los Vigilantes de nuestras Facultades,
y Administradores de nuestro trabajo, hombres alerta
y hábiles en la usura del tiempo,
sabios, que en su presunción querían controlar
todo accidente, y al camino mismo
Que han labrado querían confiarnos,
como máquinas...” ³⁹⁵

Porque no existe el desarrollo económico si no es, al mismo tiempo, desarrollo o cambio cultural; y el desarrollo de la conciencia social, tal como el pensamiento del poeta, no puede, en última instancia, seguir un plan predeterminado.

³⁹⁴ Thomas Wedgwood a William Godwin, 31 de julio de 1797, publicado en el importante artículo de David Erdman, «Coleridge, Wordsworth, and the Wedgwood Fund», *Bulletin of the New York Public Library*, LX (1956).

³⁹⁵ *The Prelude*, Londres, ed. de 1805. libro V, líneas 377-383. Véase también el esquema en *Poetical Works of William Wordsworth*, ed. E. de Selincourt y Helen Darbshire, Oxford, 1959, V, p. 346. [The Guides, the Wardens of our faculties, / And Stewards of our labour, watchful men / And skilful in the usury of time, / Sages, who in their prescience would controul / All accidents, and to the very road / Which they have fashion'd would confine us down, / Like engines...]